IBE-ROS

Sociedades y territorios del occidente mediterráneo









Sociedades y territorios del occidente mediterráneo







Iberos.
Sociedades y territorios del occidente mediterráneo

Edición
Susana González Reyero

Diseño, ilustración y maquetación
Sara Olmos

Coordinación de textos y parte gráfica
Clara Flores Barrio, Laura Gandullo de Tapia

Traducción del original de Alexis Gorgues en francés
Francisco Javier Sarasola Elustondo, Susana González Reyero

Corrección de Textos
Iván Fumadó Ortega

Edición parte gráfica y video
Laura Paz de la Fuente, Brais Currás Refojos

Entidades colaboradoras
Museo d'Arqueologia de Catalunya
Museo de Albacete
Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo

e-NIPO: 472-11-225-3
e-ISBN: 978-84-00-09474-4

Esta obra ha sido realizada dentro del proyecto de Cultura Científica e Innovación financiado por la Fundación Española de Ciencia y Tecnología (FECYT) *Iberos. Aplicaciones del elearning al patrimonio arqueológico* (FCT-10-1216) y del Proyecto Intramural Especial de incorporación (PIE del CSIC-Ministerio de Economía y Competitividad, nº ref. 200910I100CSIC) titulado *Las sociedades iberas entre la Bastetania y la Contestania. Contacto cultural y transformación social en las cuencas de los ríos Segura y Mundo.*

Para la correcta visualización de este documento le aconsejamos disponer de una versión del lector Adobe Acrobat Reader 9 Pro o versión superior (descarga gratuita aquí).







índice

Agradecimientos

Este libro electrónico es deudor del trabajo de varios colectivos que han participado, prestado contenidos y con quienes hemos dialogado en el transcurso de este proyecto. Gracias a ellos hemos explorado las formas en que los ebook enriquecidos, como nuevas formas de hipermedialidad, suponen una transformación de la comunicación de la ciencia que afecta plenamente y supone un reto para el patrimonio arqueológico. Nuestro libro electrónico se enmarca por tanto en un contexto en que el nuevo ecosistema digital, con la generalización de las tecnologías asociadas a la web 2.0, constituye la mayor oportunidad de rediseño estratégico de la comunicación de la ciencia.

Ha sido central el trabajo de nuestro grupo de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) *Iconografía, paisaje y proceso social: Iberia y el Mediterráneo occidental* (IcoMed) a cuyo responsable, Ricardo Olmos, agradecemos sus años de múltiples enseñanzas y dedicamos las páginas que siguen. Igualmente, la Línea de Investigación *Arqueología y Procesos Sociales* (Instituto de Historia, Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC) y la Unidad Asociada *Arqueología del paisaje: lecturas territoriales y simbólicas* (CSIC-Centro Andaluz de Arqueología Ibérica de la Universidad de Jaén) ha proporcionado un marco dialogante y mutuamente enriquecedor para llevar a cabo este proyecto.

Este libro ha sido posible gracias a la ayuda y financiación de dos proyectos, uno de la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT), titulado *Iberos. Aplicaciones del elearning al patrimonio arqueológico* y otro del CSIC (Ministerio de Economía y Competitividad) titulado *Las sociedades iberas entre la Bastetania y la Contestania. Contacto cultural y transformación social en las cuencas de los ríos Segura y Mundo*. Agradecemos al Departamento de Publicaciones del CSIC y, especialmente, a Miguel Ángel Puig-Samper, José Manuel Prieto, Enrique Barba y Mónica Elías su interés y ayuda prestada. Dentro del ámbito de los museos, han proporcionado una ayuda especial y son entidades colaboradoras el Museo de Albacete, el Museo d'Arqueologia de Catalunya y el Museo de Arte ibérico de El Cigarralejo (Mula, Murcia). Tampoco hubiera sido posible sin el trabajo desarrollado por Sara Olmos, cuyo diseño e ilustración señala las vías por las que el ebook puede y debe diferenciarse de los libros convencionales. Hemos contado también con la ayuda y generosidad de personas e instituciones a los que agradecemos profundamente su colaboración y préstamo de contenidos, tal y como se detalla en los créditos gráficos del final de la obra.

Por último, somos conscientes de que este ecosistema digital en que vivimos se transformará incesantemente en los próximos años y que, como impone la tecnología, esta circunstancia dota de una cierta caducidad a nuestro producto. Pero sabemos también que los profesionales del patrimonio y de la historia debemos implicarnos muy activamente para, como dice el Digital Humanities Manifesto, hacer realidad una nueva topografía digital, un nuevo espacio que no sea solo disciplinar, sino que anime a la creación de configuraciones alternativas para la producción y comunicación del conocimiento. Hablamos de un espacio de alcance global, configurado por plataformas más flexibles y abiertas que atraigan a nuevos públicos y nos ayuden en el reto que Daniel Innerarity plantea para el s. XXI, la difícil pero ineludible democratización del conocimiento.

Un ebook sobre patrimonio arqueológico: del texto al hipertexto

Susana González Reyero

Centro de Ciencias Humanas y Sociales
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Para referirse al futuro, los asirios utilizaban la expresión “detrás de nosotros”. Tan solo una aparente contradicción. Mirar atrás era, ya entonces, algo más que el obligado gesto de quien se interesa por el pasado, sino también de quien se interroga sobre el presente. Hoy sabemos que la mirada que distintos grupos han dedicado al pasado ha oscilado entre curiosa, nostálgica, política… No en vano el pasado es ese país extraño donde confluyen atractivos e intereses muy variados, al tiempo que un valioso argumento para las políticas del presente. Lo cierto es que pasado y presente están conectados por fuertes lazos, mucho más determinantes o firmes de lo que en ocasiones pensamos. Por ello seguimos acudiendo al pasado, conscientemente o no, como forma de poder comprender nuestro mundo actual y afrontar el futuro.

Tienes ante ti un libro electrónico dedicado al patrimonio arqueológico de los iberos. A lo largo de sus páginas, una serie de temas claves nos permitirán acercarnos a las formas de vida de las sociedades que habitaron el área mediterránea de la Península Ibérica durante la edad del Hierro. Nuestra práctica científica y profesional, llevada a cabo en centros de investigación, universidades, museos, administraciones o empresas, tiene como objetivo conocer estas poblaciones antiguas, pero también preservar y comunicar su patrimonio. Incidiremos en cómo este ebook, que incorpora formatos enriquecidos, se enmarca en un contexto en que la transformación del entorno digital, con la generalización de las tecnologías relacionadas con la web 2.0, constituye la mayor oportunidad de rediseño estratégico de la comunicación de la ciencia.

En este nuevo ecosistema digital, y en parte gracias a él, la ciencia puede constituirse en un factor mucho más presente no solo en la sociedad en general, sino especialmente en la crítica que amplios sectores sociales deben hacer respecto a las formas en que se irrumpe en el pasado para justificar políticas del presente, ya sean estas de apropiación, de exclusión o de olvido… Este ha sido un motor fundamental para nosotros: Una mayor formación crítica debe ser parte fundamental de cómo gestionar socialmente los discursos interesados sobre el pasado.

Así, conocer más sobre los iberos no solo repercute en nuestro conocimiento de esos siglos, sino que nos permite ser más críticos con las formas en que se ha recurrido a las sociedades del pasado por parte de los regímenes políticos a la hora de construir un presente a su medida. Esta es una pauta que continúa. El pasado es crecientemente, en nuestra Europa contemporánea, una fuente

para los distintos discursos que intentan construir identidades en el presente. De aquí se derivan usos muy diversos: desde la apropiación en exclusiva –es nuestro pasado y no el de los demás– a los acercamientos críticos que abogan por una mirada más responsable a las formas en que construimos y recreamos el pasado.

Los iberos poblaron el área mediterránea de la Península Ibérica durante la Protohistoria. Esta es una época de gran trascendencia para las formas en que se organizaron las sociedades antiguas, ya que las comunidades de este área experimentaron, entre los siglos VI-I a.C., cambios fundamentales en las formas de ejercer, legitimar o justificar el poder. Es decir, cambian las relaciones entre los diferentes grupos sociales y, consecuentemente, cambian las formas en que se organiza su sociedad, que se transforma desde la creación y consolidación de las jerarquías hasta el umbral en que irrumpe el estado, sin duda una de las transformaciones fundamentales en la historia de las sociedades humanas. Así que, al acercarnos a los iberos, nos enfrentamos en realidad a una serie de preguntas que todos podríamos hacernos, que surgirían espontáneamente al examinar cualquier sociedad humana: ¿cómo organizaban los iberos su comunidad?, ¿cómo repartían y trabajaban las tierras?, ¿cómo era ser orfebre, escultor o alfarero? Y también, ¿cómo explicaron su mundo, el entorno natural que les rodeaba y del que dependían?, ¿qué explicaciones dieron ante los hechos extraordinarios o inexplicables, que podían ocurrir en la espesura del bosque?, ¿qué hazañas atribuyeron a sus héroes, cómo serían los relatos transmitidos a hijos y a nietos?



1. El asentamiento, la necrópolis, la atalaya y los campos de cultivo de un paisaje ibérico.

Debemos tener en cuenta que este nombre, iberos, no significa que fueran un pueblo homogéneo ni único ni unificado en algún momento de su historia. Tampoco podemos demostrar que hablaran la misma lengua. En realidad, iberos designa su común pertenencia a las tierras del occidente mediterráneo y el hecho de compartir ciertos rasgos, a partir de su larga convivencia o contacto con pueblos diversos del Mediterráneo.

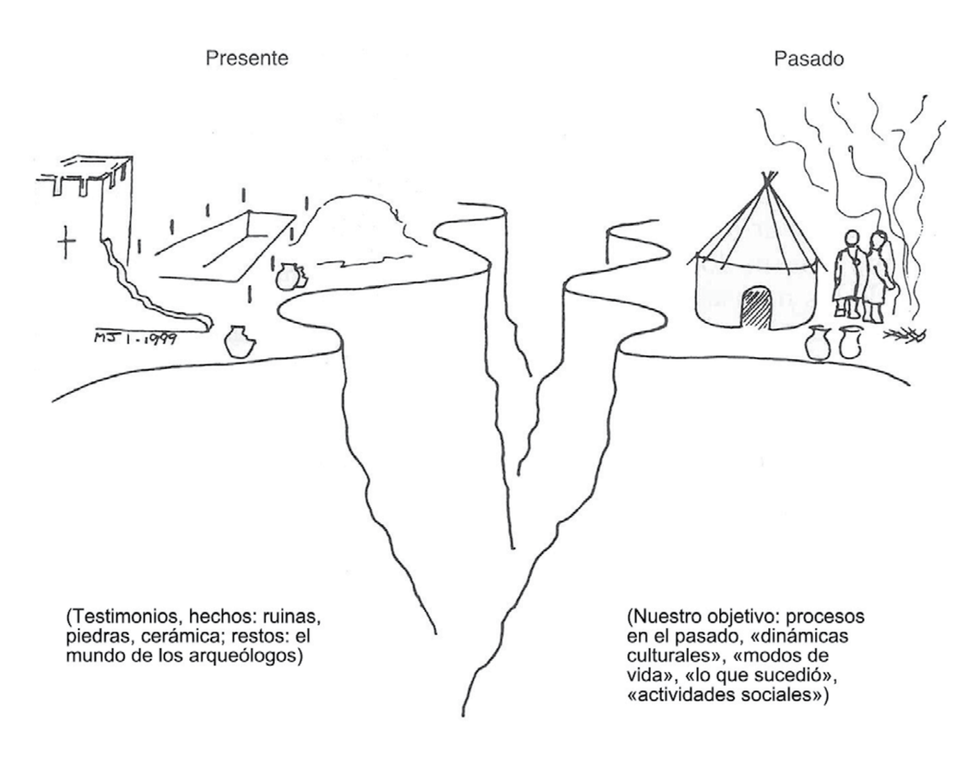


2. Recreación del santuario ibérico de Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén).

Antes que trasladar una mirada única sobre los iberos, hemos querido dar voz a diferentes investigadores. Hemos elegido, por tanto, una estructura temática de voces diversas como forma de acercarnos a distintos aspectos de sus modos de vida. Se ha buscado reflejar el amplio abanico de temas y de perspectivas que han enriquecido nuestro conocimiento de los iberos y que caracterizan el campo abierto de la investigación actual. En las páginas siguientes encontraremos los diversos factores que incidían en sus vidas: desde las formas de apropiación o dominio del paisaje, las implicaciones sociales de los procesos productivos, las formas de identidad y memoria, la comensalidad y su dimensión social, la violencia real y simbólica, la guerra, las formas de legitimar la diferencia social, los ritos y la construcción de lo sagrado, los discursos visuales y textuales como componentes dinámicos de la ideología y de la práctica social…

Las intervenciones incluidas en este ebook son, también, formalmente diversas. Se ha potenciado la libertad como forma de romper la usual homogeneidad del discurso de la academia, convencidos de la necesidad de explorar otras formas de narrar que respeten el rigor en lo comunicado sin temor de romper la tradicional forma de hablar de los profesionales. Quizás esta heterogeneidad en el tono pueda sorprender pero, en este caso, hemos apostado decididamente por una diversidad que huya de los discursos homogeneizadores y que abarca desde la ficción arqueológica a la síntesis científica. Perseguimos, así, un objetivo doble. En primer lugar, alcanzar el tono con el que el autor sintiese que podía comunicar mejor al no especialista su tema de estudio. En segundo lugar, ensayar contenidos alternativos a los ya existentes sobre el mundo ibérico y que puedan conectar con el lector. Es decir, ensayar fórmulas para emprender el camino que debe llevarnos a dialogar con las nuevas comunidades de intereses que la web ha propiciado.

Creemos, igualmente, que es preciso buscar, para el lenguaje de la comunicación científica, nuevas vías que no tienen por qué asemejarse a las del artículo especializado. ¿Por qué en la comunicación de la ciencia debe imperar el mismo discurso homogéneo de la publicación profesional, científica o administrativa? No hay razones para ello, ya que una mayor libertad formal puede abrir nuevas vías y no está reñida con el rigor, la exactitud o el carácter histórico, interpretativo y científico de lo que comunicamos.



A lo largo de los capítulos de este ebook nos asomaremos también a las formas de conocimiento que genera la arqueología, como ciencia que indaga sobre el pasado desde el presente. Dentro del conjunto de ciencias sociales, la arqueología estudia al hombre y su comportamiento en sociedad a partir del análisis integral y contextual de los restos materiales de su acción en un espacio físico y en un tiempo determinado. La arqueología converge con otras disciplinas en el amplio campo del patrimonio histórico, donde diferentes prácticas profesionales se encargan de su salvaguarda, protección, investigación, puesta en valor y comunicación.

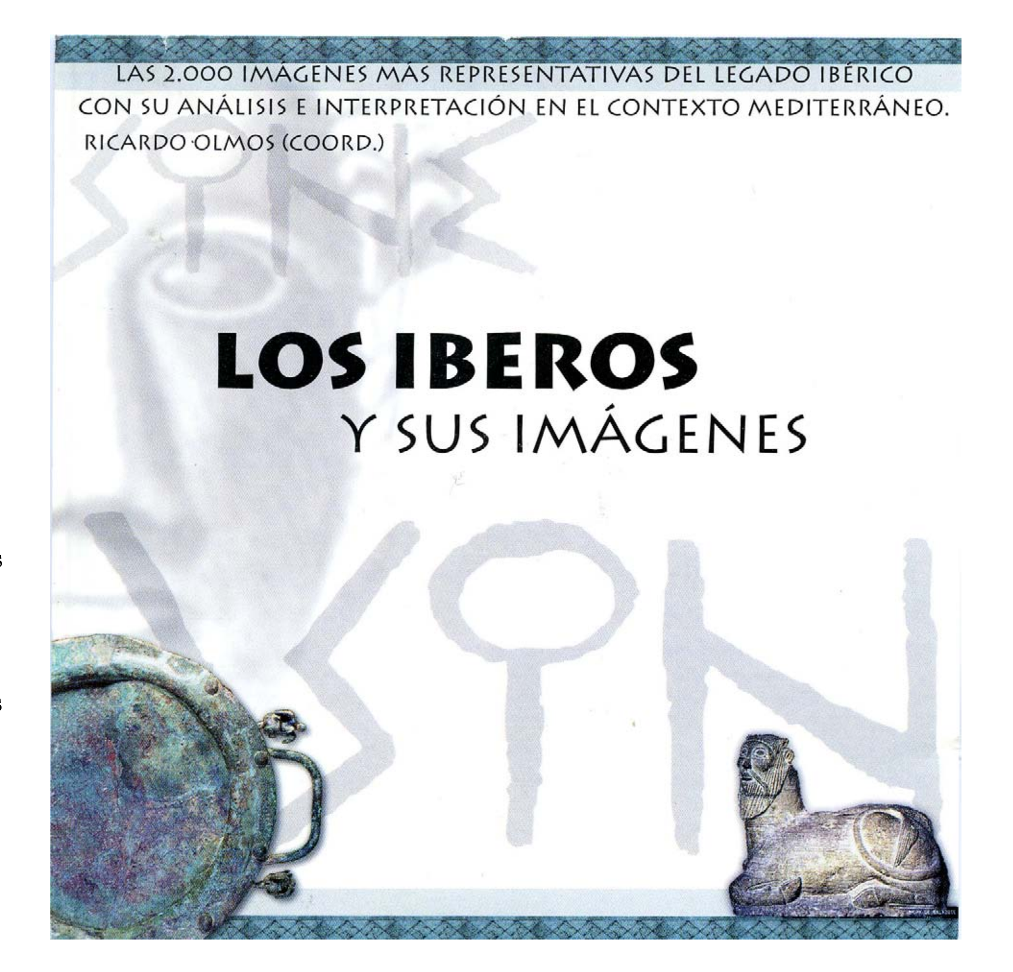
Creemos que ha prevalecido hasta hace poco la idea de una ciencia dispensadora de verdades inamovibles y de descubrimientos. En nuestro recorrido por los territorios y los siglos de los iberos vamos a alejarnos voluntariamente de esta senda. No vamos a enarbolar el estandarte habitual de proporcionar un nuevo panorama, algo que creemos vinculado al reclamo del hallazgo arqueológico y, en última instancia, a la llamada arqueología del descubrimiento. Creemos que lo nuevo, además de llegar a estar tan manido que se vacía de contenido, no es necesario como reclamo. En realidad es, más bien, contraproducente si el público se acostumbra a buscar en la ciencia novedades constantes que después resultan huecas. Esta constante promesa de novedad potencia una idea de la ciencia como dispensadora de axiomas, de autoridad. Y creemos que esto es en realidad lo primero que habría que eliminar de la divulgación científica, si queremos trasladar una idea más exacta de qué es la ciencia, al tiempo que establecer un diálogo con amplios sectores sociales potencialmente interesados, o a quienes deberíamos saber interesar.

3. El trabajo del arqueólogo como "puente" en el abismo entre el presente y el pasado.

Nos gustaría transmitir por tanto que la ciencia no es un recetario de soluciones, sino una forma de conocimiento, abierta, en continuo cuestionamiento y debate. El estado de la cuestión con que trabajamos los profesionales está lejos de ser un axioma. En ocasiones nos sirve para construir sobre él, pero también sirve para cuestionarlo, deconstruirlo, emprender nuevas vías o comenzar de nuevo.

Por ello, en este ebook hemos querido trasladar el panorama completo con el que trabajamos, conscientes de los vacíos, errores o incluso lastres, pero también de sus avances o fortalezas. Todo ello, lo aceptado y lo debatido, debe hacerse siguiendo ciertos métodos. Esta es la forma de construir el conocimiento científico, que se diferencia de otros tipos de conocimiento en que no podemos adquirirlo espontáneamente mediante la experiencia cotidiana del mundo que nos rodea, sino mediante el estudio de campos especializados que requieren aprendizajes, perspectivas y métodos particulares cuya destreza es preciso dominar.

Merece la pena detenernos brevemente en nuestra apuesta por un ebook que quiere fomentar decididamente el paso del texto al hipertexto. Hemos apostado por este camino del texto enriquecido, que permite pasar del texto al hipertexto, incorporando recursos de vídeo o interactivos mediante enlaces a recursos web. La idea de un libro de soporte electrónico sobre los iberos no es, claro, nueva. Quiero especialmente citar aquí la apuesta que significó el ingente y pionero trabajo dirigido por Ricardo Olmos, a quien dedicamos esta obra y que produjo el cd *Los iberos y sus imágenes* (1999), cuya referencia encontrará el lector al final de estas líneas.



4. Portada del Cd Los iberos y sus imágenes (1999).

En nuestro caso, pretendemos explorar algo anunciado por varios autores: el trabajo científico del futuro no consistirá en páginas bidimensionales de texto y parte gráfica, sino en mundos de información navegables en tres dimensiones. Estos mundos tendrán la capacidad de vincularse a otros mundos, como los ficheros en un servidor o mediante la colaboración interactiva en tiempo real con otros científicos.

Aún conscientes de estar en un período transicional en cuanto a formatos y desarrollo de los ebook, apostamos decididamente por esta vía. No tener las restricciones de un texto impreso y la convicción y voluntad de insertar nuestro proyecto en un mundo navegable de información ha sido un importante estímulo. Gracias al trabajo de Sara Olmos, diseño e información convergen y forman esta plataforma interactiva que es el ebook, una red que canaliza el acceso a varios recursos exteriores, como vídeos, páginas web o artículos on line. Además de la información textual y de nuestro decidido fomento de las recreaciones de espacios antiguos, hemos ensayado también otras fórmulas de hipermedialidad y el lector descubrirá, por ejemplo, que la parte gráfica señalada con una proporciona otra imagen o dibujo al pasar el ratón por encima. Cada autor se identifica mediante un icono que el lector verá en cada capítulo, "cosiendo" sus hojas en el margen izquierdo. El mismo icono identifica al autor y a su capítulo en la portada. Un índice interactivo permite acceder directamente a los contenidos. Ensayamos, así, una comunicación entre los apartados del ebook distinta a la de un libro en papel. Enfatizamos la diversidad que permite el formato digital.

La producción de un ebook que apuesta por explorar formatos enriquecidos que potencian la interactividad no solo está muy lejos de ser meramente formal, sino que es algo firmemente anclado en el por qué de este proyecto, en su concepción misma.

Para ello es clave la constatación de que estamos inmersos, conscientes o no, en una revolución en la forma de producción de conocimiento, de transferencia y comunicación. Las posibilidades de la web 2.0 han puesto sobre la mesa un debate en torno a las perspectivas y cambios para la pedagogía, la investigación, etc.

5. Posibilidades y espacios abiertos con la web 2.0.



Si la comunicación es esencial para la práctica de la ciencia y las formas tradicionales de comunicar están en una transformación estructural, resulta claro que nos hallamos en un escenario de nuevas oportunidades y retos. Esta *media revolution* abre nuevos escenarios para los que hay que adoptar estrategias diferentes.

Concebimos que las posibilidades abiertas por el cambio de paradigma de la comunicación no es una moda, sino una gran oportunidad. Es, como han señalado algunos autores, un desafío histórico.

La conversión de la web en una gigantesca base de datos semántica significa el avance hacia una ciencia global, al tiempo que la multiplicación exponencial de contenidos accesibles sobre patrimonio cultural. Además de los lugares físicos, como los museos, centros de interpretación o parques arqueológicos, la web se convierte en una nueva "zona de contacto" donde interactúan y confluyen intereses de los diversos sectores involucrados en la gestión y difusión del patrimonio. En este contexto, es necesario abordar el cambio y explorar decididamente qué significa esta profunda transformación para el patrimonio arqueológico, tanto para su investigación, protección y puesta en valor, como para su transferencia y comunicación.

Hasta ahora, el patrimonio cultural, así como su futuro, ha dependido fundamentalmente de los acuerdos que surgen entre tres grandes sectores. A grandes rasgos, con sus matizables subdivisiones, son el sector científico-profesional, el político-administrativo y el resto de la sociedad. Los tres protagonizan una serie de prácticas de gran importancia, entre ellas el consenso del que depende en realidad la definición que, a cada momento, se adopta sobre el patrimonio cultural y sobre cuál debe ser su papel en la sociedad.

Hasta hace pocos años, la llamada academia (universidades y centros de investigación) y los profesionales definían los aspectos fundamentales del patrimonio. En realidad, estos dos sectores han sido los históricamente acaparadores de los flujos de producción y consumo de conocimiento. ¿Dónde quedaba el no experto? La sociedad era mera receptora. No tenía voz, solo se le concedía ser espectador del proceso.

En realidad, la brecha que tradicionalmente ha separado a investigadores y público sigue aún abierta. Ciencia y tecnología, por un lado, y comunicación, por otro, tal y como han señalado autores como Javier Fernández del Moral, parecen haber corrido en paralelo sin encontrarse jamás. La situación no parece haber cambiado demasiado: el divorcio entre ciencia y sociedad sigue existiendo. Algo que no deja de ser paradójico, ya que vivimos en un entorno cada vez más influido por la ciencia y la tecnología y la mayoría de los ciudadanos ignoran por tanto cuestiones que tienen una incidencia y repercusión tan directa en sus vidas. Así pues, parece que la ciencia aún está lejos de alcanzar el peso que debería tener en nuestras vidas, en la necesaria y acuciante transformación de la sociedad y de los modelos productivos.

Por ello es especialmente importante mejorar la comunicación de la ciencia. Consecuentemente, la arqueología debe comunicar mejor las formas en que conocer el pasado puede enseñarnos a pensar productivamente el presente y el futuro. Se viene imponiendo la idea de que la transferencia a la sociedad es central y debe ser tomada en cuenta en todos los pasos de toma de decisiones sobre la generación de conocimiento y la puesta en valor del patrimonio. Las enseñanzas y comprensión que permite la arqueología pueden ser relevantes para los problemas a los que nos enfrentamos hoy en día. Por citar tan solo algunos ejemplos: es consecuente con nuestra actual preocupación ecológica considerar cómo intervino el medio ambiente en el desarrollo de las sociedades del pasado, incluyendo los efectos de la degradación ambiental. También nuestra megaciudad o no ciudad actual puede beneficiarse de un mejor conocimiento de la variada formulación de la vida urbana a lo largo de la historia.

Es decir, se instala crecientemente la idea de que es necesario efectuar una difusión de los resultados científicos que incida socialmente. Solo en la medida en que la comunicación de los resultados de la ciencia sea comprensible y consistente con los avances de la disciplina, el soporte y demanda del público crecerán. Y sabemos que una parte importante del futuro de la arqueología depende de la comprensión, demanda y apoyo por parte del público.

En este contexto de mayor concienciación sobre la importancia de la comunicación de la ciencia, irrumpe un proceso decisivo: la llegada de los nuevos paradigmas de comunicación. La generalización de sus herramientas y posibilidades ha empezado a tener múltiples y trascendentales consecuencias. Por ejemplo, ya no podemos hablar de una cadena de transferencia unidireccional del profesional al público. El diálogo entre los diferentes actores es ahora la arena, el espacio donde se produce el nuevo conocimiento. Al mismo tiempo, y al cambiar las formas de comunicación y transferencia de la ciencia, los medios digitales pueden promover nuevas aproximaciones y dar al científico un nuevo papel, posibilitar su mayor presencia en la sociedad. De hecho, la mayoría de los investigadores europeos que participaron en un estudio de la Comisión Europea se mostraban partidarios de "una relación continua y más profunda con los medios para que el público percibiese que la ciencia se basa en adquirir nuevos conocimientos y satisfacer la curiosidad, no solo en invenciones y nuevos productos" (http://www.elmundo.es/campus/2010/571/).

La ciencia ya no puede ser solo institucional, dirigida desde la universidad, la autonomía o el estado. La ciencia se comunica e interesa crecientemente a comunidades de prácticas e intereses comunes. Y el papel del público está, cada vez más, en el centro del diseño de la ciencia. De receptora final, la amplia comunidad de usuarios se ha convertido en central.

La academia ya no tiene el monopolio de la producción, valoración y revisión del saber, sino que estamos inmersos en un contexto de producción policéntrica del saber. Como señala Daniel Innerarity, la producción y legitimación del saber se ha emancipado del sistema académico. El saber se pluraliza y descentraliza, resulta más frágil y contestable. La sociedad del conocimiento se caracteriza porque un número creciente de actores dispone, y hace valer, un fondo también creciente de saberes.

En este contexto cambiante surgen iniciativas como el Digital Humanities Manifesto elaborado en la Universidad de California (UCLA) y perfilado a raíz del *THATCamp (The Humanities and Technology Camp)* celebrado en París en mayo de 2010. Dirigido a las comunidades de investigación y a todos los involucrados en la creación, publicación, valorización o preservación del conocimiento, el manifiesto propone unas humanidades digitales que no se definen como un campo unificado, sino como una serie de prácticas convergentes, una "transdisciplina" que incorpora todos los métodos, sistemas y perspectivas heurísticas vinculadas a lo digital en el campo de las humanidades y de las ciencias sociales.

El manifiesto es un llamamiento a la integración de la cultura digital en la definición de la cultura general del siglo XXI. En general, la iniciativa Digital Humanities busca desempeñar un papel pionero en un mundo en que las universidades y centros de investigación ya no son los únicos productores, administradores y difusores de conocimiento o cultura. Más bien, se enfrentan ahora al reto de moldear o diseñar modelos digitales de discurso académico no solo para el alumno adolescente, sino para una emergente esfera pública que demanda y necesita una formación continua a lo largo de su vida.

Universidades y centros de investigación se enfrentan ahora a este reto lanzado en la red. Es preciso modelar la excelencia y la innovación en estos ámbitos digitales y facilitar la formación de redes de producción de conocimiento, intercambio y difusión que sean, a la vez, globales y locales.

Es preciso analizar y actuar en los nuevos espacios en que se debate, transmite y se genera opinión sobre el patrimonio. Y como el conocimiento se produce en la red, las nuevas tecnologías van a jugar un importante papel en la interpretación de nuestro patrimonio cultural. Los medios innovadores que incorporan modelado 3D, mundos virtuales, video, etc., pueden ser utilizados para dar voz a otras historias sobre el pasado, pero también para acercar la teoría, educar a audiencias más amplias, implicar a diferentes comunidades en cada una de las etapas del trabajo arqueológico y abrir un diálogo entre diferentes sectores sociales.

Puede ser quizás, el espacio web, un espacio alternativo a los abismos existentes aún entre la academia, los profesionales y el gran público. Un espacio intermedio que, con su capacidad de acercar los contenidos científicos descargables a cualquier lugar, puede propiciar nuevas formas de visita al lugar antiguo. Por ejemplo, la puesta en marcha de la expedición Malaspina en mayo de 2011 se acompañó de un blog que comunica a lectores y científicos, mientras que el cómic de Mr Fish atiende a otros tipos de público interesados en la expedición.

Es seguro que el futuro del sector del patrimonio depende del éxito conseguido en las formas y alcance de esta nueva participación en red. Desde esta perspectiva es absurda la menor atención que la comunicación de la ciencia sigue teniendo entre ciertos profesionales. Marginar este ámbito es, cuando menos, estratégicamente poco viable.

Se impone, por tanto, un cambio de actitud de los sectores implicados en el patrimonio arqueológico. Es necesaria su reubicación en la nueva sociedad de la información, su presencia, más activa, en los espacios web donde se debate y se construyen relaciones en torno al patrimonio. Es preciso aprovechar la oportunidad para crear un escenario en el que superar los problemas surgidos de la organización anterior. Este escenario, ciertamente cambiante, es una oportunidad para construir nuevas prácticas, donde los diferentes sectores implicados en el patrimonio arqueológico se involucren y dialoguen de otras formas. Por ejemplo, las nuevas tecnologías ofrecen soluciones para formar y dialogar con poblaciones geográficamente alejadas de los centros universitarios o formativos.

Es preciso, como indica el Digital Humanities Manifesto, actuar para hacer realidad una nueva topografía, un nuevo espacio que no sea solo disciplinario, sino que anime a la creación de configuraciones alternativas para la producción y comunicación del conocimiento: de composición abierta, de alcance global, diseñadas para atraer a nuevos públicos y establecer nuevos modelos supra-institucionales, un espacio configurado por plataformas más flexibles y abiertas, que desbordan y plantean retos a la organización institucional actual.

La ciencia se ha definido como el arte de transformar una pregunta hasta que encontremos una respuesta. Más allá de la orientación más utilitarista de la ciencia que se ha encumbrado en los últimos decenios, es necesario redimensionar la ciencia como una forma de pensar el mundo, en su complejidad y en sus rarezas. Es, también, una de las actividades que nos constituyen como seres humanos. A pesar de nuestra fragilidad, e incluso de nuestra insignificancia comparados con las dimensiones de la naturaleza, mediante la ciencia conseguimos pensar este universo, representarlo, estructurarlo aparentemente en orden, hacerlo nuestro. Este debate, esta discusión, tiene un nuevo espacio y es inmaterial, abierto y global.

Para leer más...

OLMOS, R. (coord.), 1999: *Los iberos y sus imágenes*. Recurso electrónico, director responsable científico, Ricardo Olmos; coordinación y tratamiento de la documentación, Isabel Izquierdo, Francisco J. Martínez Quirce; imágenes y diseño gráfico, Victorino Mayoral; tratamiento digital e informático, Francisco Fernández Izquierdo; documentación y digitalización, Matilde Morillo y Mar Camarero.

DÍAZ, ÁNGEL, 2010: "Los científicos en busca de nuevos métodos de comunicación", *El mundo Campus*, 17 de Febrero de 2010, número 571, especial investigación, http://www.elmundo.es/campus/2010/571/

CLACK, TIMOTHY; BRITAIN, MARCUS (eds.), 2007: *Archaeology and the media*, Left Coast Press, Walnut Creek, California.

The Humanities and Technology Camp

VICENTE SOLÉ, RICARDO, 2009: *Redes complejas: del genoma a Internet*, Tusquets, Barcelona.



El hombre en el paisaje: el territorio, la ciudad

Ignasi Grau Mira
Universitat d'Alacant

1. De la aldea a la ciudad. Procesos de urbanización en *Iberia*

Durante la primera mitad del primer milenio antes de nuestra era se produce en toda la cuenca del Mediterráneo y en zonas de la Europa templada un proceso de concentración de la población y urbanización que acaece siguiendo sus propios ritmos y modalidades en las distintas regiones. En el caso del sur y la fachada mediterránea de la Península Ibérica este proceso se produjo como convergencia de los procesos de transformación de las sociedades locales y de las influencias llegadas del Mediterráneo oriental, de manos de fenicios primero y griegos después, donde el fenómeno urbano se había producido con anterioridad.

Los primeros procesos de urbanización en los territorios de *Iberia* se habían iniciado en el sur en fechas muy tempranas. La sociedad tartésica, dinamizada por las explotaciones de los recursos minerales de la Baja Andalucía, acogió las primeras colonias fenicias atraídas por tal riqueza. Las nuevas fórmulas urbanas se adaptarían tempranamente en este espacio regional, pero fue a partir de fines del s. VI a. C. con la aparición de la Cultura Ibérica cuando se produjo la plena consolidación de las ciudades.

En efecto, la etapa más temprana de la Cultura Ibérica ya muestra la existencia de asentamientos de tamaño considerable, con formas urbanísticas regulares articuladas a partir de una arquitectura en piedra de estructura cuadrangular que permite la adyacencia de las viviendas y la ordenación de los espacios de tránsito en calles rectilíneas. La mayor parte de esos centros urbanos poseían poderosas obras de defensa compuestas por murallas, torres y puertas fortificadas. Los romanos se refirieron con la denominación de *oppidum* al núcleo urbano ibérico y con frecuencia aludieron a su carácter de fortaleza por su ubicación estratégica sobre altozanos y sus poderosas fortificaciones. Buenos ejemplos de esos *oppida* completamente configurados desde época ibérica antigua serían Puente Tablas en Jaén o el de menores dimensiones





de El Oral en Alicante, por citar únicamente algunos ejemplos tempranos.

Más allá de las dimensiones de la aglomeración y de su configuración física, que muestra una extraordinaria variedad, queremos en estas líneas preliminares señalar el significado social que suponen los procesos de concentración de la población y la emergencia de las formas embrionarias de vida urbana. La cultura ibérica es consustancial al proceso de urbanización entendido en un sentido tanto físico, consolidación del *oppidum* y enclaves concentrados, como en su vertiente social y política, es decir el desarrollo de economías complejas y diversificadas, el afianzamiento de desigualdades sociales y la aparición de grupos dirigentes de carácter hereditario. Interpretamos el proceso como una transformación regional de un paisaje rural formado por núcleos indiferenciados con población más o menos homogénea en la edad del Bronce que se transforma en un patrón de asentamiento en el cual un entorno agrícola soporta unas pocas aglomeraciones con funciones especializadas en su carácter económico, en la representación social de la comunidad y en la dirección política.

Cabe decir que las vías, los procesos y los ritmos que llevaron a las sociedades ibéricas hacia la consolidación de las formaciones urbanas no fueron las mismas en todas partes, e incluso hubo experiencias fallidas en algunos territorios. Los *oppida* de la Alta Andalucía muestran, como veremos, fuertes procesos de centralización de la población que aglomeran a la totalidad de los habitantes en el interior de *oppida*. En las tierras del sudeste y el País Valenciano se produce la concentración en centros urbanos de dimensiones modestas que darán paso a la emergencia de las ciudades rectoras de amplios territorios hacia el s. III a. C. En tierras catalanas se distingue claramente un espacio litoral donde cada uno de los territorios étnicos está presidido por una gran ciudad desde época temprana, mientras las tierras interiores presentan aglomeraciones menores que aglutinaban la población del territorio.

Más allá de todas estas dinámicas cruzadas, podemos decir que en líneas generales la mayor parte de los territorios de *Iberia* habían desarrollado procesos de urbanización a la llegada de Roma a fines del s. III a. C. Algunos de estos proyectos se truncaron, mientras que la mayor parte de la estructura generada durante la época Ibérica fue la horma sobre la que intervino la nueva administración romana, lo que da cuenta de la madurez de los proyectos de centralización ibéricos. En pocas centurias se había producido la transformación de las comunidades campesinas de pequeña escala en aglomeraciones urbanas o en asentamientos concentrados que sin alcanzar esta categoría poblacional serían el embrión de las fórmulas urbanas al ser los referentes espaciales de los territorios donde se ubicaban.







1. *Recreación de la fortificación ibérica del Puig d'Alcoi (Alicante).*

2. El *oppidum*, modelo ibérico de ciudad

Es difícil tratar de caracterizar el tipo de ciudad ibérica, habida cuenta de la diversidad de esta cultura debido a la gran extensión espacial del ámbito al que nos referimos, los distintos sustratos locales y condicionamientos geográficos. Sin embargo, más allá de estas variables, debemos tratar de describir los rasgos comunes que caracterizarían el modelo de ciudad ibérica en el seno del Mediterráneo Antiguo.

Como norma general, las ciudades ibéricas eran de dimensiones más reducidas y de aspecto menos monumental que sus contemporáneas griegas o cartaginesas, donde se desarrollaron formas muy organizadas de estructura urbana con trazados muy regulares y obras públicas singulares. Las ciudades ibéricas se articulaban a partir de ordenamientos muy variables y en ocasiones con adaptaciones a terrenos muy irregulares, lo que daba al asentamiento una apariencia muy rústica. Tampoco son frecuentes los espacios públicos de representación como amplias plazas, templos destacados o centros cívicos. La principal construcción colectiva frecuentemente era la fortificación urbana que además de proteger el hábitat se erigía como símbolo de la comunidad (figura 1). Como resultado, el modelo urbano ibérico mostraba un carácter de ciudad-fortaleza donde resaltaba el factor estratégico y defensivo.

A pesar de las limitaciones en la morfología urbana y la escala de la aglomeración no cabe ninguna duda de la función urbana de los *oppida* ibéricos en cuanto a centros de decisión política y puntos articuladores de economías complejas. Estos centros fortificados son las residencias del poder político que ejercen unas elites aristocráticas de carácter guerrero que se entierran en las necrópolis de las proximidades del hábitat, acompañados de sus familias y clientelas. Algunas de las más importante ciudades fueron Ullastret, Sagunto o Cástulo, por citar unos pocos ejemplos de la amplia extensión de *Iberia*.

Las ciudades ibéricas tenían una naturaleza principalmente agraria y aunque debieron ser la sede de los intercambios, concentrar actividades artesanales





y otras actividades económicas, su principal orientación económica fue la explotación del campo y la transformación de los productos agrarios. Hasta las ciudades costeras que desarrollaron importantes funciones comerciales debieron contar con importantes grupos de productores agrícolas. Así las cosas, no tiene ningún sentido definir la ciudad como el reverso del campo, en el sentido moderno de oposición campo-ciudad, sino que en la antigua *Iberia*, como en el Mediterráneo clásico y premoderno, siempre hubo una simbiosis equilibrada (figura 2).

Los territorios ibéricos raramente se encontraban ocupados únicamente por ciudades, exceptuando la Alta Andalucía en época clásica. Los núcleos urbanos eran las capitales que ordenaban espacios más o menos amplios donde se emplazaban otros asentamientos subordinados de naturaleza y función variables. Así podemos encontrar desde núcleos urbanos menores a simples aldeas y casas de labor, pasando por centros artesanales o enclaves defensivos al modo de fortines, sin olvidar los centros ceremoniales y santuarios que ordenaban el paisaje sacro. En definitiva, asentamientos variados que se organizaban en redes de poblados insertos en unidades de paisaje para constituir los distintos espacios políticos ibéricos. Estas unidades territoriales siguieron el modelo de la típica ciudad-estado mediterránea, como la *polis-chorá* griega o el binomio *civitas-territorium* de los romanos. Esta unidad territorial adquirió modalidades propias en cada una de las regiones de *Iberia*.

2. Recreación del interior de un oppidum. Ilustración de Sara Olmos.





3. Variaciones regionales de los territorios ibéricos

Las características generales descritas adquirieron formas concretas en las diferentes regiones que constituyen el amplio espacio de *Iberia*. Los condicionantes del medio físico, las formas de organización sociopolítica, las modalidades económicas o las diferentes tradiciones culturales contribuyeron a dar forma concreta a los diferentes territorios ibéricos. Con la finalidad de aclarar este complejo panorama, la investigación actual tiende a distinguir tres grandes áreas a partir de algunos rasgos comunes.

La organización territorial entre los iberos del Sur

Los grupos del sur de Iberia, de un área correspondiente aproximadamente a la actual Andalucía se organizaron desde época temprana a partir de una densa red de ciudades que ordenaron un mosaico de territorios urbanos que se extendía por todo el valle del Guadalquivir, mientras en las áreas costeras se emplazaban los núcleos coloniales. Buena parte de la explicación del elevado grado de urbanización de esta región debe derivarse de la temprana relación de las poblaciones locales con los comerciantes fenicios que establecieron estas colonias. Ya los escritores antiguos, como Estrabón, aludieron al elevado desarrollo del urbanismo en la región, la más civilizada a ojos de este escritor grecolatino. De hecho, esta fuerte influencia semita caracterizó la cultura de los iberos de la baja Andalucía, denominados turdetanos por las fuentes clásicas, que contaron con florecientes núcleos como Carmona, *Nabrissa* o *Celti*, por citar unos pocos ejemplos.

Remontando el Guadalquivir, encontramos la trama de territorios de la Alta Andalucía, una de las mejor conocidas en sus características particulares y su evolución histórica. Se trata de grandes centros urbanos, por lo general en torno a 10 ha de extensión, poderosamente fortificados y que concentraban toda la población de sus territorios. A diferencia de otros ámbitos geográficos, en esta región el apogeo de la Cultura Ibérica congregó a toda la población en grandes *oppida* donde las relaciones de vecindad posibilitaron el dominio político y la gestión de la mano de obra campesina por parte de los príncipes locales. Ejemplos destacados de estas ciudades serían Cástulo en la región minera de Linares o la ampliamente excavada Plaza de Armas de Puente Tablas, en las proximidades de Jaén.

Los *oppida* de esta región se sitúan a 15-20 km de distancia de lo que se deduce la extraordinaria densidad urbana y una reducida extensión de los dominios de estas ciudades circunscrita al ámbito local del entorno. En ocasiones se produjo la expansión de los dominios de una ciudad a partir de la colonización de una porción cercana donde se situaba un *oppidum* secundario, dependiente del núcleo principal. Esos proyectos políticos ampliados, configuraban un espacio político en torno a un valle o fuente hídrica común, un *pagus* en expresión de A. Ruiz y colegas. Así se documenta con la expansión de Cástulo y la fundación del *oppidum* de Giribaile o en el caso de Úbeda la Vieja, la *Iltiraka* ibérica, con la fundación del *oppidum* de La Loma del Perro. En ocasiones este proyecto político se sancionaba con el emplazamiento de un santuario en los límites del dominio de la ciudad, a modo de marcadores fronterizos como veremos a continuación.

Los príncipes que regían estos *oppida* se relacionarían mediante pactos de clientela que aupaban a poderosos mandatarios al liderazgo de verdaderas federaciones de ciudades. Un buen ejemplo es el del rey Culcas citado por los textos antiguos que se refieren a la época de la segunda Guerra Púnica y al que ha hecho alusión A. Ruiz para estudiar estas relaciones políticas. En un primer momento se le describe como líder de 28 ciudades y unos años después tan sólo manda sobre 17. Este tipo de pactos nos permite comprobar cómo la ciudad constituye la unidad territorial básica y





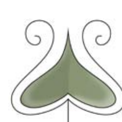
cómo por encima de ella existían agregaciones que se conformaban o disolvían en función de las relaciones sociales y políticas y el discurrir de la Historia.

La organización territorial entre los grupos del área oriental

El espacio correspondiente al área oriental de la Península Ibérica, aproximadamente desde las actuales provincias de Murcia hasta Castellón, muestra una configuración espacial en parte semejante y en parte diferente a la reconocida en el Sur Peninsular. La similitud se encontraría en que los espacios locales están presididos por asentamientos concentrados fortificados que dominan cada unidad natural de esta zona geográfica. En algunas comarcas montañosas los espacios se encuentran claramente parcelados por relieves que delimitan los dominios de cada *oppidum*. Por lo general estos centros son de dimensiones más modestas que los localizados en el Alto Guadalquivir y a diferencia de estos, no concentran toda la población del entorno. La ocupación campesina de poblaciones dispersas por el valle se identifica a partir de aldeas, caseríos o instalaciones rurales de variada morfología y función.

Estos territorios locales no siempre funcionaron de forma autónoma, pues en distintos momentos del proceso histórico, pero fundamentalmente en época plena, se configuraron espacios políticos mayores que abarcaron un ámbito comarcal de aproximadamente 700-1000 km². Estas circunscripciones se formaron por la agregación de diversos *oppida* pequeños presididos por uno de mayor tamaño e importancia que logró imponer su autoridad sobre los restantes asentamientos. De ese modo, las ciudades se encuentran en la cúspide de un sistema claramente piramidal en el que encontraríamos la ciudad, poblaciones urbanas de segundo orden, aldeas o caseríos dispersos. Algunas de estas ciudades son Verdolay o El Cigarralejo en Murcia, El Tolmo de Minateda o Peñarrubia en Albacete, La Alcúdia d'Elx y La Serreta d'Alcoi en Alicante (figura 3) o Xàtiva, Sagunt o Llíria en Valencia, por citar solo algunos ejemplos.

3. Modelo digital del terreno con la recreación de la visión del territorio desde el oppidum del Puig d'Alcoi y su interrelación con los asentamientos dependientes en el s. IV a. C.





Algunas de estas ciudades acogieron santuarios o lugares de culto que permitirían cohesionar la población de sus territorios a partir de vínculos religiosos. Las gentes del lugar acudirían periódicamente al santuario de la comunidad ubicado en la capital, lo que afianzaría el papel de la ciudad desde el punto de vista simbólico y representativo.

Los territorios ibéricos del área septentrional

En la región noroeste de Iberia, correspondiente básicamente a las actuales tierras catalanas, se distingue un tercer modelo territorial. En la fachada costera se han identificado cuatro grandes espacios correspondientes a los territorios de las regiones mencionadas por las fuentes: Indigecia, Layetania, Cosetania e Ilercavonia con las capitales de Ullastret, Burriac-*Ilturo*, Tarragona-*Tarracon-Kese* y Tortosa-*Dertosa* o El Castellet de Banyoles, respectivamente. A ellas habría que añadir el territorio interior de los ilergetes, con su capital *Ilerda*, posiblemente Lleida, aunque este caso no ha podido corroborarse con datos arqueológicos y es posible que se articulase únicamente a partir de aglomeraciones secundarias.

Los territorios de esta región septentrional presentan diferencias en los tipos de asentamientos y especialmente en lo que respecta a las dimensiones del espacio político, cuyos aproximadamente 2200-2600 km^2 triplican la superficie de los territorios del área oriental y superan con creces los espacios geopolíticos de la Alta Andalucía. En el seno de estos espacios se ubican otros enclaves urbanos que pudieron dominar sus respectivos entornos locales, pero bajo la autoridad de los centros mayores que articulan la región.

En esta zona noreste se produce la correspondencia de los espacios urbanos constatados por la arqueología con las menciones de los pueblos citados por las fuentes clásicas, mientras que tal equivalencia no se da más al sur, donde una región antigua acoge varios de los territorios. Tal es el caso de la bien conocida *Edetania* que las menciones de los textos describen como una amplia región que ocupa aproximadamente la actual provincia de Valencia. Sin embargo esta región no constituye un único espacio político, sino que la arqueología ha podido identificar al menos cuatro territorios urbanos correspondientes a las ciudades de *Kelin*-Caudete de las Fuentes, *Edeta*-San Miquel de Llíria, *Arse*-Sagunto y La Carència de Turís, posiblemente la antigua *Gili* ibérica. Como ha propuesto C. Mata, la *regio Edetana* de las fuentes clásicas tendría un sentido cultural o geográfico, pero agruparía distintas entidades políticas.

4. Vida urbana y vida rural: la comunidad y sus gentes variadas

El recorrido realizado nos sitúa ante una amplia diversidad de *oppida* y territorios que debemos relacionar con la gran variedad de grupos y comunidades que se ubicarían en la extensa franja que conocemos como *Iberia*, pero podemos concluir que nos sitúan ante comunidades de carácter urbano o, cuanto menos, protourbano. Es decir, nos encontramos con comunidades de varios cientos o miles de personas con unos grupos sociales dominantes, que tienen en las relaciones de vecindad la base de sus relaciones suprafamiliares, que cooperan intensamente en sus actividades cotidianas y desarrollan formas asimétricas de relación política. Además, por el propio carácter de los *oppida* en posiciones estratégicas y con recintos claramente delimitados por defensas na-





turales y construidas, otorgaría a sus habitantes un sentido de pertenencia a un lugar y una colectividad. Esta relación sería más intensa en aquellos grupos, como entre los iberos del Alto Guadalquivir, donde el *oppidum* es la residencia principal y exclusiva y la nucleación del poblamiento es absoluta, favoreciendo la cohesión de la comunidad por la co-residencia en el mismo centro urbano.

En otros ámbitos geográficos el *oppidum* se acompaña de otros asentamientos de carácter rural. En tal caso la vinculación de la comunidad se establece también por relaciones de vecindad pero no a partir del *oppidum* sino del territorio local, es decir, las gentes se sienten miembros de una comunidad no por residir en una ciudad, sino en un valle. Ese es el espacio ocupado, recorrido y, en definitiva, vivido. Sin embargo, no cabe duda de que existen obvias diferencias entre residir en un centro urbano y un núcleo rural. Convendría comentar cómo son estos enclaves rurales para tratar de aproximarnos a las diferencias entre las formas de vida urbana y rural.

El gran desarrollo de los trabajos de campo en la mayor parte de las regiones de *Iberia* nos permite disponer de documentación arqueológica que nos muestra una extraordinaria variedad de enclaves rurales. Desde aglomeraciones de comunidades rurales hasta asentamientos de familias dispersas.

Existen una serie de núcleos rurales que comparten características con los *oppida*, pues se dotan de murallas y de un ordenamiento regular de su traza urbanística. Tal es el caso de la aldea de La Sènia en Valencia, o el núcleo de Els Estinclells en Cataluña. Posiblemente se trata de comunidades de campesinos tenentes o poseedores de las tierras de los alrededores.

Otro de los tipos de asentamiento rurales bien conocidos son los caseríos compactos del ámbito valenciano, cuyo modelo se definiría a partir del asentamiento de El Castellet de Bernabé estudiado por P. Guérin. Es un sólido asentamiento de reducido tamaño y fuertemente defendido por un recinto murario en el que se instaló un colectivo de varias decenas de personas. Se trata de una finca rural de un terrateniente en la que viven las familias dependientes. Instalaciones de señores del campo semejantes se podrían encontrar en las casas-fuertes de la protohistoria del Sudoeste estudiadas por A. Rodríguez y su equipo.

Otros núcleos rurales de carácter más sencillo serían las instalaciones de plantas complejas y articuladas en torno a patios que se asemejan a las masías o cortijos actuales. Posiblemente corresponden a familias, más o menos extensas, con ciertos derechos adquiridos sobre la tierra, pues construyen sólidas edificaciones en piedra con una clara intención de permanecer en el lugar. Ejemplos de este tipo de enclaves son el Manzanillo (Badajoz), el Zoquete (Valencia) o el Fondo de Roig en Cunit (Tarragona).

Por el contrario, existen una serie de asentamientos campesinos que son hábitats poco estables de carácter semi-permanentes. Están formados por cabañas de forma oval o de tendencia rectangular pero sin ángulos, que se excavan en el sustrato geológico y elevan sus paredes mediante amasados de barro y troncos. Ejemplos de este tipo de chozas los encontramos en Marroquíes Bajos (Jaén) o en l'Alt del Punxó (Alicante). Posiblemente son poblados que se ocupan temporalmente en tiempos de gran intensidad del trabajo agrícola, durante la siembra o la cosecha, por poblaciones residentes en el *oppidum*.





La gran variedad de estructuras rurales del mundo ibérico es un rasgo compartido con las culturas del Mediterráneo Antiguo. Tanto en el ámbito griego, itálico, como púnico se identifican estos complejos patrones de ocupación rural que deben corresponder a distintas lógicas productivas, modos de organización del territorio y formas de tenencias y posesión de la tierra. De lo que no cabe duda es que los asentamientos rurales y sus habitantes vivirían según modos y prácticas distintas a los pobladores del centro urbano (figura 4). Al menos queremos señalar dos aspectos en los que la vida rural y la urbana se distinguirían claramente. La primera se referiría a las formas de relación interpersonal. El reducido número de personas que habitarían las aldeas y caseríos ocasionaría que la mayor parte de las relaciones interpersonales fueran de carácter familiar o de linaje, con gran intensidad social. En las comunidades urbanas las relaciones serían más complejas y variadas, pues a las propias de los contextos anteriores se incorporarían las de facciones y bandos compitiendo y/o colaborando entre ellos.

El segundo aspecto al que queremos aludir es la relación de dependencia en términos económicos y estratégicos que se establecería entre los núcleos rurales y urbanos. Los productores rurales acudirían al *oppidum* a canalizar sus excedentes, acceder a las redes de intercambio y a las actividades especializadas, como las artesanías de cerámica y metales. La



4. Recreación de un asentamiento rural. Ilustración de Sara Olmos.



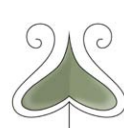
dependencia adquiere una importancia crucial en términos defensivos, pues los asentamientos rurales acudirían a refugiarse tras las murallas del *oppidum* en caso de peligro ante la incursión en el territorio de un grupo hostil. La evidencia física de este papel de refugio se encuentra en los dominios visuales sobre los accesos y la intervisibilidad con las aldeas ejercida por el *oppidum* desde su estratégico emplazamiento (figura 5).

Este espacio socialmente construido con complejos patrones de asentamiento y las relaciones espaciales establecidas entre ellos, recrean la desigualdad social a partir de pautas cotidianas de acción y percepción inscritas en el paisaje. Vivir en un determinado lugar facilitaría determinadas prácticas y comportamientos sociales que contribuirían a definir los papeles en el seno de la sociedad.

5. El territorio y sus límites: los marcadores fronterizos

Los procesos de configuración territorial que venimos describiendo pueden analizarse desde dos puntos de vista. La primera perspectiva se fijaría en el centro del territorio que estaría configurado por el núcleo central, el *oppidum*. Sin embargo, también podemos analizar el territorio a partir de sus límites exteriores, sus fronteras. El correlato lógico del proceso de fijación de territorios y de adscripción de espacios a cada una de las comunidades es la delimitación de sus confines. Recientemente A. Ruiz y M. Molinos han reflexionado sobre las posibilidades de lectura arqueológica de las fronteras y algunas de sus propuestas nos servirán para aproximarnos a los confines territoriales ibéricos. En concreto, vamos a referirnos a dos tipos de delimitaciones que nos parecen especialmente significativas. La primera de ellas es la que se basa en propiedades del medio físico para fijar los límites, denominada frontera ecológica por

5. Modelo digital del terreno del Valle del Serpis con los asentamientos dependientes de la Serreta d'Alcoi en el s. III a. C. 1: ciudad; 2: oppida secundarios; 3: aldeas; 4: caseríos.





Ruiz y Molinos. La segunda es la que emplea construcciones que permitan reconocer la frontera del territorio y se denomina delimitación con hito singular, cuya modalidad más significativa es la de los santuarios ubicados en la periferia.

Empezando por el primer modo de delimitación, las fronteras naturales permiten configurar el territorio a partir de un curso de agua, río o valle, que daría lugar al *pagus*, forma territorial tradicional de la antigüedad mediterránea a la que hemos hecho alusión anteriormente. Un valle es una cubeta natural enmarcada por la geometría de su soporte físico que tienen en sus realces periféricos, montañas o lomas, claros delimitadores naturales. La existencia de relieves periféricos en ocasiones puede ejercer un efecto de bloqueo de los horizontes visuales cotidianos. A partir de esa evidencia natural se podría codificar culturalmente el sentido de la polaridad entre espacio propio y ajeno.

La delimitación por hitos singulares pudiera funcionar como refuerzo de los límites naturales anteriores. En el mundo ibérico encontramos algunos ejemplos de gran interés, pues al igual que en otros espacio territoriales del mundo Mediterráneo, en *Iberia* se configuró el paisaje de la comunidad a partir de la ubicación en sus límites de los espacios sacros. Los trabajos clásicos para el mundo griego, o referidos al mundo etrusco, aportan luz en la construcción de los límites sacros del paisaje mediterráneo. Estas referencias son de gran ayuda para entender la construcción de los espacios liminales.

F. de Polignac en su clásico trabajo sobre la emergencia de la polis griega llamó la atención sobre cómo los lugares de culto se relacionaban estrechamente con los procesos sociales y políticos. Distinguió claramente los santuarios urbanos y los situados en los confines del territorio. Mientras los primeros reforzaban el carácter de la colectividad los segundos robustecían la relación ciudad-campo y definían los lazos de la comunidad y su territorio frente al vecino y establecían los límites de la esfera humana y divina. Es decir, los santuarios tenían un papel sancionador de los procesos geopolíticos en la esfera sacra.

Un buen ejemplo de este tipo de santuarios con función delimitadora se sitúa en la Alta Andalucía, donde los principales santuarios jienenses de El Collado de los Jardines y Los Altos del Sotillo en Jaén han sido caracterizados como los santuarios de delimitación del *pagus* de Cástulo. Situados en el confín del territorio, estos santuarios fueron los marcadores territoriales que sancionaban la expansión del territorio inmediato al *oppidum* hacia las tierras más alejadas mediante la creación del *pagus* político en el s. IV a. C.

Otro ejemplo de expansión y delimitación territorial se reconoce en el valle del Jandulilla, con el santuario de El Pajarillo. En este caso el territorio se constituye en torno a un curso fluvial que es el camino de penetración y eje de articulación del territorio. Como ya hemos descrito, el proyecto político incluye la fundación de un segundo *oppidum* en la Loma del Perro y se sanciona con la ubicación del santuario en el confín, junto a la vía de comunicación. En este caso se expresa la construcción cultural del límite a través de pautas de monumentalización visual de una historia fundacional y mítica.

Más hacia el este, en las tierras granadinas, una serie de lugares de culto recientemente dados a conocer, como el santuario periurbano vinculado a las ciudades ibéricas de *Tutugi* y los santuarios en las proximidades de *Basti,* balizan las áreas de dominio de los *oppida*. Se trata de espacios de culto sin determinación arquitectónica, ubicados en laderas y cimas cercanas al hábitat y donde el ritual atestiguado





es el depósito de vajillas formadas por platos y ollas, es decir, la ofrenda sería lo que pudieron contener estos recipientes cerámicos, básicamente productos agrícolas. En relación al espacio del *oppidum*, se puede constatar una distribución concéntrica en la que se atisba una demarcación de límites. En el caso de *Tutugi* y de los santuarios de El Perchel y Salazar en *Basti*, se localizan a una escasa distancia de 1200-2500 m. Son lugares de culto que pueden demarcar el *ager*, o territorio cultivado, y que a partir de prácticas rituales, como las procesiones y los traslados sacros individuales o colectivos, vincularían religiosamente la ciudad con el espacio inmediato.

Otros santuarios más alejados hacia la periferia de *Basti* como el de la Cuesta Blanca y el de la Ermita Vieja, según han estudiado Adroher y Caballero, son los demarcadores del "espacio de acción directa del *oppidum*, el espacio económico de explotación y control directo, un territorio totalmente ideológico". Sería un remedo de los santuarios de confín de la Alta Andalucía, pero en este caso asociados al espacio local y no a la expansión de un pago político más allá del núcleo principal. Carecen, por otra parte, de la representación iconográfica de aquellos, ni en la monumentalidad de los programas escultóricos del Pajarillo, ni en la riqueza semántica de los exvotos de Castellar y Collado.

Las mismas pautas de emplazamiento en la periferia del espacio local próximo o más alejado del *oppidum* pueden proponerse para algunas cuevas-santuario del área oriental de Iberia, especialmente en tierras valencianas. Un buen ejemplo sería el de La Cova dels Pilars en el Valle de Agres, al norte de Alicante. Esta cavidad sacra se emplazaba en el límite territorial de dos *oppida*: La Covalta y El Cabeçó de Mariola ubicados respectivamente al este y oeste del valle. En esta cueva se reconocieron ofrendas asociadas a ritos de tránsito de edad. El análisis permitió proponer que durante el siglo v a.C., la cueva se empleó como espacio de agregación territorial y demarcación de confines, en un proceso que iría parejo a la cohesión de los linajes aristocráticos emergentes y se expresaría en los rituales de iniciación de los jóvenes.

Algo semejante parece vislumbrarse en la cueva-santuario del Puntal del Horno Ciego en la comarca de Requena-Utiel, en el interior de la provincia de Valencia. Esta cueva se localiza en la zona de sierras que supone el extremo occidental del territorio político de la ciudad de *Kelin* (Caudete de las Fuentes). La pauta espacial de esta cavidad de nuevo repite el emplazamiento liminal, en la periferia del territorio que articula esta ciudad. En estas cavidades en los márgenes del territorio se adentrarían los jóvenes para efectuar sus rituales de iniciación y tránsito de edad. Prácticas y espacios liminales se unen íntimamente en estos lugares.

Este rápido repaso nos sirve para ubicar algunas prácticas rituales en las fronteras y observar cómo están directamente relacionadas con la consolidación de los dominios territoriales de la ciudad. Según este planteamiento, el establecimiento de localizaciones externas para realizar rituales respondería a las necesidades de construcción activa de fronteras y su sanción sacra en modalidades ampliamente reconocidas en el Mediterráneo Antiguo. Con ello no queremos decir que todos los lugares de culto se encuentren en las fronteras del territorio, ni tampoco que esos espacios sacros liminales fueron los únicos que contribuirían a la sanción de los proyectos geopolíticos. Son frecuentes los lugares de culto que se emplazan en los principales *oppida* que ejercen





de capitales de los territorios, como el santuario de La Luz en Verdolay, en la provincia de Murcia, el de La Serreta, en la de Alicante o el templo urbano de *Edeta,* en Valencia. De ese modo, el lugar de culto adquiriría la función de símbolo de identidad de la comunidad y favorecería la agregación social de las poblaciones locales.

En definitiva, la Historia de los Iberos ofrece un buen ejemplo de las formas de articulación política correspondientes al modelo de ciudad-estado. Como en otras regiones de la cuenca del Mediterráneo, las unidades de adscripción territorial ibérica corresponden a regiones naturales de reducido tamaño. Ese es el paisaje que constituyó una pléyade de comunidades, con referentes espaciales y signos identitarios inscritos en el paisaje: desde fortificaciones y espacios sacros hasta el mosaico de campos de labor y redes de caminos que confieren una textura especial a cada territorio. Rasgos que los habitantes de un territorio tendrían como propios y les permitirían reconocer su lugar en el mundo.

Para saber más. Bibliografía

Para comprender en profundidad las dinámicas territoriales y su relación con los procesos sociales véase: Ruiz Rodríguez, A., 2007: "Los Iberos", en Gracia, F. (ed.) *De Iberia a Hispania,* Barcelona, 733-839. --------- Especialmente recomendados para conocer los procesos territoriales en la Alta Andalucía son los trabajos Ruiz, A. y Molinos, M. 2007: *Iberos en Jaén.* Jaén y Ruiz, A., Molinos, M., Gutiérrez, L. M. y Bellón, J. P., 2001: "El modelo político del pago en el Alto Guadalquivir (S. IV-III a.n.e.)", *Territori polític i territori rural durant l'Edat del Ferro a la Mediterrània Occidental. Actes de la Taula Rodona celebrada a Ullastret*, Monografies d'Ullastret 2, Girona, 11-22. --------- Para los territorios ibéricos del área oriental remitimos a los artículos de Bonet, H. y Mata, C., 2001: "Organización del territorio y poblamiento en el País Valenciano entre los ss. VII al II a. C.", en Berrocal Rangel y Gardes (eds.). *Entre Celtas e Iberos: las poblaciones prehistóricas de la Galias e Hispania*, Madrid, 161-174 o Grau Mira, I., 2005: "El territorio septentrional de la Contestania", en Abad, L., Sala, F. y Grau, I. (eds.). *La Contestania Ibérica, treinta años después*, Alicante, 73-90. --------- Para los territorios ibéricos del Norte veáse el artículo de Sanmartí, J. y Belarte, C., 2001: "Urbanización y desarrollo de estructuras estatales en la costa de Cataluña (siglos VII-III a.C.)", en Berrocal Rangel y Gardes (eds.). *Entre Celtas e Iberos: las poblaciones prehistóricas de la Galias e Hispania*, Madrid, 161-174. --------- Sobre el poblamiento rural y las formas de explotación agrícola son recomendables los trabajos recogidos en la obra Rodríguez, A. y Pavón, I. (coord.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres. --------- En lo que se refiere a la delimitación espacial y las fronteras, veáse el artículo de Ruiz, A. y Molinos, M., 2008: "Las fuentes del Guadalquivir. Límites y fronteras para el norte de la Bastetania", en Adrohrer, A. y Blánquez, J. (eds.). *Primer Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana ed. Varia nº 9,* Madrid, 51-72. --------- Sobre la relación entre territorios y organización del espacio sacro remitimos al volumen colectivo *Espacios y lugares de culto en el mundo Ibérico. Quaderns d'Arqueologia i Prehistòria de Castelló*, 18 (1997) --------- y algunos de los trabajos recogidos en la obra editada por Tortosa, T. y Celestino, S., (eds.) y R. Cazorla Martín (coord), 2010: *Debate en torno a la religiosidad protohistórica,* Instituto de Arqueología de Mérida, Mérida.





En la vida y en la muerte: las necrópolis ibéricas de la Alta Andalucía

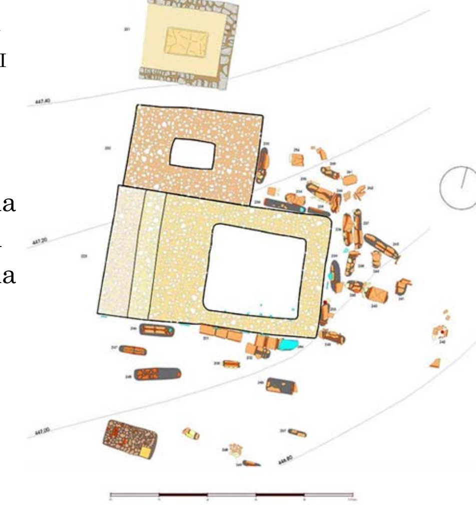
Manuel Molinos

Centro Andaluz de Arqueología Ibérica
Universidad de Jaén

El último escenario

A finales del siglo I d.n.e. se fundó el municipio *Flavio Aurgitano*, acreditado en los monumentos epigráficos y en los cambios en la estructura urbana y en el territorio. El caso puede seguirse en el asentamiento de Los Robles, en Marroquíes Bajos de Jaén, un enorme complejo donde se integra un área residencial con una *pars urbana* ubicada estratégicamente sobre una pequeña elevación en el centro de una fértil depresión regada por los arroyos que confluyen desde las cotas más altas de la ciudad, y una parte industrial con una almazara, con prensa de viga y contrapeso de grandes dimensiones similares a otras localizadas en sus inmediaciones. El conjunto se completa con varias necrópolis. Los Robles nos sirve como pocos sitios para comprender los cambios que demuestran el impacto de la fundación del municipio. El contexto espacial y material de la Necrópolis 1 nos permite reflexionar sobre el mismo concepto de romanización, dadas las especiales características y circunstancias de su origen y desarrollo.

La elección del sitio no es baladí: una suave ladera orientada al sur que domina el cauce del arroyo El Molinillo y el humedal de su entorno, además es muy visible desde la lejanía, desde *Aurgi*. El límite norte vino dado por la construcción de la tumba 223, alrededor de la cual, durante poco más de un siglo, se fueron construyendo otras treinta y cinco en fosa simple con cubierta de tégula. Posteriormente se amplió con motivo de la construcción de otros enterramientos monumentales, pero el desarrollo de la necrópolis hacia el sur a lo largo de los siglos II e inicios del III d.n.e., se hizo siempre alrededor del 223, hasta llegar al borde del arroyo. El eje de la necrópolis es un camino que la recorre hasta desembocar en el arroyo en una zona ligeramente rehundida, que provocaría su estancamiento, dando lugar a una pequeña laguna estacional: la simbología del tránsito tuvo en cuenta las características del paraje de forma que el descenso al mundo de los muertos se realizaba siguiendo el camino hasta que éste moría junto a la laguna.



1. Planta de Los Robles, Jaén.



La tumba 223, la única de incineración, construida a finales del siglo I d.n.e., inaugura y ordena la necrópolis. Es una estructura rectangular de 9 × 5 metros que se construye excavando una zanja en la base natural que se rellena de argamasa de cal, arena y piedras, *opus caementicium*, que acaba formando un muro perimetral, pero carece de suelo construido, de forma que los muros se hunden profundamente en el terreno con el objeto de proteger una cámara funeraria. En el lado oeste una plataforma de 4 x 5 metros, constituye una rampa escalonada con peldaños descendentes hacia el camino. El espacio así delimitado está parcialmente vaciado para construir un gran *ustrinum* donde se localizaron 2 recipientes en cerámica común, una ollita de borde almendrado y una jarra de tipo Vegas 44, así como un total de 145 tachuelas de hierro, que formaron parte de un par de *caligae*. Grandes clavos de hierro indicaban el uso de un *lectus funebris* durante la cremación del cadáver. Tras ésta, la estructura fue limpiada en la zona central y allí se excavó la cámara funeraria, hasta una profundidad de unos 40 centímetros. No conocemos el aspecto de la estructura emergente del monumento, salvo que estaba revestido de placas de mármol de color azul con cenefas rosadas.

Alrededor de esta tumba se realizaron posteriormente otros enterramientos de inhumación, dispuestos buscando la mayor proximidad posible a la tumba principal, de hecho algunas, posiblemente las más antiguas, prácticamente se adosan a ella, eso sí, sin alterarla en absoluto, proximidad y respeto como objetivo. Las tumbas son simples fosas con cubierta de tégulas, y se alinean a lo largo de los lados sur, este y norte, quedando el acceso por el oeste completamente despejado.

Sin duda, la necrópolis se crea al margen de otros espacios funerarios que deben vincularse con el propio *oppidum* de Santa Catalina y al asentamiento indígena posterior a la Segunda Guerra Púnica, tiene que relacionarse necesariamente con la fundación del municipio latino de *Aurgi* y su organización municipal, y desde luego tiene directa relación con los otros elementos del complejo, de hecho forma parte de éste. Para explicarlo hemos de entender porqué Los Robles, un sitio muy próximo al municipio, de clara proyección económica, dada la industria aceitera que controla, no creó un espacio funerario junto a la propia ciudad, donde la función representativa tendría mayor impacto que en el ambiente rústico donde se definió. La clave puede encontrarse en las circunstancias de la fundación de los municipios flavios de menor entidad urbana: la promoción de Vespasiano aspiraba más a ampliar la base social que apoyaba la nueva dinastía y a redefinir el sistema impositivo, que a ampliar la ciudadanía romana como sistema de integración indígena en el imperio. Nos encontramos ante una necrópolis privada, tan cerca pero a la vez tan lejos simbólicamente de la ciudad, diseñada para la representación pública de los antepasados familiares, que sólo puede explicarse por el limitado valor que los propietarios dan a la función representativa del municipio, pero sobre todo confiere un valor especial a la propiedad, al linaje, sus antepasados y a las relaciones de clientela.

Al hablar de romanización se ha querido ver la aspiración del ibero por convertirse en romano, pero la arqueología confirma, sin lugar a dudas, la resistencia indígena a los cambios en determinados aspectos sociales, entre los que los ideológicos y simbólicos fueron muy importantes. De hecho la sociedad provincial mantendrá



en su seno unas relaciones de corte tradicional, tanto en la organización de las comunidades como en las relaciones entre individuos, y con la propia Roma. Lo confirma la no existencia de poblamiento rural de tipo itálico hasta finales del siglo I d.n.e., lo que indica que todo el campesinado habita en el *oppidum*, como había ocurrido en las fases plenas iberas, lo que obliga a pensar en la propiedad de la tierra y posiblemente de los medios de producción como un factor controlado por la aristocracia ibera. En Los Robles la reafirmación en la tierra y su vinculación al linaje queda sellado mediante la creación del espacio funerario.

La arqueología advierte que los modelos de reparto de tierras mediante centuriaciones fueron, en el entorno de *Aurgi*, un breve episodio que no perduró más allá de un siglo, entre Vespasiano y Cómodo en el mejor de los casos. Al mismo tiempo, la reafirmación de los lazos con la tierra en el periodo de eclosión municipal tiene que ver con la realidad económica del imperio más que con la cuestión política, porque en la tierra residía el verdadero poder.

Por otro lado, en lo que se refiere a los aspectos rituales de la ordenación del espacio, la fundación de la necrópolis con una tumba de incineración relevante respecto al resto de las sepulturas, tiene un significado más que simbólico. Es cierto que la incineración está presente en la tradición ibérica, pero también en la romana, y es muy difícil definir a cual de ellas responde. El uso del lecho funerario durante la cremación y la propia técnica empleada en la edificación, una estructura en forma de altar elevado, accesible con peldaños y marmorizado, es muy romano; la ubicación del *ustrinum* dentro de la propia estructura es un hecho también presente en las necrópolis romanas, igual que la excavación de la cámara dentro de él. Sin embargo, casi todos esos elementos forman parte también de la tradición indígena, como sucede en Cástulo o en Baza, aunque en Los Robles adoptan formas más urbanas. El diseño de la tumba se realiza para delimitar una porción de tierra virgen, y a pesar de la profundidad que alcanzan los muros perimetrales que delimitan el edificio, no existe tratamiento en su base, quedando la cámara encajada en la tierra natural. En nuestra opinión, se trata de un ritual deliberado que pretende vincular al difunto con la tierra que lo acoge y más allá del contenido y forma de la tumba, destaca al hecho de que la inauguración de la necrópolis se hace sobre el rito tradicional, y que a partir de ese momento, todas las tumbas que se construyen responden al nuevo rito oriental de la inhumación, una forma de enterramiento ajeno a la tradición indígena, pero cuya extensión coincide con la consolidación del sistema municipal y de la nueva dinastía flavia. La tumba 223 cierra un ciclo de vida de una sociedad tradicional enfrentada a una renovación política y social muy rápida, con contradicciones evidentes, abierta a nuevas expectativas pero conservadora de las antiguas identidades. Los aspectos ceremoniales representados en los espacios residenciales de la fase flavia del complejo, donde destacan las esculturas dispuestas alrededor del *impluvium* de la fuente monumental, reafirman los fuertes lazos que unen la aristocracia indígena con la nueva dinastía, incluso más allá de los que se habían establecido en el periodo julio-claudio, cuando se construyen las primeras almazaras de *Aurgi*. Ahora bien, la ideología en el complejo Los Robles se representa de forma parcialmente pública, porque el público al que va dirigida se circunscribe a la propiedad, pero con toda seguridad el poder de



la clase aristocrática romanizada se manifiesta en el foro municipal de *Aurgi*, donde, como conocemos, se expondrán las imágenes del poder en los espacios públicos, con vocación de trascender a toda la comunidad. La dualidad de espacios de representación es reflejo, en nuestra opinión, de la concepción ideológica del poder indígena. Se ha cedido parte de él al municipio, pero se reserva el espacio pseudo privado del complejo, donde reside el verdadero poder, en el centro mismo de la tierra. La necrópolis inaugura no sólo una nueva forma de ritual, la inhumación, sino que constituye la primera manifestación funeraria fuera de los espacios consignados a tal fin en la *Aurgi* republicana y de primera edad imperial. Pretende enlazar con la tradición, y más aún tratándose de un personaje de peso en la escena municipal de *Aurgi*, como sugieren las características del ritual fúnebre. La sepultura 223 es la de un personaje revestido de autoridad, próximo al poder o imbuido de él, pero enraizado en la tradición indígena y en los valores de esta. En definitiva ¿romano o ibero? Compleja pregunta y difícil respuesta, porque en todo caso un ibero completamente romanizado, si eso llegara a ser posible, difícilmente llegaría a convertirse en un verdadero romano.

La refundación de un linaje

La zona de Marroquíes había sido hasta finales del s. IV a.n.e. un espacio de huerta, pero esa situación se trastocó seguramente como consecuencia de un conflicto entre el *oppidum* de San Catalina y el de Puente Tablas, este vinculado con el secano y con los modelos nuclearizados dominantes en la Campiña de Jaén desde el s. V. Pero Puente Tablas se abandona a finales del s. III a.n.e., en el marco del conflicto de la Segunda Guerra Púnica, y en esa coyuntura, quizás algo después, a principios del s. II, la huerta y la agricultura de regadío vuelven a Marroquíes coincidiendo con la conquista. En paralelo se produce una nueva concentración de población en las terrazas bajas del cerro en lo que será el germen del futuro municipio romano de *Aurgi*.





2. Vista área del oppidum de Puente Tablas (Jaén).



Los cultivos de huerta, digamos que iberorromanos, ocupan una vasta superficie ordenada por los arroyos que configuran la depresión de La Magdalena, que sugiere la división del territorio en pagos aristocráticos, uno de los cuales es Los Robles, en la zona más centro-oriental de aquella. Este sistema de explotación del territorio perdura hasta finales del s. I a.n.e., momento en el que documentamos de nuevo el abandono de los sistemas de irrigación y la destrucción de las estructuras de hábitat dispersas. ¿Bajo qué circunstancias? Lo que es seguro es la reimplantación de los cultivos de secano, en particular con el desarrollo del olivar, lo que solo puede entenderse por la transformación de la aristocracia ibera en una clase propietaria interesada desde ese momento por nuevas formas de apropiación y enriquecimiento, un modelo muy próximo al de las clases propietarias romanas. El negocio generado por la afluencia de productos a Roma y el *limes* a partir de Augusto fue suficiente estímulo para los provinciales con capacidad de inversión en la tierra, es decir, para los aristócratas iberos propietarios de los medios de producción. En este contexto, la fuerza de trabajo se resistió a desvincularse de una forma tradicional de explotaciones que aseguraba productos básicos, aunque no almacenables o exportables, salvo en ámbitos muy reducidos, como es la huerta. El mismo hecho del conflicto, recogido en la documentación arqueológica con niveles de destrucción violenta del hábitat, sugiere la resistencia del campesinado a la nueva orientación económica que se pretendía para la tierra de *Aurgi*. El resultado del conflicto fue la implantación de la producción de olivar y cereal, la desecación de las zonas pantanosas de Las Lagunillas y el abandono del hábitat campesino. Es el momento en el que se construyen las primeras almazaras en la zona y cuando se advierte un importante desarrollo de la aristocracia indígena. Hablamos de aristocracia ibera y no de oligarquía municipal entre otras razones porque la *deductio* de *Aurgi* y la creación del municipio latino no se producirán hasta un siglo después, y porque aunque desconocemos el ordenamiento político de esta pequeña ciudad, la arqueología demuestra una escasísima presencia de los parámetros que definen la romanidad. La urbanización de la ciudad seguía mostrando la vigencia de los modelos iberos y estos mismos se aplicaron en la explotación de nuevas tierras, como queda demostrado en el caso de la colonización de la depresión Víboras-Guadajoz, realizada en esas mismas cronologías mediante núcleos tipo *oppidum* netamente ibéricos. El mismo decreto de Emilio Paulo de 189 a.n.e. demuestra la autoridad de Roma para resolver problemas de dependencia entre comunidades indígenas, pero también que aquella autoridad y la incorporación del territorio provincial a Roma recogidos en los términos de los pactos *in fidem*, implican que las comunidades indígenas conservarán su núcleo urbano, sus estructuras de hábitat, su ordenamiento social y su organización económica tradicional. También la cultura material: hasta el 70% del total del material cerámico, durante la segunda mitad del s. I d.n.e. y como se ha documentado en recientes intervenciones en Porcuna, es de tipología y matriz ibera. Solo hay una excepción en esta realidad: la arquitectura vinculada con determinadas actividades productivas, en particular la industria del aceite de oliva que a partir del s. I a.n.e. generaliza el uso de características claramente romanas: mampostería regular, cubiertas con tégulas y uso del arco de medio punto.

Aparentemente se mantenía la situación nacida del final de la II Guerra Púnica, un ordenamiento político ibero, posiblemente evolucionando hacia escuetas magistraturas urbanas, donde



el poder seguía en manos de quienes detentaban el control de la tierra. Con otras palabras, quienes impusieron el final de la huerta tradicional en Marroquíes fueron los mismos que dirigieron las nuevas plantaciones de olivos y quienes construyeron y administraron los complejos oleícolas que allí aparecen: la aristocracia de origen ibero, una definición más apropiada que oligarquía urbana, más propia del fenómeno municipal.



Y si eso sucede en una pequeña ciudad como la futura *Aurgi,* el caso es más llamativo en los grandes *oppida* como *Castulo*. Allí, las dos necrópolis que simultáneamente están en activo durante el s. I d.n.e.: Puerta Norte y Cerrillo de los Gordos presentan diferencias notables en su estructura y en la composición y cualificación de sus ajuares, algo que recuerda lo que ocurría en el mismo asentamiento durante el s. IV a.n.e. con las necrópolis del Estacar de Luciano, Molino de Caldona, Los Patos o Baños de la Muela, donde se advertían importantes diferencias que se han interpretado como consecuencia de la presencia de diferentes linajes, en una estructura de pirámide clientelar propia de un gran centro como *Cástulo*. Una reciente intervención arqueológica en plena Campiña de Jaén, puede ayudar a comprender esta contradictoria situación. Se trata de la necrópolis excavada en la localidad de Arjona, con una cronología que, a falta de confirmar algunos extremos debe situarse en el s. I a.n.e.: la necrópolis de Piquía.





3. Vista del oppidum de Cástulo, en Linares (Jaén).



4. Área de la necrópolis de Piquía, en Arjona (Jaén).



Se localiza a poco más de un kilómetro al norte de la localidad de Arjona, un municipio de la campiña de Jaén, en un contexto muy antropizado desde la antigüedad, donde el olivar intensivo ha sustituido a prácticas agrícolas más tradicionales como el cultivo del cereal. En la ciudad se han realizado numerosas intervenciones arqueológicas que han dibujado una secuencia que se inicia en la prehistoria reciente y continúa hasta la actualidad salvo un importante *hiatus* entre el ibérico antiguo y época ibera tardía. Efectivamente las excavaciones no han documentado en ningún momento restos correspondientes a las fases plenas, lo que podría vincularse a la intensiva y continuada ocupación del casco urbano, aunque más probablemente, como sugiere la secuencia de las intervenciones arqueológicas preventivas realizadas en los últimos años, esta ocupación no tuvo lugar, lo que se convierte en un dato clave en la interpretación de la necrópolis de Piquía. La secuencia de la ciudad vuelve a reiniciarse a partir del s. II a.n.e. y alcanza gran desarrollo a partir de la mitad del s. I a.n.e. Tradicionalmente se ha vinculado con la antigua *Urgao Alba* de Plinio, así parecen confirmarlo los restos epigráficos, y para la ciudad se ha indicado un temprano estatuto privilegiado que se iniciaría con César.

La intervención arqueológica en Piquía ha sacado a la luz una necrópolis tardía que se inicia en un momento quizás avanzado del s. I a.n.e. aunque este extremo deberá ser confirmado con los estudios actualmente en curso. Se intervinieron más de veinte complejos funerarios destacando entre estos algunas sepulturas de cámara o incluso dos columbarios muy afectados por las riadas, también hasta quince cistas y algunas sepulturas en simple fosa, así como una sepultura infantil, en este caso de inhumación, para cuya construcción se recortó una tégula, la única localizada en la excavación. Salvo este último caso, todas las sepulturas son de incineración y todo el material se compone urnas y ajuares, a excepción de algunas piezas (ánfora Dressel A1, algún vidrio) son de tipología netamente ibera. Entre las tumbas excavadas destaca una cámara donde se registraron un total de seis enterramientos en urna, algo impensable para épocas ibéricas anteriores, salvo en los niveles que caracterizan la cúspide social, que en sí mismo es un claro exponente de una sociedad donde la pervivencia de las formas culturales ibéricas se encuentran ya hibridadas con la nueva realidad que supuso la conquista romana. Baste como botón de muestra que en un extremo de la necrópolis se identificó un columbario, al menos de dos plantas, donde todos los elementos materiales, urnas incluidas, son de exclusiva tipología ibérica: matriz constructiva romana, matriz ideológica ibera.





5. Tumbas excavadas en Piquía (Jaén).





6. Vista de la cámara funeraria de Piquía (Jaén).

Pero por encima de todo en la necrópolis destaca un monumento excepcional, una cámara funeraria, parcialmente expoliada quizás en la propia antigüedad y también parcialmente en época reciente, que presenta una magnífica mampostería de grandes losas de arenisca y caliza, perfectamente escuadradas, con morfología rectangular, presentando un ancho de 1,5 metros y un largo de 2,9 metros. El acceso a la cámara se localiza en su lado oeste, conservándose cuatro peldaños de la escalera que descendía al interior. En el muro del fondo se localiza un bloque de caliza que funciona como plataforma para depositar probablemente parte de las urnas.

Al exterior, la cámara está rodeada de un surco perimetral que dibuja un círculo de 5 metros de radio con una profundidad variable y un ancho bastante uniforme de 70 centímetros que la aísla del resto de la necrópolis. La sepultura propiamente dicha presenta en su vértice noroeste un orificio desde el cual queda conectada mediante un canal con otras estructuras, pequeños hornos, donde se realizaron con toda probabilidad rituales posteriores al enterramiento del personaje allí enterrado que participó de estos rituales mediante las libaciones que se realizaron en su honor y memoria. Precisamente en la entrada del canal de libación se depositó un ánfora Dressel A1 que muy probablemente recibió en su interior los vertidos en los rituales mencionados.

En el fondo de la cámara, en un espacio no enlosado, en una fosa practicada en la misma tierra que conforma el sustrato natural del lugar se enterró un carro de madera y hierro con varios apliques de bronce. Destaca el elevado número de piezas cerámicas de tipología ibérica aunque también un gran vaso de vidrio, cuya forma no se puede valorar en este momento, de factura claramente romana. Todo el material, en su tipología cerámica, en las importaciones o en la propia simbología asociada a los elementos del carro, conduce a un momento coherente con el resto de la necrópolis: s. I a.n.e. quizás avanzando hacia su mitad.

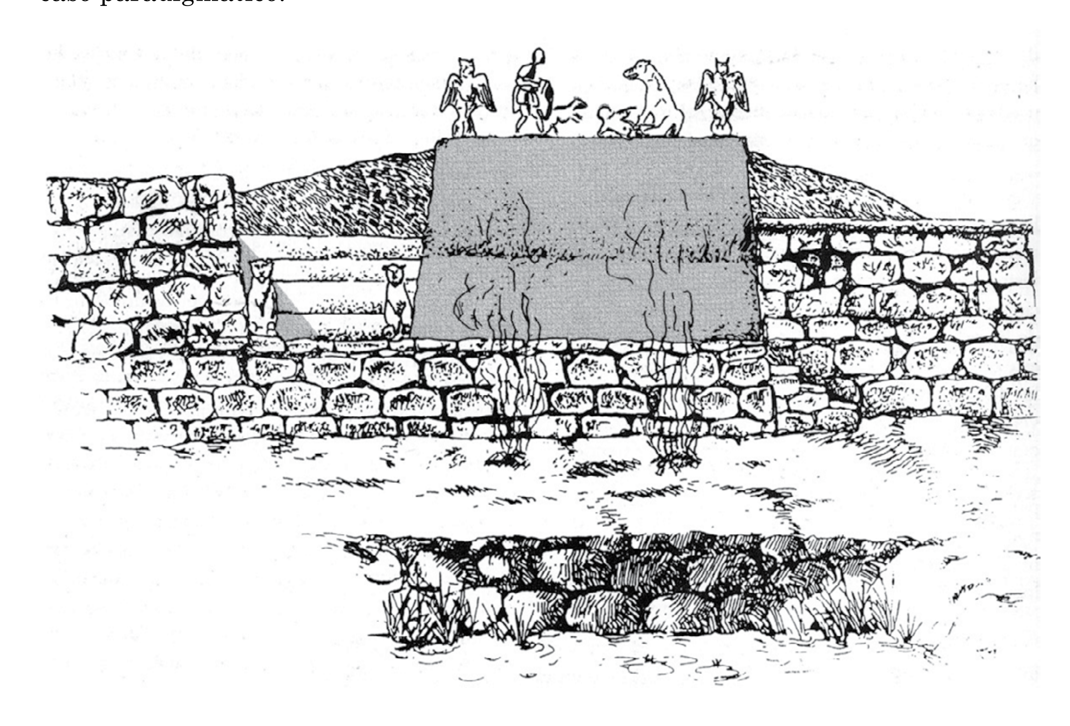
Sin embargo en ese mismo contexto se localizan un kilix y un total de siete cráteras áticas de figuras rojas, una de ellas con una cronología que no avanza más allá de finales del s. V a.n.e., mientras las otras seis se corresponden muy homogéneamente con la primera mitad del s. IV a.n.e. y además plantean un programa iconográfico muy coherente ¿Cómo explicar esta especie de *totum revolutum*, que define un contexto cerrado? No hay ninguna duda, descartada totalmente una reutilización tardía de una sepultura de época plena ibera cuatro siglos anterior, que el contexto de la tumba, como el de la propia necrópolis de la que se alza como vértice jerárquico, debe situarse en el s. I a.n.e., pero también que los materiales áticos fueron depositados allí en esa misma cronología. ¿Amortización tardía de material?, ¿expolio de sepulturas anteriores? Desde luego, dada la ausencia de restos arqueológicos correspondientes a época plena en Arjona, las siete cráteras deben proceder de otro asentamiento y, o bien habían sido tesaurizados como bienes de indudable prestigio, lo que parece excesivo en tan dilatada secuencia temporal, o bien fueron extraídos de otro contexto funerario en el momento en que se produce la reocupación del solar



de Arjona a lo largo del s. II a.n.e. o incluso con posterioridad. Si es así, los materiales griegos podrían vincularse con una tumba principesca del s. IV a.n.e. procedente de alguno de los *oppida* que tras la Segunda Guerra Púnica fueron abandonados o destruidos como consecuencia del conflicto y de los reajustes que la presencia del conquistador supuso en la zona de la campiña de Jaén. En cualquier caso el hecho mismo de amortizar estos excepcionales materiales en una necrópolis de un sin duda príncipe ibero de Arjona durante el s. I a.n.e., en una cámara que inaugura y ordena el recinto funerario, debe asociarse a un intento de legitimar una nueva fase en la historia del propio príncipe: la redefinición o quizás la refundación de un nuevo linaje sobre las cenizas de aquellos antepasados, fuesen reales o no. En suma cuando ya la presencia romana iba a cumplir dos siglos se produce un intento de reafirmar, en la muerte, los orígenes ibéricos del linaje. Es una posición que evoca al pasado, seguramente también el presente, principesco del personaje (en este momento no podemos determinar si se trata de un solo individuo o de una pareja) enterrado en la cámara, pero en un contexto en el que se abría paso el mundo de la ciudadanía romana. Un príncipe ibero en la muerte y seguramente en las relaciones clientelares que con seguridad mantuvo con el resto de los enterrados en la necrópolis, pero que también, con toda probabilidad, como clase propietaria formó parte de la naciente oligarquía de *Urgao* si es que así podemos denominarla. Difícil resulta no evocar lo que veíamos en el caso de Los Robles, más de un siglo después.

Las necrópolis de la fase heroica

Durante los ss. V y IV a.n.e. el *oppidum* fue, en la Campiña de Jaén, el único modelo de hábitat conocido. No conocemos asentamientos de otra tipología. El *oppidum* fue realmente la residencia, la casa de los príncipes ibéricos y de sus clientes, cooptados como parientes suyos pero al mismo tiempo siervos. Es el momento del desarrollo de los modelos heroicos y de los *pagus* aristocráticos de los que el documentado en el río Jandulilla, con la articulación del santuario de El Pajarillo, el *oppidum* secundario de Loma del Perro y el centro matriz de *Iltiraka*, constituye un caso paradigmático.



7. Reconstrucción hipotética del conjunto de El Pajarillo (Huelma, Jaén).



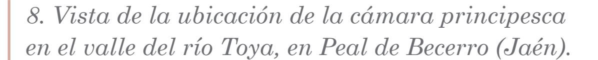
En cualquier caso, en paralelo con esta situación en el poblamiento, es a partir de finales del s. V y sobre todo en los inicios del IV a.n.e. cuando se desarrollaron las autenticas necrópolis ibéricas. Una de ellas se excavó a comienzos del s. XX cerca de Peal de Becerro, en un cerro frente al *oppidum* de *Tugia,* al otro lado del río Toya y a unos dos kilómetros de distancia. No podemos valorar la distribución espacial de la necrópolis pero sí la estructura de lo que es el lugar central de aquella: la cámara principesca.



La cámara de Toya tiene planta cuadrangular y su interior se divide en tres naves longitudinales, la central abierta al Oeste presenta la única puerta de acceso. Las dos naves laterales a diferencia de la central están divididas en dos espacios cada una de ellas, el primero a modo de antecámara es el que comunica en ambos casos con la nave central. Los sillares de la construcción perfectamente labrados se montaron en seco y el espacio se cubrió con grandes losas que se apoyan en los muros de las estancias. Nichos rectangulares labrados en las piedras de los muros y un poyo corrido sirvieron de soporte para el ajuar.

La cámara estaba cubierta por un túmulo que lo señalaba como un hito en el paisaje, algo muy similar a lo que ocurre en Galera, en Granada, donde el paisaje tumular se convirtió en una referencia del paisaje funerario aristocrático. Algo similar ocurrió en Cástulo con el monumento del Estacar de Robarinas, pero aquí la sepultura venía definida por una plataforma de piedra sobre la que se levantaba un monumento no conservado por causa del expolio del excepcional conjunto. Algo similar al caso de la tumba 200 de El Cigarralejo, en Mula (Murcia) definidas como de empedrado tumular por Emeterio Cuadrado, o al localizado mucho más recientemente en los Villares (Albacete) por Juan Blánquez. Tumbas de cámara y empedrados tumulares evidencian dos tradiciones diferentes, una en la zona de Cástulo y al Norte de la Loma de Úbeda, y otra en el río Guadalquivir y los afluentes que en dirección norte corren desde el sur, como ocurre con el caso de Toya.

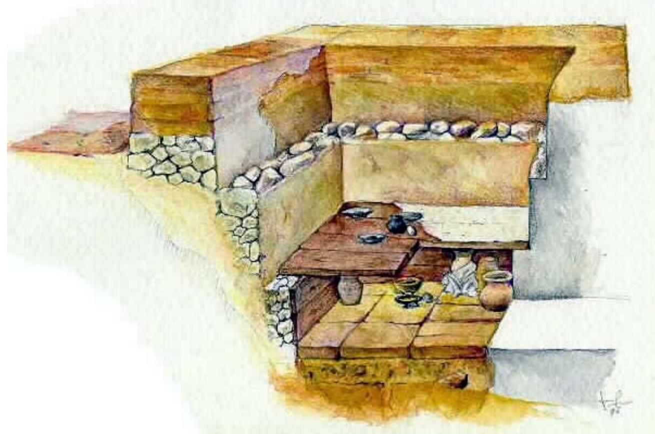




8. Vista de la ubicación de la cámara principesca en el valle del río Toya, en Peal de Becerro (Jaén).

9. Escultura del paisaje funerario aristocrático de Los Villares (Albacete).







10. *Reconstrucción de la cámara de Castellones de Céal (Jaén).*
11. *Vista área del oppidum de Puente del Obispo.*
12. *Cerámicas de Puente del Obispo.*

El enterramiento en cámara lo encontramos también en Castellones de Céal, junto al Guadiana Menor, aunque aquí la excavada por Fernández Chicarro presenta una sola nave, construida con mampostería y enlucida con cal, decorándose su zócalo con una guirnalda pintada en rojo. También fue cubierta, como en los casos citados, por un túmulo.



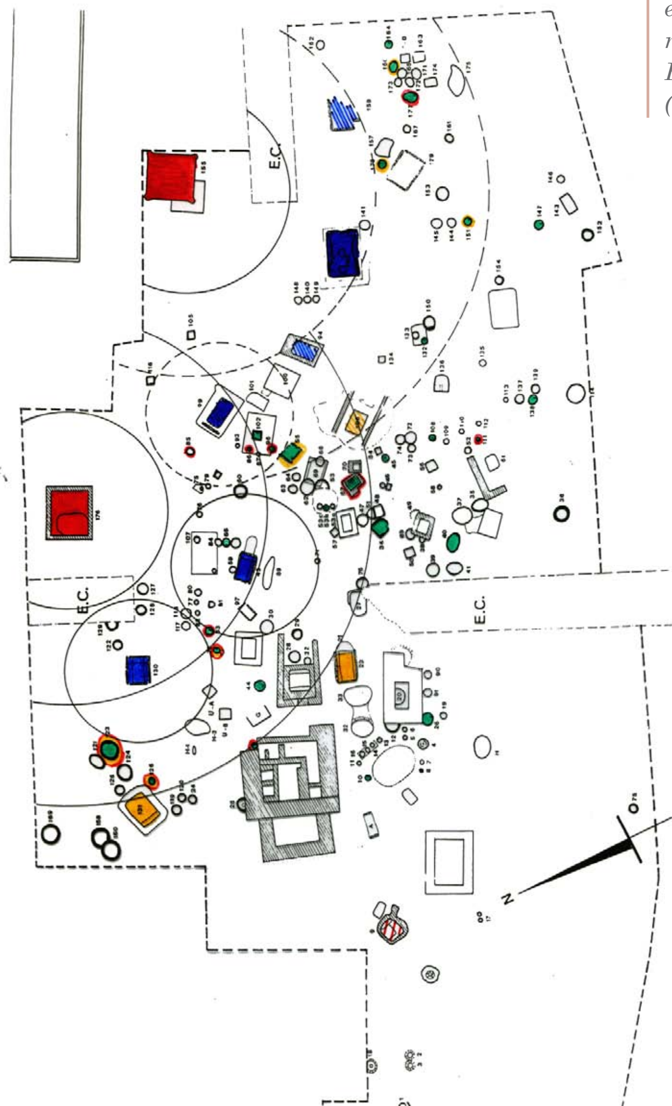
Otras tumbas de cámara han sido documentadas en Puente del Obispo, la Bobadilla o en las Eras de San Sebastián de la Guardia. Junto a la cámara se han definido otras tipologías de sepulturas. En Castellones, junto a la cámara, en un segundo nivel de rango de dificultad constructiva, se sitúa la tumba de fosa o tumba de pozo, con entrada por la cubierta y no por un lateral, como las documentadas en Baza o en Gil de Olid en Puente del Obispo. También se citan para Castellones otros tres modelos, en escala de rango constructivo, como son los empedrados tumulares, escasamente representados al Sur del Guadalquivir, la cista y el simple hoyo excavado en el suelo. En todo caso no puede hacerse una lectura directa entre rango constructivo y riqueza del ajuar, porque en ocasiones las tumbas de simple hoyo, en el mismo Castellones o en la necrópolis del Cigarralejo, han ofrecido un mayor número de vasijas griegas y otros elementos excepcionales. Y no hay que olvidar que cada necrópolis ibera ofrece diferencias significativas respecto a otras vecinas, lo que demuestra que cada *oppidum* estableció variables distintas para ordenar el paisaje funerario. Pero hay más, como ya advertíamos antes, incluso en algunos de los grandes *oppida,* donde se han caracterizado varias necrópolis funcionando simultáneamente, se dan casos de mecanismos estructurales y rituales muy diferentes, como ocurre con Cástulo.



Muchas menos diferencias se refieren al ritual de enterramiento, siendo general, desde el s. VI a.n.e., la incineración de los muertos, bien mediante la cremación del cadáver *in bustum*, en el que la pira y la estructura constructiva del enterramiento se realizaban en el mismo lugar aunque en dos fases distintas, y la cremación en *ustrinum,* en una pira funeraria desde donde los restos eran trasladados a la tumba y normalmente depositados en una urna cineraria.

Mayoritariamente las tumbas son individuales, y sólo las tumbas más ricas y complejas desde el punto de vista constructivo contienen más de un individuo, a veces una madre y un hijo pequeño. Sólo las situadas en la cúspide jerárquica en el primer nivel presentan el cadáver de una pareja y en ocasiones, como pudiera suceder en Toya, de toda una familia.

Lamentablemente conocemos muy pocas necrópolis excavadas en extensión y con el número suficiente de sepulturas para poder valorar con cierto detalle su estructura espacial. Un caso excepcional para la Alta Andalucía es la necrópolis de Baza, donde el estudio realizado por Arturo Ruiz, Francisca Hornos y Carmen Rísquez, lo han convertido en paradigmático. Particularmente por la confirmación de que la relación entre estructura de la sepultura, tipo de ajuar y disposición espacial en la necrópolis es socialmente significativa, lo que ha permitido concluir la existencia de diferentes grupos o niveles sociales, hasta cinco, dos correspondientes a la escala interna del componente aristocrático y otros tres al grupo de los clientes. Una escala que representa la estructura de un grupo gentilicio clientelar, donde la jerarquía y la desigualdad en la riqueza de los ajuares y en su cualificación, y las relaciones espaciales de distanciamiento-proximidad entre los diferentes grupos, marcaban una ordenación de la necrópolis en una estructura organizada en torno a los niveles aristocráticos.



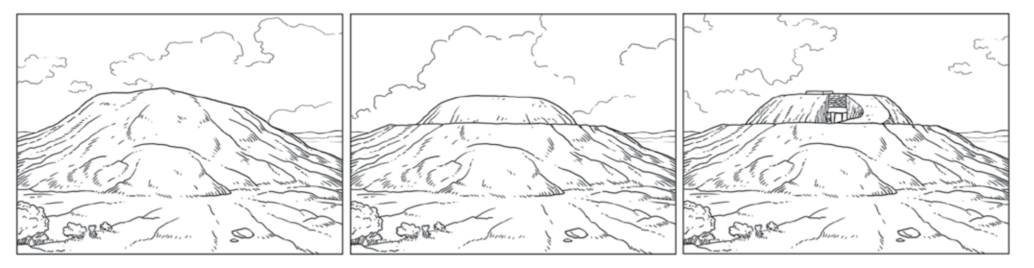
13. Interpretación de la estructura espacial y social necrópolis de Baza. Según A. Ruiz, F. Hornos y C. Rísquez (1992).



La conclusión principal que se deriva del estudio de la necrópolis es que el estamento aristocrático había generado una doble escala para reflejar la contradicción que marcaba el ejercicio del poder en una sociedad que fundamentaba su acceso a la propiedad en la comunidad y que basaba la capacidad política de sus príncipes en la cantidad de clientes que les reconocían como patronos. Por esta razón la integración del estamento clientelar con el cuerpo aristocrático a partir de la práctica de la proximidad en la vida cotidiana y en la muerte era absolutamente necesaria, como también que los príncipes dispusieran de un cierto distanciamiento para visualizar su existencia. Un caso que puede relacionarse directamente con lo que conocemos para el espacio del hábitat es el de la Plaza de Armas de Puente Tablas donde también se definen tres niveles jerárquicos, dos escalados en la zona del caserío y un tercero, segregado del resto de la zona urbanizada, la residencia del príncipe, realmente un complejo palacial que expresa cómo la jerarquía que observábamos en la muerte era una consecuencia especular de lo que sucedía en la vida del *oppidum*.

El rapto del túmulo

Muy cerca de Toya se investigó en 1998 una cámara sepulcral excavada en la roca de una pequeña colina situada en el corazón del valle del río Toya, enmarcada en un paisaje que define el límite de la Campiña Alta y la Sierra de Cazorla. La sepultura, completamente aislada, supuso el modelado de un pequeño cerro y la definición a partir de este trabajo de una plataforma de forma ovalada con 33 metros de eje principal y 22,5 de ancho. Sobre este óvalo se dejó en piedra caliza una estructura cilíndrica de 17 metros de diámetro en su base con un desnivel medio de 2,90 metros. Todos los elementos que definen su imagen exterior están pensados para que el sitio fuera visible desde cualquier punto del valle del río Toya. No hay intención de ocultar el sepulcro, al contrario, el objetivo de los constructores fue construir un hito en el valle.





14. Construcción del hipogeo de Hornos de Peal (Jaén).
15. Vista del hipogeo de Hornos de Peal (Jaén).

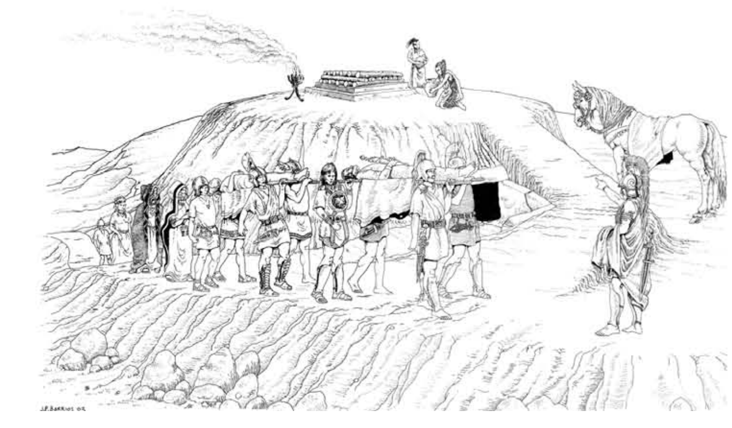


En el lado oeste de esta construcción, una prolongación en codo, define el acceso desde el exterior hasta un espacio, igualmente tallado en el cerro-base, que constituye el enterramiento propiamente dicho: la cámara. La parte superior del tambor estuvo cubierta por una capa de enlucido que en ocasiones conserva un tono fuertemente rojizo por la utilización de una mezcla de óxidos de hierro. En el centro de la parte superior del túmulo se construyeron con una mezcla de arcilla y guijarros cubiertos con una depurada capa de arcilla de color ocre, dos plataformas cuadradas, concéntricas entre sí, con una altura bastante desigual pero en ningún caso sobrepasan los 30 cm. entre los dos niveles. Se trata en realidad de un *ustrinum*, una pira funeraria en la que se utilizó como combustible madera de pino y encina, y lentisco para el encendido, en un único acto ritual donde se incineraron dos cadáveres colocados en paralelo sobre la pira. Los restos fueron colocados en dos urnas, procurando que cada una de ellas contuviera los de cada uno de los dos individuos, un hombre y una mujer. El que se trató de un único acto queda demostrado en que parte de los restos óseos de ambos individuos se mezclaron entre sí, y aunque los oficiantes de la ceremonia intentaron separar los de cada uno de ellos en una urna diferente, no lo hicieron de manera completa. Ambas urnas fueron depositadas al fondo de la cámara, junto a un pequeño banco de arcilla depurada construido en el exterior en un único bloque.

La entrada a la cámara está marcada por un dintel de piedra soportado por dos ortostatos. A la altura del dintel se colocaron otros dos ortostatos que lo sostienen y enmarcan la primera parte de la cámara creando una entrada lateral en codo. Por último, se colocó un betilo, que debió constituir un hito que señalaría el acceso a la cámara.

La tumba no es especialmente rica, salvo en la construcción porque exigió una inversión de trabajo descomunal, algo que podría ser consecuencia de un antiguo expolio, pero tampoco podemos descartar que este no existiera. No es este un dato general porque en otros lugares, como en Cástulo, una estructura de cámara de similar cronología, escavada por Blanco, en este caso con tres incineraciones, contaba con un clásico ajuar principesco con panoplia guerrera compuesta por lanza y espada, caldero de bronce, un *thymiaterion* con representaciones de Hathor, trípodes, asadores y un broche de cinturón.





16. Reconstrucción del ritual funerario de Hornos de Peal (Jaén).



El caso es buen ejemplo de las tendencias que se desarrollaron a partir de este momento y que dieron lugar entre el s. VI a.n.e. y fines del s. V a.n.e. a tumbas con enterramiento doble, aisladas o con pocos o ningún enterramiento en su entorno. El momento es de gran interés porque confirma un desajuste consensuado con el mundo de los vivos, ya que al tiempo que los príncipes mostraban su mayor aislamiento en el paisaje funerario, en el territorio se estaba fortaleciendo el sistema de clientela al imponerse un modelo de poblamiento exclusivamente formado por *oppida*. Sin embargo era evidente que los años inmediatamente posteriores tenían que ajustar el espacio funerario al modelo social que implicaba el nuevo patrón de asentamiento, toda vez que los aristócratas poseían ya la legitimidad, y quedaba como un lejano sueño la pretensión de construir un poder sacro que hiciera de los aristócratas dioses al margen del cuerpo social. El desarrollo de los modelos de poder de tipo heroico, la estructura político parental de la clientela y las redes de vecindad creadas en el *oppidum,* terminaron por dar la forma al paisaje funerario, pero para ello hizo falta un último acto que diera entrada de nuevo a la comunidad al espacio funerario creado por los príncipes. En las fases más antiguas de los túmulos sevillanos de Setefilla, durante el s. VII a.n.e., la presencia de las gentes de la comunidad se legitimaba en su pertenencia a un linaje y por ende a la comunidad aldeana, en las nuevas necrópolis el espacio funerario había sido privatizado por los príncipes y la presencia de las tumbas de gente de la comunidad exigía la existencia de un pacto de fidelidad para con el aristócrata que permitiera alcanzar el gentilicio de aquel y con ello se alcanzaba la legitimidad que les permitía incorporarse al espacio de la muerte cuando esta llegara. Aparentemente la presencia en las necrópolis se justificaba en el parentesco por el uso del gentilicio, pero en la práctica se lograba por su conversión en clientes. Un detalle lo confirma: en ningún momento sus tumbas se depositaron bajo el túmulo que cubría la tumba principesca. Los objetivos que los aristócratas habían logrado en los siglos anteriores, apropiación del túmulo y el enterramiento familiar en cámara, no se pusieron nunca en cuestión.

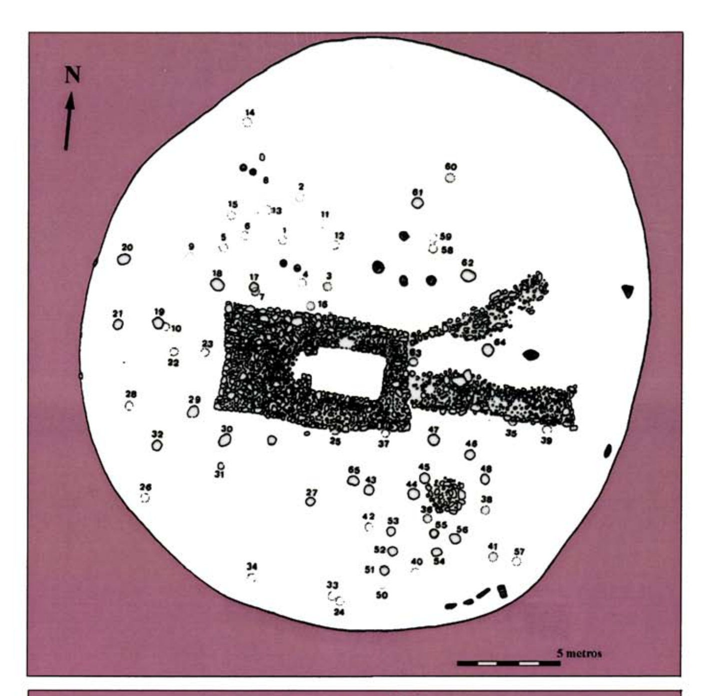
Las tumbas de los antepasados

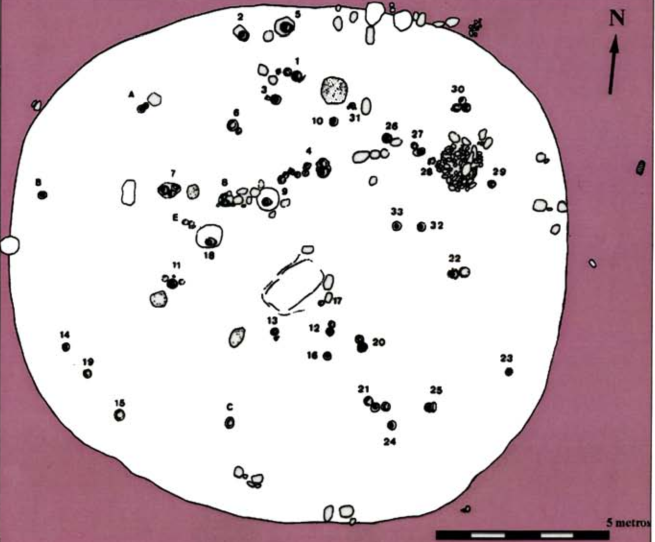
En Cerrillo Blanco de Porcuna, en el mismo lugar donde en la segunda mitad del s. V a.n.e. se construyó y posteriormente se destruyó y enterró, el monumento ibero más importante de los conocidos hasta ahora, se localiza un túmulo funerario. La estructura tenía diecinueve metros de diámetro y estaba delimitado por lajas de piedra. Encerraba el túmulo un total de veinticuatro tumbas de fosa y una de cámara de planta poligonal. Todas seguían el rito de la inhumación y eran individuales, salvo la cámara que tenía un enterramiento doble: un hombre y una mujer. Se podía analizar una distribución de los enterramientos según el género como ya se había constatado en el túmulo A de Setefilla. Sin embargo en Cerrillo Blanco la cámara formaba parte del proyecto constructivo inicial, es decir el enterramiento doble no se impuso sobre el túmulo destruyendo parte de las tumbas de la necrópolis de base porque, desde un primer momento, se reservó un espacio excéntrico del círculo para ubicar en él la cámara y se marcó un espacio de respeto en torno a ella en el que no se excavó ninguna tumba. Es posible incluso que fueran los enterrados en la cámara los que inauguraron el espacio fúnebre.



El túmulo reúne muchos de los ingredientes que serán moneda común en la emergencia de las aristocracias ibéricas. El primer factor a valorar lo constituye el enterramiento de una pareja (hombre-mujer) en la cámara, lo que no deja lugar a dudas del papel que está cobrando el linaje en el seno de la nueva sociedad, pero sobre todo que el hacer visible la estructura de parentesco a través de la aparición de la pareja de antepasados, pretende ordenar el espacio funerario. Se hace patente la oposición entre lo representado por el grupo de tumbas individuales, donde la legitimación del linaje descansaría en el conjunto de mujeres, y la asociación cámara-pareja que también reclama la legitimación del linaje. A mediados del s. v a.n.e. la recuperación del espacio funerario del túmulo para cuidadosamente enterrar un conjunto de esculturas que representa la historia del linaje confirma el éxito del segundo de los modelos expuestos, porque confirma el tiempo largo que el lugar tendrá para la historia funeraria del grupo.

En todo caso, es este el primer capítulo, si se quiere la introducción a lo que fue la sociedad aristocrática ibera de la Alta Andalucía, una historia de largo recorrido, cuanto más largo mejor en la legitimación de un linaje. Es difícil pensar que el aristócrata-oligarca enterrado ocho siglos después en Los Robles conociera la larga genealogía que había definido las relaciones sociales, en el tiempo y el espacio, pero de lo que no cabe duda es que cuando creó la necrópolis en su propiedad, en el centro mismo de la tierra, estaba pensando en tiempo largo, igual que sucedía en Piquía. Es posible que sus comportamientos y actitudes públicas fueran básicamente romanas, pero también que en el ámbito privado y en sus relaciones con "su casa", es decir con sus clientes y con el verdadero poder, el que reside en la tierra, su pensamiento y desde luego su modo de vida, continuara siendo el de un ibero.





17. Necrópolis de Setefilla, en Lora del Río (Sevilla).



Para leer más...

Blánquez, J. y Antona del Val, V. (coord.), 1992: *Congreso de Arqueología Ibérica: Las necrópolis,* Universidad Autónoma de Madrid, Serie *Varia* 1, Madrid.

Chapa, T. et álii, 1998: *La necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)*, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, Sevilla.

Izquierdo Peraile, M.ª I., 2000: *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela*, Serie de Trabajos Varios, 98, Diputación Provincial de Valencia, Valencia. Disponible en: http://www.museuprehistoriavalencia.es/resources/files/TV/TV098_Izquierdo.pdf. Consultado noviembre 2011.

Chapa, T., 2011: "Las sepulturas tumulares de cámara en Andalucía oriental (España) durante la época ibérica", en A. Nasso (ed): *Tumuli e sepolture monumentali nella Protoistoria europea.* Tai del Convengo Internazionale (Celano, 21-24 settembre 2000). Verlag des Römisch-Germanische Zentralmuseums. Mainz: 277-287.

Izquierdo, I.; Mayoral, V.; Olmos, R.; Perea, A., 2004: *Diálogos en el país de los Iberos*, Ministerio de Cultura, Madrid.

Molinos, M.; Ruiz, A., 2007: *El hipogeo ibero del Cerrillo de la Compañía de Hornos (Peal de Becerro, Jaén)*, Junta de Andalucía, Universidad de Jaén, Jaén.

Molinos, M. y Ruiz, A., 2010: "De la Cámara de Toya al Hipogeo de Hornos", en A. Rodero Riaza y M. Barril Vicente (coord.), *Viejos yacimientos, nuevas aportaciones*, ciclo de conferencias del Museo Arqueológico Nacional, 10-11 de diciembre de 2008, Ministerio de Cultura, 54-77. http://man.mcu.es/publicaciones/VYNA/pdf/MOLINOS.pdf (consultado noviembre de 2011).

Olmos, R. (ed.) 1992: *La sociedad ibérica a través de la imagen*, Catálogo de la Exposición, Ministerio de Cultura, Madrid.

Ruiz, A. (2008): "Iberos", en F. Gracia (coord.): *De Iberia a Hispania*. Ariel Prehistoria, 733-844, Barcelona.

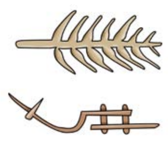
Ruiz, A. y Molinos, M., 1993: *Los iberos: análisis arqueológico de un proceso histórico*, Crítica, Barcelona.

Ruiz, A. y Molinos, M., 2007: *Iberos en Jáen*, Universidad de Jaén, Jaén.

Sanmartí, J., 2005: *Els ibers del Nord*, Rafael Dalmau Editor, Barcelona.

Serrano, J.L. y Molinos, M., 2011: "La aristocracia ibérica ante la romanización. Ideología y espacios funerarios en Marroquies Bajos de Jaén", *Archivo Español de Arqueología* 84, 115-149.





Trabajar, comer, vivir en una sociedad agraria de la Edad del Hierro: el mundo ibérico

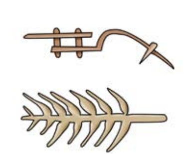
Victorino Mayoral Herrera

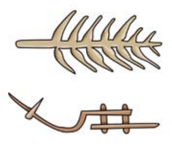
Instituto de Arqueología-Mérida
CSIC-Junta de Extremadura

Introducción

La Arqueología, como el propio término sugiere, consiste en un proceso de indagación sobre fenómenos y sucesos del pasado. Esto necesariamente obliga al investigador a diseccionar su objeto de estudio, definir conceptos, categorías y ámbitos de conocimiento. Existe así, en el caso del mundo ibérico, una arqueología centrada en el culto religioso, otra volcada en la producción de alimentos, otra interesada en la arquitectura… Pese a ello, dentro del ámbito académico la mayoría de los estudiosos comparten una concepción unitaria de ese mundo que analizan. Sin embargo cuando presentamos al público el resultado de ese trabajo, a veces olvidamos el abismo que separa la forma de entender la realidad de los ciudadanos del mundo desarrollado y globalizado, de aquella otra que movía a los sujetos de una sociedad preindustrial como la ibérica. Lo que pretendo en estas páginas es abordar una faceta específica de la vida de estas comunidades como es el mundo del trabajo y la obtención del sustento diario, pero enfatizando el hecho de que desde la perspectiva de sus protagonistas jamás existieron barreras entre actividades económicas diferenciadas. Salvo en casos muy concretos hablaremos de tareas a las que tenía que enfrentarse todo aquel que tuviera que trabajar para vivir. Además intentaremos mostrar cómo la dimensión económica no tenía en este mundo un status diferenciado y objetivo, y que la explicación, justificación o legitimación ideológica y religiosa se nos aparece a cada momento a lo largo del ciclo de los trabajos. En cada una de las facetas de lo cotidiano está presente la pertenencia de los humanos, iberos o de cualquier otra parte del mundo, a diferentes formas de identidad y filiación, desde el pequeño círculo de la familia más próxima hasta las amplias áreas culturales y territorios étnicos.

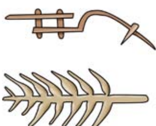
Como se encargan de enseñar otros capítulos de esta obra, la cultura ibérica abarca una extensa área geográfica, con paisajes, formas de vida y expresiones de identidad variopintas. De este modo si descendemos a la evocación de escenas concretas, siempre correremos el riesgo de ofrecer una imagen limitada de cómo se desarrollaba la existencia cotidiana de estos pueblos. Así pues, en el relato que sigue hemos intentado en lo posible buscar ejemplos representativos, tal y como son conocidos a través de la arqueología o los textos antiguos. Hemos procurando mantener la coherencia a la hora de mostrar las relaciones entre los trabajos, las costumbres o las instituciones. A veces también intentaremos ilustrar o iluminar ese discurso con el apoyo de los conocimientos que aportan disciplinas como la etnoarqueología o las fuentes históricas. De hecho está en nuestro ánimo en todo momento mostrar que, con

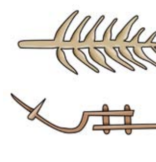




toda la caleidoscópica variedad de los particularismos, la ibérica es una sociedad que participa de un mundo cultural mediterráneo, un sistema económico preindustrial y unas formas de organización en el umbral de las formaciones estatales. Porque estimamos que comprender la universalidad de muchos de sus rasgos es una manera de conocerla realmente.

1. Evocación del paisaje del entorno de un oppidum ibérico.



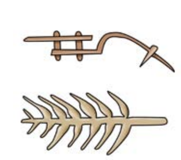


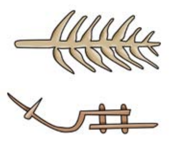
Pensando en las formas de construir un hilo narrativo sobre este tema, el tiempo se impone como un vector dominante y determinante. Sin embargo la elección se complica al considerar los diferentes ritmos con que este discurre y los significados que se le atribuyen desde centro y fuera de la cultura ibérica. Hay un tiempo largo, que abarca varios siglos, entre los límites convencionales que separan la cultura ibérica del final de la Prehistoria, por un lado, y de la inclusión de dicho mundo dentro del ámbito de la cultura romana, por otro. Los cambios en las formas de vida a través de ese largo período son unas veces notables, con modificaciones revolucionarias en las técnicas de explotación del campo, la dieta, las formas de producir energía, etc. Sin embargo en muchos lugares las circunstancias favorecen la continuidad durante siglos de las mismas soluciones, por cuanto no entran en contradicción con las necesidades de los grupos humanos. Para una gran mayoría de campesinos ibéricos la memoria a largo plazo está más relacionada con la genealogía familiar (los antepasados). En realidad, su percepción del tiempo está determinada en mucha mayor medida por la repetición constante del ciclo anual en torno al cual giran las necesidades esenciales: las estaciones del año. Es pues este tiempo repetitivo el que nos va a servir para mostrar la vida diaria de los iberos.



2. Año 1927: campesinos asturianos posando con diversos aperos para el trabajo diario.

Unos comentarios finales antes de empezar nuestro viaje. Las voces que nos hablan directamente desde el pasado de estos pueblos son escasas. Hay abundantes indicios del uso de la escritura, pero ésta no nos ha llegado en forma de textos amplios, en los que los iberos contaran su propia historia y tradiciones. Además, aunque podemos leerlas, la traducción de estas lenguas muertas está aún en pañales. Para complicar más el problema, los narradores más locuaces no siempre fueron testigos directos de lo que describen. Fueron sobre todo escritores griegos y latinos, que como





dice el historiador Josep Fontana, observaron a estos pueblos como un espejo en el que veían reflejados los elementos que definían su propia identidad frente a lo "bárbaro". Resultaba inevitable para ellos resaltar lo que encontraban raro e inusual, o traducir a sus propias categorías las instituciones y costumbres que descubrían.

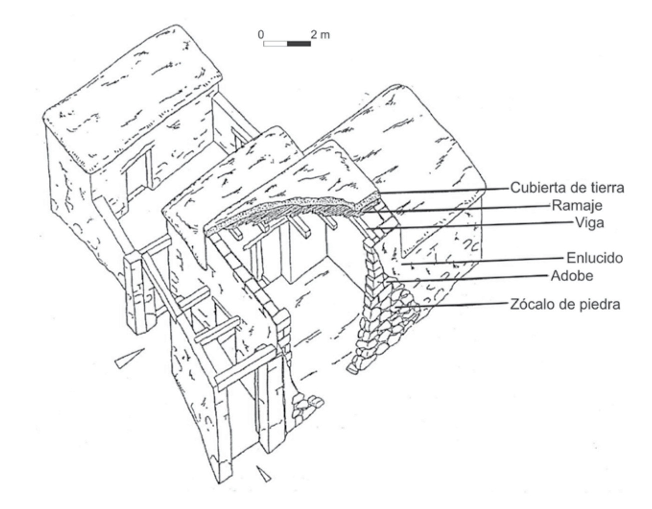
Así las cosas, la gran mayoría de los testimonios con los que se ha compuesto este relato son los vestigios materiales que estudia la arqueología. Les propongo un ejercicio para comprender las dificultades que esto entraña. Observen con atención la imagen de una escena campesina de inicios del s. xx en Asturias. En ella se muestra un conjunto nutrido de herramientas para la realización de importantes labores del campo, y como se puede ver, están casi enteramente hechas de elementos perecederos. A continuación traten de "borrar" con la imaginación todo lo que, en el caso de quedar soterrado, no sobrevivirían mas allá de unos años. La magra fracción de objetos que restaría de aplicar ese filtro es la materia prima con la que tiene que trabajar el arqueólogo en su intento de interpretar y explicar las sociedades pasadas. Objetos mudos e inertes, desafían nuestra capacidad de interpretar y comprender el pasado. Plantean a veces silencios insalvables, sobre todo cuando esa evidencia no aparece, pero no hay modo de asegurarse de que nunca ha estado ahí…es preciso, en definitiva, ser conscientes de lo difícil que a menudo es ofrecer un discurso coherente y completo de cómo sucedieron las cosas.

Inicio y final: el invierno

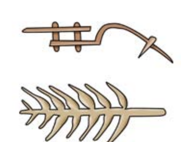
El mundo doméstico

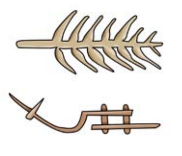
Este relato comienza en los días fríos de invierno, en torno al fuego de la vivienda de un poblado ibérico. Estamos en el momento del año en el que menos trabajo hay en el campo, y eso permite que centremos nuestra atención en el espacio que es germen y base de la vida de todas las familias: la casa. Tanta importancia tiene el hogar como núcleo de ésta que por extensión, y aún en nuestros días, se emplea el término como sinónimo de la unidad doméstica. Al margen de todas las posibles variaciones, que ahora mostraremos, es el elemento sin el cual no podemos realmente hablar de un espacio de hábitat. Son fuente de luz, calefacción y punto de reunión para quienes conviven bajo el mismo techo, tanto para comer como para realizar múltiples tareas domésticas. Aunque conocemos algunos casos en los que las casas ibéricas cuentan con un espacio independiente para transformar los alimentos, el hogar central hace a menudo las veces también de cocina.





3. Planta de una vivienda del poblado de la Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia).





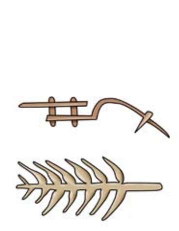


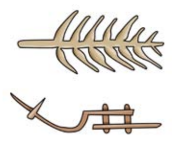
4. Reconstrucción ideal del interior doméstico de una de las viviendas del poblado de Puig del Castellet (Lloret de Mar, Gerona). Dibujo V. Mayoral. Según Izquierdo, Mayoral, Olmos, Perea, 2004, 166.

Durante los primeros tiempos de la cultura ibérica la habitación del hogar será casi el único espacio construido de la mayoría de las casas. Sus tamaños así rondan los 20 metros cuadrados, y un mismo espacio hace las veces de comedor, cocina, dormitorio, despensa e incluso refugio de algunos animales (esta idea que nos resulta extraña, fue moneda común en las culturas campesinas de Europa hasta apenas hace 50 o 60 años: el ganado que convive con la familia aporta su calor natural). Aunque esta versatilidad del uso de las habitaciones se mantiene, con el tiempo aparecen esquemas de vivienda más complejos. Se disponen habitaciones para la realización de las tareas diarias, como el tejido, la preparación de alimentos, o el almacenaje de los víveres.

No existe en todo caso ninguna noción próxima a la del bienestar hogareño de nuestras casas del mundo occidental industrializado. La abundancia de luz y aire se sacrifica a favor del mantenimiento de un equilibrio térmico para preservar el calor en invierno y el frescor en verano (más adelante hablaremos de las virtudes de la construcción con tierra). No hemos encontrado evidencias de chimeneas o sistemas de ventilación y salida de humos (estos últimos cumplen una función, ayudando a preservar ciertos alimentos). En todo caso, no todo transcurre entre las paredes de las habitaciones. Aunque en invierno el exterior no es propicio, en un mundo de clima benigno los patios e incluso las azoteas se aprovechan para trabajar, reunirse y realizar múltiples tareas.

Tampoco parece que los interiores ibéricos fueran ricos en mobiliario, aunque su naturaleza perecedera escamotea certezas al arqueólogo. Conocemos, a través de objetos o de su representación plástica, versiones con finalidad ritual de lechos, tronos, escabeles, cofres…muebles elaborados para la ostentación del poder en palacios y tumbas. En cambio en la mayor parte de las casas, salvo en espacios muy concretos, domina la sobriedad y lo funcional. Sin embargo gracias a la buena conservación de materiales como la cerámica, queda claro que a veces se gustaba de la exhibición de artículos valiosos, tales como una vajilla para el servicio y consumo del vino venida desde Grecia, o grandes contenedores decorados con recargadas escenas de caza, realizados seguramente por encargo a un alfarero especializado.



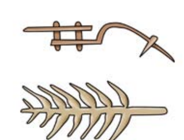


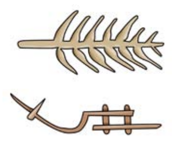
A medida que la organización social y la división del trabajo se hicieron más complicados, se requirió una mayor especialización en el uso del espacio. Algunos ámbitos se dedican a una actividad predominantemente económica, mientras que en otros se destaca el sentido ideológico y simbólico de su función. En todos sin excepción los protagonistas de las diferentes actividades desempeñan un papel y configuran su espacio de acuerdo con su género, edad, parentesco y clase social.

Además de un refugio, la casa ibérica es una unidad de producción: en ella se elabora de manera autónoma una buena parte de las cosas necesarias para la vida diaria. La autosuficiencia es sinónimo de una economía doméstica próspera. Como ya hemos dicho, en las casas más sencillas casi todas estas labores se realizan en un mismo ámbito. En las casas más complejas de poblados valencianos como la Bastida de les Alcusses o el Castellet de Bernabé, se han descubierto habitaciones con varios telares y molinos.

a entrada desde la calle
b pilar central espacio A
c escaleras
d base pilar refuerzo?
A, G, H, CAMPAÑA 1988
6, 8, 9 CAMPAÑAS 1982-1986
5m

5. Esquema volumétrico y planta arqueológica de una de las viviendas del oppidum ibérico de Puente Tablas (Jaén).



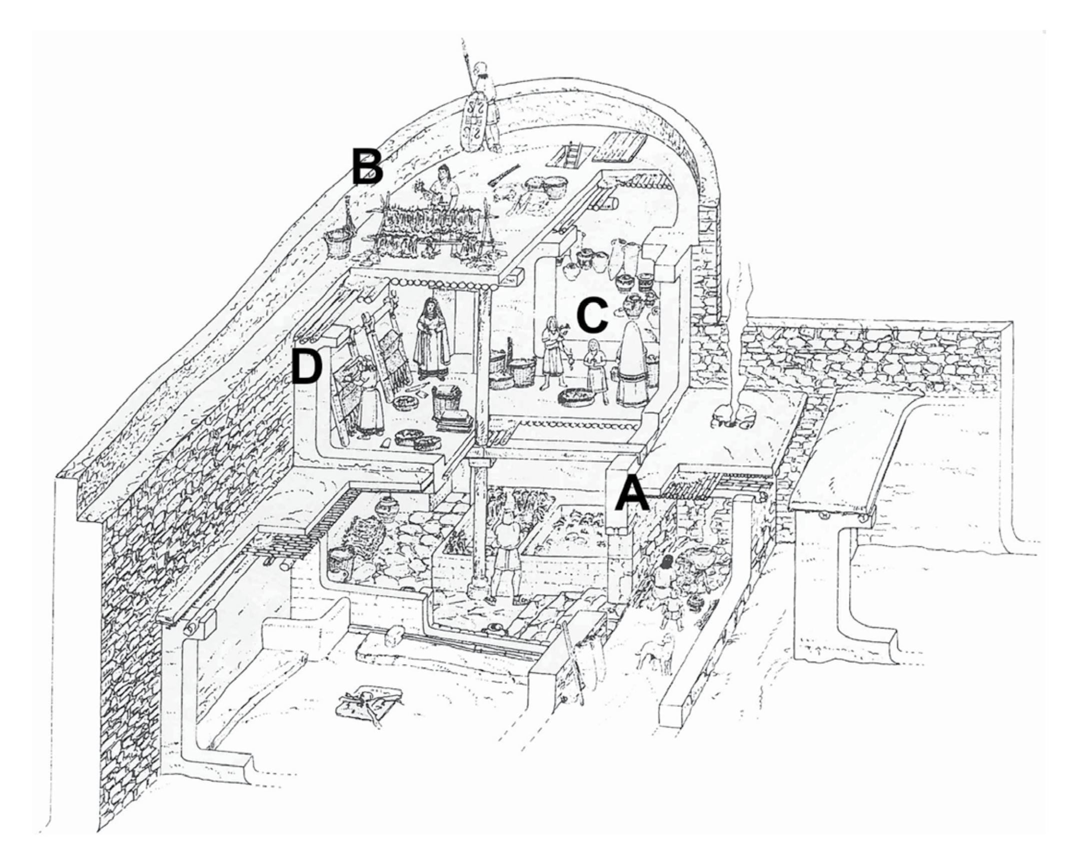


Hilar y tejer

La primera etapa en la confección de tejidos era la elaboración de la materia prima: las fibras. Las que empleaban los iberos eran tanto de origen vegetal como animal. Entre las primeras destaca, para el vestido, el lino. La transformación de los tallos en hilo es un largo proceso, que en parte ha dejado huellas materiales registradas por los arqueólogos (por ejemplo, en el poblado del Coll del Moro de Gandesa, en Tarragona). En primer lugar hace falta eliminar las partes leñosas mediante un proceso de maceración en agua durante varias semanas (bien en ríos o arroyos, bien en piletas o balsas). Los haces extraídos tienen que ordenarse y limpiarse mediante el majado y cardado (obteniéndose así fibras de diferentes calidades). El proceso se completaba cociendo y lavando este producto hasta dejarlo listo para el hilado. Otra fibra vegetal intensamente aprovechada en el mundo ibérico fue el esparto, aunque obviamente por su tosquedad su uso fue más orientado a la elaboración de objetos (contenedores para el trabajo diario, cordajes, calzado…).

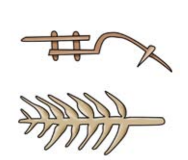
La principal fibra animal empleada por los iberos fue la lana. Antes de llegar al hilado, el producto del esquileo requiere un laborioso proceso de limpieza y procesado: lavar, desengrasar, blanquear, cardar…al igual que en el caso del lino y el esparto, las primeras fases del trabajo se desarrollarían al aire libre, durante la primavera y el inicio del verano, mientras que la elaboración de las fibras y el tejido serían tareas propias del invierno.

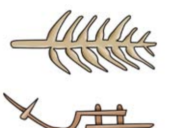
La fabricación del hilo para tejer ha dejado una huella material casi ubicua en los poblados ibéricos: las fusayolas. Así son llamadas unas pequeñas piezas (generalmente de arcilla) con una perforación para encajarse en el huso y hacerlo girar. Este era una varilla, de hueso o madera, que se empleaba para retorcer las fibras.





6. Reconstrucción del área de procesado del lino en el poblado del Coll de Moro de Gandesa. A.-Piletas para el enriado del lino. B.-Secado y elaboración de la fibra. C.-Hilado. D.-Tejido.
7. Fusayolas ibéricas.



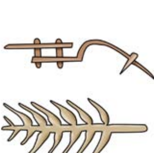


El hilado es una de las tareas universales de las sociedades preindustriales, y sin ir más lejos la iconografía del Mediterráneo en la Antigüedad proporciona abundantes testimonios de cómo se hacía el trabajo.

Lo mismo puede decirse de la maquinaria empleada para tejer. Conocemos abundantes representaciones de telares en la cerámica griega. Enmarcada por una serie de travesaños, la trama de hilos se coloca verticalmente y se mantiene tensa con ayuda de unos contrapesos. Estos últimos aparecen también en abundancia en las excavaciones arqueológicas, a veces agrupados delatando el emplazamiento de un telar. Como las fusayolas, se fabrican habitualmente con barro cocido. Los iberos también emplearon pequeños telares horizontales.







Cocinar

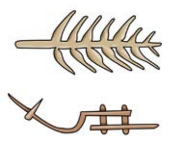
Como hemos señalado, otra de las tareas domésticas que ha dejado una huella material abundante en las casas ibéricas es la preparación de los alimentos. Los ingredientes empleados y la forma de transformarlos determina las tareas, los procesos de trabajo y el instrumental utilizado. Aquí, como en otros puntos de nuestra narración, la escasez de testimonios directos deja mucho espacio para la incertidumbre. Conocemos bien las plantas que consumían los iberos. Sin embargo deducir a partir de esa información cuál era la composición y el tipo de alimentos elaborados es una cuestión muy diferente. El problema se hace aún mayor si tenemos en cuenta que existieron diferencias sociales que marcaron contrastes en el acceso a los diversos géneros de víveres.

En una economía basada fundamentalmente en la agricultura, los productos que forman la base de la dieta son sobre todo de origen vegetal. Entre todos el producto estrella son los cereales (más adelante veremos cuáles). Llegan a la cocina en forma de grano, que hay que tostar, hervir o moler. La elaboración de la harina era el punto de partida de muchas “recetas”, y una tarea documentada en casi todos los hogares. Este es uno de los aspectos en el que la tecnología experimentó un cambio fundamental durante el período ibérico.

Hasta entonces se empleaba fundamentalmente una superficie abarquillada de piedra como base, en la que se depositaba el



8. Imagen de la posible escena de hilado pintada en Alcoi.
9. Conjunto de pondera de contextos domésticos ibéricos.
10. Recreación de los procesos de molienda con movimiento de vaivén (1,2) y rotatorio (3).



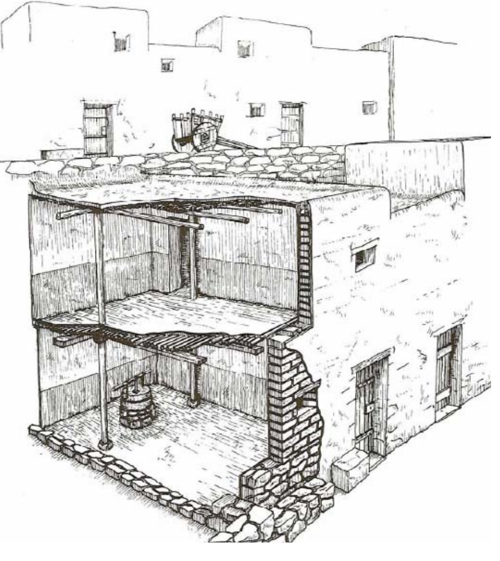
grano, para triturarlo con otra piedra con un movimiento de vaivén. Aún con molinos de gran tamaño, este sistema no permitía una gran producción de harina, lo cual exigía dedicar diariamente mucho tiempo y esfuerzo, incluso para las demandas de una economía doméstica. Pero a partir del siglo V a. C. aparecen los primeros ejemplares de un nuevo tipo de molino. Consta de dos partes, ambas de piedra: una pasiva, de forma cónica, que permanece fija, sobre la que se encaja otra pieza circular giratoria con un orificio en el centro. El grano se introducía poco a poco por ese orificio entre las dos piedras, que al frotarse entre sí lo pulverizaban. La arqueología ha sacado a la luz en multitud de viviendas ibéricas pequeños molinos de este tipo, que podían ser accionados por una sola persona haciéndolos girar con ayuda de un enmangue o asidero. Con menos frecuencia nos encontramos con molinos de mayores dimensiones, en lo que parecen ser estancias dedicadas a la producción de harina para varias familias. Estas piezas grandes y pesadas tenían que moverse empujando gruesos travesaños abrazados a la piedra giratoria. Conocemos este tipo de instalaciones en poblados como el Puntal dels Llops, o en Sant Miquel de Llíria, ambos en Valencia.

Algunos autores han destacado la trascendencia de esta innovación. Es, junto con el torno de patada para la alfarería y otras herramientas, el arranque de un uso sistemático del movimiento rotatorio continuo que constituye un hito en la historia de la tecnología.

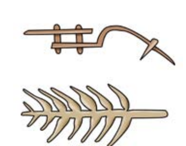
Junto al molino, aparecen otros enseres como los accesorios para procesar los frutos antes de cocinarlos. Es frecuente encontrar así recipientes cerámicos de tamaño medio o grande, con la forma de grandes platos pero con el fondo lleno de estrías profundas o pequeños guijarros incrustados. Se trata de morteros, que se utilizarían para machacar y mezclar condimentos. En algunos lugares, como en los poblados ibéricos de Puig de Sant Andreu o Alorda Park (ambos en Cataluña), se han encontrado morteros elaborados en piedra. Son pequeños (unos 30 cm de diámetro) y poco profundos. A través de imágenes del mundo griego y algunas descripciones, sabemos que existía un tipo de mortero más profundo, elaborado en madera, que se utilizaba para quitarle la cascarilla al grano de los cereales vestidos como el mijo o la cebada. Estudiosos modernos han observado el uso de este método en sociedades agrarias de África y el Próximo Oriente (constatando incluso que este tipo de elaboración producía luego una harina de más calidad y más nutritiva).

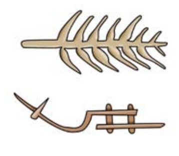
Las harinas, ya sean de cereal o de otros productos como las legumbres o la bellota, se mezclan con agua, leche y otros condimentos. Como siempre la arqueología nos ofrece algunas pistas valiosas acerca de las maneras de preparar estas mezclas. Si nos fijamos en el tipo de recipiente más común en las cocinas ibéricas, veremos que son ollas con la base plana, el cuerpo en forma de globo y una boca estrecha, a menudo preparada para encajar una tapadera. Es razonable pensar que uno de sus usos principales





11. Imagen de mujeres trabajando en un mortero de piedra en cerámica griega.
12. Reconstrucción hipotética del departamento 46 con área de molienda en el poblado ibérico del Tossal de Sant Miquel de Llíria (Valencia).





sería la preparación de gachas: una mezcla cocida de avena y otros cereales con leche y agua. También sería el contenedor apropiado para hervir legumbres y verduras.

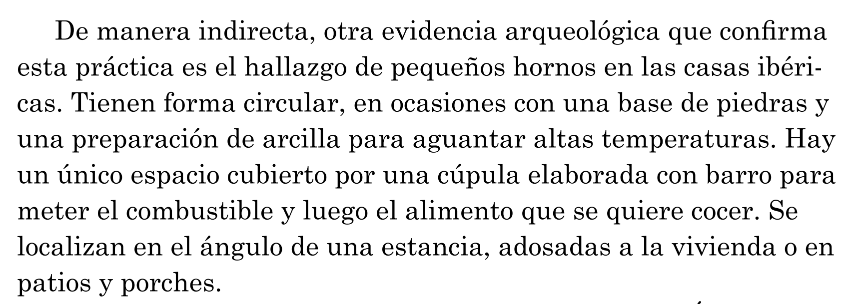
Este proceso se realizaba directamente sobre las brasas del hogar. La gran mayoría de estos fuegos se construyen de una manera muy sencilla, apenas una pequeña superficie reservada en el centro o los laterales de la habitación principal de la casa. A veces cuentan con un acondicionamiento más cuidado para aislar la zona de combustión y preservar su calor.



Otro sistema para transformar el cereal en alimento era la elaboración de tortas y panes. Sabemos de la existencia de este tipo de masas a través de abundantes testimonios escritos y materiales en todo el entorno mediterráneo. En el caso ibérico existen algunos indicios directos de su utilización. En una sepultura de un yacimiento de Albacete se encontraron restos carbonizados que, tras un examen al microscopio, revelaron la presencia de levadura y granos de almidón característicos de este tipo de productos.



13. Morillos de poblados ibéricos.
14. Recreación del repertorio cerámico de un poblado ibérico: recipientes relacionados con la preparación de alimentos.

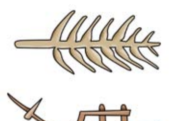


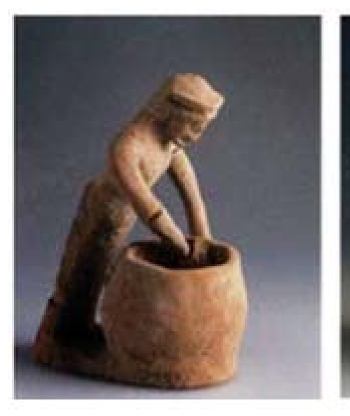
De manera indirecta, otra evidencia arqueológica que confirma esta práctica es el hallazgo de pequeños hornos en las casas ibéricas. Tienen forma circular, en ocasiones con una base de piedras y una preparación de arcilla para aguantar altas temperaturas. Hay un único espacio cubierto por una cúpula elaborada con barro para meter el combustible y luego el alimento que se quiere cocer. Se localizan en el ángulo de una estancia, adosadas a la vivienda o en patios y porches.

Algunas terracotas del Próximo Oriente y Norte de África muestran modelos en miniatura de otro tipo de horno. Se trata de estructuras también circulares, pero con una pared modelada en barro que forma una cavidad. La combustión se produce en el fondo, y las paredes sirven para adherir las tortas, que se hacen con el intenso calor. Aún hoy en el Magreb se utiliza este tipo de cocinas, denominadas *tabuna*.



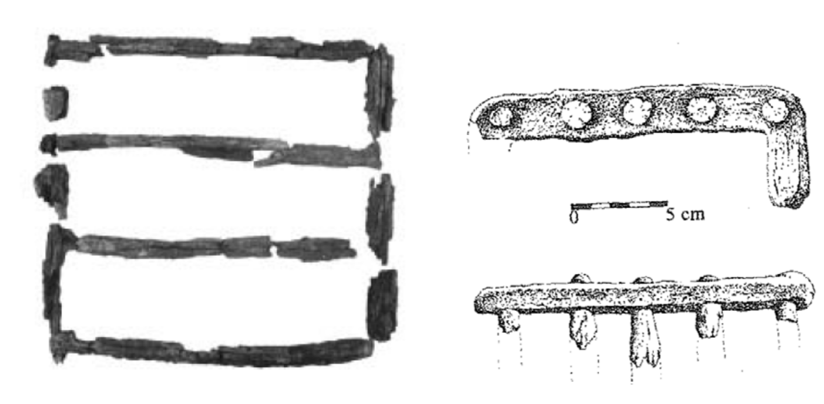








Aunque como venimos diciendo el grueso de la alimentación ibérica tendría una base vegetal, la carne se mantuvo como un componente minoritario pero constante (más adelante hablaremos del papel del ganado como fuente de alimentación). Se han recuperado calderos elaborados en metal para hervirla. Para asarla se empleaban ganchos y morillos (soportes para evitar el contacto de la carne con las llamas y cenizas), como en el poblado de la Bastida de les Alcusses. Tenemos algún ejemplo conservado de parrillas elaboradas en hierro, como en el poblado de Castellones de Céal, en la provincia de Jaén.





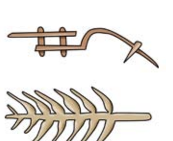
Otros alimentos

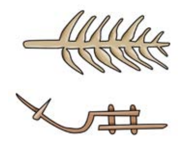
Por último tenemos que destacar el papel en la alimentación ibérica de productos de larga duración, importantes en un mundo sin refrigeración ni conservantes. Ya hemos hablado del pan de levadura, que según el método de elaboración podía conservarse por mucho tiempo. Otro importante grupo serían los derivados lácteos, principalmente el queso. La sal y la miel eran conservantes naturales que se aplicaban a carnes, pescados y frutos.

Finalmente hemos de citar los alcoholes. Ignoramos hasta qué punto los iberos dominaron las artes de extraerlo de las muchas plantas y frutos que conocían. Lo que sí está probado con datos arqueológicos es que fabricaban cerveza a partir de la cebada y otros cereales. Su consumo sería muy posiblemente amplio y cotidiano, en realidad una manera más de convertir el cereal en alimento, siendo un aporte nada despreciable de hidratos de carbono, proteínas y vitaminas. Mención aparte merece el vino, cuya producción y consumo es una novedad que se introduce en la Península en los inicios del período ibérico.

Existen datos arqueológicos sobre el consumo de uvas desde mucho antes (la vid es una planta nativa en el Mediterráneo occidental). Pero todo parece indicar que la primera vez que estas comunidades probaron el vino, era un caldo procedente del exterior y venía envasado en un ánfora fenicia o griega, allá por el s. VII a. C. En menos de un siglo se inicia la producción local, que pronto será

15. Terracota púnica con horno tipo tabuna.
16. Parrillas de hierro ibéricas. Izquierda: pieza del Puntal dels Llops (Valencia). Derecha: pieza recuperada en los niveles de ocupación tardoibéricos de Castellones de Céal (Jáen).





controlada directamente por las comunidades ibéricas. El testimonio más claro de ello se ha encontrado en el asentamiento amurallado del Alt de Benimaquía (Alicante), con una serie de lagares de los que hablaremos después. Entre otras propiedades el vino es un excelente aporte energético en la alimentación humana. En cualquier caso, a lo largo del período ibérico este producto no llega a ser un componente de la dieta cotidiana. Su consumo quedará mediatizado por una importante función social.

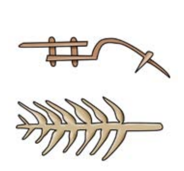
Comensalidad y ritual

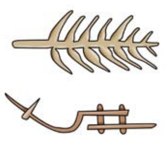
Unas palabras acerca de cómo comían los iberos. No serán muchas, ya que otros autores de este volumen se ocupan específicamente de este tema. Los arqueólogos han interpretado las casas más grandes y compartimentadas de los poblados ibéricos como las residencias de los grupos dirigentes de la sociedad. Estos lugares se distinguen del resto por disponer de estancias específicas para la realización de ceremonias que reúnen al señor de la casa con un grupo de personas mas allá de los límites de la unidad familiar. Puede tratarse de ofrendas de tipo religioso, o de rituales relacionados con la bebida y la comida. Aquí el vino y el consumo de carne parecen jugar un papel mas allá de la mera alimentación.

Al margen de estos actos excepcionales en el tiempo y el espacio, el consumo diario de alimentos tampoco era una mera cuestión de satisfacer las necesidades fisiológicas. Se organizaba de acuerdo con usos y costumbres que variaron a través del tiempo, pero que dejan una huella material poco tangible. Hemos hablado de la materia prima y su transformación. Podemos tratar la cuestión de los residuos y basuras dejadas por el consumo, o buscar en ciertos indicadores químicos "almacenados" en el esqueleto humano los hábitos alimenticios predominantes. Pero todo esto nos deja aún lejos de las "normas de etiqueta" a la hora de sentarse en torno a la comida. Si nos fijamos en el repertorio de la vajilla cerámica que utilizaban los iberos, podríamos deducir algunas cosas.

Casa y género

Antes de abandonar la casa tenemos que pararnos a reflexionar sobre un aspecto capital de la vida en su interior. Hemos hablado de gente que cocina, teje, muele el cereal…pero no nos hemos parado a pensar en si hay una división por edades y sexos de estas tareas. Las fuentes escritas y la iconografía plantean que en el mundo mediterráneo (en el que estaba imbuida la cultura ibérica) las protagonistas del mundo doméstico son las mujeres. El hombre centra su actividad en el exterior de la vivienda, participando de los asuntos públicos. Esta diferenciación queda igualmente manifiesta en el registro etnográfico de numerosas comunidades campesinas de este ámbito. Gracias al interés creciente de los arqueólogos en las tareas cotidianas, la mujer ibérica se ha hecho más visible, y se ha ponderado la trascendencia de su aportación para el desarrollo de la vida de estas comunidades. En todo caso, mas allá de estas dualidades, las casas ibéricas contienen el complejo universo de unidades familiares extendidas, en las que pueden convivir varias generaciones y cada uno contribuye con su esfuerzo.





Los campos duermen

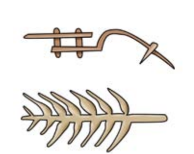
Una mirada al paisaje…

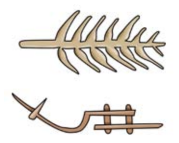
Ahora estamos fuera del poblado, en los campos que lo rodean. Ya hemos dicho que la ibérica fue una sociedad fundamentalmente agraria, pero las formas y estrategias variaron mucho según cada etapa y región. Comunidades pequeñas y aisladas seguramente tuvieron poca capacidad (y necesidad) de transformar gran cantidad de terreno en su entorno. Tan sólo lo necesario para proveer de víveres al grupo hasta el año siguiente, mas un espacio reservado para las semillas que se destinarán a la nueva cosecha. Todo dependió, como alguien ha dicho, del número de brazos disponibles para el trabajo y del número de bocas que pedían alimento. Sin embargo en algunos casos existieron motivaciones externas para incrementar la producción, como han propuesto autores como Francisco Gracia para los poblados ibéricos del Ampurdán. Lógicamente crear esos excedentes, que estarían destinados al comercio, implica incrementar la presión sobre los recursos y extender la superficie de las áreas cultivadas. De un modo u otro, el terreno alrededor de los asentamientos está habitualmente presidido por los campos cultivados.

Hay que hacer un esfuerzo con la imaginación para recrear el aspecto de este paisaje. Desde mucho antes, durante la Prehistoria, está consolidado un sistema de agricultura estable, que implica la permanencia y la apropiación de la tierra por parte de un grupo humano durante generaciones. Esto lleva implícito trazar unos límites, marcar unas lindes, que separan unas propiedades de otras. Aunque es muy difícil que estas efímeras barreras lleguen a nuestros días, lo cierto es que cuando se dan las circunstancias adecuadas esto ocurre. En los campos de la Europa templada se han descubierto muchos vestigios de estos sistemas de parcelación, algunos fechados en la Prehistoria. Durante la Edad del Hierro aparecen entramados que cubren áreas muy grandes y que parecen seguir una organización previa. Esto demuestra que estas comunidades tenían



17. Evocación de diferentes elementos de un paisaje ibérico, desde la organización interna de los asentamientos hasta la explotación agraria, el comercio o la minería.





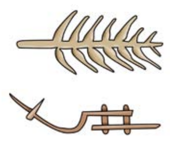
la capacidad de planificar la ordenación del territorio a una escala muy amplia. En el caso de los iberos, conocemos algunos indicios de que existieron sistemas de este tipo, como por ejemplo en el entorno de la ciudad ibérica de Sant Miquel de Llíria. Ha sido posible incluso proponer que en esta labor de trazar las lindes se utilizaría un sistema de medida propio, lo cual da una idea de la complejidad alcanzada.

Una cuestión diferente, y de respuesta difícil, es qué tipo de acuerdos y derechos entre las gentes están ligados al disfrute de esas parcelas. Es muy posible que la gente no poseyera la tierra de manera individual, tal y como entendemos la propiedad hoy día. Su uso estaría condicionado por la pertenencia, en primer lugar, a un grupo familiar entendido en un sentido amplio. Por encima de ese nivel existió un acceso diferenciado en función de la adscripción a redes clientelares que organizan la vida de toda la comunidad residente en un poblado. Finalmente, a estas estructuras de dependencia llega a superponerse en algunos casos un poder capaz de abarcar varias comunidades. Esto significa que todo o parte del producto de las parcelas que cultivan los campesinos es obligatoriamente destinado a un pago o aporte periódico que se acumula en grandes silos y almacenes (luego hablaremos de ellos).

En el paisaje que estamos describiendo emergen algunas columnas de humo. Proceden de hogares que no se encuentran tras las murallas del poblado, sino dispersas en el campo. Este tipo de construcciones no siempre existieron. Como en los paisajes agrarios actuales, hay regiones en las que toda la población permanece concentrada y sólo va al campo durante la jornada de trabajo, mientras que en otras la gente vive al pie del terruño, bien en pequeñas cortijadas, bien en casas familiares. Se ajusta por ejemplo, al primer caso, el sistema de organización que prevaleció en el Alto

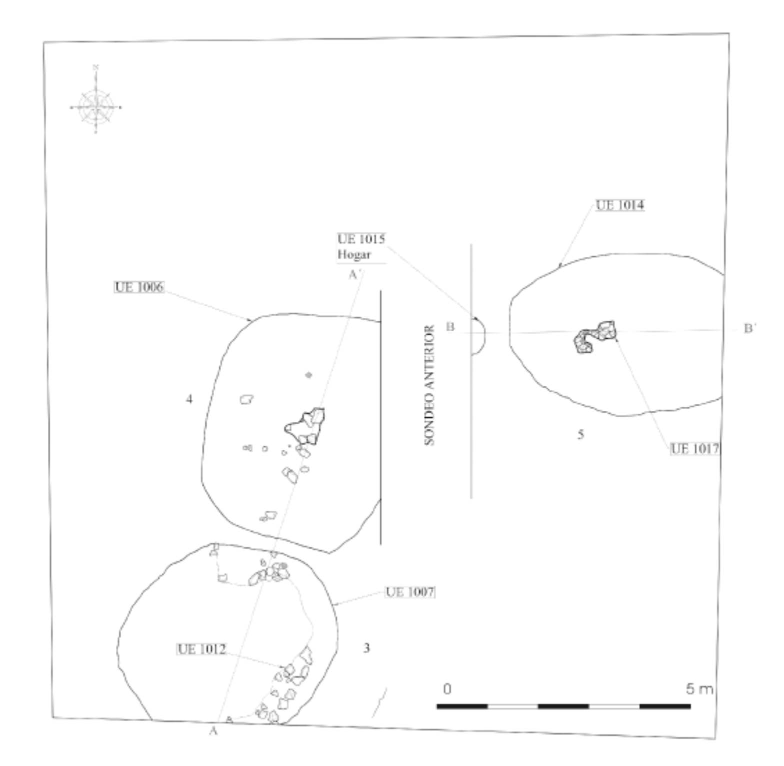
18. Propuesta de parcelación ibérica del camp de Llíria (Valencia).

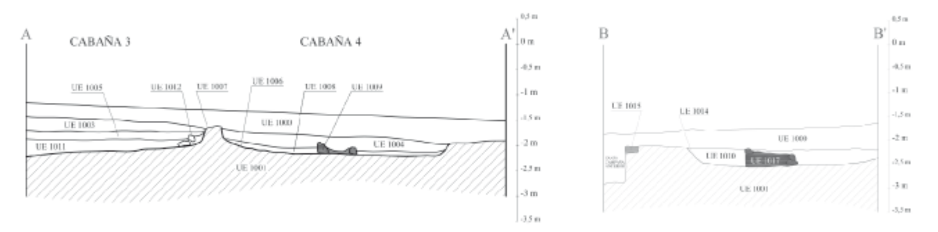




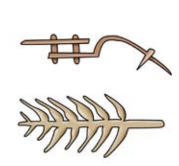
Guadalquivir entre los s. v y III a. C. Sin embargo en los últimos tiempos de la etapa ibérica comenzamos a tener evidencias de un paisaje más poblado, con pequeños sitios a lo largo de los arroyos. Es el caso de territorios bien estudiados, como el que dependería del *oppidum* de Giribaile, o el del entorno de la ciudad romana de *Aurgi*, ambos en Jaén. En este segundo caso, las excavaciones extensivas han sacado a la luz todo un paisaje agrario de las etapas finales de la cultura ibérica. Siguiendo la interpretación de sus excavadores, en esa etapa pequeñas unidades familiares que residen en sencillas chozas de planta ovalada, acometen la explotación de las tierras bajas desarrollando un sistema de agricultura de regadío. El agua es canalizada con un sistema de acequias y embalsada en pequeñas charcas. En tierras alicantinas, asentamientos como L'Alt del Punxó nos remiten a estos mismos procesos de colonización (Ignacio Grau, en este mismo volumen, trata de este tema). Finalmente en la actual Cataluña, en el entorno de grandes asentamientos como Ullastret o Burriac se aprecia una tendencia similar.

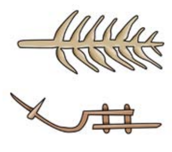
En todos estos casos el aumento de la población dispersa en pequeños núcleos tiene que ver con una necesidad creciente de producir más, exigiendo a la naturaleza un esfuerzo suplementario. Las gentes del siglo XXI hemos aprendido, a nuestro pesar, los frágiles límites de ese balance de fuerzas entre las necesidades humanas y la capacidad del medio para satisfacerlas. Aunque los iberos nunca llegaron a romper ese equilibrio (al menos a una escala amplia), no cabe duda de que el resultado de ese proceso transformó completamente la fisonomía de su entorno. Los bosques retrocedieron, el paisaje se humanizó, y en algunos sitios (zonas mineras, canteras, áreas especializadas en la metalurgia) se degradó y contaminó a un ritmo creciente.





19. *Planta excavada de cabañas ibéricas en l´Alt del Punxó (Alicante).*

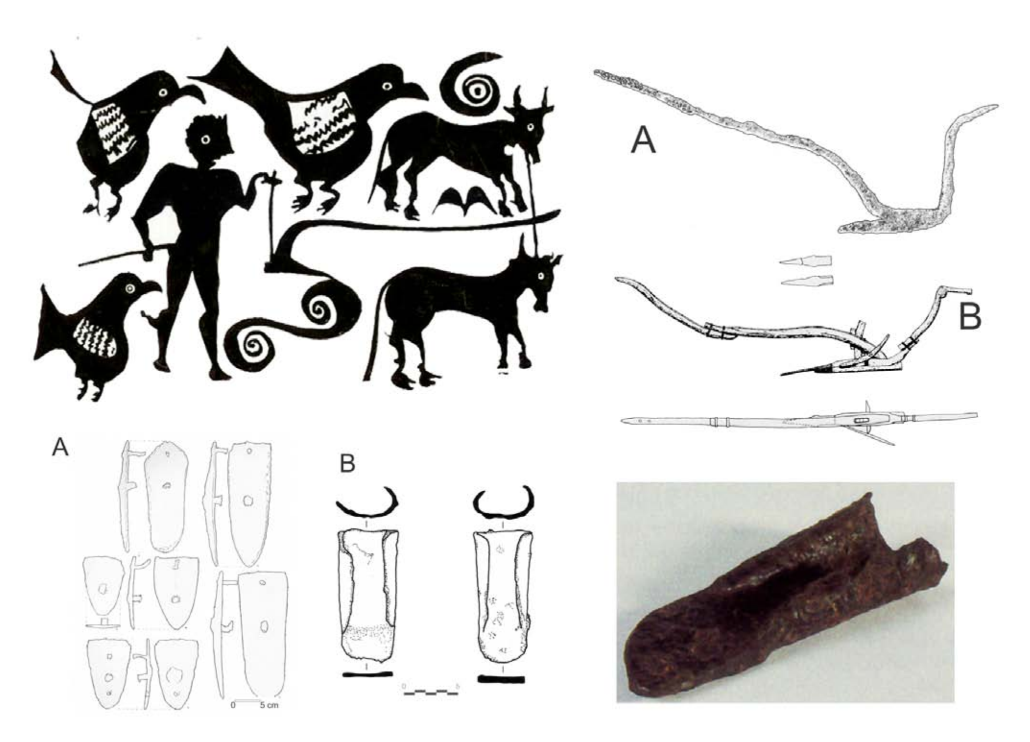




Cuidados de la tierra y siembra

Durante el invierno la tierra descansa, pero no así el agricultor. Pese a que no hay tanto trabajo como durante las cosechas, hay que mantener los campos en buen estado y sembrar los cereales que constituyen el grueso de la producción. Hay que airear la tierra, voltearla, limpiarla de malas hierbas. Una de las grandes innovaciones tecnológicas que se produjeron durante el desarrollo de la cultura ibérica fue la introducción de un variado conjunto de herramientas agrícolas de hierro. Sin duda entre todas ellas la que tuvo un papel más significativo fue la reja del arado, por su capacidad para domesticar una gama más amplia de terrenos e incrementar la eficacia en la gestión del suelo.

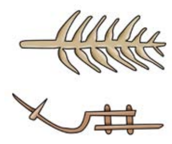
Mas allá de una dimensión estrictamente económica (recuérdese la permanente presencia de lo ritual de la que hablamos al comienzo de este texto), el arado posee un fuerte valor simbólico, como expresión de la labor civilizadora y la conquista del mundo salvaje. Sin duda existió una narrativa que vincula estos actos con el papel desempeñado por antepasados, cuya naturaleza estaba a caballo entre lo divino y lo humano. Estos mitos no surgen por el capricho de la imaginación, sino que juegan un importante papel en la legitimación de las nuevas y más sofisticadas formas de poder político que surgen en este momento de la Historia de la Península Ibérica.



Los iberos conocieron otros útiles para airear la tierra, como las layas. Se trata de una herramienta que se encaja en el astil con un enmangue en forma de tubo y tiene un filo estrecho, o bien termina en dos puntas curvas (a diferencia de otros muchos aperos ibéricos su forma tiene poco que ver con las fangas y layas utilizados en la agricultura tradicional. Estos últimos se parecen más a dos gruesas hojas de espadas sujetas por un mango). La laya se hinca profundamente en el suelo para voltear el suelo, y al ser un útil manual es más apto para trabajar pequeñas parcelas y/o con el concurso de un grupo amplio de trabajadores.

*20. **Arriba**: A.-Arado votivo de Covalta. Tratado a partir de fotografía tomada de Violant, 1953. B.-Arado de tipo dental procedente de Cáceres. **Abajo**: A.-Rejas de arado de la Bastida de les Alcusses, según Pla Ballester, 1968, fig. 2. B.-Rejas procecentes del asentamiento de Pontós.*



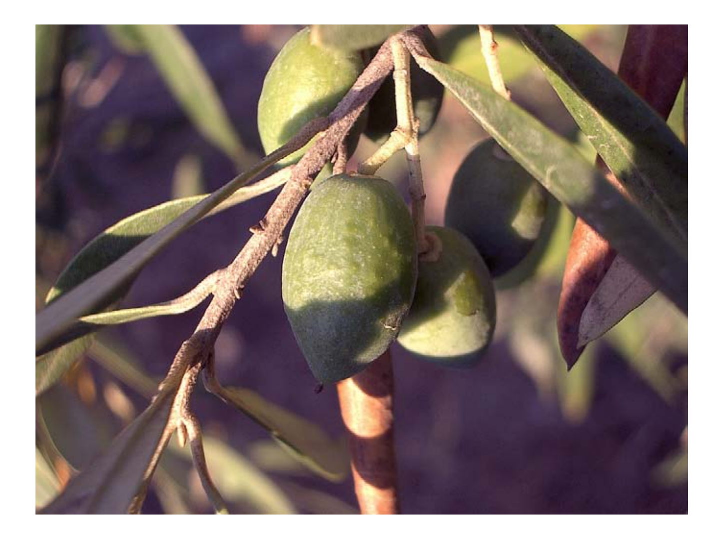


Como hemos dicho, otra tarea importante en los campos durante el invierno es sembrar los cereales que se denominan de "ciclo largo", es decir los que maduran y se recogen a finales de la primavera. Ya hablamos de las preferencias alimenticias de los iberos a este respecto. Guiándonos por algunas referencias escritas y por las cualidades digestivas de los distintos tipos de cereal, teóricamente es el trigo el mayor protagonista. Sin embargo la arqueología ofrece una imagen diferente. Aunque es una opción menos adecuada para el consumo humano, en casi todas partes el cereal de invierno más cultivado es la cebada vestida. Diversos autores han explicado esto por las propiedades de esta planta, menos exigente en agua y más resistente a los suelos poco favorables para la agricultura.

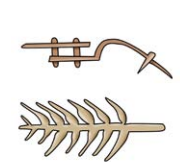
Labores que exigen otros cultivos en invierno

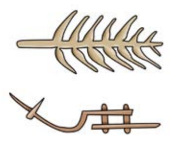
Siguiendo con nuestro recorrido por los campos invernales, nos encontramos con otros lugares que exigen trabajo. Una de las innovaciones de la agricultura de este período fue el desarrollo de una estrategia que combinaba los cultivos de cereal y huertas con la arboricultura. Sabemos de la presencia de especies como la higuera o el granado, pero sin duda los protagonistas de este grupo son la viña y el olivar.

Ya dijimos que la primera está presente en el medio natural desde mucho antes de ser explotada. Como planta domesticada se utiliza con intensidad creciente durante el período ibérico para la producción de vino. Tras la vendimia en otoño, en los meses fríos la principal tarea que requieren es la poda de los sarmientos. Esta labor de mantenimiento se realizaba con un útil llamado podadera. Su forma es la de una pequeña hoz, y es realmente la herramienta que se encuentra con más frecuencia en los poblados ibéricos. Sin embargo ello no se debe a la gran importancia de la viticultura, sino al hecho de que, cual si se tratara de una navaja multiusos, se emplea para otras muchas labores cotidianas (cortar madera, podar otros cultivos leñosos, limpieza…). Solo a partir de época romana conocemos podaderas específicamente diseñadas para el trabajo en las viñas. Volveremos sobre el ciclo de este cultivo y la producción del vino en la sección dedicada al otoño.



21. Olivar y aceitunas.





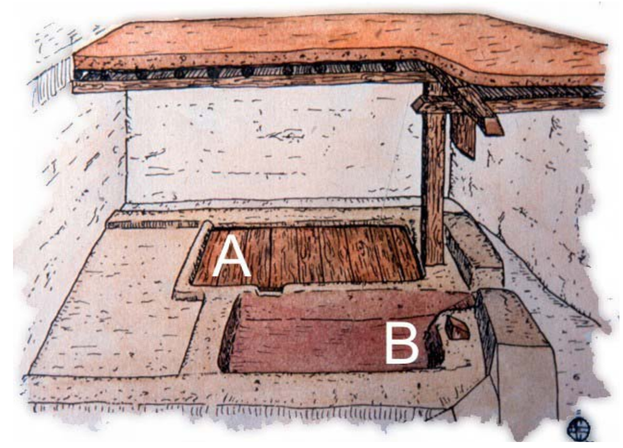
Si para las cepas es época de sanear y limpiar, para el olivar es época de cosecha. Este árbol en su variedad silvestre (el acebuche) es también endémico en esta parte del Mediterráneo, y su fruto se consumía mucho antes de emplearlo para producir aceite. Los especialistas han discutido largamente sobre la posibilidad de determinar la fecha para los primeros olivos cultivados.

El trabajo de recoger la aceituna no implica la utilización de herramientas susceptibles de dejar una huella material reconocible por la arqueología. La recolección se realizaría manualmente (lo que en el mundo rural denominan "ordeño"), sistema que evita causar daño tanto al fruto como al árbol. No obstante conocemos algunas imágenes de este trabajo en el mundo griego en las que se representan campesinos vareando los olivos, es decir, sacudiendo las ramas con una larga vara y recogiendo los frutos del suelo. Estos métodos, han sido los empleado en la agricultura tradicional del Mediterráneo hasta el advenimiento de la maquinaria especializada, apenas hace medio siglo.

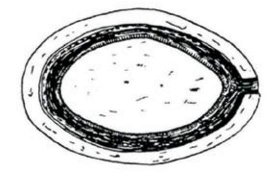
La producción de aceite

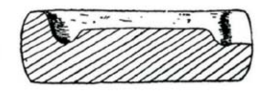
Puede discutirse a partir de leños y semillas carbonizadas el carácter cultivado o no de las evidencias de olivo, pero la arqueología ofrece otros indicios incontestables de la existencia de una olivicultura entre los iberos: las almazaras, instalaciones para la fabricación de aceite. Estas son en su mayoría sumamente sencillas: cubetas o balsas recubiertas de arcilla en las que se prensa la aceituna, a veces simplemente mediante pisado. Conocemos ejemplos en los que la eficacia de la extracción se incrementa moliendo primero el fruto e introduciendo luego la pasta resultante bajo una prensa. En ella la presión se ejerce con la ayuda de contrapesos, que pueden ser sencillamente bloques de piedra que penden del extremo de una viga. Debajo de la pasta de la aceituna se colocaba un bloque

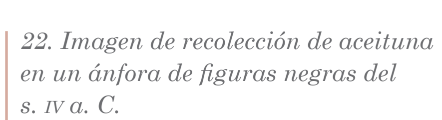




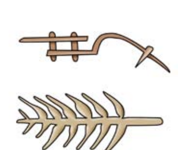


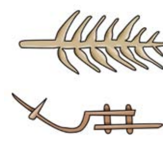






22. Imagen de recolección de aceituna en un ánfora de figuras negras del s. IV a. C.
23. Reconstrucción de un lagar ibérico.
24. Aras de prensado ibéricas. Arriba, pieza de los Villares de Caudete, Valencia. Abajo, pieza de Castellones de Céal (Jaén).





de piedra de forma circular con varios canalillos y un pico vertedor labrados para facilitar la recogida del líquido resultante. Conocemos piezas de este tipo en poblados ibéricos de Valencia (La Seña, Villares de Caudete), Andalucía (Castellones de Céal) o Cataluña, (Estinclells, Lérida) por poner algunos ejemplos.

Como ya vimos, en casi todas las casas ibéricas hay un espacio para transformar el cereal en harina. Sin embargo la producción de aceite no estaría tan extendida. Algunos investigadores han propuesto que la almazara, junto con el lagar o el molino harinero de mayor capacidad, son espacios que controlan y gestionan grupos minoritarios de cada comunidad, requiriendo contraprestaciones por su uso.

Mas allá del terrazgo: el mundo del **"saltus"**

Partiendo de la casa y después de atravesar las tierras labradas, nos hallamos ahora en la frontera con la naturaleza transformada: el monte. Esta es la reserva de combustible para el fuego, el territorio de caza y un recurso complementario, a veces el último al que recurrir en tiempos de escasez. La arqueología indica que con el paso a la etapa ibérica el porcentaje de huesos procedentes de animales salvajes (conejos, liebres, cérvidos, jabalíes…), se reduce hasta valores muy bajos.

Mirando desde aquí el asentamiento en el que iniciamos el recorrido, se nos ocurre que el elenco de plantas y frutos que fueron aprovechados por los iberos quedaría muy incompleto sin tener en cuenta que, como en otras sociedades agrarias, existió un vasto conocimiento sobre las propiedades de infinidad de especies silvestres. A decir verdad, es muy posible que la contraposición tan estricta entre las categorías de lo "salvaje" y lo "domesticado" que manejamos corrientemente hoy día, no tuviera mucho sentido para la mentalidad de los iberos.

La naturaleza empieza a despertar

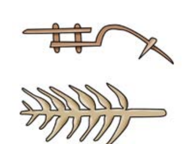
Las labores del campo

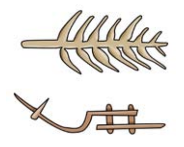
Con la llegada del buen tiempo el ritmo de la vida se acelera, y es preciso aprovechar cada oportunidad para obtener sus frutos. En los terrazgos es el momento de sembrar de nuevo, esta vez con variedades de cereal de ciclo más corto como el mijo, la avena y algunas variedades de cebada. No son especies que tengan una gran representación en la evidencia arqueológica, aunque su papel es creciente a medida que el sistema agrícola ibérico se hace más complejo.

La primavera es también la época de siembra de las leguminosas. A través de la arqueología hemos determinado el cultivo de lentejas (la especie que se identifica con mayor frecuencia), guisantes, habas, almortas y garbanzos. Algunas como todos sabemos son adecuadas para el consumo humano, y de hecho constituyen una importante fuente de proteínas. Como ya vimos la dieta ibérica incluye un porcentaje bajo de productos cárnicos, por lo que las leguminosas suplen estas deficiencias. No obstante, especies como las arvejas o los yeros son mucho más indigestas y su consumo reiterado podría ser fuente potencial de enfermedades, por lo que la opción preferente (pero no siempre posible) sería destinarlas a alimentar el ganado.



25. Las leguminosas. Izquierda: lentejas (lens culinaris). Derecha: habas (vicia faba).





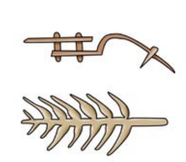
Otro importante motivo para cultivar legumbres era su efecto beneficioso sobre el rendimiento de los campos. Al fijar el nitrógeno en sus raíces "recargan" la fertilidad del terreno, algo muy necesario tras ciclos prolongados de explotación. Esto introduce un concepto importante en la estrategia de los agricultores iberos: la alternancia de cultivos. En un sistema de explotación muy elemental, en el que existe una gran cantidad de terreno virgen y probablemente un modo de vida no del todo sedentario, la tierra se rotura, se explota y cuando está exhausta se abandona para abrir un nuevo terreno. Pero ya hemos visto que para los iberos las opciones son más restringidas. Como expone Grau en su texto en este mismo volumen, los espacios y los territorios se van fijando, y las demandas de producción aumentan. Esto lleva a la rotación (los barbechos y el "año y vez" de nuestro castellano).

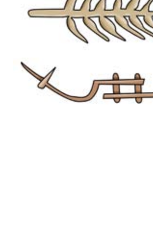
El ganado y sus movimientos

Hasta ahora hemos hablado poco del ganado, aunque su papel en la economía ibérica fue fundamental. Mucho antes, durante la Edad del Cobre, las comunidades peninsulares aprendieron a combinar los beneficios de la agricultura con los de una cabaña variada, que cubría múltiples necesidades gracias a muy diversos productos.

Como en esos tiempos pretéritos, el ganado es fuente de leche y sus derivados, fibra para el tejido, fuerza de tiro para el transporte y la roturación de los campos, y fertilizante para el campo. En época ibérica no se producen grandes cambios, mas allá de la introducción de alguna especie nueva como el *Gallus domesticus* (gallos y gallinas), relacionada con la colonización fenicia. La gran mayoría de los animales documentados se reparten entre tres grupos fundamentales: bóvidos (vacas, bueyes), ovicaprinos (que es una manera rápida de decir ovejas y/o cabras) y suidos (cerdos). La diferente proporción entre ellos varía de un lugar a otro y no siempre, los arqueólogos bien los saben, debido a variaciones reales en la composición de los rebaños que se criaban. Pero cuando esa información no es sesgada, contamos con un buen un indicador de la estrategia general de adaptación al medio de estas comunidades. Así por ejemplo, una cabaña en la que predomina el vacuno es siempre más exigente en cuanto a la extensión y calidad de los terrenos de pasto que una basada en el ganado ovino. El cerdo se va convirtiendo poco a poco en la principal fuente de proteínas animales de la dieta doméstica. Resulta muy razonable la analogía con el papel que desempeñan estos animales en la economía rural tradicional como "despensa andante", cuya matanza es una celebración clave del ciclo anual. Mención aparte merecen los équidos, categoría en la que encontramos especies poco productivas y costosas de mantener pero con una importante función social, como el caballo, frente a otras como los burros, más humildes pero esenciales para el acarreo y transporte de bienes y personas.

Uno de los aspectos en los que mejor queda expresada la complementariedad de ganadería y agricultura es el del aprovechamiento del estiércol como fertilizante. Hay que pensar en un mundo sin abonos industriales, en el que la única estrategia posible para incrementar artificialmente la fertilidad de la tierra era el aporte de materia orgánica. Una sencilla estrategia utilizada desde tiempo inmemorial es la de hacer pastar a los rebaños en los barbechos o los campos de rastrojo, ya segados, controlando incluso el dónde y cuánto tiempo por medio de rediles. Pero la arqueología sugiere que otra práctica ampliamente utilizada a lo largo y ancho del Mediterráneo habría consistido en transportar el estiércol y otros residuos desde las zonas habitadas (establos, pozos negros, vertederos…) a los campos, sobre todo a las zonas de huertos cercanas al asentamiento. Un indicador de ello sería la gran cantidad de cerámicas rotas y otros restos que, mezclados con el abono, son

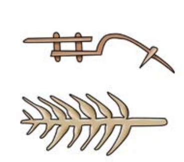


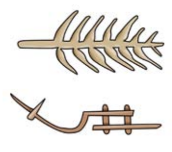


finalmente encontrados durante las prospecciones arqueológicas. Hasta ahora esta posibilidad apenas ha sido valorada en el caso de la cultura ibérica, aunque la realidad es que en ciertas regiones encontramos una verdadera "alfombra" de restos que más allá de los asentamientos, aparecen por doquier en los campos. Sean o no restos de estercolado, lo cierto es que estos indicios no alertan sobre el hecho de que el uso y la transformación del paisaje por parte de los grupos humanos en todo tiempo es variado y complejo, y que la huella material que nos deja es mucho más amplia (y a la vez difícil de interpretar) de lo que a menudo nos imaginamos. Por otro lado, el estudio etnográfico de comunidades rurales tradicionales también sugiere un importante uso del estiércol en otras tareas como un material plástico que, combinado con arcilla, podía ser empleado para sellar, enlucir e incluso pavimentar. Es además una fuente alternativa de combustible para los hornos y hogares.

Una cuestión ampliamente debatida en relación con el ganado es la de los desplazamientos a través de territorios extensos. Al igual que ocurre en Italia, en nuestra península la complementariedad entre valles amplios y resguardados y zonas de montaña ofrece una oportunidad para contar con pastos aptos durante todo el año. El problema que esto plantea es que, en el contexto político fragmentado del mundo ibérico, eso conllevaría circular a través de diferentes jurisdicciones territoriales. No está claro que tal cosa fuera posible. Por otro lado la arqueología se ve muy limitada para localizar a los pastores, ya que su mundo material (enseres, aperos) es, por la naturaleza de este trabajo, escaso y elaborado con elementos perecederos. Es por tanto muy especulativo definir el alcance y recorrido de esas rutas ganaderas, y resulta peligroso apoyarse demasiado en los datos que aporta la historia medieval y moderna referentes a la Mesta. Lo más probable es que se produjeran desplazamientos temporales de alcance medio, lo que tradicionalmente se denomina transtermitancia.

Finalmente hay que decir que los iberos fueron pastores de animales…y de insectos. La apicultura fue uno de los trabajos desarrollados por estos pueblos, tal y como atestigua la arqueología. La evidencia más clara son las colmenas. Como ya escribieron los tratadistas de agricultura del mundo antiguo, estas pueden ser elaboradas de muy diversos materiales, siendo uno de los menos recomendables la cerámica. Paradójicamente las leyes que imponen la perdurabilidad de los objetos hacen que sean estas las únicas que han sobrevivido. Tenemos abundantes ejemplos de estas piezas, elaboradas a torno, en diversos poblados del área valenciana (como por ejemplo el Puntal dels Llops). Eran de forma cilíndrica, abierta por ambos lados, con una longitud de no más de un metro y con un diámetro de unos 25 centímetros. En la cara interna tienen profundas incisiones, realizadas para facilitar la fijación de los panales. Se tapaban por los extremos con yeso, cerámica, corcho o madera, sellando los huecos con estiércol y tierra, y dejando unos orificios para el





paso de las abejas. Algunos de estos detalles los podemos deducir de la comparación con colmenas de barro que han seguido utilizándose en el Mediterráneo, casi sin variaciones formales, hasta un pasado muy reciente.

Las colmenas se colocarían apiladas horizontalmente, buscando una ubicación idónea en las zonas en las que las abejas pudieran disponer de las plantas más adecuadas para la producción de miel. Las pequeñas instalaciones apícolas, de carácter doméstico, podían emplazarse en los terrados o en la cercanía de las casas. Nos parece interesante pensar en el hecho de que, como ocurre con las modernas colmenas, esto determinaría la elección de localizaciones aisladas en los montes. Esto ofrece un nuevo ejemplo de cómo la explotación del medio natural esparce pequeñas cantidades de artefactos mas allá de los lugares habitados.





El trabajo de la miel en el tiempo de los iberos podría haber dejado otros testimonios materiales, como la castradera para la extracción de los panales, de la que conocemos algún ejemplar elaborado en hierro, o los embudos y otros recipientes de cerámica para el filtrado y refinado. En cuando al almacenaje, se ha dicho con insistencia que existe un tipo de recipiente en el repertorio cerámico ibérico diseñado para esta función específica. Se trata del *kalathos*, cuya forma se parece bastante a un sombrero de copa invertido.

Crear nuevos hogares, la construcción

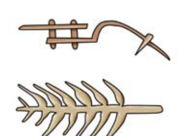
Que nosotros sepamos en la cultura ibérica no existían fechas específicas para dedicarse a la construcción de nuevas viviendas. Hemos dejado para este punto el tema más por sentido común, aunque en estas sociedades la primavera evoca la formación de los nuevos hogares. Por otra parte no es menos cierto que la gran mayoría de la arquitectura ibérica tiene un carácter privado: los constructores son albañiles, arquitectos y futuros moradores a la vez. Esto supone que el tiempo dedicado a esta actividad no puede entrar en conflicto con las demandas del calendario agrícola.





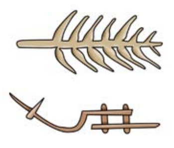


En general, la arquitectura ibérica utiliza técnicas y materiales sencillos, optimizando las posibilidades del entorno. No se documentan grandes obras de cimentación, aunque la adaptación a espacios de ladera con acusada pendiente obliga a realizar voluminosos ate-



26. Comparación de las colmenas ibéricas con una colmena moderna de Mallorca. A.- Colmena ibérica elaborada en cerámica procedente del Puntal dels Llops (Valencia). B.- Colmena tradicional utilizada en Mallorca.

27. Izquierda y centro: modelado de los ladrillos según Adam (1989, fig. 139) y recreación del proceso en el poblado ibérico de Alorda Park (Calafell, Tarragona). Derecha: imagen de un paramento de adobes.



rrazamientos y recortes en el terreno. La piedra, en pequeños bloques irregulares, suele ser la base de los muros, para dar solidez y aislar de la humedad. Sin embargo la mayoría de los alzados se construyen con tierra. Esta puede aplicarse empleando un molde o encofrado de madera que se va alzando a medida que van fraguando las sucesivas tongadas (tapial), o en forma de ladrillos secados al sol que luego se traban con arcilla. Para evitar el deterioro de las pareces se recubren con un enfoscado, a veces con una sencilla decoración pintada. La mayor parte de los pavimentos son sencillas superficies de tierra apisonada, aunque conocemos ejemplos de empedrados, enlosados de adobes o decoraciones con conchas y guijarros. Las cubiertas son de vigas de madera, rellenándose los huecos con cañizo y paja. Un examen atento de los restos de los derrumbes ha inducido a plantear que en algunos poblados las casas no estarían rematadas con techumbres a dos aguas, sino con un terrado plano similar al que se utiliza en la arquitectura tradicional de algunas regiones del Norte de África o en la Alpujarra granadina. Como ya sugerimos estos espacios se aprovechan como una parte más del ámbito doméstico.

Por lo que respecta a algunos detalles técnicos, como los sistemas de ventilación o drenaje, la gran mayoría de las casas carecen de ellos. El humo sale por entre las rendijas de la cubierta, y pequeñas aberturas en la base de los muros sirven de aliviaderos en caso de que se acumule el agua. Apenas hay evidencias de sistemas para la gestión de los residuos, y es muy posible que la principal solución consistiera en el acarreo periódico hacia los bancales de cultivo en torno al poblado.

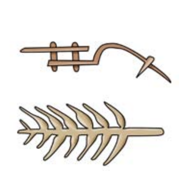
La naturaleza empieza a madurar

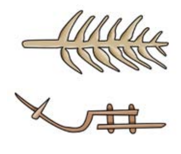
La cosecha

Un equilibrio frágil

Como en toda sociedad agraria, en la ibérica el momento de mayor actividad para el campo era el de la cosecha. Puede decirse que del éxito de la misma dependía la supervivencia de toda la comunidad, y que la sombra del hambre (con su consiguiente ciclo de enfermedad y mortandad) planeaba sobre todos si los elementos se aliaban para arruinarla. Que esto sucediera no era nada improbable, pues en el mundo ibérico no se contaba con grandes medios para prevenir la escasez. Históricamente tan solo a partir del s. XVIII se vio libre Europa de las hambrunas, y no hay más que ver las noticias diarias para darse cuenta de la fragilidad aún hoy de la subsistencia de millones de personas.

Sin embargo ante la eventualidad de una sucesión de malas cosechas podían hacerse algunas cosas. La más obvia era almacenar alimentos a largo plazo (más tarde hablaremos de cómo hacían esto los iberos). Otro importante mecanismo de defensa era fomentar la diversidad. La idea es sencilla: si se cuenta con una variedad de recursos, aunque uno o varios fallen, será posible apoyarse en otros. De esta manera en el espacio agrícola no existían los monocultivos de grandes extensiones (aunque se dieran algunas producciones de una única especie orientadas a la exportación). La mayoría de la gente trabajaba una combinación de diferentes tipos de cereal, frutales, huertos y pastos. Es razonable pensar además que la localización de esos cultivos también intentara minimizar riesgos: la tormenta que arrasa los sembrados de una zona puede pasar de largo en otras. Finalmente, nos parece importante re-



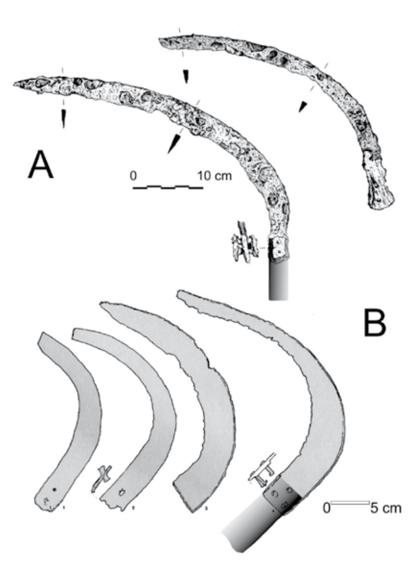


saltar otra faceta de esta estrategia: la diversidad genética de las especies, en su adaptación a las diferentes calidades de los suelos. Esta se conseguía a través de la selección directa por parte de los agricultores de la simiente para la siembra.

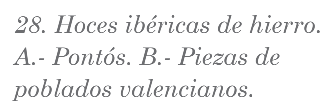
La siega y el procesado del cereal

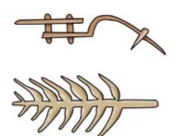
Por lo que respecta a la siega de los cereales, la herramienta principal que se utilizaba era la hoz. Durante milenios estos útiles se habían elaborado engarzando varias piezas de sílex con filo cortante en un enmangue de madera. Pero con la generalización de la metalurgia del hierro empezaron a utilizarse hoces de este material, con la hoja de una sola pieza, que engancharía con el mango mediante remaches o con una espiga. Se han recuperado muchas en las excavaciones de poblados, y la verdad es que su diseño se mantiene sin apenas cambios hasta que fueron sustituidas por las segadoras mecánicas en el siglo XX. Hay que tener en cuenta que con este sistema de siega se recolectan a la vez espigas y tallos, que van juntos a la era para el proceso de trilla, que luego veremos.

Como Leonor Peña nos hizo ver hace mucho a los arqueólogos, existen en la agricultura tradicional otras herramientas para recoger el cereal que serían difíciles de reconocer a través de la arqueología. Es el caso de las mesorias, empleadas para cosechar la escanda y otros cereales en Asturias hasta no hace mucho. Se trata de dos palos de aproximadamente 50 centímetros unidos en un extremo por una cuerda. Utilizando este sistema las espigas se recolectan por separado, dejando los tallos en el campo para su siega con otras herramientas, como la guadaña. Así la paja, en lugar de ser triturada por el trillo, puede emplearse en un sinfín de necesidades de la vida diaria.



28. Hoces ibéricas de hierro. A.- Pontós. B.- Piezas de poblados valencianos.

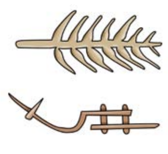




Las gavillas del cereal tenían que ser procesadas en un corto espacio de tiempo para dejar el grano a buen recaudo. Esta es otra de las tareas universales de toda sociedad agraria, aunque la verdad es que las evidencias que tenemos para el caso ibérico son más bien indirectas. La paleocarpología y la paleoetnobotánica enseñan así a reconocer la huella de estas tareas en función de las partes de la planta que se identifican en los restos arqueológicos y su frecuencia relativa (sí hay en cambio testimonios arqueológicos de la trilla en diversos lugares y períodos, desde el Neolítico del Próximo Oriente hasta la Grecia Clásica). Así pues la descripción de este proceso es más una reconstrucción basada en analogías.



29. Imagen de una era empedrada con garbanzos en pleno proceso de aventado. Alrededores de Magacela (Badajoz).



El objetivo de la trilla es separar, como se dice coloquialmente "la paja del grano", así como retirar la cascarilla que recubre a este último, en el caso de los cereales vestidos. La técnica más simple es la percusión, amontonando las espigas y golpeándolas con un objeto pesado y contundente. Ya hablamos del uso de morteros de piedra y madera, y existe una herramienta específica, el mayal, consistente en una vara larga de la que pende, enganchada con una caperuza de hierro o cuero, un madero grueso y corto con el que se sacude la parva. No sabemos si este apero se utilizaba en época ibérica, ya que no se ha identificado ningún resto que se le pueda atribuir.

Otra técnica basada en la percusión sería el pisoteo de la paja y el grano haciendo pasar reiteradamente sobre él a unos animales (bueyes, mulos, caballos…). Este proceso requiere un espacio más amplio, que se denomina era. Puede consistir simplemente en una zona explanada y limpia sobre la que depositar la parva, o disponer de un acondicionamiento más cuidado, con suelos empedrados y bien delimitados, construcciones auxiliares… el problema es que como estas instalaciones se localizan en las afueras de los poblados es muy difícil que puedan ser documentadas por la arqueología (hay en todo caso ejemplos en asentamientos prehistóricos, de la Grecia clásica, época romana y por supuesto del medioevo).

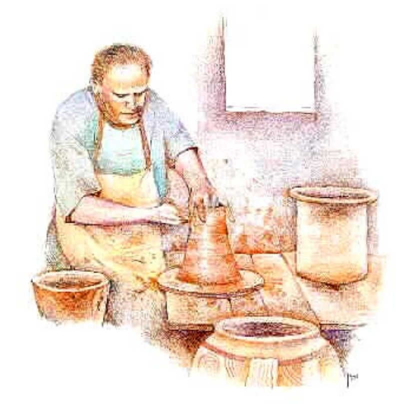
Finalmente, la técnica de trilla que puede ser más familiar para nosotros es la frotación. Consiste en triturar la parva con una serie de filos cortantes (de piedra o metal) engastados en un soporte de madera parecido a un trineo del que tira un animal, recorriendo circularmente una y otra vez la era. Este tipo de apero ya se empleaba en Mesopotamia, y en el Mediterráneo occidental contamos con piezas prehistóricas de piedra tallada que muestran el desgaste característico de dicha actividad. Los romanos lo denominaron *tribulum*, y su uso se preservó en la Península. En el caso ibérico, la arqueobotánica se sirve de las diferencias en la composición de los restos vegetales (qué partes de la planta y qué especies se documentan) para plantear de un modo indirecto la existencia de esta práctica. Aunque nunca se han recuperado restos de un trillo, lo cierto es que existe abundante material lítico de este período que podría corresponder, entre otras, a esta tarea agrícola.

Cuando se trillaban conjuntamente los tallos y las espigas, el resultado era una mezcla de grano, paja machacada, cascarillas y otras partes de la planta. Había que limpiar y separar el cereal cribándolo y aventándolo. Esta última labor consistía en lanzar al aire el producto de la trilla con ayuda de una pala (bieldo es el término tradicional), dejando que el viento se llevase las partes más volátiles. El cereal limpio estaba entonces listo para su almacenaje.

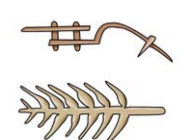
Artesanos: la alfarería

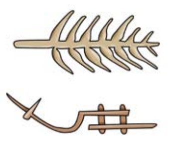
No podemos cerrar un recorrido por la producción en el mundo ibérico sin dedicar un espacio a la alfarería. Se trata en realidad de una de las muchas actividades artesanales que se desarrollaron en esta etapa, siendo sin duda una de las más relevantes por la vasta utilización de los productos cerámicos en los más diversos ámbitos de la vida cotidiana. Uno de los grandes cambios que se producen en este trabajo durante la Edad del Hierro es el desarrollo de un proce-





30. Recreaciones de talleres alfareros ibéricos. Izquierda, dibujo tomado de Gracia, 2000.





so de fabricación especializado y complejo, que implica la existencia de talleres desde los que se abastece a gran número de personas.

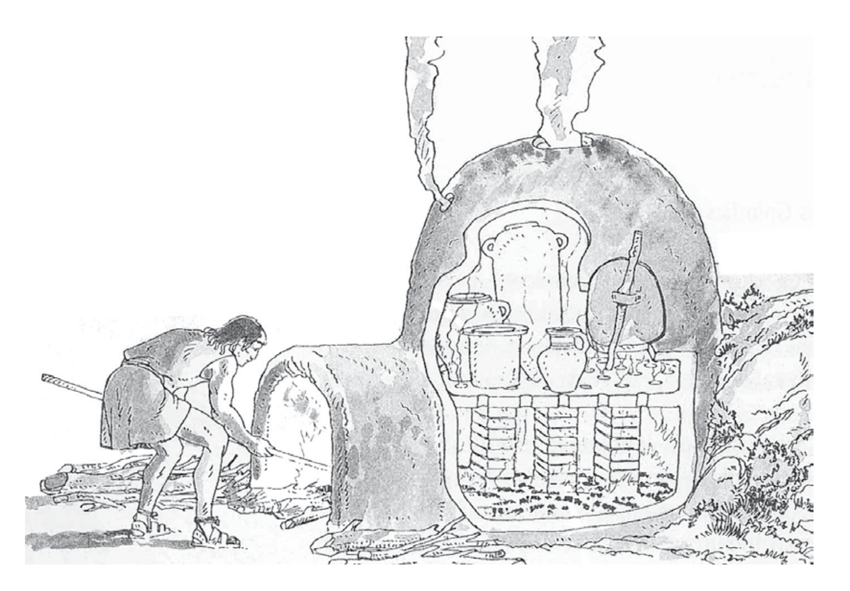
No nos detendremos mucho en las primeras fases de este trabajo (la extracción y tratamiento de la arcilla), que tienen un carácter muy genérico en casi todo tiempo y lugar. Cada uso y función de la futura cerámica determina un proceso más o menos intensivo de depuración de esta materia prima. Seguimos su proceso de transformación hasta el plato del alfarero. El torno de patada es otro de los cambios tecnológicos importantes que se generalizan en el periodo ibérico (ya hablamos de otra variante del aprovechamiento de este movimiento de giro continuo: el molino rotatorio). Con este sistema se incrementa el ritmo de la producción en los alfares y los resultados se hacen más homogéneos, aunque no llegamos a ver el régimen industrial de los grandes talleres de época romana.

Después del torneado y antes de la cocción las vasijas recibían diversos tratamientos. Las de uso más común recibían sencillos alisados para eliminar imperfecciones, y en algunos casos un baño en arcilla líquida denominado engobe.

También en la tecnología del fuego los iberos adoptan importantes innovaciones. Desde mucho antes las piezas de barro se cuecen en sencillos hoyos practicados en el suelo, cubriéndolos luego con el combustible, revestido a su vez en ocasiones con una capa de arcilla.

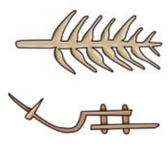
31. Conjunto de vasijas ibéricas relacionadas con el servicio y el consumo de alimentos.

El escaso control que estas técnicas poseen de la atmósfera de cocción provoca entradas de aire y cambios de temperatura, incidencias que se traducen en una coloración y calidad irregular de la cerámica. El tono dominante de las pastas es el gris, debido a la limitada presencia de oxígeno durante el proceso. En la Edad del Hierro empiezan a construirse hornos de estructura más compleja. En ellos se diferencian claramente dos elementos. En primer lugar, en la base se habilita un espacio específico para introducir y quemar el combustible, que de este modo no entra en contacto directo con las piezas. En segundo lugar, se crea un compartimento para depositar las vasijas que se van a hornear. El calor pasa desde la zona de combustión a través de una serie de orificios practicados en el suelo de la cámara de cocción (que se denomina así “parrilla”). En algunos casos esos agujeros se han descubierto taponados por piedras o fragmentos cerámicos, demostrando que los artesanos ibéricos controlaban cuidadosamente el proceso de horneado.





32. Reconstrucción de un horno ibérico.



El espacio para la cocción podía contar con una apertura para la carga de los cacharros, aunque en ocasiones esta labor se realizaría directamente desde el extremo superior de la cámara, cerrándola luego con una falsa cúpula de arcilla. En su parte más alta este cierre tendría un orificio que permitiría controlar el tiro de las llamas y el calor, un medio más para regular las condiciones de separación de la cámara de cocción y el combustible en dos espacios bien diferenciados.

El inicio del declive

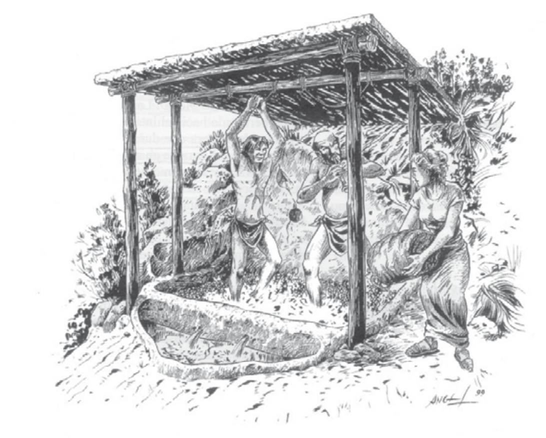
La vendimia y la producción del vino

Al final del verano llega la hora de cosechar otros frutos como la uva. Ya hemos hablado de la importancia de la uva y la cultura del vino en el mundo ibérico, pero ahora podremos ocuparnos un poco de cómo se realizaba la producción.

Al igual que ocurría con la poda, la recogida de la uva se realizaría con herramientas de funcionalidad genérica como cuchillos y otros útiles afilados de hierro, aunque conocemos algunos ejemplares de corquetes, que son como pequeñas hoces de hoja curva y enmangue de madera.

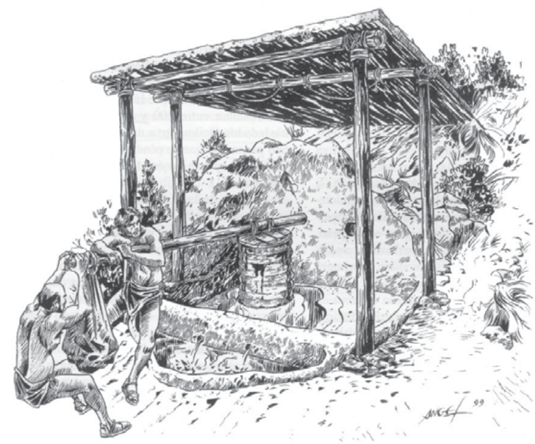
Una vez recolectado, el fruto se transportaba a los espacios de producción vinícola. Las instalaciones dedicadas a este fin se denominan lagares. Contamos con ejemplos bien documentados desde el inicio de la cultura ibérica. El caso más antiguo hasta ahora conocido es el ya mencionado de Alt de Benimaquía, y ya en plena etapa ibérica encontramos restos en asentamientos como l’Illeta dels Banyets (Alicante), o Sant Miquel de Llíria (Valencia). Todas estas estructuras tienen dos elementos básicos: una balsa para el pisado de la uva, y una cubeta conectada con esta a una altura inferior en la que se acumulaba el mosto. En los lagares construidos en el interior de espacios habitados estos receptáculos se construían con adobes o piedra revestida de arcilla. Sin embargo también conocemos ejemplos, como el de Las Pilillas (Requena, Valencia), en el que las cubetas están directamente talladas en la roca viva.

Como es bien sabido el producto del pisado se denomina mosto. Es posible que en los lagares más antiguos éste se dejara en la cubeta inferior durante varios días para una primera fermentación. Posteriormente sería envasado en ánforas o tinajas parcialmente cerradas, en las que permanecería durante unos cuarenta días antes de estar listo para su consumo.

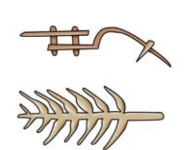


Otros productos del otoño: las bellotas

Aún hoy existen en la Península grandes extensiones de dehesa, en las que la bellota es una fuente de alimentación esencial para el ganado, sobre todo porcino. Sin embargo es muy probable que a muchos les resulte extraño pensar en este producto como parte de la alimentación cotidiana de los humanos. Autores como Juan Pereira nos han enseñado que ese estigma es una



33. Reconstrucción de los lagares de Las Pililla (Requena, Valencia).



herencia de penurias pasadas, que choca con la abrumadora evidencia del consumo de bellotas a lo largo de la Prehistoria y Protohistoria peninsular. Esta no sólo consiste en abundantes restos orgánicos, sino también en manifestaciones artísticas en las que se la representa con profusión. Lo que es innegable en todo caso es que la bellota no es tan apta para la digestión humana como los cereales más panificables, y que además contiene en su composición algunas toxinas, como los taninos, que es preciso eliminar. Una vez logrado esto la forma de consumo más común sería en forma de harina, bien para la elaboración de gachas o para preparar masas en forma de tortas o panes.

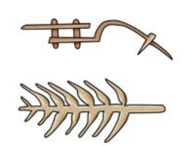
El almacenaje

Terminamos nuestro recorrido en el espacio y el tiempo más o menos donde lo iniciamos: otra vez en el ámbito doméstico. Se acerca de nuevo el invierno y es imperativo asegurar las reservas alimenticias hasta la siguiente cosecha, así como la simiente para la nueva siembra. ¿Qué soluciones adoptaron los iberos para afrontar este problema?

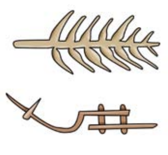
La arqueología ha sacado a la luz numerosas estructuras dedicadas al almacenaje a lo largo de toda la geografía ibérica. La mayoría fueron dedicadas a guardar la producción cerealística, aunque las soluciones dependieron mucho de la cantidad y la finalidad del depósito. Tenemos que insistir en esta idea: cada tipo de trabajo de la vida cotidiana se planea y ejecuta de maneras muy diferentes atendiendo a las razones que lo justifican. Podemos pasarnos la vida *describiendo* pintorescas escenas de iberos arando la tierra, pastoreando con sus ganados o cocinando junto al hogar, sin realmente ofrecer una *explicación* de porqué se adoptaron unas estrategias y técnicas u otras. Para eso, como ya hemos mostrado, tenemos que mirar mas allá del día a día y analizar el progreso general de las formas de organización social y económica del mundo ibérico a una escala amplia.

Con ese esquema en mente, podemos ahora pensar en las razones de la gente para almacenar. Pensemos en primer lugar en la estrategia de una familia para garantizar la satisfacción de sus necesidades nutricionales básicas.

Como ya dijimos, ya fuera como un espacio independiente, ya como una zona de la vivienda de un solo ámbito, la despensa es un elemento presente en casi todas las viviendas ibéricas. La diversidad de los productos almacenados determina una amplia gama de recipientes. Como siempre en nuestro medio mediterráneo, los realizados con materiales perecederos sólo han llegado hasta nuestros días cuando un incendio los ha carbonizado o una sequedad extrema los ha momificado. Es fácil suponer que existirían contenedores de madera, cuero o tela. En algún caso se ha sugerido la existencia de compartimentos delimitados por muretes de poca altura, parecidos a los trojes de los almacenes de grano tradicionales. Sin embargo casi lo único que ha sobrevivido al paso del tiempo es la cerámica. Con dicho material los iberos fabricaron (ya hemos visto cómo) grandes contenedores con capacidades medias de entre 30 y 40 litros. Su uso primordial sería el almacenaje de áridos como el grano de cereal, aunque algunas variantes como los toneles son diseñados *ex profeso* para contener líquidos (ya se dijo que una de las posibilidades es que se destinaran a guardar, transportar e incluso elaborar productos lácteos). Una gran mayoría tienen la pared exterior lisa, apenas recubierta con una fina película de arcilla líqui-



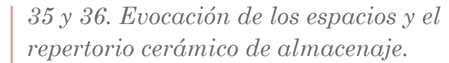
34. Representaciones de bellotas en el pectoral de una escultura de guerrero hallada en La Alcudia (Elche).



da (engobe). Sin embargo en muchos casos estas ánforas y tinajas se recubren con una rica decoración pintada. En cuanto a los sistemas de cierre, hemos encontrado piezas conservadas *in situ* junto a tapaderas o tapones de yeso. Se depositaban semi-enterradas en el suelo, o se apoyaban en pasillos y despensas.





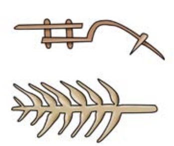


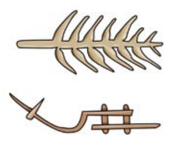
35 y 36. Evocación de los espacios y el repertorio cerámico de almacenaje.

Los sistemas que acabamos de describir aseguran la conservación de alimentos, pero sólo a medio plazo. La razón es que en estos contenedores es difícil mantener controlados algunos factores que son determinantes para frenar la caducidad: la humedad y las plagas que se ceban en el grano.

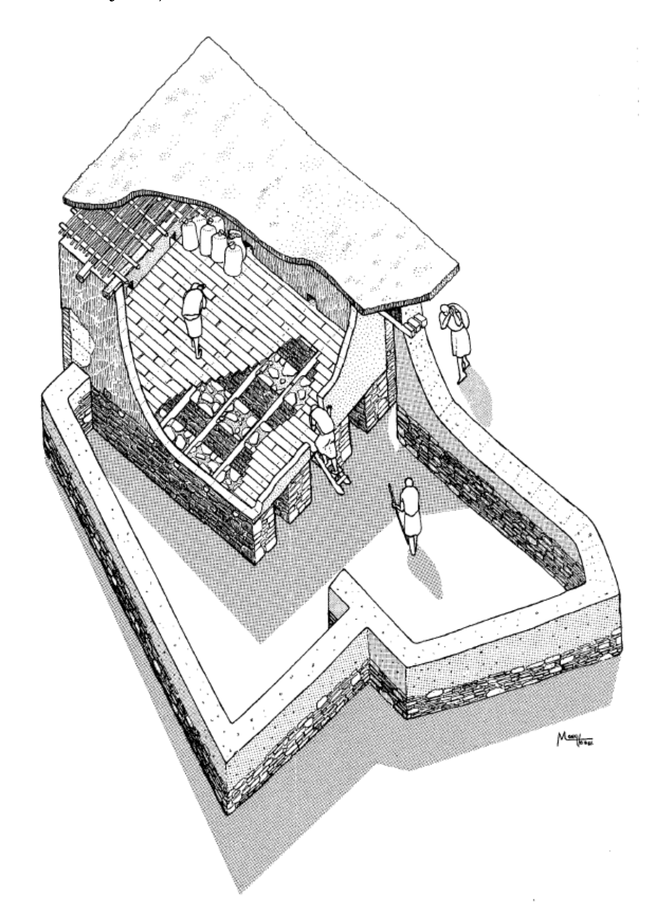
El almacén doméstico puede convertirse en algo más sofisticado. Todos hemos visto alguna vez un hórreo: un edificio pequeño y exento, elevado sobre cuatro pilotes que lo aíslan del suelo. Las paredes tienen orificios y rendijas que permiten la circulación del aire, para mantener una atmósfera ventilada en el interior. En lugares como Francia o Inglaterra se han localizado vestigios de construcciones independientes de este tipo datados en la Edad del Hierro (bueno, en realidad lo que queda de ellas es apenas algo más que cuatro agujeros redondos en el suelo que servirían de base para los pilotes).

En el mundo ibérico en cambio esta clase de almacenes son construcciones de gran tamaño, destinadas como ya hemos sugerido antes, a concentrar los excedentes de toda una comunidad. Estos edificios se reconocen por la forma de sus cimientos, consistente en una serie de muros colocados en paralelo y a una corta distancia, que sirven de base para un entarimado de madera. Se





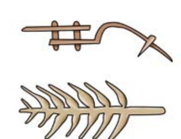
consigue así una circulación del aire controlada en el interior de estos almacenes, reforzada con aperturas también en las paredes. El cereal se acumularía en sacos de tela, y junto con él se concentrarían e incluso procesarían otros productos como la carne. Los ejemplos más elocuentes que ha documentado la arqueología proceden del poblado ibérico de la Moleta del Remei, en la provincia de Tarragona, aunque existen otros casos en Cataluña, la Meseta Sur (Alarcos, Cerro de las Cabezas de Valdepeñas) o la costa alicantina (Illeta dels Banyets).

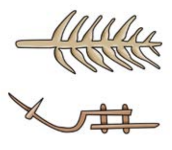


37. *Reconstrucción de uno de los edificios singulares de la Moleta del Remei (Tarragona).*

Pueden existir motivos para preservar los alimentos por un tiempo más largo y a una escala aún mayor, lo cual exigía un cerramiento hermético. En el mundo ibérico esto fue sinónimo de un sistema en particular: el silo. Es cierto que a una escala doméstica estas estructuras pueden representar el esfuerzo de una familia por contar con una reserva estratégica para casos de necesidad. Pero en contextos concretos, como el de la costa catalana al que ya hemos hecho alusión, los silos forman grandes agrupaciones en puntos estratégicos para encauzar la producción cerealista hacia el comercio mediterráneo, con Emporion y Rhode como puertos de salida.

¿Cómo se construían? Era preciso en primer lugar buscar un tipo de terreno impermeable y estable, adecuado para prevenir filtraciones de aire y humedad. Se excavaba en el suelo una oquedad, la mayoría de las veces de forma panzuda y boca estrecha, que en los silos más grandes podía alcanzar unos cinco metros de profundidad. Antes de introducir el cereal se regularizaban las paredes y se recubrían primero con arcilla y luego con paja. A fin de dejar el menor número posible de huecos entre los granos se apelmazaban, y finalmente se sellaba el depósito con una capa de paja y arcilla. Era necesario que se consumiera todo el oxígeno del interior para lograr una atmósfera estable, en la que el producto pudiera conservarse por largo tiempo. No obstante, y en esto la etnografía acude en nuestra ayuda, una fracción del contenido, la situada más cerca de las paredes del silo, germinaba y quedaba inutilizable. Sólo el grano situado en la parte central conservaba bien sus propiedades y era el más preciado.





Reflexiones finales

Con el almacenaje llegamos de nuevo a los espacios resguardados donde reposan los frutos, mientras llega de nuevo el invierno. Teníamos mucho que contar y la obligación de ser sintéticos. Pese a todo muchos temas se han quedado en el tintero. Hemos pasado de largo por infinidad de procesos artesanales que formaban parte esencial de la actividad económica: la metalurgia, la carpintería, la cantería, la cestería, la pesca… forman un inagotable elenco de "oficios perdidos" del que sabemos más o menos (aunque siempre estarán los que no sabemos que desconocemos). A menudo en arqueología se cae en la engañosa creencia de que cuando hayamos reconstruido fielmente todos estos procesos, tendremos por fin una idea cabal de cómo funcionaba una sociedad del pasado. Pero afortunadamente hasta ahora no han faltado voces que reclaman que mas allá de la *descripción* de cómo se hacían las cosas, es necesario ofrecer una *explicación* de porqué se hacían. Para llegar a esto tenemos que saltar de la enumeración de trabajos de la vida cotidiana hacia su contextualización dentro de momentos históricos y circunstancias políticas y sociales específicas. En otras secciones de la obra se tratan con amplitud estos problemas. Aquí hemos intentado, a lo largo del texto, mostrar la relación de estrategias y prácticas concretas con la cambiante situación y evolución de los pueblos ibéricos.

Algunas referencias para leer

Existe una amplísima bibliografía sobre aspectos de la economía entre los iberos. Sin embargo la gran mayoría corresponde a artículos en revistas especializadas y que por tanto son mucho menos accesibles para el público general. He evitado deliberadamente incluir estas referencias, centrándome en monografías que pueden encontrarse en librerías o bibliotecas más generalistas.

Caro Baroja, Julio et álii, 1968: *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*, Barcelona: Editorial Vicens Vives.

Chapa Brunet, María Teresa y Mayoral Herrera, Victorino, 2007: *Arqueología del trabajo. El ciclo de la vida en un poblado ibérico*. Akal Universitaria Serie Arqueología; Madrid.

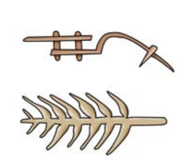
García Huerta, Rosario y Rodríguez González, David (eds.), 2009: *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*, Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha.

Gracia Alonso, Francisco et álii, 2000: *El libro de los íberos. Viaje ilustrado a la cultura ibérica*. Signamet Edicions.

Mata Parreño, Consuelo, Pérez Jordá, Guillem, y Vives Ferrándiz Sánchez, Jaime (eds.), 2010: *De la cuina a la taula. IV Reunió de economía en el primer mil·lenni aC.,* Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia. Extra-9, Valencia: Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valencia. Puede consultarse íntegramente en el siguiente enlace de Internet: De la cuina a la taula (fecha de consulta para la elaboración de este texto: 31/10/2011)

Mata Parreño, C. y Pérez Jordá, G. (eds.), 2000: '*Ibers. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric.*', Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia. Extra 3. Valencia.

Sanz Mínguez, Carlos y Romero Carnicero, Fernando (eds.), 2009: *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, Vaccea Monografías, 2, Valladolid.





La escultura ibérica en piedra: de la producción artesanal al simbolismo

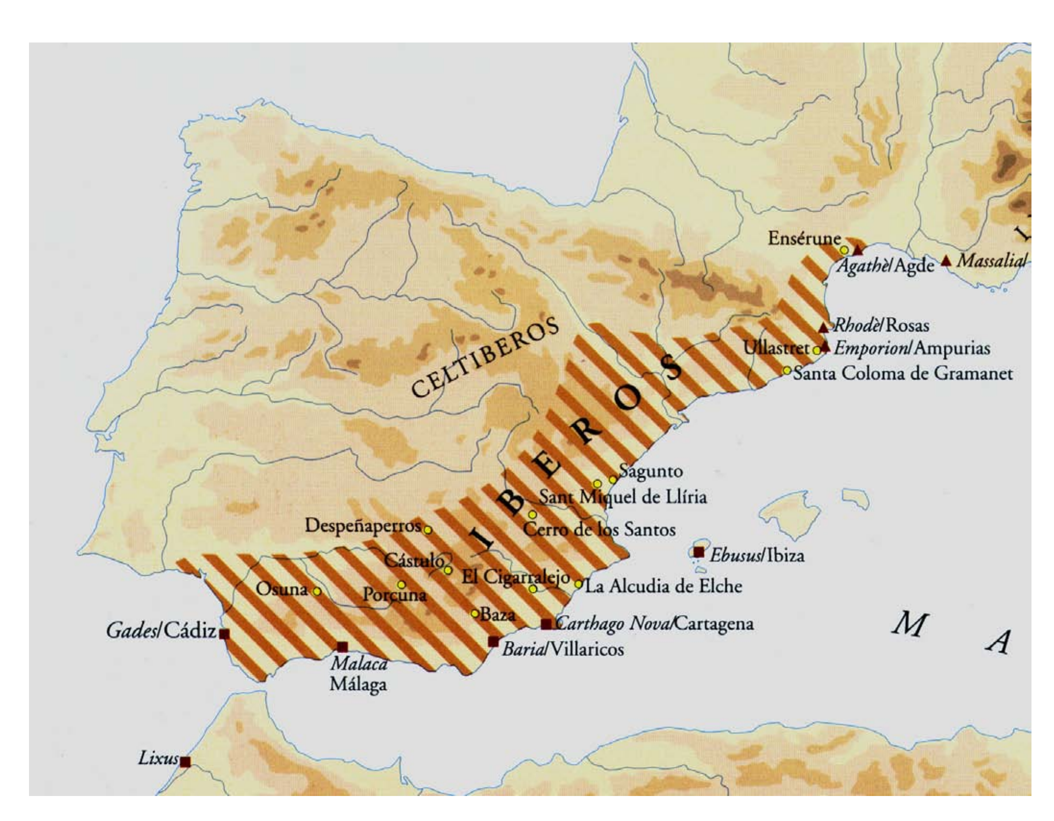
Teresa Chapa

Universidad Complutense de Madrid

1. Fenicios, Tartesios e Iberos: el nacimiento de la escultura en piedra

La llegada de los Fenicios a las costas de la Península Ibérica y el establecimiento de numerosos centros a partir de finales del s. IX a. C. supusieron un cambio progresivo e irreversible de los grupos indígenas que habitaban estas zonas. Como en otros tantos casos históricos bien conocidos, las instalaciones coloniales, con un nivel tecnológico y organizativo muy complejo, ni podían ni deseaban permanecer al margen de los territorios que rodeaban sus asentamientos. De su aprovechamiento, directo o indirecto, dependía su supervivencia y su éxito comercial (figura 1).

En este largo proceso se produce el contacto entre los Fenicios, una sociedad de ciudades-estado, y las poblaciones locales, que convencionalmente podemos situar en una fase final de la Edad del Bronce, es



1. Distribución de las poblaciones ibéricas y de los principales puertos de origen fenicio o griego.

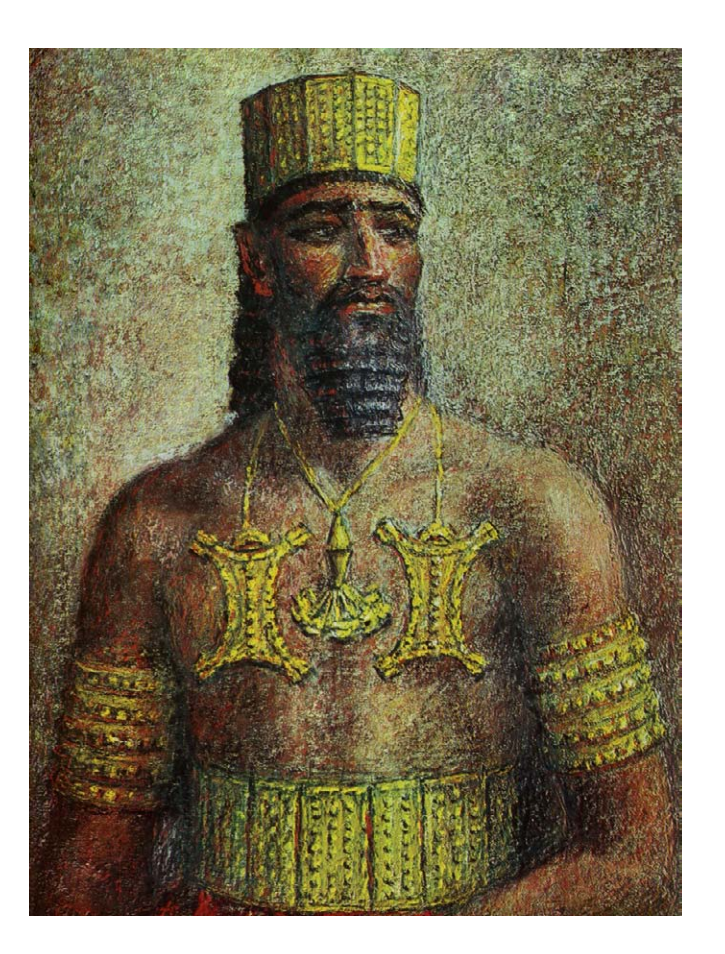


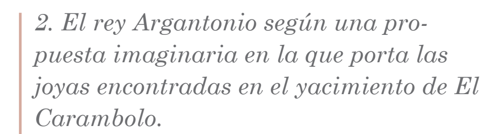


decir, al término de la Prehistoria. Estas últimas son las que conformarán el universo de Tartessos, abierto a la presencia tanto de los fenicios como de los griegos, que aprovechan la vía comercial abierta por los primeros. Su mítico rey Argantonio, en estrecha relación con ambos, representa inmejorablemente las transformaciones de las sociedades indígenas hacia un modelo más jerárquico, que asume voluntariamente buena parte de los códigos ideológicos importados desde el Mediterráneo Oriental (figura 2).

Divinidades femeninas fenicias como Astarté y Anat, o masculinas como Baal, encuentran sorprendente acogida a 4.000 km de la ciudad de Tiro, en tierras que se abren al Océano Atlántico. Los jefes de los grupos indígenas, enriquecidos por los cambios económicos y por el comercio, se distancian cada vez más de sus bases sociales y buscan símbolos que justifiquen y materialicen el cambio. La presencia de joyas, ricas telas o vajillas de lujo distinguirán a las élites en su apariencia externa, pero también se emplearán otros recursos para afirmar su preeminencia social (figura 3).

Uno de ellos será la escultura en piedra, que cumple un importante papel en todo este proceso. Por una parte, su manufactura requiere un proceso largo y complejo que sólo puede ser desarrollado por personal especializado. Se trata, por tanto, de obras costosas. Por otro lado, su materia prima añade la perdurabilidad a su valor simbólico. Son obras pensadas para durar, y buscan representar principios, personajes y sucesos que trascienden el tiempo mortal de los seres humanos.





2. El rey Argantonio según una propuesta imaginaria en la que porta las joyas encontradas en el yacimiento de El Carambolo.



3. Figura femenina sedente entregada como exvoto en el santuario de El Carambolo.





Los Fenicios emplearon estatuas de piedra en sus colonias, como también lo hicieron las poblaciones tartésicas al menos a partir de inicios del s. VI a. C., respetando la iconografía oriental. Esta tradición llegará a las poblaciones ibéricas, que generalizarán el uso de la escultura sin interrupción desde finales del s. VI a. C. hasta época romana (figura 4).

2. Los escultores ibéricos ¿artistas o artesanos?

La consideración de los escultores ibéricos como personajes que pueden hasta cierto punto ser reconocidos individualmente a través de sus obras, no ha jugado todavía un papel destacado en la investigación. En general se ha valorado más el "estilo" de las obras para establecer lo que tradicionalmente ha sido considerado un objetivo primordial en este campo: la atribución de cronología a unas piezas que en general carecían de contexto arqueológico y que no se ajustaban a los modelos evolutivos más extendidos por el Mediterráneo.

Podemos proponer, teniendo en cuenta lo que se sabe de otras áreas, como el Próximo Oriente o Grecia, que la valoración de los escultores debió variar en relación con la propia estructura social y política de los grupos ibéricos. Si pensamos que en un primer momento estos se acercaban a los modelos de las realezas orientales, situaremos a los escultores como artesanos dependientes del poder, sin capacidad para ejercer libremente su profesión. Sin embargo, conforme pasa el tiempo y la sociedad ibérica se hace más orgánica y participativa, se accedería a una liberalización, al menos relativa, de la profesión.

Dentro de la concepción griega del trabajo, los escultores serían "demiurgos", es decir, aquellos que crean cosas con sus manos. Homero señala que sus acciones producen "daidala", o "cosas hechas con arte". Su "techné", es decir, su "arte" o su "oficio", aprendido de sus predecesores, se complementa con un término mucho más ambicioso, como es el de "sofía", que reúne el contenido de sabiduría y de ciencia. Los escultores de mayor calidad crearon sus propios talleres y fueron muy valorados en su entorno social, mientras que junto a ellos trabajaron multitud de especialistas de menor nivel creativo. Los términos "artista" y "artesano", por tanto, aunque no puedan emplearse en época antigua de la misma manera que los utilizamos en la actualidad, marcan una diferencia que era reconocida ya en aquellos siglos.

Salvo que las obras emprendidas fueran de una envergadura monumental, los escultores terminarían su trabajo en cuestión de uno o varios meses. Hay dos posibilidades: que trabajaran a tiempo completo, lo que les obligaría a desplazarse para buscar nuevos encargos, salvo en los centros productores más activos, o que trabajaran solo a tiempo parcial, complementando su actividad con otras tareas. En un principio se consideró que la producción de esculturas ibéricas era excesivamente corta como para permitir un trabajo exclusivo, pero el número creciente de hallazgos lleva a pensar que existió un mercado suficientemente importante como para justificarlo. En todo caso, dada la variedad tipológica de las esculturas ibéricas, bien pudieron coexistir ambas fórmulas.



4. Escultura en piedra representando un guerrero. Cádiz.





No conocemos el estatus social de los escultores ibéricos. Normalmente este se deduce de la abundancia y naturaleza de los ajuares funerarios asociados a las tumbas que revelan por sus materiales la ocupación laboral de la persona enterrada. No existe por el momento ningún ajuar que incluya herramientas de escultor, de forma que este parámetro no puede valorarse directamente. Sin embargo, en la tumba 59 de la necrópolis de El Cigarralejo, se recuperaron elementos vinculados al trabajo de un pintor que pudo trabajar decorando las superficies de las esculturas. La presencia de armas depositadas entre esta tumba y la vecina indican que el personaje podía portar armas, formando así parte del contigente guerrero del poblado.

3. ¿Cómo estudiar una escultura ibérica?: el esquema de la "cadena operativa"

Cuando admiramos una estatua, experimentamos sensaciones diversas que normalmente tienen que ver con su calidad técnica, con su adaptación a nuestros gustos y con la intencionalidad del mensaje que transmiten. Nuestra visión es sintética, a menudo intuitiva, y apenas araña la superficie de los múltiples códigos encerrados en el lenguaje iconográfico de cada pieza (figura 5). Cada una de nuestras observaciones debería ir acompañada de una pregunta: ¿por qué esto se hizo así y no de otra manera? En definitiva, si queremos conocer una escultura a fondo, tendremos que reconstruir el proceso desarrollado por su artífice, de forma que podamos seguir el largo camino de toma de decisiones que se inician en el momento de su concepción y terminan con su montaje definitivo y su uso.



5. Visitantes contemplando el toro de Osuna.

Para esto contamos con un esquema conceptual que A. Leroi-Gourhan adaptó a los estudios paleolíticos en la década de 1960 en el que los objetos terminados eran considerados el último escalón de una cadena marcada por la materia prima y los gestos que la transformaban en la pieza final. Este es el principio de lo que se denominó como "cadena operativa", que hoy se emplea con un sentido más complejo, en el que inciden también los aspectos simbólicos e ideológicos. Los eslabones básicos que debemos tener en cuenta en el estudio de un objeto, en este caso una escultura, son los siguientes:





A. El diseño de las esculturas. La "vida" de una estatua se inicia en el momento en el que el artista o artesano la concibe. Este primer momento suele ser fruto de un encargo por parte de individuos o instituciones que marcan claramente la orientación de la obra. Serán estos "clientes" los que transmitan cuáles son sus aspiraciones, discutan con el artífice y aprueben o no su proyecto y su presupuesto. En el caso de las monarquías orientales los artistas podían formar parte de las cortes reales, mientras que en Grecia trabajaban por su cuenta. En todo caso, el precio de estas actividades siempre era alto y por tanto debían satisfacerse las expectativas previamente establecidas. Dependiendo del carácter de la clientela y de su contexto, así como del nivel artístico y capacidad tecnológica del maestro escultor, las obras podrán modificar los modelos ya marcados por la tradición e incorporar aspectos y soluciones originales que conviertan en únicas a estas piezas.

El diseño del "torito" de Porcuna (Jaén). Se trata de una escultura en piedra orientalizante que probablemente puede situarse a comienzos del s. VI a. C., aunque por haberse encontrado fuera de su contexto arqueológico no se tienen datos seguros sobre este aspecto. La figura es exenta, realizada en una caliza blanca local, y responde a un módulo sencillo, que el artista consideró adecuado. Consiste en el establecimiento de un cuadrado dividido en tres sectores, al que se añade uno más a lo largo, consiguiendo una forma rectangular perfectamente proporcionada. Una vez adaptado el bloque de piedra a esta proporción, las distintas partes del animal serían talladas de acuerdo al modelo previamente dibujado.



6. Módulo del "torito" de Porcuna (Jaén).



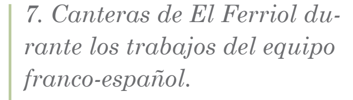


B. El proceso de cantería. Una vez definido el modelo y conceptualizado en tres dimensiones, es necesario localizar el lugar de donde se extraerá la materia prima en la que se llevará a cabo. En el caso de las esculturas ibéricas la piedra empleada es una caliza que en general procede del entorno de la zona de trabajo. El uso de la piedra era común en el mundo ibérico para la construcción de los cimientos de las casas y las murallas, además de para ciertos utensilios domésticos como los molinos. Esto implica la presencia de canteras de donde se extraería la piedra, para cuya selección sería necesario previamente un conocimiento de los distintos afloramientos y sus características. Esta información sería útil para la localización de las calizas más adecuadas para el trabajo escultórico.

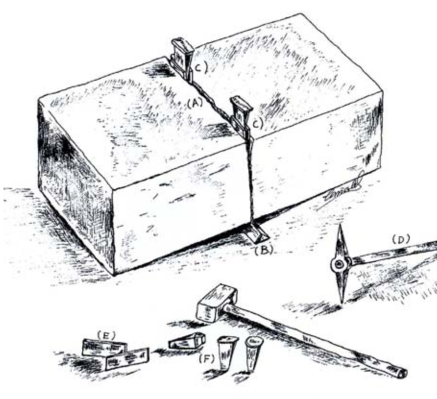
El proceso de cantería es complicado y requiere de conocimientos y herramientas especializadas, como picos, cuñas o palancas. Los escultores deben supervisarlo directamente, puesto que de lo contrario podrían recibir piedras defectuosas que malograrían la talla después de haber invertido un importante volumen de trabajo. De hecho, es probable que el desbastado inicial de las esculturas se realizara junto a la cantera. Con ello no sólo se conseguiría confirmar que la elección de la piedra era la correcta, sino también aligerar el peso de las piezas antes de trasladarlas al taller.

Las canteras de El Ferriol y la Dama de Elche. La importancia de la Dama de Elche como pieza señera de la escultura ibérica consiguió interesar tanto a arqueólogos como a geólogos en la búsqueda de las canteras de donde se obtuvo la piedra para la realización de esta y otras muchas esculturas recuperadas tanto en Elche como en La Alcudia. Los estudios confluyeron en las canteras de El Ferriol, situadas al norte de la población y utilizadas durante siglos para el aprovisionamiento de sillares para la construcción. Los trabajos recientes de un equipo hispano-francés han conseguido documentar cuidadosamente una zona de canteras en cuyas proximidades se localizó lo que parece el esbozo de una cabeza masculina ibérica, que fue abandonada apenas iniciada su labra. Minúsculos fragmentos de piedra correspondientes a la Dama de Elche y conservados en París, donde estuvo expuesta hasta 1941, han confirmado mediante analíticas la coincidencia con las características petrológicas de las canteras de El Ferriol.





7. Canteras de El Ferriol durante los trabajos del equipo franco-español.



8. Herramientas de cantería: Mazo, pico y cuñas.

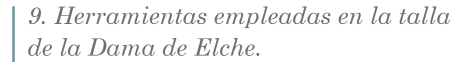




C. La pieza comienza a labrarse. El bloque obtenido no siempre cumple los requisitos exactos, con lo que deberán realizarse algunas modificaciones para adaptarse a sus características. Se dibujarán sobre su superficie los módulos básicos que contienen la figura, y acto seguido se encajará su silueta y líneas principales en este esquema. A partir de ahí empieza el proceso de talla mediante un desbastado de todas aquellas superficies que deben ser eliminadas. En esta fase se emplean los punteros de hierro golpeados por mazos de madera o metal. Más adelante, cuando la figura ya está bien definida, empiezan a usarse los cinceles de mayor o menor anchura, según el nivel de detalle que se quiera alcanzar. Las esculturas ibéricas muestran también huellas de cincel curvo o media caña, deslizado con delicadeza sobre la superficie de las figuras. Sin embargo, por el momento no se ha constatado el uso de la gradina o cincel dentado, que sin embargo era habitual en otras partes del Mediterráneo. Para facilitar el proceso se pudo recurrir a mojar o humedecer las superficies de las calizas más duras, que de este modo ofrecerían menor resistencia al trabajo.

El trabajo en el taller. Mientras que el primer desbastado de las esculturas pudo hacerse en las proximidades de la propia cantera, el trabajo de labra más delicado se haría en un taller. Estos lugares pudieron ser fijos en las zonas industriales de las poblaciones, o se improvisarían junto a los monumentos en construcción. La falta de excavaciones en extensión en los poblados ibéricos más importantes, que pudieron albergar talleres escultóricos permanentes, hace que desconozcamos la organización de estos espacios. Las herramientas empleadas tampoco suelen encontrarse en los poblados o entre los ajuares de las sepulturas. Su valor, como material especializado realizado en hierro, sería muy alto y seguramente se transmitirían entre generaciones de escultores. Dado que el trabajo con la piedra desgasta mucho estos instrumentos, los talleres deberían contar siempre con una fragua que permitiera reavivar los filos, modificar las piezas o incluso fabricar nuevos utensilios. El trabajo en el taller se caracterizaría por su inconfundible sonido, al golpear rítmicamente la piedra con el metal, así como por la gran cantidad de residuos pétreos que genera, que deben ser retirados y procesados para otros usos.





9. Herramientas empleadas en la talla de la Dama de Elche.



10. Lobo. Porcuna (Jaén). Bajo el ojo se aprecia una superficie rugosa trabajada con cincel curvo.





D. El alisado superficial de las esculturas es la última fase del proceso de labra. Mediante este proceso lo que se pretende es eliminar las trazas de los cinceles y "apomazar" la superficie caliza, es decir, dejarla regularizada y lisa. Para ello se suele emplear otra piedra que no necesariamente es piedra pómez, como indica el nombre de la acción, sino la misma empleada en la escultura, o bien otros materiales como el asperón, una arenisca de cemento silíceo que facilita la labor de lijado.



11. **Proceso de apomazado de la superficie**. *La pieza es una réplica en caliza realizada con escáner 3D de la escultura del toro de Porcuna (Jaén). La superficie se ha dejado sin terminar en el proceso mecánico de la réplica, de forma que su tratamiento pueda realizarse experimentalmente en el taller de escultura ibérica del Museo de Porcuna.*

E. El uso de la pintura fue muy común en las estatuas de la Antigüedad, y el mundo ibérico no es una excepción. La pérdida del color en la mayor parte de las esculturas debido al paso del tiempo, como en el caso de los mármoles griegos y romanos, ha provocado una valoración de las mismas basada en la pericia de la talla y en la sobriedad que emana de la tonalidad blanquecina de la piedra. Imaginar las imágenes cubiertas de colores llamativos provoca en gran medida un rechazo en los espectadores, que consideran esta práctica como un vulgarización reñida con el buen gusto que se atribuye a la escultura clásica.

Sin embargo, el reconocimiento de la presencia de pigmentos sobre las piezas ibéricas viene de antiguo, puesto que el descubridor de la Dama de Elche, Manuel Campello, y su primer estudioso, Pedro Ibarra, así lo constataron ya en 1897. Más de setenta años después, la aparición de la Dama de Baza en unas condiciones de conservación idóneas, ha permitido valorar hasta qué punto el color fue un elemento de la máxima importancia en el proceso de realización de una escultura.

Como en otras fases históricas, el uso del color respondía a ciertos códigos prefijados asociados a identidades, funciones y estatus social. No es posible, por tanto, estudiar el simbolismo de una estatua de forma completa sin tener en cuenta cuál era el color y la decoración pintada de su vestimenta y





otros elementos representados. Hay que pensar que los escultores trataron las superficies de las piezas sabiendo que estas iban a ser pintadas. Esto nos permite intuir que en algunos casos en los que ciertos rasgos no se han representado, como la melena de ciertos leones, esta podría haber sido indicada únicamente mediante pintura. Aunque en algunos casos la aplicación de ciertos recursos, como la luz ultravioleta, ha permitido resaltar la presencia de decoraciones pintadas no visibles a simple vista en esculturas tanto griegas como romanas, esta técnica no ha sido aplicada de forma sistemática a la escultura ibérica.

En la Antigüedad, los pintores solían ser especialistas diferentes a los escultores, aunque trabajaban para ellos cuando el proceso de labra había terminado. La obtención de los pigmentos no era siempre sencilla, y la presencia de algunas materias primas revela su llegada a través de canales comerciales. También podía ser compleja su preparación antes de poder ser aplicados sobre las esculturas. Un buen ejemplo es el "azul egipcio", cuyos componentes debían calentarse durante varias horas a una temperatura entre 850 y 900ºC. El resultado era una sustancia vitrificada que se convertía en polvo cuando iba a ser empleada como colorante.

La Dama de Baza fue descubierta durante las excavaciones dirigidas por F. J. Presedo en la necrópolis ibérica del Cerro del Santuario, en esta localidad granadina. La fosa en la que se encontraba no había sido abierta desde el momento del enterramiento de la estatua, que en el interior de su trono contenía los huesos quemados de una mujer adulta joven, quizás representada en la propia estatua. Al quitar la tierra que la recubría los excavadores observaron asombrados que conservaba su policromía original. Después de unas pruebas analíticas iniciales, en los últimos años se han llevado a cabo nuevas investigaciones que revelan la complejidad que alcanzó el tratamieno del color. Sobre la superficie de la estatua se aplicó yeso, que en las zonas correspondientes a la piel está mezclado con un tono algo rojizo que aporta un color rosado característico. El color rojo vivo que decora la vestimenta esta conseguido con cinabrio, mientras que el tono más pardo que se aplica al trono procede del empleo de óxidos de hierro. El azul es "azul egipcio", y el negro es carbón vegetal o negro de hueso. Lo más llamativo es el empleo además de hojas de estaño sobre la decoración de las joyas, lo que les transmitiría en época ibérica la sensación de ser plateadas.

12. La Dama de Baza y el empleo del color rojo, negro, blanco, azul y rosado en las distintas partes de su cuerpo y vestimenta. El estaño de las joyas solo puede detectarse mediante metodologías analíticas.





F. Incorporación de elementos accesorios. Además de la forma que se crea sobre la piedra y la pintura que la colorea, las esculturas pudieron contar ocasionalmente con elementos accesorios, que daban mayor vistosidad a la pieza y permitían contar con volúmenes añadidos, más allá de las medidas que ofrecía el bloque pétreo original. Este tipo de recursos, al contrario que sucede con la pintura, no fue demasiado frecuente en la estatuaria ibérica. En general se encuentran en producciones concretas, como una serie de toros en posición echada que repiten un mismo modelo, en el que es prácticamente normativo que orejas, cuernos y lengua sean postizos. También en el conjunto de Porcuna algunos elementos como los ástiles de las lanzas y los adornos del casco, seguramente con plumas, eran insertados en los orificios preparados a tal efecto. Estas piezas complementarían no solo el volumen, sino también el colorido de las esculturas, acumulándose al efecto de la pintura.

El toro de Villajoyosa (Alicante), del que solo se conserva la cabeza, muestra una serie de orificios para incorporar los cuernos, las orejas y la lengua, así como un rebaje en forma de rectángulo de lados largos cóncavos en la frente. En el Museo de Alicante se realizó un experimento temporal fabricando en bronce estos elementos, con una aleación rica en estaño que da una apariencia cercana al dorado. El cambio que experimenta la figura con los objetos accesorios es notable y tampoco hay que desdeñar el enriquecimiento que supondría para las esculturas añadir este tipo de materiales.





13. El toro de Villajoyosa (Alicante) y propuesta de reconstrucción.

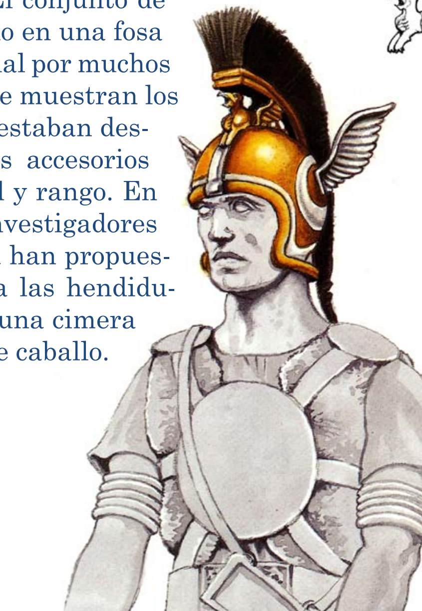








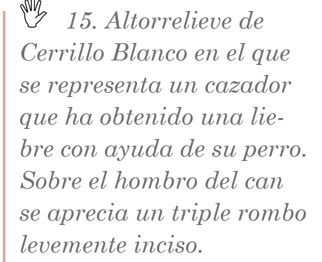
El guerrero de Porcuna (Jaén). El conjunto de esculturas que fue fracturado y enterrado en una fosa excavada en Cerrillo Blanco, es excepcional por muchos aspectos. Uno de ellos son los orificios que muestran los cascos de algunos guerreros y que estaban destinados a introducir elementos accesorios significativos de su identidad y rango. En el caso del "guerrero nº 1", investigadores como Negueruela o Quesada han propuesto la presencia de alas para las hendiduras laterales del casco, y de una cimera complementada con crines de caballo.

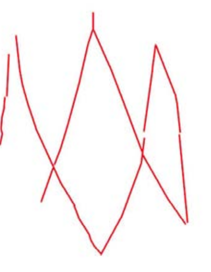




14.a y b. Escultura del "guerrero nº 1" con el orificio rectangular conservado en la parte derecha del casco. 14.c. Reconstrucción propuesta.

G. Señales en la piedra. Algunas esculturas ibéricas muestran incisiones muy tenues sobre su superficie que fueron realizadas por los escultores al término de su trabajo en el taller. Son tan finas que apenas pueden verse salvo si aplicamos luz rasante, por lo que no pueden entenderse como una auténtica "firma" pública de los escultores, sino como marcas que indicarían la autoría o la fase de elaboración en la que se encontraban las piezas, dentro del funcionamiento interno del taller.





15. Altorrelieve de Cerrillo Blanco en el que se representa un cazador que ha obtenido una liebre con ayuda de su perro. Sobre el hombro del can se aprecia un triple rombo levemente inciso.





H. El montaje del monumento. Hasta ahora nos hemos limitado a hablar de las esculturas como unidades aisladas, y a veces lo fueron. Sin embargo, en muchas ocasiones formaban parte de conjuntos y estaban integradas en construcciones de carácter arquitectónico. Existen todo tipo de variantes relacionadas con los monumentos de los que las esculturas formaron parte. A veces las figuras eran talladas en relieve, de forma que pueden considerarse como decoraciones de esquina o de frisos corridos. Otras veces son piezas exentas que precisaban de elementos de ajuste sobre sus bases y superestructuras. Arquitectos y escultores debían trabajar al unísono desde el comienzo de la obra y realizar las modificaciones necesarias a su término para que los ajustes entre piezas encajaran perfectamente. En general son frecuentes las huellas que revelan la existencia de grapas de unión entre sillares esculpidos, así como orificios en la parte superior de algunas piezas que sirvieron para introducir pernos de sujeción entre los diversos elementos constructivos.

La torre de Pozo Moro (Albacete) es uno de los edificios más sorprendentes de la escultura arquitectónica ibérica, debido a sus propios rasgos constructivos y al hecho de que su decoración se ajuste a modelos estrictamente orientales. Los leones de esquina fueron concebidos lateralmente como relieves decorativos de sillares, pero en su parte delantera son exentos, sobresaliendo así del lienzo de la torre.





16. Vista de uno de los leones de esquina de Pozo Moro. Arriba, integrado en el monumento. Abajo, aislado del mismo, dejando ver la estructura interna del sillar del que forma parte. El encaje del sillar superior invadía la nuca del felino. En el lateral interno se aprecia el rebaje correspondiente a la grapa de ajuste con la pared perpendicular al sentido del león.



Pilar-estela de Corral de Saus (Valencia). Las necrópolis ibéricas del sureste peninsular han proporcionado diversos ejemplos de monumentos funerarios en forma de pilar-estela, en los que se combina la decoración en relieve con las figuras exentas. Estas se situarían como remates constructivos, mientras que los relieves se ajustarían a los diversos niveles de los elementos arquitectónicos. En este caso la gola o capitel se decora con los altorrelieves de cuatro jóvenes ibéricas a lo largo de las caras, de forma que los pies de una entran en contacto con el área de la cabeza de la siguiente. En sus manos izquierdas portan un fruto como símbolo funerario. La pieza presentaba una perforación circular en su centro que servía para introducir un perno de ajuste con los niveles superior e inferior del monumento.





4. Conclusión: el largo y complejo trabajo de los escultores ibéricos

Después de analizar los pasos –la “cadena operativa”– necesarios para la elaboración de una escultura en piedra, quedan claros varios aspectos que a menudo nos pasan desapercibidos. Los escultores no trabajaban mecánicamente, sino que necesitaban aplicar toda una serie de conocimientos que van más allá de la simple técnica del trabajo de la piedra. Ellos decidían, de acuerdo con sus clientes, cuál era su diseño, de forma que tradición y originalidad tuvieran un balance aceptable a los ojos de los espectadores. Por otra parte, era necesario que emplearan adecuadamente una secuencia de convenciones que permitieran al público saber cuál era la lectura del monumento sin recurrir a textos escritos. El maestro debía controlar todo el proceso productivo, desde la obtención de la piedra en la cantera hasta la decoración superficial de la escultura y el posible añadido de elementos accesorios. Esto quiere decir que en general contaría con ayudantes y colaboradores especialistas, así como aprendices que permitieran la continuación del oficio y la realización de las labores menos comprometidas. En el taller escultórico debería haber estructuras accesorias pero imprescindibles, como la fragua para la elaboración y refinado de las herramientas de hierro y quizás hornos para la preparación de los colorantes y la fusión de los elementos metálicos añadidos, aunque estos podrían situarse en otro lugar.

Todo ello nos confirma que cuando un cliente encargaba una escultura en piedra no podía esperar resultados inmediatos. Salvo que la pieza fuera de pequeño tamaño y pudiera ser trabajada sobre bloques ya amortizados, lo normal es que la cadena operativa se pusiera en marcha desde el principio hasta el final. Esto implica la prolongación del proceso durante meses, y en los casos más complejos, como es del de Cerrillo Blanco de Porcuna, durante años. Seguramente, el carácter perdurable de la piedra permitiría aceptar este largo y costoso proceso creativo.

17. Arriba, restitución del pilar-estela de Corral de Saus. Abajo, Damita I perteneciente a dicho monumento.





Referencias

Bermejo Tirado, Jesús, 2008: *La arquitectura sagrada ibérica: orígenes, desarrollos y contextos*. BAR International Series 1800.

Blánquez Pérez, J. & Roldán Gómez, L., 1994: "Nuevas consideraciones en torno a la historiografía y tecnología de la escultura ibérica en piedra" (1ª parte). *Revista de Estudios Ibéricos*. 1: 61-84.

Blech, M. & Ruano, E., 1998: "Los artesanos dentro de la sociedad ibérica: ensayo de valoración". Actas del Congreso Internacional: *Los Iberos, Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa. Barcelona. 301-308.

Castelo Ruano, R., 1995: "Técnicas y materiales constructivos en el mundo ibérico", en J.J. Blánquez Pérez (ed.), *El mundo ibérico: una nueva imágen en los albores del año 2000*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo. 133-143.

Chapa, Teresa; Vallejo, Ícaro; Belén, María; Martínez-Navarrete, M. Isabel; Ceprián, Bautista; Rodero, Alicia & Pereira, Juan, 2009: "El trabajo de los escultores ibéricos: un ejemplo de Porcuna (Jaén)". *Trabajos de Prehistoria*. 66 (1): 161-173.

Coarelli, Filippo (ed.), 1980: *Artisti e Artigiani in Grecia. Guida Storica e Critica*. Ed. Laterza. Roma-Bari.

Duplouy, Alain, 2006: *Le prestige des élites. Recherches sur les modes de reconnaisance sociale en Grèce entre les x et v siècles avant J.-C*. Les Belles Lettres. Paris.

Jockey, Ph., 1998: "Les artisans de la pierre dans l'antiquité. De l'outillage aux processus: l'exemple de la sculpture", en M.Cl. Amouretti y G. Comet, *La place des matériaux dans l'histoire des techniques. Cahier d'Histoire des Techniques* 4. 153-178.

Negueruela, I., 1990-1991: "Aspectos de la técnica escultórica ibérica en el siglo v a. C." *Lucentum*. IX-X: 77-83.





Ulula y el orfebre

Alicia Perea

Centro de Ciencias Humanas y Sociales
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Prólogo:
puerto de la costa levantina peninsular, siglo v a.C.

Una mujer cubierta totalmente por el manto se acerca con paso incierto a la casa de Demetrio, el griego. La habitación donde trabaja el artesano no es grande pero goza de buena luz y ventilación forzada, gracias a la puerta que se abre al callejón trasero. Sentado en el piso de tierra, con las rodillas a la altura de la barbilla, un joven sigue concentradamente las indicaciones del maestro, mientras una niña en torno a los ocho años se afana por mantener vivos los fuegos, el horno de barro cocido, con su boca bostezante dispuesto sobre un pedestal de piedra, y la fogata, en el suelo. Sopla y resuella y acciona el fuelle con la habilidad y convencimiento de quien tiene bien aprendida la lección: si se apaga la fogata, pescozón, si el horno se extingue, no hay cena. La leña está acumulada en un pequeño patio abierto a la calle principal, y el carbón se oculta discretamente bajo unas esteras, fuera del alcance de las miradas codiciosas. El mobiliario se reduce a las dos mesitas de trabajo de maestro y aprendiz, a unos gruesos troncos de árbol que sirven de soporte a los yunques, grandes y pequeños, y a unas enormes jofainas llenas de agua sobre el vasar de la pared lateral. Más arriba, sobre una estantería de madera, se disponen alineados por tamaño cuatro o cinco tarros bien tapados con un taquito de madera envuelto en cuero, junto a unos cuencos de barro grueso y ennegrecido con churretones de aspecto metálico. El suelo de tierra pisada está sembrado de herramientas y artilugios de todo tipo, densamente alrededor de Demetrio y el joven Blesio, para dispersarse como estrellas por todo el espacio disponible.

Demetrio está de mal humor porque los encargos que recibe escasamente llegan para el alimento de tres bocas. Pequeños arreglos de adornos sin importancia, recipientes abollados, incluso algún remache roto de un brasero de bronce o de una vil herramienta ¡Demetrio, el mejor orfebre de Atenas, se veía en la necesidad de ganarse la vida con trabajos de herrero, cuando de sus manos habían salido joyas de oro dignas de dioses! La mala fortuna parece ser la causante de sus desgracias, pero ¡ea! dejemos estos pensamientos que a lo único que conducen es a envenenar la sangre.

La mujer deja proyectar su sombra más allá del umbral para hacerse notar. Vengo del templo, el sacerdote de la diosa quiere verte de inmediato. Creo que tiene un encargo importante para ti… a sus oídos han llegado los rumores que corren por el puerto sobre la habilidad con que manejas el oro y la plata… aunque también circulan otras historias que no le he querido contar, de momento. Coge todas las herramientas y ven conmigo, yo te guiaré y él te proporcionará metal, combustible y alimento para los tres mientras dure el trabajo. Como si lo hubieran ensayado, en un suspiro de alivio el suelo queda limpio de objetos que desaparecen en un saco, los fuegos se apagan y el taller





queda medio vacío. Demetrio se detiene y mira a la mujer con expresión de duda: no te preocupes, si llegas a un acuerdo con el templo, un mulo vendrá a cargar el horno y los soportes de madera. Andando.

Rodean el recinto sagrado para entrar por una disimulada puerta que se abre a un enorme almacén lleno de tinajas y vasos finos, herramientas agrícolas, molinos de moler grano, armas, mobiliario y un sinfín de sacos y serones llenos al parecer de mercancías. Cruzan el patio, pasan por un laberinto de pequeñas estancias en las que hombres y mujeres se ocupan de las tareas domésticas y suben al piso superior donde un personaje vestido con elegancia se vuelve para recibirles. Quiere algo muy especial que han de mantener en secreto. Se trata de la dote de la diosa para el día de la ceremonia anual de consagración, dice el sacerdote en voz baja y tono melifluo que contrasta con la frialdad de sus ojos… Como comprenderás no podemos correr el más mínimo riesgo, y este año la ocasión merece el esfuerzo puesto que la divinidad nos ha bendecido con una jovencita hermosísima para representar a la diosa, y además… es la hija menor del guerrero Becalcas. Quiere ofrecer el ajuar más lujoso que nunca se haya exhibido en templo alguno. Según me han dicho en Atenas eras tan reputado orífice como bebedor y pendenciero, pero no tendré en cuenta tus delitos de sangre, que los hay, si cumples a mi entera satisfacción. Supongo que estarás familiarizado con la purificación del oro porque habrás de fundir algunas joyas del tesoro para labrar un cinturón de oro purísimo que ceñirá el vientre virginal de la joven, así lo prescribe el rito y así lo ordeno yo. La fíbula y los tres collares saldrán del metal en bruto que el gran benefactor ha donado al templo. Cuando termines el trabajo saldrás exactamente con lo mismo que entraste, incluido este espigado jovencito y la niña… pero libre para trabajar aquí o en territorios colindantes sin miedo a represalias. Ulula te dará las indicaciones precisas y conseguirá cualquier cosa que necesites, dijo señalando a la mujer del manto, y haciendo un gesto firme de despedida dio por terminado el monólogo.

Ulula y Demetrio se entienden a su manera. Los beneficios no surgen de disputas y rencillas, de manera que más vale invertir en el bien ajeno cuando el propio se asegura para el futuro. Los primeros días se van en explicaciones, dibujos y bocetos, además de la instalación de un nuevo taller en el lugar adecuado, y alguna que otra cogorza que la mujer consigue ocultar a la mirada indiscreta de los moradores de la casa. Demetrio desconoce ritos y costumbres iberas, le cuesta comprender cómo una joya de oro puede resultar suficientemente flexible para ceñir la cintura femenina y Ulula le explica cómo lo han resuelto los orfebres de generaciones anteriores: se fabrican pequeñas placas rectangulares que mediante un sistema de charnelas quedan unidas por un cordón textil. Con tres o cuatro tiras de estas placas se forma el frontal y los dos extremos se rematan con placas triangulares. Todo esto no es un capricho, le dice Ulula pacientemente, se trata de la tradición: el frontal simboliza la parte femenina y los extremos la masculina, de manera que tienen que llevar una ornamentación que las diferencie. ¿Supongo que sabrás que de la unión de lo masculino y lo femenino surge la vida? pregunta sarcásticamente Ulula, y la diosa de la fertilidad sólo recibe regalos de vida y no de muerte. Demetrio, sobrio, no contesta y se limita a sacar del saco de las herramientas un envoltorio con tablillas de madera cubiertas por dibujos grabados a punzón que baraja hasta encontrar la que busca, después se la muestra a la mujer que niega con la cabeza… así hasta la quinta o sexta vez en que Ulula acepta a regañadientes lo que le enseña.





Pasada una semana vienen los tanteos, esta vez con oro devaluado que Blesio golpea con el martillo, hornea y vuelve a golpear una y otra vez hasta hacer crecer una lámina tan delgada y extensa como puede. No será suficiente para el maestro. Y así hasta tres veces. Es una tarea pesada porque el metal se cansa, resuda y hay que interrumpir el trabajo unas horas para su recuperación. Al cuarto intento, en el cuarto día, un Blesio sudoroso tiene ya entre sus manos el oro purificado situándolo entre membranas secas de tripa de buey que no se sabe cómo Ulula ha podido conseguir en el mercado. Ahora sí, el resultado es satisfactorio: dos preciosas, delicadas y amplias láminas tan flexibles como juncos de río, de color amarillo intenso porque la mezcla preparada por Demetrio contiene una pizca de cobre que ha encendido la palidez del oro puro, con un brillo como sólo el metal batido es capaz de adquirir. El preciso trabajo se guarda en un lugar oculto a la vista de los moradores del templo que curiosean cada vez que tienen una excusa para pasar cerca del taller. De la primera saldrá el cuerpo del cinturón, de la segunda hilos finos, esferas y recortes por si hubiera que enmendar cualquier eventualidad o desastre, no lo quiera la diosa. Ahora hay que continuar preparando el resto de los materiales, hilos gruesos, varillas, tubos, ganchos, aleaciones que fundan a diferentes temperaturas, bórax, sal, crisocola para soldar, ácidos vegetales para limpiar, asperón en polvo para limar, ceniza de madera para pulir, lascas de silex para cortar, sebo, cera de abeja, clara de huevo, resina de acacia, arena fina y brea, arcilla depurada, cueros, telas, cuerdas... todo lo obtiene Ulula a base de favores, amenazas o promesas de futuro que habrá de cumplir.

Por primera vez en su corta trayectoria de aprendiz, Blesio se inicia en la fabricación de hilos de oro al torsionar una tirilla cortada de la lámina en reserva. ¡Cómo es posible lograr tan fino calibre si a mí se me rompe con el doble de grosor trabajando a martillo sobre el yunque de estrías! se sorprende maravillado. Pues conseguirás calibres aún más finos cuando adquieras experiencia, le vaticinó el maestro, y prepárate a fabricar varios metros de hilo grueso porque lo necesitaremos para rematar el cuerpo del cinturón, le amenazó. También necesitaremos miles de esferillas para el granulado, de dos calibres diferentes. En eso tardaremos una buena temporada porque de la carga de un crisol para fundir los recortes de hilo mezclados con ceniza no sale un dedal de ellas...

Al cabo de un mes de estancia los tres se han familiarizado con su encierro y circulan por el templo en relativa libertad. Con la comida y el descanso asegurado ¿quién podría quejarse? Al finalizar la jornada, cuando la falta de luz les impide trabajar, las charlas entre Ulula y Demetrio, que ha renunciado a su ración de cerveza, alivian la rutina diaria de los mayores, mientras el joven y la niña juegan en el patio bajo la inquisitiva mirada del sacerdote, quien de vez en cuando se acerca al taller para conocer los progresos realizados y observar el trabajo de Blesio. ¿Cómo se llama la niña? pregunta Ulula una tarde. No lo sé, siempre la hemos llamado niña. ¡Por la diosa Demetrio! de dónde la has sacado. La compré en un mercado de Siracusa por muy poco porque nadie quería quedarse con ella, hará ya dos años, recordó. Pues hay que buscarle un nombre, parece un animal salvaje, y vestirla como es debido, ¿tú te crees que va a permanecer así para siempre? qué harás cuando crezca y se haga una mujer. Los hombres sois unos inconscientes, no teneis sentido común y no quereis asumir vuestras responsabilidades ¡si lo sabré yo! siempre afanándome por los demás, resolviendo problemas, consiguiendo favores, comprando mercancías imposibles… ¡hasta cuándo diosa me vas a tener en este mundo! De-





metrio soltó la primera carcajada que había salido de su boca en años.

Ulula se ocupa de Ulana, que ese fue el nombre elegido porque le recordaba al bebé que hacía años no pudo conservar, la instruye cuando no tiene que hacerse cargo de los fogones del taller, y la niña, que así la sigue llamando Demetrio, absorbe las enseñanzas con asombro y avidez. Limpia y vestida como lo suelen hacer las niñas iberas, su aspecto no desentona del resto de los habitantes del templo hasta el punto de que el sacerdote, en una de sus visitas, la desconoce y pregunta por su filiación. Cuídate de él pequeña, le aconseja Ulula, porque no es de fiar.

Todos los elementos necesarios para fabricar el cinturón están labrados. Ha llegado el difícil momento del montaje. Demetrio organiza el trabajo: la niña, que tiene buena vista, deberá escoger y rodar las esferillas de oro en dos grupos, las pequeñas y las grandes, y las que no rueden con facilidad o tengan deformaciones se vuelven a fundir. También deberás empezar a hacer el trenzado y los cordones con hilo de oro como te he enseñado, sobre la tablilla de madera, ayudándote con las pinzas y los clavitos, recuerda lo que te he dicho, hazlo despacio, más vale que tardes una luna a volver a empezar de nuevo. Blesio y yo proyectaremos el diseño con punzones, trazadores y cinceles sobre la lámina de base, dice mientras dibuja sobre una tablilla de cera el aspecto del cinturón terminado, recortaremos los extremos



1. Demetrio el orfebre trabajando en su taller junto al aprendiz, Blesio, y la niña. Ilustración de Sara Olmos.



triangulares que van a ir unidos al cuerpo mediante charnelas para que la pieza no pierda flexibilidad, creo que es lo mejor, así se parecerá más a los cinturones que fabrican los malditos orfebres iberos y Ulula no protestará, ¡mira que utilizar textiles en una joya para hacerla flexible! Las rosetas para el campo central femenino y una flor de loto en cada extremo masculino será suficiente indicación. Pero ¿qué sentido tiene esta idea de fecundidad si no se desarrolla sobre un espacio concreto? Ninguno. Estos iberos son unos ignorantes. El cinturón debe ser el cosmos donde se desarrolle el milagro de la vida y la fructificación, de manera que he pensado en representar los tres espacios: el agua mediante ondas de hilo trenzado en la parte inferior, la tierra en el centro con su vegetación de flores y roleos sobre un campo de granulado grueso, y finalmente la bóveda celeste mediante rosetas, círculos y ovas sobre un campo de granulado finísimo como ningún orfebre ibero ha podido hacer jamás. ¿Lo comprendes Blesio? ahora el cinturón no sólo tiene sentido si lo lees de derecha a izquierda, sino de arriba abajo ¡Es un espacio perfecto! Blesio no entiende nada, pero sonríe al ver la cara de entusiasmo de su maestro transformado por la emoción.

Ulana efectivamente tarda una luna completa en trenzar y torsionar todos los hilos de oro necesarios para la mitad inferior del cuerpo del cinturón y las estrechas cenefas ornamentales que dividen los tres sectores (el agua no se puede mezclar con la tierra ni ésta con el firmamento, le explicaba el orfebre). Demetrio consume varios días en preparar la lámina de base que tiene un palmo de longitud, se le ha ocurrido que el conjunto ganaría en ligereza y contraste si recorta el oro correspondiente a algunos de los roleos, dejando espacios vacíos. ¡Ménuda ocurrencia! Más le hubiera valido no haber empezado porque la tarea tiene una gran dificultad debido a lo liviano de la lámina y cuando termina casi no puede manejarla porque se le pega a las manos y se rompe. La sitúa entonces sobre un ladrillo de arcilla muy pulida untado con una mezcla de cera, resina y cenizas para que no dañe el blando metal, así puede moverla sin tocarla, incluso introducirla en el horno, porque la arcilla es un material refractario y el unto se derri-



2. "El cinturón debe ser el cosmos donde se desarrolle el milagro de la vida y la fructificación" explicaba Demetrio... Ilustración de Sara Olmos.





3. Detalle de la banda de extremos triangulares de Jávea con granulado fino en la zona superior y más grueso en la zona media.

te enseguida. Refuerza los extremos cortos con una tira doblada, donde después soldará los tubos que hacen la charnela. Ahora va a empezar la labor más comprometida.

En orina fresca diluye resina, clara de huevo y crisocola machacada en un mortero hasta convertirla en polvo fino. Uno a uno, moja trozos de hilo trenzado en este pringoso mejunje y los pega en el lugar que les corresponde sobre la lámina según el diseño previsto, lo mismo hace con los hilos finos que delinearán rosetas y roleos. Allí donde es necesario sujeta con una pestaña de oro, pero al poco de secarse el pegamento, los hilos se mantienen firmes en posición. Como el trabajo dura varios días, cubre cada noche la pieza con una tela humedecida. Finalmente llega el turno del granulado que cubrirá todo el fondo, haciendo resaltar la vegetación dibujada con filigrana. Pinta suavemente el fondo laminar con crines impregnadas en el pegamento diluido y antes de que seque dispersa las esferillas en su lugar, las pequeñas en el tercio superior y las grandes en el inferior, soplando después con el fuelle para eliminar las sobrantes que ruedan sobre una tela y más adelante irán al crisol. Ahora ya puede ver el resultado de su obra... ¡magnífico! Bien merece la diosa un sacrificio antes de proceder a la soldadura en el horno para que el fuego no arruine el sudor de tantos días.

Si pudiera permanecer una joya así, limpia, resplandeciente, inmaculada. Pero es imposible, el fuego purificador transformará la materia, fijará las soldaduras y hará permanente lo efímero, o lo destruirá para siempre. El sacrificio debe ser el que corresponde a tan arriesgado ejercicio. Con ayuda de Ulula, la niña, el joven y el maestro proceden a preparar la carga de un crisol con una porción de oro, otra de plata y una última de cobre. El fuego se enciende al pie del altar y cuando la temperatura ha conseguido derretir y mezclar las partes, vierten el contenido sobre el suelo en una peculiar libación que se va solidificando al caer. Una vez enfriados, recogen los trozos informes para depositarlos en el tesoro del templo, bajo la atenta mirada del sacerdote revestido de púrpura.

Llega el momento y el cinturón resplandece sobre su ladrillo refractario. Demetrio cubre el metal con una fina película de borax disuelto en agua. Se asegura de que el horno, al que han tenido que abrir la





boca para que pueda entrar la joya junto a su soporte, alcance la temperatura necesaria y se mantenga estable mediante una suave y continua corriente de aire que sale del fuelle accionado rítmicamente por Ulana. Introduce el ladrillo ayudándose de una larga varilla de hierro y al cabo de unos minutos observa el brillo rojizo del oro que indica la temperatura precisa. Es como un fogonazo. A su señal, la niña deja de accionar el fuelle, las llamas bajan, la fuerte luz se extingue y Demetrio tira con rapidez de la varilla para extraer un ladrillo tan ennegrecido como la joya que soporta. Las caras de asombro y decepción no pasan inadvertidas a Demetrio que dándose importancia, y sin mostrar signos de preocupación alguna, deja enfriar la pieza y se dispone a preparar un buen baño de ácido vegetal en una de las jofainas. Con infinito cuidado envuelve el cinturón en una fina vitela empapada en el líquido, introduce el envoltorio en la jofaina, y ¡se marcha a descansar! Mañana veremos el resultado, dice por toda explicación.

Ulula se ha quedado toda la noche velando la jofaina como si fuera un cadaver, pero no se atreve a desenvolver la joya y echar una miradita... Aunque estoy segura que de esa negrura no puede salir nada bueno, piensa. Ya veremos si el sacerdote nos mete a todos en un barco de esos que nunca llegan a su destino y jamás regresan. En realidad no me importaría ir a Cádiz donde hombres y mujeres tintinean de joyas por la calle, según me ha dicho Demetrio, que quiere establecerse allí. Cuentan que los orfebres fenicios no trabajan por encargo como él hace, sino que varios maestros y aprendices producen joyas en serie, siempre las mismas, en el mismo taller, todos bajo el mismo techo... y también que hacen joyas para los muertos, tan finas y livianas que se estropearían si los vivos las usaran y como ningún rico gaditano se atreve a emprender el viaje al más allá sin un amuleto que lo proteja y defienda de los malos espíritus, tienen el negocio asegurado, claro que los que lo tienen igualmente asegurado son los ladrones de tumbas.

Cuando se acerca Demetrio, ya están todos esperando en el taller. Extrae el envoltorio y sobre una superficie plana abre la vitela con cuidado y la joya empieza a destellar con el sol de la maña-

4. Banda de extremos triangulares de Jávea (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).





na. Harían falta otras seis horas de baño para dejarla en condiciones, dice complacido, mientras tanto hay que empezar a hacer las piezas triangulares de los extremos ¡Llevamos aquí dos lunas y todavía no hemos terminado el encargo, a trabajar!

Epílogo: *ciudad de Cádiz, siglo IV a. C.*

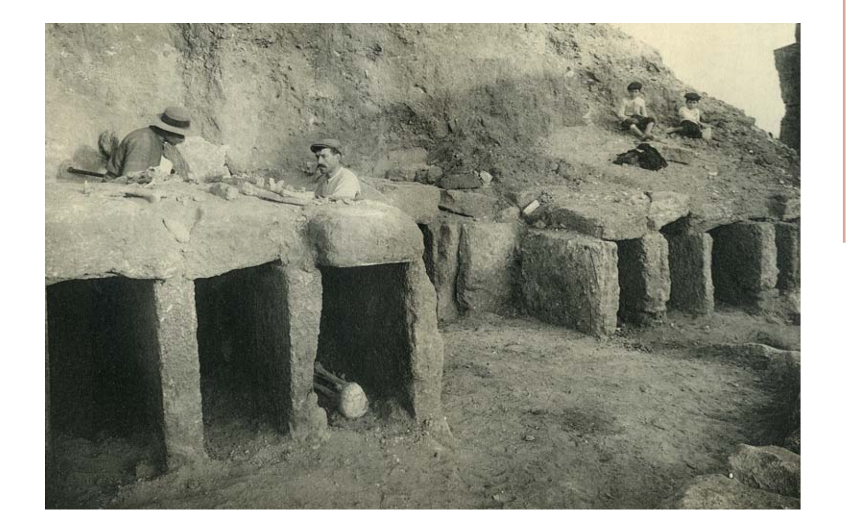
En una estancia amplia, luminosa y ventilada, cinco mesas bajas se disponen formando un semicírculo. Entre cada dos, un pequeño fuego para recocer el oro arroja algo de calor al fresco y húmedo ambiente del invierno gaditano. Detrás de cada una de ellas se sientan cinco jóvenes que se afanan con martillos, tenazas, pinzas, cinceles y un sinfín de artilugios colocados ordenadamente en pequeños cajoncillos individuales de madera. No se permiten disputas por las herramientas. El retraso de uno de ellos afecta al trabajo de los demás, y no es temporada para perder el tiempo. Los viejos no resisten el frío y hay que enterrarlos con arreglo a su estatus de ciudadanos de pleno derecho, lo que incluye amuletos, pendientes y anillos funerarios, según manda la tradición, el cargo y las posibilidades económicas de cada familia.

Varios críos andrajosos y sucios de hollín pululan alrededor de los fuegos que cuidan y ventean con mimo. Detrás de una mesa algo más grande que las otras y situada en el centro del semicírculo se sienta el maestro orfebre para vigilar en todo momento el cumplimiento de las tareas asignadas a cada esla-




5. Taller de orfebrería de la ciudad de Cádiz en el s. IV a. C., una fría mañana de invierno. Ilustración de Sara Olmos.





6. La necrópolis de Cádiz del s. IV a. C. se caracteriza por los nichos, adosados y superpuestos unos a otros, construidos con sillares de piedra ostionera. Necrópolis de Cádiz descubierta en 1914.







7. Anillo giratorio funerario y aros de distintos precios fabricados en el taller de Cádiz del s. IV a. C.

bón de la cadena de trabajo: el torsionador de hilos; el que los corta y moldura; el laminador y engastador; el que funde y selecciona por tamaños las esferillas del granulado; y el montador, destinado a ser el futuro maestro, lo que le da derecho a colocarse a su derecha. El maestro se ocupa de los encargos especiales, además de supervisar a los jóvenes y rendir cuentas al dueño del taller, siempre ausente a la búsqueda de clientes en la entrada del templo, en la zona del puerto o en el barrio de los ricos mercaderes fenicios.

En un recodo de la habitación, separado por el horno de arcilla, tiene asignado su espacio el esmaltador y lapidario, aunque él se limita a realizar pequeños ajustes ya que es la propia clientela la que suele aportar no sólo el metal, sino las gemas talladas de antiguo para engastar en los anillos giratorios que prescribe el rito de la muerte: uniendo dos dedos de la mano derecha, anular y corazón. Y en cualquier caso, casi nadie recuerda ya cómo eran los escarabeos que representaban al dios Jepri, el escabajo pelotero que asegura vida y poder en el más allá. Las tallas actuales son un mal remedo de los escarabeos egipcios, auténticas obras de arte en bellísimos colores como el lapislázuli, la amatista o la propia fayenza... pensaba Demetrio, que así se llamaba el esmaltador y lapidario. Hoy la gente se conforma con un chatón de pasta vítrea coloreada, todo lo más una modesta cornalina de pequeño tamaño en la que someramente se han señalado los élitros del insecto... Se estan perdiendo las tradiciones, y lo que es peor, el conocimiento. Yo, Demetrio, descendiente de una antiquísima familia de orfebres griegos, no tengo a quién dejar mi saber ni transmitir mi habilidad. Todo se perderá en la negra boca de esas tumbas que los gaditanos ricos construyen con piedra ostionera labrada tan cuidadosamente, y que tarde o temprano el mar se llevará a sus profundidades.

FIN









Bibliografía comentada

Ulula, la protagonista, es una mujer de edad indefinida –es decir, mayor– que se gana la vida como intermediaria en todo tipo de asuntos delicados, no necesariamente mercantiles pero casi siempre en el límite de la permisividad moral de la época. Ejerce, en un asentamiento portuario de la costa levantina (Aranegui, C., 2010: "Ocupación económica, ritual y estratégica del litoral valenciano", *Mainake*, XXXII (II), pp. 689-704), de casamentera, partera y planificadora familiar, sanadora, correveidile, conseguidora, mensajera, espía, visionaria y bruja, ahora que había renunciado definitivamente a su pasado de sacerdotisa poco ortodoxa y estaba perseguida en su territorio natal del interior (Perea, A., 2007: "Historia de Uzbel", en A. Perea (ed.) *Seres soñados. Arqueologías imposibles*. Ediciones Polifemo, Madrid, pp. 177-194). Aunque no tenemos evidencias arqueológicas de la existencia de un cuerpo sacerdotal femenino en la sociedad ibérica, lo más probable es que la mujer tuviese cierto protagonismo en determinadas ceremonias relacionadas con la muerte, la fecundidad, la fertilidad de los campos y en los ritos de iniciación de las adolescentes, como podría deducirse de algunos exvotos en bronce, representaciones pictóricas sobre cerámica y piezas de orfebrería (Chapa, T. y Madrigal, A., 1997: "El sacerdocio en época ibérica", *Spal* 6, pp. 187-203; Jiménez Flores, A.M, 2002: "El sacerdocio femenino en el mundo fenicio-púnico", *Spal* 11, pp. 9-20; Nicolini, G., 1998: "Les bronzes figurés ibériques: images de la classe de prêtres", en *Actas del Congreso Internacional: Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Fundación La Caixa, Barcelona, pp. 245-254; Prados, L., 2007: "Mujer y espacio sagrado: haciendo visibles a las mujeres en los lugares de culto de época ibérica", *Complutum* 18, pp. 217-225).

Una idea que se ha querido plasmar en esta historia es la relación de la mujer con un artesanado especializado como la orfebrería, cuyo protagonismo se hace recaer sistemáticamente sobre el hombre, en nuestro caso Demetrio. *La niña* representa ese nexo, al menos en la etapa infantil. Los niños y niñas, sin atribución todavía de roles de género, pudieron haber sido utilizados como mano de obra para determinadas tareas que requerían pulso firme y aguda visión. Aunque se ha apuntado la utilización de artilugios de aumento como lentes de cristal natural pulido en épocas muy tempranas, las evidencias de su uso como lupas son todavía muy escasas y dudosas (VV.AA., 1996: *El tesoro de Troya. Excavaciones de H. Schliemann*, Catálogo Exposición, Museo Pushkin, Moscú, pp.156-169, 222-223, Electa Madrid).

Otros procesos técnicos metalúrgicos que se describen en el curso del relato también son objeto de discusión científica reciente, por ejemplo la unión de hilos y esferas a la base laminar mediante microsoldadura. Hasta hace muy poco no teníamos evidencias del empleo de sopletes de boca que dirigieran la llama hacia un punto determinado de la pieza para soldar, lo que hubiera permitido a Demetrio realizar secuencialmente varias uniones parciales en vez de introducir la pieza completa en el horno, con el riesgo de fundir todo el trabajo realizado si no se controlaba la temperatura con precisión. Muy recientemente hemos publicado el hallazgo de unos conos de bronce que interpretamos como tales sopletes y que formaban parte de un taller de orfebre completo, depositado como ajuar funerario en una tumba de la necrópolis ibérica de Cabezo Lucero, Alicante (Perea, A. y Armbruster, B., 2011: "Tomb 100 at Cabezo Lucero: new light on goldworking in fourth-century BC Iberia", *Antiquity* 85 (327), pp. 158-171). He optado por describir el proceso utilizando el horno, porque con independencia de la existencia o no de sopletes, así se debió de trabajar muy frecuentemente.





Por otra parte, en esta etapa del desarrollo tecnológico, la práctica metalúrgica era una actividad especializada en la que hay que distinguir entre broncistas/herreros y orfebres, al menos ya desde el Bronce final (A. Perea y B. Armbruster, 2007: "Change and persistence. The Mediterranean contribution to Atlantic metal work in Late Bronze Age Iberia", en C. Burgess, P. Topping y F. Lynch (eds.) *Beyond Stonehenge. Essays on the Bronze Age in Honour of Colin Burgess*, Oxbow Books, pp. 97-106). La dimensión ritual de la metalurgia es otro de los aspectos descuidados por la investigación, porque una técnica capaz de transformar un material en otro y darle forma, no puede ser explicada sin recurrir a fuerzas ocultas, difícilmente comprensibles en una etapa precientífica por más que esos fenómenos de transformación de la materia estuvieran controlados desde el punto de vista práctico. Este es un comportamiento bien documentado por la etnografía y la antropología (Perea, A., 2012: "El género de los objetos. Variaciones sobre orfebrería argárica", en L. Prados (ed.), C. López; J. Parra (coords.), *La Arqueología funeraria desde una perspectiva de género*. II Jornadas Internacionales de Arqueología y Género en la UAM, 21-23 Abril de 2010, 79-97, Colección Estudios nº 145, Universidad Autónoma de Madrid.). Lo mismo podríamos decir del propio conocimiento técnico que, como ocurre en la primera parte del relato, está controlado desde el templo, aunque en la segunda parte podemos ver ya el cambio en las relaciones sociales de producción al pasar de un sistema de producción tradicional a otro mercantilista, un proceso que se ha documentado en la ciudad de Cádiz durante el siglo IV a.C. (Perea, A., 2000: "Comportamientos de mercado en la producción orfebre del taller de Cádiz", en P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo (eds.) *Intercambio y Comercio Preclásico en el Mediterráneo*, I Coloquio del CEFYP (Noviembre 1998), Madrid, 281-292; Perea, A., 2006: "Espacios económicos y relaciones de poder. Consideraciones sobre los modelos de intercambio premonetales en el suroeste peninsular", en *Economía y finanzas en el mundo fenicio-púnico de Occidente*, XX Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa 2005), Eivissa, pp. 51-68); Perea, A., 2010: "Factor tecnómico para el estudio de la producción y consumo de oro en sociedades premonetales: la estandarización", en P. Bueno, A. Gilman, C. Martín Morales y F.J. Sánchez-Palencia (eds.): *Arqueología, Sociedad, Territorio y Paisaje. Estudios sobre Prehistoria reciente, protohistoria y transición al mundo romano en Homenaje a M. Dolores Fernández-Posse*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. XXVIII, CSIC, Madrid, pp. 25-33).

La movilidad de los artesanos, y no sólo de mercancías, a lo largo y ancho del Mediterráneo es un hecho comprobado, tanto a través de evidencias indirectas como directas, tales las herramientas de broncista encontradas en el pecio de Gelidonya, Turquía, cuyo cargo se fecha hacia el 1.200 a.C. (la bibliografía sobre el tema es ingente, por lo que cualquier selección resulta arbitraria: Bass, G., 1991: "Evidence of trade from Bronze Age shipwrecks," en N.H. Gale (ed.), *Bronze Age Trade in the Mediterranean*, Jonsered, pp. 69-82; Hitchcock, L.A., 2005: "'Who will personally invite a foreigner, unless he is a craftsman?': Exploring interconnections in Aegean and Levantine architecture," en R. Laffineur and E. Greco (eds.), *EMPORIA. Aegeans in the Central and Eastern Mediterranean* [*Aegaeum* 25], Liège/Austin, pp. 691-699; Knapp, A. B., 1998: "Mediterranean Bronze Age trade: distance, power, and place," en E.H. Cline y D. Harris-Cline (eds.) *The Aegean and the Orient in the Second Millennium* [*Aegaeum* 18], Liège/Austin, pp. 193-205; Muhly, J.D., 2005: "Travelling Craftsmen: Love 'em or Leve 'em," en R. Laffineur y E. Greco (eds.),





EMPORIA. Aegeans in the Central and Eastern Mediterranean [*Aegaeum* 25], Liège/Austin, pp. 685-690). En el entorno peninsular contamos con un documento interesante relacionado con la movilidad de artesanos especializados; se trata del molde de orfebre encontrado en el pecio de Cala San Vicenç, Mallorca (Perea, A. y Armbruster, B.: "El Molde de orfebre", en: X. Nieto y M. Santos (eds.), *El Vaixell Grec Arcaic de Cala Sant Vicenç*, Monografies del CASC 7, Girona, pp. 255-259), un barco griego hundido hacia finales del s. vi a. C. en plena actividad comercial de redistribución de vino y metales fundamentalmente. Una herramienta tan específica y personal como este molde carece de sentido si no va acompañado de su correspondiente dueño. Como en la historia del cuento, el orfebre es dueño de sus herramientas, al menos de aquellas más especializadas y personales que él mismo fabrica según sus necesidades, costumbres y usos, lo que no es el caso de los aprendices. Los problemas que plantea este modelo de producción se esbozan en la interpretación del ajuar de la Tumba 100 de Cabezo Lucero, ya citado.

El objeto que sale de las hábiles manos del orfebre griego Demetrio es una pieza real procedente de un conjunto de oro y plata encontrado a principios del siglo pasado en Jávea, Alicante, y conservado actualmente en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid (Nicolini, G., 1990: *Techniques des Ors Antiques. La bijouterie ibérique du VIIe au ière siècle*, Picard, París, pp. 490-493, nº 243; Perea, A., 1991: *Orfebrería Prerromana. Arqueología del Oro*. Caja de Madrid, Comunidad de Madrid, pp. 225-226, 265-266; Pingel, V., 1992: *Die Vorgeschichtlichen Goldfunde der Iberischen Halbinsel. Eine Archäologische Untersuchung zur Auswertung der Spektralanalysen*, Madrider Forschungen Band 17, Berlín, pp. 204-205, nº 6). Tradicionalmente se ha descrito como diadema, aunque no hay datos que avalen esta intepretación funcional, por lo que preferimos hablar de banda de extremos triangulares que no compromete a nada (Perea, A., 2010: "Las joyas de la Dama de Baza: un espacio femenino", en: T. Chapa e I. Izquierdo (coords.) *La Dama de Baza. Un viaje femenino al más allá*, Ministerio de Cultura, Madrid: 201-209); en el cuento, y probablemente en la realidad, pudo utilizarse para adornar el vientre femenino a modo de frontal de cinturón, puesto que en el mundo antiguo estas piezas del vestuario, tanto masculino como femenino, poseen una carga simbólica polisémica –recordemos, como ejemplo fácil, la imagen del relieve de la flautista de Osuna, Sevilla, que ciñe su túnica con un ancho cinturón de roleos (Museo Arqueológico Nacional, Madrid). Sí parece cierto que este tipo de piezas, que se repiten en otros hallazgos similares fechados entre el s. vii y el iii a. C., formaban parte de ajuares áureos normalizados de mujeres de alto rango, sin que podamos precisar si se trataba de princesas, sacerdotisas u otro estatus social que se nos escapa (Perea, A. 1996: "La orfebrería peninsular en el marco del arcaismo mediterráneo: dos perspectivas", en R. Olmos y P. Rouillard (eds.), *Formes archaïques et arts ibériques. Formas arcaicas y arte ibérico*. Collection de la Casa de Velázquez, 59, Madrid, pp. 95-109) porque la visibilidad de la mujer en la sociedad ibérica es ambigua y de carácter controvertido (Chapa, T., 2005: "Espacio vivido y espacio representado: las mujeres en la sociedad ibérica", en I. Morant (dir.) *Historia de las mujeres en España y América Latina*. Vol. I De la Prehistoria a la Edad Media, Editorial Cátedra, pp. 117-137; Tortosa, T., 2007: "¿Mujer/divinidad?: 'Lo femenino' en la iconografía ibérica de época helenística", *Complutum* 18, 237-246). Este ajuar ritual se componía de la banda de extremos triangulares, cuya iconografía se relaciona sistemáticamente con la oposición de sexos,





una fíbula y tres collares, probablemente para denotar la virginidad de la doncella (Perea, A. y Aranegui, C.: *Villena y La Marina. Dos depósitos de joyas relacionados con la cultura tartésica: el marco de la Historia*, Monográfico de la Exposición: *Argantonio, rey de Tartessos*, Alicante, Septiembre-Octubre, 2000). La carga simbólica que se desprende de la interpretación iconográfica de estas bandas (Perea, A., 2006: "Entre la metáfora y el mito. La representación simbólica de lo femenino en la sociedad ibérica". *MARQ, Arqueología y Museos*, 01, pp. 49-68) contiene claves que sólo podemos entender en el marco del imaginario ibérico, heredero del riquísimo acervo Mediterráneo (Izquierdo, I., Mayoral, V., Olmos, R. y Perea, A., 2004: *Diálogos en el país de los iberos*, Ministerio de Cultura, Madrid; Olmos, R., Cabrera, P. y Montero, S. (coords.), 2005: *Paraíso cerrado, jardín abierto. El reino vegetal en el imaginario religioso del Mediterráneo*, Ediciones Polifemo, Madrid). A partir del siglo V a.C. el componente griego se manifiesta con fuerza en los ajuares de las élites ibéricas, un fenómeno que se refleja no sólo en la orfebrería, sino en todos los aspectos del comportamiento social, ritual y económico (Cabrera, P. y Sánchez, C., 2000: "El comercio griego con el mundo ibérico durante la época clásica", en: *Los Griegos en España: tras las huellas de Heracles*, Catálogo Exposición, Museo Arqueológico Nacional, Madrid, pp. 133-148). La banda de Jávea es un ejemplo de esta situación, incluso existe cierto acuerdo entre los distintos autores en interpretarla como producto de un taller, o al menos de un orfebre griego asentado en la Península, un hecho que no parece ser aislado sino más común de lo que hasta la fecha la arqueología había podido documentar (Perea, A. (ed.), 2011: *La fíbula Braganza. The Braganza brooch*. Ediciones Polifemo, CSIC, Madrid).



El trabajo de investigación en el que se basa el texto forma parte del proyecto del Plan Nacional I+D+i (HAR2009-09298), dirigido por la autora, en el marco del Programa CONSOLIDER INGENIO 2010 (CSD-TCP) que financia el Ministerio de Ciencia e Investigación.





Antepasados y grupos aristocráticos.
Memorias de inclusión y de exclusión entre los iberos

Susana González Reyero

Centro de Ciencias Humanas y Sociales
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Biurkere miraba impaciente al pequeño Iltiratin, que le perseguía apresurado por el poblado al tiempo que le hacía mil preguntas. Biurkere suspiraba, ya se lo había explicado en otras ocasiones, pero Iltiratin seguía en sus trece y le tiraba de la túnica, reclamando atención: Si se ha roto –decía el joven– ¿qué sentido tiene? Sería mejor conseguir una vasija nueva. Podemos elegirlas en el nuevo taller. O incluso de los comerciantes, llenas de animales...

Ufff –suspiraba Biurkere– sigue sin comprender… ¡Te lo he explicado ya! Es importante que la guardemos. Qué manía con todo lo nuevo… La llevamos a arreglar, el herrero la grapa con una laña de plomo y listo. Debemos guardarla –decía Biurkere– porque la vamos a necesitar… ¿Cómo vamos a contar sino la historia de nuestro antepasado? ¡Esa vasija narra su historia! Da igual si la pintura está casi perdida, esa cerámica es parte del relato que contamos cada vez que nos reunimos en la casa grande.

¿Cómo voy a saberlo si no me dejáis estar allí?, reprochaba Iltiratin. En eso acertaba, pero sabía también que muy pronto llegaría el momento, tras la próxima luna le admitirían por fin. Se le consideraría adulto y podría reunirse con los demás. Bueno, la verdad es que antes debía tener éxito en ciertas pruebas muy difíciles. Debía demostrar que estaba preparado. En ello trabajaba cada día y el momento llegaría pronto. De hecho, prefería no pensarlo. No se trataba de eso ahora, y si le sacaba el tema a Biurkere, era capaz de darle con lo primero que pillase en la cabeza…

Entonces Biurkere detuvo su rápida marcha. Era cierto, Iltiratin todavía no había estado con ellos. Quizás le exigían demasiado y en realidad debía explicarle algo más. Respiró profundamente, buscando la paciencia necesaria… Realmente, este era un tema difícil, pero también fundamental si Iltiratin iba a ser aceptado como adulto: verás, no todos los objetos son iguales, ni significan lo mismo para nosotros. Algunos nos traen a la mente determinadas historias y tienen un sentido especial. Es algo parecido a lo que ocurre con los lugares: ¿Nunca te han contado lo que pasó en los prados de la ribera? Sí, cuando vas a ayudar en los campos de cereal. Pues así ocurre con ciertos objetos y con otros lugares, como aquella montaña donde el camino gira, el bosque donde es fácil perderse… Ciertas historias los hacen especiales y por eso los reme-



moramos. Son las historias que recordamos también cuando vuelven aquellos que se fueron a buscar nuevas tierras: son historias que nos unen a ellos y les recuerdan que pertenecen a nuestra comunidad. Casi siempre son relatos de nuestros familiares, de sus viajes de varias lunas y de lo que les ocurrió en ellos. De cómo el poblado les reconoció por haber matado a la fiera, librándoles del peligro, de cómo mostraron y se les valoraron sus méritos, de cómo escaparon a la guerra o la muerte… ¡Cómo olvidarlos! En muchas ocasiones es lo único que conocemos de ellos. Nuestros padres nos contaron esas historias y nosotros hacemos lo mismo con vosotros, los jóvenes. No sólo por nosotros, es también la única forma de hacer que todos les reconozcan así. El relato es la forma de ligarlos a nuestra familia: es nuestra memoria y no la de otros. Volvemos a esos lugares, o guardamos esos objetos de generación en generación, porque ellos contienen parte de una historia que asumimos… ¡que es la nuestra! Relatada a hijos y nietos se mantiene viva... esa historia es lo que somos.

Así ha sido siempre, así debe ser para que todo continúe igual y nuestra familia sea reconocida no sólo aquí –y un gesto amplio de su brazo indicaba la amplitud circundante–, sino en las rutas y valles que se abren más allá de la silueta de las montañas…



1. Biurkere e Iltiratin. Ilustración Sara Olmos.



¿Podemos pensar hoy que pudo existir un diálogo semejante entre dos iberos, nuestros supuestamente llamados Biurkere e Iltiratin? ¿Podemos reconocer estas prácticas de memoria entre los iberos? Es más, ¿podemos afirmar desde la arqueología que existieron? Y si fue así, ¿con qué finalidad?, ¿cuál sería su papel dentro de las relaciones sociales?

Los iberos nunca pusieron por escrito sus historias en un soporte que, como la piedra o el plomo, haya podido permanecer hasta nosotros. Como en la mayoría de las sociedades antiguas, transmitieron sus ideas de forma oral. Ésta es sin duda, una primera dificultad para el arqueólogo. También para el público, que debe aceptar o criticar las hipótesis del especialista.

Si no dejaron sus relatos por escrito, ¿cómo podemos saber si elaboraron historias sobre sus antepasados, sobre su comunidad? Cuando nos acercamos al mundo antiguo, estamos casi automáticamente predispuestos a acudir y buscar fuentes escritas como las que dejaron algunos pueblos del Mediterráneo antiguo, especialmente griegos y romanos. Esto sucede porque hemos heredado una forma de conocimiento basada en buena parte en la escritura.

Pero, si consideramos la gran variedad de sociedades de la prehistoria y protohistoria de Europa, estaremos de acuerdo en que la escritura fue utilizada, proporcionalmente, por un número muy reducido. Es más, algunas de ellas, como los iberos, la utilizaron de forma más bien escueta, no para transmitir relatos amplios. Otras muchas, la mayoría, utilizaron otras formas de expresión, como la música, la danza o el relato.

Con el paso de los siglos, estas formas de expresión han desaparecido. Para la gran parte de los pueblos antiguos sólo nos quedan los restos materiales de su actividad social, cuyo análisis integral lleva a cabo el arqueólogo. Pero sí conservamos una forma de expresión como son las imágenes. No hemos conservado todas, claro, sino las que fueron fabricadas en determinados tipos de materiales, no perecederos. Así, hemos podido perder las imágenes realizadas en madera, en telas, etc., pero hemos conservado más frecuentemente las que eligieron hacer en piedra, en metal, en barro cocido… Esta elección de un material u otro, como veremos, estaba muy lejos de ser casual. Pero en todo caso, y ante la imposibilidad de recuperar sus palabras, los arqueólogos podemos analizar esta forma de expresión de las imágenes como conformadoras de espacios de memoria.

Los iberos fueron algunos de los pueblos de la edad del Hierro que materializaron ciertos relatos en imágenes. Éstas se ubicaban y tenían sentido en ciertos lugares específicos del espacio social, donde los grupos sociales se relacionaban en un día a día que condicionaba el futuro de la comunidad.

La arqueología ha permitido documentar cómo los iberos construyeron y atesoraron una memoria. Para ello, es fundamental el análisis de los contextos donde estas imágenes fueron efectivas y tuvieron significado para quienes las contemplaban.

El arqueólogo se acerca así a analizar un binomio inseparable, imagen-contexto, dentro de las relaciones sociales y el momento histórico que estudiamos. Es fundamental preguntarnos qué memoria, qué relatos se materializan en soportes duraderos. ¿Todas las familias desarrollan estas prácticas? El estudio del registro arqueológico hace que excluyamos esta posibilidad: no todos construyen y exponen una memoria, sino que aparece asociada a ciertas familias.

De hecho, el recurso a determinadas imágenes es un fenómeno paralelo a los procesos de jerarquización social. El término cultura ibérica abarca unos siglos en que las comunidades del área mediterránea de la Península Ibérica experimentaron transformaciones fundamentales en las formas en que se ejercía, se legitimaba y se acataba el poder.

Las imágenes petrificadas en el espacio social formaron parte de cómo surgen y se legitiman unas aristocracias agrarias que crearon lazos de dependencia clientelar con otros grupos familiares. Vivían en los *oppida*, asentamientos progresivamente diferenciados del resto que logran agregar o reunir a gran parte de la población de la zona. Así se formaron poco a poco los territorios políticos de los iberos, unidades cohesionadas mediante lazos clientelares o de dependencia entre aristocracias, clientes o campesinos.





El cerro amesetado del Macalón (Nerpio, Albacete) albergó un importante hábitat en época ibérica. Se localiza en la cuenca del río Taibilla, una unidad biogeográfica de relieves muy marcados dentro del dominio subbético. En un determinado momento, la parte más accesible a la superficie superior de este cerro se amuralla. En la parte baja se crea un paisaje funerario visible, nuevo referente para la comunidad. Ésta es una importante transformación: los cambios en el comportamiento ante la muerte, fuertemente ritualizado, nunca pueden tomarse a la ligera (figura 2).

De la necrópolis del Macalón se han recuperado hasta seis fragmentos de esculturas. Son leones o esfinges, realizadas en una arenisca amarillenta, fácilmente trabajable. Estos restos apuntan a que en la necrópolis se construyeron varias tumbas monumentalizadas. Cuatro fragmentos escultóricos pertenecen a esfinges sentadas. En alguna se aprecian restos de alas curvas, que surgen sobre el inicio de las patas delanteras y se inclinan después hacia atrás. La cola suele enroscarse en las ancas. Alguna tiene un plinto como basa. Una de ellas pudo ser parte del cuerpo de un león, animal al que también pertenece un fragmento de cabeza. Estos restos escultóricos, posiblemente fechados en el s. VI a.n.e., pertenecieron a varios monumentos de la necrópolis de El Macalón (figura 3).

El paisaje funerario materializaba las creencias y formas de poder de los que viven en la parte superior del *oppidum*. La necrópolis inventaba y exponía una memoria. Pero es una memoria que quiere ser activa en el presente, destinada no sólo a quienes discurren por los caminos del valle, sino también a quienes la observan desde arriba.

El paisaje funerario ofrece a la comunidad una serie de coordenadas espaciales, que reordenan las llanuras inmediatas al hábitat. Pero la necrópolis ofrece también una serie de coordenadas temporales al referirse a relatos o hazañas del pasado. En este sentido, su erección y monumentalización significa una violencia, ya que es el intento de extender una ideología a la totalidad de la comunidad. Es un intento, no sabemos si exitoso o no, de trastocar las relaciones sociales y de que unos pocos acaparen los medios de producción o el derecho a intercambiar y redistribuir productos.



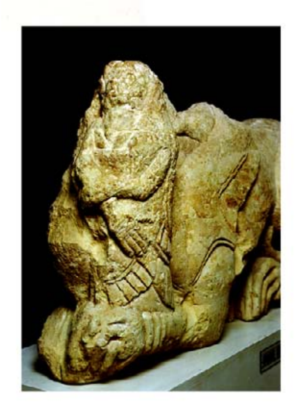


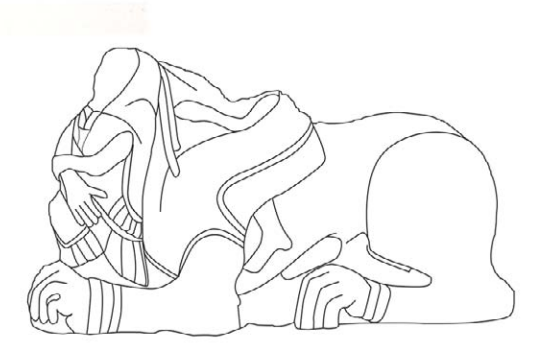
2. Vista y fotorrestitución del Macalón (Nerpio, Albacete).
3. Esculturas recuperadas de la necrópolis del Macalón.





En un momento dado, el aristócrata elige enterrarse en una estructura que tiene una visibilidad exterior. Mientras que otros se creman y sus restos permanecen enterrados en una urna, el aristócrata elige construcciones más o menos complejas que se rematan de una forma muy visible, mediante esculturas de seres humanos o divinos, animales y plantas reales o fantásticos (figura 4).





¿Por qué esta transformación del espacio funerario? Este cambio nos indica la voluntad de actuar de unos pocos: ni todos en la comunidad tienen acceso al espacio funerario ni todos pueden enterrarse junto a esas esculturas. Así se petrifica una memoria: de quién fue el enterrado, de sus méritos, de sus descendientes y de un relato. Es una memoria que transporta significados.

En este sentido, nos hallamos ante formas de actuar de determinados grupos o individuos. ¿Actuar, para qué? Actuar para mantener el orden social heredado, mediante la exposición de historias y creencias que, cargadas de memoria, esconden en el fondo la ideología o creencias que legitiman ese orden social. Y, en determinadas circunstancias históricas, actuar para que este orden cambie, exponiendo nuevas creencias, nuevas acciones heroicas, leyendas o mitos que pueden transformar las relaciones entre los individuos o grupos. En gran parte, y si tenemos en cuenta quién podía costear y tener derecho a estas imágenes de memoria, lo que nos proporciona su análisis son los discursos de los grupos dominantes, o de quienes pugnan por serlo (figura 5).



4. Escultura del monumento funerario del parque Infantil de Tráfico de Elche (Alicante), construido en el s. v a.n.e.
5. El oppidum de Peñarrubia (Albacete) y campos de cultivo de su entorno.



Relatos materializados en el espacio social

Dentro del paisaje más amplio donde la comunidad desarrolla su vida, algunas familias eligen determinados lugares para plasmar materialmente monumentos y esculturas que narran relatos. ¿En qué medida podemos conocer sus historias? (figura 6).

Pozo Moro es buen ejemplo de la transformación de un lugar de la llanura manchega y de cómo la propuesta de los arqueólogos se ha musealizado y se expone al público, en este caso en el Museo Arqueológico Nacional. Pozo Moro ha sido objeto de numerosos estudios que han interpretado la complejidad de este antiguo monumento aislado, con forma de torre y delimitado por un recinto y un pavimento de guijarros (figura 7).

La torre de Pozo Moro despliega, en relieves y esculturas, una compleja iconografía. Se relatan las increíbles acciones de un personaje masculino en un ambiente caracterizado por una naturaleza desbordante e irreal, muy distinta del entorno del trabajo diario que vería el ibero. Rodeado de una eclosión natural incesante, el hombre lucha contra un monstruo de tres cabezas, se interna armado en parajes salvajes y roba un árbol cargado de frutos y pájaros. Todo ello sucede bajo la mirada atenta de una diosa fantástica, híbrida ya que posee alas, que se rodea de animales como las aves y que propicia el surgir incesante de una vegetación desbordante a su alrededor. Tal es la riqueza de los relieves de Pozo Moro que se figura incluso el posible origen del héroe, que habría nacido como





6. Monumentos funerarios del Prado y el Poblado de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia).
7. Pozo Moro. Siglo VI a.n.e.





muchos otros héroes mediterráneos tras haber sido cocido, o transformado, en un caldero. La recompensa le encuentra finalmente y una mujer-divinidad le acoge y se une sexualmente a este héroe (figura 8).

Esculturas y relieves contribuyen a narrar las hazañas de un personaje, cuyos méritos le convierten en héroe. En realidad, Pozo Moro está petrificando en piedra parte de un relato que estaba probablemente presente en otros objetos que la arqueología ha documentado en la mitad sur de la Península Ibérica. Ejemplo de ello son los marfiles de Medellín (Badajoz) o del Cortijo Colorao (Granada), el mosaico del túmulo funerario de Cerro Gil (Iniesta, Cuenca), el betilo de Paterna del Campo (Huelva) o la escultura del parque infantil de tráfico de Elche (Alicante). Son representaciones que relacionan una diosa de naturaleza híbrida, alada, con aves que la rodean y con la vegetación que brota incesante a su alrededor.

La arqueología testimonia, por tanto, cómo en tumbas u objetos destacados, en ambientes relacionados con grupos sociales diferenciados, se representa una divinidad relacionada con la naturaleza. Las imágenes, ya elijan como soporte el marfil, la piedra, el bronce o la cerámica, muestran un espacio y seres sobrenaturales que se ligan a un hombre, a sus acciones extraordinarias que le han convertido en héroe y le hacen supuesto merecedor de esas tumbas monumentales. La presencia de la diosa alada legitima al héroe: ha llevado a cabo las hazañas bajo protección divina. Por su valor y astucia el héroe tiene derecho a ese monumento, tiene derecho a la memoria y a ser recordado.











8. Relieves de Pozo Moro. Siglo VI *a.n.e.*







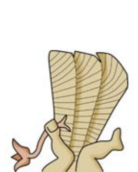
CERRO GIL. La diosa alada aparece de nuevo en la necrópolis de Cerro Gil (figura 9). En unas tierras de cultivo cercanas a la actual Iniesta (Cuenca) se encontró una necrópolis ibérica de los ss. V-IV a.n.e. Excavada en parte, se documentaron varios tipos de tumbas, entre los que destacaremos los túmulos, de varios tamaños y rodeados en ocasiones por pavimentos de guijarros. Entre ellos, el túmulo 1026 se diferenciaba por su tamaño y porque en él se representó a la diosa alada. Pero no encontramos esta representación en el interior de la tumba, al modo de un elemento del ajuar que refleje una creencia o preferencia de los allí enterrados. Por el contrario, la diosa se representa en un mosaico de gran tamaño que rodea el exterior del túmulo y que proporciona a éste una visibilidad diferente. En este mosaico, realizado en cantos rodados de diferentes tonalidades, aparece la diosa sedente y alada. En sus manos sujeta elementos vegetales y está rodeada por animales simétricamente dispuestos, entre los que destacan las aves, dos carnívoros y abundantes elementos vegetales (figura 10).



De nuevo, se trata de una representación exclusiva, relacionada con unos pocos. El túmulo albergaba los restos de cuatro individuos, posiblemente unidos por lazos familiares. La representación de la diosa parece ser un derecho exclusivo de la familia allí enterrada, cuatro cremaciones que se diferencian así del resto de la necrópolis. El ajuar es también importante para argumentar esta diferencia: formado por urnas ibéricas, dos broches de cinturón, una cuenta de collar de bronce, dos cuchillos afalcatados, dos fíbulas anulares y fragmentos de un posible caldero de bronce, son objetos relacionados con varias funciones. Por una parte, las fíbulas, las hebillas de cinturón y los botones son marcadores de prestigio relacionados con el vestido y la ornamentación personal. Por otra, aparecen también objetos relacionados con el banquete y el sacrificio de animales, como el caldero y los cuchillos de punta curva. Son, por tanto, objetos que apuntan las posibles funciones sociales asumidas o acaparadas por estos grupos que se enterraron con la imagen de la diosa alada (figura 11).



9. Área de la necrópolis de Cerro Gil (Iniesta, Cuenca).
10. Mosaico del túmulo 1026 de la necrópolis de Cerro Gil, tal y como se expone en el museo de Iniesta (Cuenca).
11. Cuchillos afalcatados de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia) y sacrificador de Bujalamé.





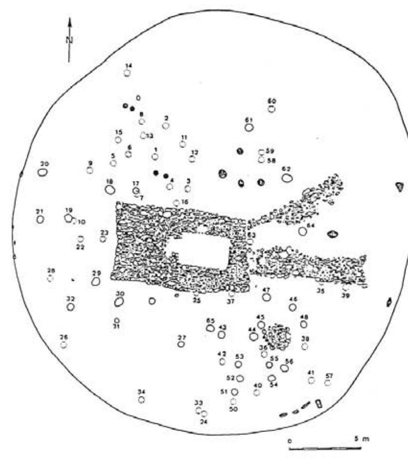
Realmente, en Pozo Moro y en Cerro Gil aparece una diosa casi idéntica. Pero, en el caso de Pozo Moro es importante el hecho de que un hombre aparece vinculado a la diosa: sólo él tiene derecho a internarse en el espacio de la diosa, poblado de una naturaleza vegetal exuberante y de pájaros. Él es el protagonista de las hazañas que relata todo el monumento. Así se narra por qué una familia puede diferenciarse del resto, construir el monumento de Pozo Moro y, probablemente, tener derechos sobre las cosechas y el trabajo de las comunidades de esas tierras. Es la familia que se vincula a aquel hombre que aparece en el monumento, que luchó contra monstruos de varias cabezas y se internó en los dominios de la diosa.

En estas historias se acude al tiempo ideal y modélico de los antepasados para justificar el presente. La presencia de un ser sobrehumano, una diosa, está unida a las acciones de un héroe. No hay contradicción entre el tiempo en el pasado y el ámbito irreal de la diosa. Más bien, la ficción de un mundo sobrenautral y el pasado se entretejen, forman parte de una sola realidad que es, quizás, anterior al presente, y que en todo caso lo justifica.

Entre los iberos, pues, ciertos sectores sociales relacionados con las grandes sepulturas y espacios parecen estar promoviendo estas representaciones de una naturaleza irreal y de ciertos seres híbridos, extraordinarios, como esta diosa alada. Observamos cómo se recurre al pasado, o al mito, para justificar la desigualdad del presente. Esta desigualdad utiliza unos discursos ideológicos que se apropian del favor de los dioses como modo de legitimar la diferenciación social. Todos ellos son relatos que narran creencias y legitimaciones: explican por qué el dueño de esos objetos o el allí enterrado tienen un acceso diferente a los recursos que aseguran el mantenimiento de la comunidad.

Estos relatos justificadores, que aúnan la ficción de un mundo sobrenatural y el pasado, tienen otros ejemplos, otras formulaciones. Por seguir con las más espectaculares, mencionaremos el conocido conjunto de Porcuna, que puede admirarse en el museo de Jaén y es uno de los conjuntos más conocidos del mundo ibérico. En él encontramos una de las formas más recurrentes que utilizaron algunas familias para diferenciarse de otras. Para ello se eligió cuidadosamente un lugar que no es casual, sino que estaba cargado de significados para la comunidad ubicada en la antigua Obulco (Jaén). Se trata del lugar que había ocupado una antigua necrópolis, datada en el s. VII a.n.e. Era, por tanto, un lugar donde reposaban y podía recordarse a los antepasados (figura 12).





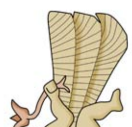
12. Antigua necrópolis de Porcuna (Jaén). s. VII a.n.e.





Pero, durante la segunda mitad del s. v a.n.e., observamos un cambio significativo. En ese momento se erigió un conjunto que reunía al menos treinta esculturas y relieves. Eran el medio elegido para transmitir un claro mensaje. Desde su descubrimiento en los años 70 del s. xx los arqueólogos han abordado la complicada reconstrucción de estas esculturas y la integración en su contexto. Esto ha permitido explicar Porcuna como un encargo que efectúa una destacada familia de la zona para exponer, ante todos, una historia muy determinada. Se elige un formato y escala bien visible en un trabajo largo y bien diseñado (figura 13).

El mensaje era una historia en que seres mitológicos y acciones humanas servían para explicar por qué esa familia ejercía el poder y el derecho de erigir ese gran monumento. Es decir, era un programa pensado para la exposición y transmisión de su legitimidad y justificación como grupo dirigente. El lugar ocupado en la sociedad se explicó mediante una serie de proezas y mitos, entre los que mencionaremos la hazaña individual protagonizada por un hombre, que sirve para confirmar socialmente su papel privilegiado dentro de una comunidad más amplia. ¡Qué mayor prueba de valor y astucia que enfrentarse a un animal como el grifo! Un animal nunca visto, que se forma de la simbiosis entre ave, del que toma su pico y poderosas garras y león, del que conserva su parte inferior. Vencer a este animal extraordinario es una de las gestas de Porcuna, todo ello presenciado por tres esculturas que se han interpretado como antepasados y que se representan claramente fuera de la acción del resto de las escenas (figura 14).



13. Enfrentamiento entre el grifo y el hombre en Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén).

14. Los antepasados del grupo familiar de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén).



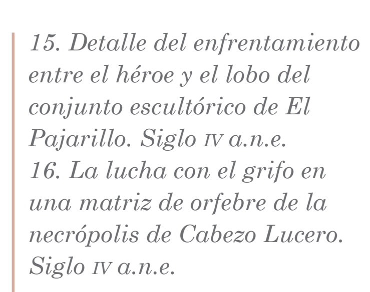
Estas imágenes de hazañas parecen ser una forma de legitimación recurrente entre los iberos. Se repite un esquema: un varón lucha individualmente, bien contra otro hombre, bien contra un animal como el lobo o un ser híbrido (grifo, esfinge). Puede también cazar, en solitario o en grupo. Los ejemplos son numerosos, pero entre ellos destaca la definición espacial que supone El Pajarillo, un espacio de culto ubicado en el límite sur de la zona de expansión de Úbeda la Vieja (Jaén). Este *oppidum* sería el núcleo de origen de la familia que dirigió este proyecto a inicios del s. IV a.n.e. Las esculturas de El Pajarillo narran una historia en la que un hombre, posible antepasado de esa familia dirigente, se enfrenta a un lobo de grandes dimensiones. Esta historia, y su recuerdo recurrente durante los ritos del santuario, sirvió para sancionar la expansión del territorio político del *oppidum* a lo largo de la cuenca del río Jandulilla (Jaén) (figura 15).



Algo similar ocurre en la excepcional fíbula de Braganza, sin duda propiedad de un personaje destacado del s. III a.n.e. El tema principal es el enfrentamiento entre un hombre y un monstruo. Un joven desnudo y descalzo, tan sólo armado con espada, escudo y casco, planta cara a su contrario, un lobo de gran fiereza. La fíbula narra y permite recordar la hazaña del héroe, su victoria. Este mismo tema del enfrentamiento individual es también el elegido en una matriz de orfebre encontrada en una tumba del s. IV a.n.e. de Cabezo Lucero (Alicante). En ella, un hombre logra lancear a un grifo, una imagen que se repetiría en cada objeto que la matriz decorase (figura 16).

Llegados a este punto podríamos preguntarnos, ¿en qué medida estas imágenes intervienen en la definición de la sociedad de los hombres? El estudio de estas representaciones en su contexto arqueológico nos lleva a hipotetizar que estas acciones contribuyeron a legitimar la desigualdad social.

Se trata, por tanto, de fórmulas que reflejan la aparición de las sociedades aristocráticas. Es decir, justifican por qué existen entre los iberos unas familias con mayor derecho sobre los recursos, sobre su distribución e intercambio. La memoria perennizada en el espacio social es uno de los recursos que estos grupos utilizan. Forman parte de su expresión espacial, de las formas en que se apropian del territorio o de cómo se interrelacionan con otras comunidades.



15. Detalle del enfrentamiento entre el héroe y el lobo del conjunto escultórico de El Pajarillo. Siglo IV a.n.e.

16. La lucha con el grifo en una matriz de orfebre de la necrópolis de Cabezo Lucero. Siglo IV a.n.e.



Junto a otros mecanismos de diferenciación que incluirían sin duda la violencia, la arqueología permite documentar cómo algunos lugares del espacio social ibero se eligieron para petrificar ciertos relatos. Las imágenes y mensajes que se inscriben en el paisaje sirven para definir a unos pocos, casi siempre al grupo aristocrático. Se construye una memoria materializada, relatos que les otorgan un exclusivo diálogo con seres divinos o sobrehumanos. Esta narrativa incluye una memoria y alusión a un tiempo mítico o al pasado. Por tanto, podemos afirmar que la apropiación del pasado y del favor de los dioses es una forma de control social, de apropiación de los recursos. Apropiándose del diálogo con los seres sagrados, las aristocracias construyen mecanismos diferenciadores entre ellos y el resto de la sociedad.

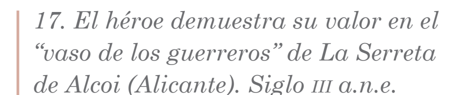
Relatos en los objetos

A partir del s. IV a.n.e., y cuando apenas quedan en pie los antiguos monumentos, los iberos trasladan al espacio urbano sus relatos. La necrópolis ya no parece ser un lugar idóneo para plasmarlos. El *oppidum* se densifica, la vida urbana crece, se intensifican las áreas de cultivo en torno a la ciudad.

La nueva trama de relaciones sociales se refleja en esta ciudad, crecientemente compleja. Surgen en ella espacios apropiados para guardar estos objetos importantes, que condensan narrativas originales, más complejas que antes. Para ello se encargan vasos singulares, de gran tamaño, donde se narran complicadas escenas.

Atribuimos estos vasos cerámicos, excepcionalmente decorados, a encargos específicos, producciones que están más allá del uso meramente funcional, que se utilizan y almacenan en espacios singulares donde se reuniría parte de la comunidad, como en el caso del espacio singular F1 de La Serreta de Alcoi (Alicante).



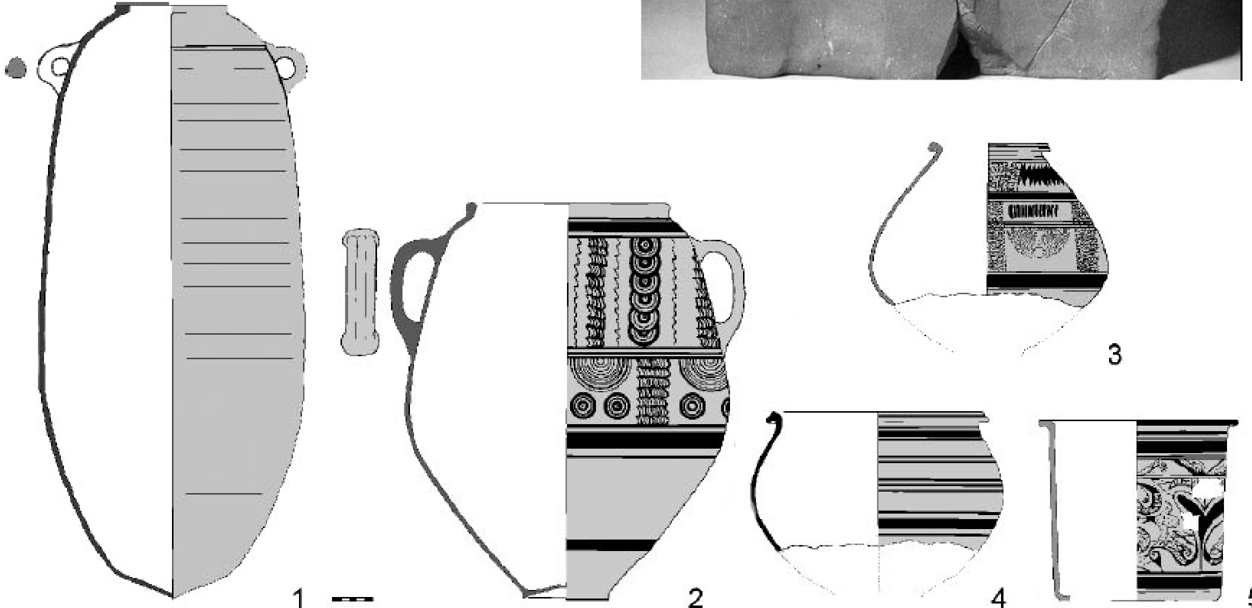


17. El héroe demuestra su valor en el "vaso de los guerreros" de La Serreta de Alcoi (Alicante). Siglo III a.n.e.

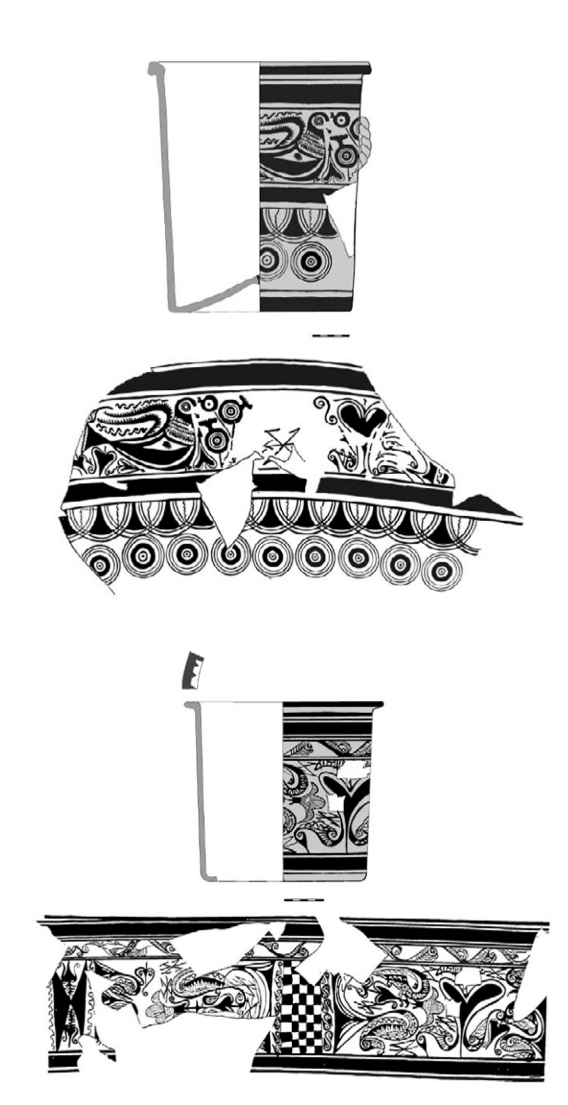


En este espacio se halló el llamado vaso de los guerreros de Alcoi (figura 17), que ha sido analizado como una narración de los trabajos iniciáticos de un joven que participa, sucesivamente, en la caza del ciervo, se enfrenta en solitario a un lobo y a otro guerrero. Todas estas escenas parecen desarrollarse en la naturaleza salvaje, en un espacio alejado de los campos de cultivo o del entorno inmediato del *oppidum*. Es, de nuevo, la representación iconográfica de una hazaña (figura 18).





18. Cultura material documentada en la estructura F1 de La Serreta (Alcoi, Alicante).









19. El enfrentamiento con la esfinge del vaso del Corral de Saus. Siglo II *a.n.e.*

Este vaso se encontró en la habitación F1 de La Serreta (Alcoi, Alicante) junto a otros objetos de valor, como varias cerámicas decoradas con escenas de caza, lucha y escenas presididas por la música, motivos todos ellos asociados con la construcción del poder en la época. En la misma habitación se hallaron también elementos relacionados con el trabajo del orfebre como los moldes, así como un plomo con una inscripción en albafeto greco-ibérico.

El espacio salvaje es el elegido como marco del enfrentamiento entre el héroe y el ser fantástico, híbrido. Así sucede también en otro vaso-narración excepcional: el de un joven que se enfrenta a una esfinge y que fue hallado en la necrópolis del Corral de Saus (Valencia) (figura 19).

Como vemos, la representación de la lucha y la caza en estos vasos de fiesta y memoria es recurrente: vencer, tener éxito en la empresa, mediante el valor o la astucia, es la forma socialmente admitida para justificar la diferenciación social o la pertenencia a un grupo de edad o social determinado. Se trata de una forma de legitimar el papel social de la familia, que pudo presentarse como descendiente, real o imaginaria, del antepasado de valor excepcional que luchó contra el grifo, la esfinge, etc.

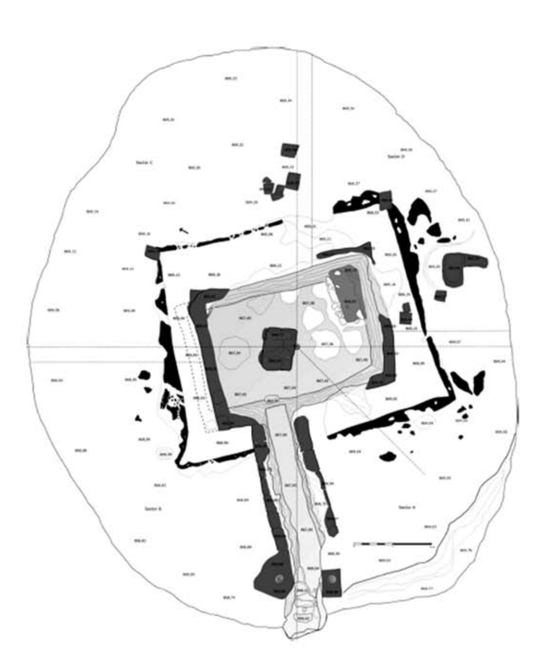
En cada objeto convergen un amplio abanico de intencionalidades que explican su fabricación, su lugar y uso dentro de celebraciones que marcan la vida de las sociedades antiguas, como los banquetes, los rituales religiosos, etc. Cada objeto puede verse también como un eslabón dentro de la cadena que conecta a los miembros de cada sociedad. Éste pudo ser el caso de las esculturas que representan y recuerdan posiblemente a los antepasados, las llamadas cabezas de la Edetania. Se trata de unas figuras encontradas en varios asentamientos de esta región mediterránea de Iberia. En el Tossal de Sant Miquel de Llíria y el Puntal del Llops, ambos en la actual provincia de Valencia, encontramos unas cabezas realizadas en arcilla cocida, en las que engobe y pintura sirven para especificar algunos rasgos y dar color. Se exponen en el espacio doméstico y, a pesar de su relativa sencillez, se insiste en algunos detalles de la vestimenta, como las tiras cruzadas sobre el cuello. Se especifican también ciertos rasgos y algunas indicaciones anatómicas. Posiblemente, se alude a algunos miembros del grupo familiar, ya fallecidos. Estos objetos evocarían, así, a quien ya no está. Fabricar y exponer la imagen del antepasado nos indica lo importante que era su recuerdo.

En otras ocasiones tenemos indicios del apego a ciertos objetos, que fueron amortizados o desechados mucho después de ser fabricados. Esto apunta a la posible necesidad de que permaneciesen dentro del grupo familiar o social. Buen ejemplo de ello es la figura conocida como dama de Galera.





GALERA. Durante la segunda década del s. xx, se halló en las cercanías de la localidad granadina de Galera una necrópolis ibérica. En el túmulo 20 de dicha necrópolis se encontró una figura muy conocida y que expone hoy el Museo Arqueológico Nacional. Se trata de una escultura de alabastro y pequeño tamaño, conocida como la dama de Galera. Representa una mujer-fuente cuya cabeza y pechos aparecen perforados. Se fabricó para ser expuesta sobre un soporte que se encajaría en el resalte de su parte inferior. La mujer, sentada, sostiene entre sus brazos un cuenco, que recibe el líquido vertido en su parte superior y que mana a través de su cuerpo (figura 20).

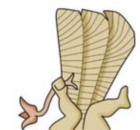








20. Planta y ajuar del túmulo 20 de la necrópolis de Galera (Granada).
21. Paisaje actual de los túmulos funerarios en Galera (Granada).



Rodeada de dos esfinges, la escultura recoge la idea mediterránea de la divinidad sentada en un trono y protegida por estos seres híbridos. Los animales fantásticos flanqueaban estrechamente, rodeaban y guardaban el trono y a la diosa libadora y fecunda. La escultura es síntesis de varias ideas cuya confluencia, en un mismo objeto sagrado, es única. Su uso estaba seguramente relacionado con un ritual. La idea de encargar esta pieza tiene que ver, por tanto, con la intención de reforzar o instaurar un orden determinado en una celebración social. El objeto está concebido para ser manipulado por una persona, un encargado de regular el tiempo en el acto sagrado, el momento de la libación que se controlaría destapando el orificio superior. El encargo de la escultura de Galera supone la voluntad de controlar un ritual, un acto social ya sea en definición o consensuado, que requiere y demanda la fabricación de objetos específicos (figura 21).

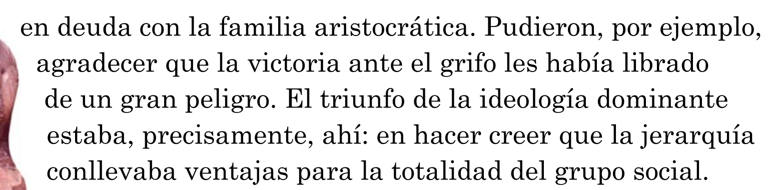
Tan grande debió ser el apego a este objeto que continuó utilizándose durante varias generaciones. Es, de hecho, ejemplo de una larga perduración. Entre su creación y su definitiva amortización, como parte de la tumba de Galera, transcurrieron aproximadamente dos siglos.



Hubo, por tanto, objetos que los iberos guardaron y amortizaron tras un tiempo, en ocasiones, tras varias generaciones. Es llamativo, por ejemplo, el repintado de blanco de algunas urnas cerámicas, encontradas, entre otras, en las necrópolis de Baza (Granada), Estacar de Robarinas (Jaén), Fuente Tójar (Granada), Cabra (Córdoba), Galera (Granada) y Castellones de Ceal (Jaén). A la hora de llevar a cabo el ritual funerario de ciertas personas, se eligieron urnas antiguas, posiblemente guardadas en la familia desde hacía varias generaciones. Como uno de los pasos del ritual, se repintaron estas urnas de un tono blanquecino, se depositaron en ellas restos de la cremación y se enterraron junto a otros objetos (figura 22).

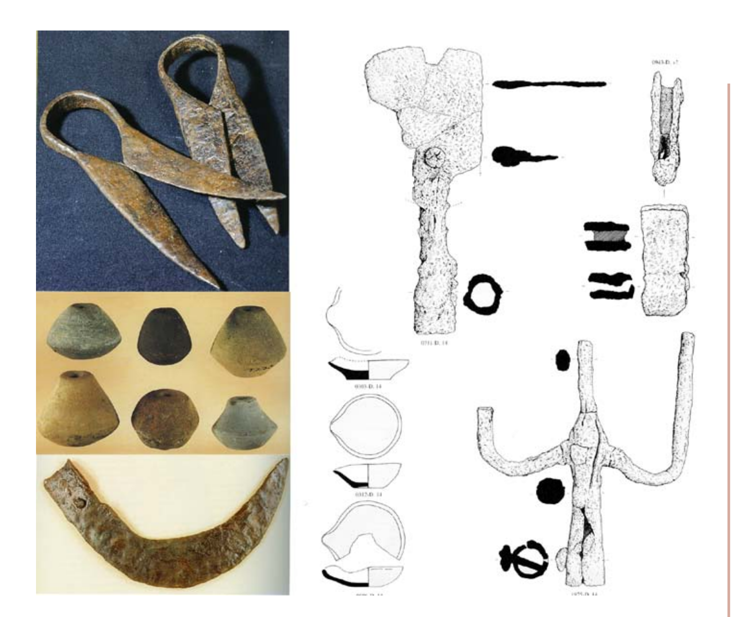
Pertenecer a determinados grupos sociales, como la aristocracia, parece haber conllevado ciertas prácticas que implicaban la construcción y rememoración de relatos donde aparecían sus antepasados. Estamos, seguramente, ante la tarea de invención de un pasado y el intento de imponerlo al resto de la comunidad como forma de dominio. Su éxito estaba, precisamente, en que la comunidad completa lo aceptase como propio y se sintiesen incluso





en deuda con la familia aristocrática. Pudieron, por ejemplo, agradecer que la victoria ante el grifo les había librado de un gran peligro. El triunfo de la ideología dominante estaba, precisamente, ahí: en hacer creer que la jerarquía conllevaba ventajas para la totalidad del grupo social.

Todo lo anterior nos lleva a subrayar que los discursos y memoria mejor conservados, y más visibles para la arqueología, son los de los grupos dominantes. ¿Y el resto de la sociedad? Hubo posiblemente toda una serie de relatos, de memorias que quizás nunca se materializaron en soportes que hoy podamos recuperar. Los arqueólogos las buscamos hoy en otros espacios sociales, menos públicos y por ello más permisivos quizás a la contestación, a la discrepancia y a los discursos identitarios o sociales alternativos. Entre ellos destaca la investigación sobre los espacios domésticos y las actividades de mantenimiento, realizadas en buena parte por mujeres y que pudieron albergar discursos al margen de los grupos dirigentes (figuras 23-24).



22. Urnas y ajuar de la tumba 155 de Baza (Granada). Siglo IV a.n.e.
23. Figura femenina en terracota procedente del departamento 49 de Sant Miquel de Llíria (Valencia).
24. Herramientas y fusayolas del día a día ibero procedentes de El Cigarralejo (Mula, Murcia) y La Bastida de les Alcusses (Valencia). Siglos IV-III a.n.e.



Los subalternos siguen siendo uno de los retos de la investigación protohistórica actual y sólo con ellos completaremos algunas piezas cruciales del puzzle incompleto del pasado ibero. Pero sí sospechamos que esos otros discursos, quizás silenciados, se basarían posiblemente en el mismo sistema: la articulación conjunta de relatos e imagen como parte de un ejercicio de la memoria que permitió crear realidades sociales (figura 25).



25. Matrices impresas en recipientes de almacenaje del Cerro de las Cabezas (Ciudad Real).



Bibliografía de referencia

Chapa, Teresa y Mayoral, Victorino, 2007: *Arqueología del trabajo. El ciclo de la vida en un poblado ibérico*, Akal, Madrid.

González Reyero, Susana; Rueda Galán, C., 2010: *Imágenes de los iberos. Comunicar sin palabras en las sociedades de la antigua Iberia,* Colección Divulgación, CSIC-Catarata ediciones, Madrid.

Izquierdo, Isabel, 2004: Mayoral, Victorino; Olmos, Ricardo; Perea, Alicia. *Diálogos en el país de los Iberos*, Ministerio de Cultura, Madrid.

Oliver, Arturo, 2000: *La cultura de la alimentación en el mundo ibérico*, Servei de Publicacions Diputació de Castelló, Castellón.

Olmos, Ricardo (ed.), 1992: *La sociedad ibérica a través de la imagen*, Catálogo de la Exposición, Ministerio de Cultura, Madrid.

Olmos, Ricardo, 1996: “Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico”, en R. Olmos Romera (ed.), *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, 99-114, Madrid.

Olmos, Ricardo (coord.), 1999: *Los iberos y sus imágenes. Las 2.000 imágenes más representativas del legado ibérico con su análisis e interpretación en el contexto mediterráneo*, Instituto de Historia del CSIC, Micronet, D.L, Madrid.

Olmos, R.; Cabrera, P.; Montero, S. (coords.), 2005: *Paraíso cerrado, jardín abierto: el reino vegetal en el imaginario religioso del Mediterráneo*, Polifemo, Madrid.

Ruiz, Arturo; Molinos, Manuel, 2007: *Iberos en Jaén*, Universidad de Jaén, Jaén.

VV.AA., 1998: *Los Iberos, príncipes de Occidente*, catálogo de la exposición, París-Bonn-Barcelona.



¿Cómo intercambian los iberos?
La arqueología de una práctica entre lo económico y lo social

Alexis Gorgues

Universidad de Bordeaux 3, UMR 5607
Ausonius, Francia

«Nada de aquello que nos parece familiar debería dejar de convertirse en extraño». Romain Bertrand, *L'Histoire à parts égales*, París, Seuil, 2011.

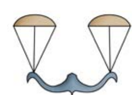
1. El intercambio, entre lo económico y social

Cuando como arqueólogos nos acercamos a estudiar los intercambios en el mundo antiguo sabemos que obtendremos, por fuerza, una visión reducida: podemos sospechar la existencia de intercambios de servicios, pero el registro arqueológico únicamente nos proporciona evidencias del intercambio de bienes concretos, que es lo que resulta accesible por la propia naturaleza del registro arqueológico. Así que, más que el intercambio en su totalidad, lo que podremos analizar es la circulación de bienes concretos, algo de por sí bastante complejo. En las páginas siguientes, vamos a centrarnos en los intercambios de época protohistórica, una época anterior a la profunda transformación que significaría la conquista romana respecto a la economía y las propias relaciones de intercambio.

Para nuestra sociedad contemporánea, el intercambio o comercio es sobre todo una actividad económica que se caracteriza por la concentración de productos, servicios, y materias primas en las manos de especialistas que aseguran su distribución y se imponen como intermediarios entre el productor y el consumidor. Estos especialistas obtienen un beneficio de este trabajo, que es su principal motivación. La relación directa entre el productor y el consumidor es cada vez más rara.

En las sociedades antiguas, no industriales, el intercambio pudo tener un significado completamente distinto. A menudo no puede reducirse a una dimensión económica, aunque ésta pueda estar presente. En estas sociedades, el intercambio de bienes o de servicios es, sobre todo, una forma de crear los lazos sociales. Esta función prioritaria se entremezcla con otras, pero frecuentemente es la más importante. Por tanto, el intercambio es a menudo un medio para crear jerarquías, para estructurar las sociedades.

Para ilustrar esta idea, mencionaremos el conocido ejemplo del círculo *kula*, que unía el este de Nueva Guinea y los archipiélagos circundantes. Descrito por B. Malinowski poco después de la Pri-





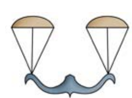
mera Guerra Mundial, este círculo era una red de intercambio que unía a interlocutores procedentes de varias comunidades, separadas en ocasiones por grandes extensiones marítimas. Estos interlocutores pertenecían a las elites de sus respectivas comunidades. Dicho de otra forma, no todos podían participar en el intercambio *kula*. Además, en el marco del intercambio *kula* sólo circulaban dos tipos de bienes: los collares formados por discos de nácar (los *sulava*) y los brazaletes tallados y pulimentados en conchas (los *mwali*). Estas dos categorías de objetos se reagrupaban en un término genérico que designaba los bienes que circulaban en el marco *kula*: los *vaygu'a*. Según Malinowski, se trataba de una categoría de bienes exclusiva: los *vaygu'a* no se pueden intercambiar con bienes de otro tipo –algo que se ha discutido después, pero que para nuestro objetivo aquí sigue siendo válido–. Los *sulava* sólo podían intercambiarse en el sentido de las agujas del reloj, mientras que los *mwali* circulaban en sentido contrario. Sólo se podía intercambiar un *sulava* por un *mwali*, y viceversa, y no se podían retener mucho tiempo. Una vez adquiridos, había que ponerlos en circulación con bastante rapidez.

El intercambio tenía un aspecto muy ceremonial y no se permitía negociar con demasiada dureza: era una transgresión de la ética *kula*. El valor que cada parte atribuía a un objeto no sólo estaba ligado a su estética, sino también a su prestigio, que a su vez estaba unido al prestigio de sus dueños anteriores. Así, un objeto aportaba a su dueño un prestigio adquirido en la medida en que había ido cambiando de manos. Cuando alguien obtenía ese objeto significaba que pasaba a formar parte de esa sucesión de individuos que lo habían poseído antes. Gracias a ello, el prestigio del nuevo dueño se incrementaba, reforzando así su posición dentro de su propia comunidad.

Así, esta compleja red de intercambio no tenía ninguna finalidad económica que nosotros llamaríamos "racional" (es decir, destinada a la creación de un valor añadido). En esta red, los bienes que circulaban no podían convertirse en bienes de consumo. Si tuviéramos que buscar una finalidad clara, sería la de hacer que individuos geográficamente muy alejados entre sí pudiesen comunicarse. Y la de permitirles utilizar su posición dentro de esta red para ascender en la jerarquía social. Sin embargo, al margen de este intercambio *kula* que se concretaba en ocasiones en grandes expediciones marítimas, se desarrollaba también otro tipo de intercambio: el *gimwali*, que actuaba sobre bienes de consumo que se intercambiaban entre sí y donde sí encontramos diversas negociaciones destinadas a obtener un beneficio en la transacción.

Como vemos en este ejemplo, existen formas de intercambio que no tienen una finalidad comercial propiamente dicha. Son, sin embargo, prácticas fundamentales para el funcionamiento de determinadas sociedades. La existencia de estas prácticas no impide que, dentro de esas mismas sociedades, haya también intercambios que calificaríamos de comerciales. Subrayaremos también que, en estos contextos, el actor del intercambio no es un especialista, sino alguien que lo practica de forma puntual. No se trata, por tanto, de un comerciante.

Por otra parte, poner en circulación ciertos bienes no es siempre una operación de "intercambio" propiamente dicha. Puede tratarse de un regalo, de un don, aunque es raro que éste sea desinteresado. Otro ejemplo proveniente de la antropología cultural nos ayudará a aclararlo. Los nativos americanos de la costa pacífica de Alaska, Canadá y el norte de Estados Unidos organizaban en el momento de la expansión colonial europea ciertas ceremonias que denominamos "potlatch". Estas ceremonias, que estaban prota-



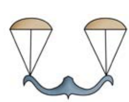


gonizadas por miembros de las élites, consistían esencialmente en donar grandes cantidades de bienes: poseer mercancías y ser generosos con ellas eran cualidades que se esperaban de los jefes. Estas prácticas introducían una relación de subordinación entre el donante y el conjunto de beneficiarios. Su objetivo era crear jerarquías sociales. Por otra parte, estas prácticas podían adquirir una dimensión verdaderamente competitiva ("agonísticas", según la antropología cultural). Es decir, aquel que, dentro de las élites, pudiera ofrecer más bienes en el curso de la ceremonia, amortizar más riquezas, ganaría y afianzaría su dominio sobre los demás. A primera vista, esta práctica nos parece, desde nuestra perspectiva económica contemporánea, totalmente irracional, ya que su objetivo es destruir o amortizar valor, no crearlo. Pero lo cierto es que la finalidad de esta práctica no es sólo económica, sino que abarca toda una serie de aspectos que afectan a la totalidad del funcionamiento social. La estrategia de las personas que intervienen en estas prácticas no es económica, sino política, incluso si la forma de alcanzar sus objetivos implica la transferencia de bienes a otras personas. Se trata, por tanto, de una actividad que va más allá del ámbito económico.

Referirnos a estas prácticas no significa que tratemos de explicar así el desarrollo de las sociedades ibéricas de hace más de 2.000 años. Se trata más bien de mostrar que, detrás de la circulación de bienes, hay motivaciones que pueden ser muy diferentes de unas sociedades a otras, que el intercambio o el don (y su contrapartida, el contradón) pueden tener papeles diversos, y que el comercio no debe ser el único horizonte del arqueólogo.

Por supuesto, las actividades ligadas al intercambio no estaban limitadas a la escala de una única comunidad o grupo cultural. Esto es especialmente cierto en el Mediterráneo antiguo, donde múltiples culturas interactuaban entre sí. Los iberos intercambiaban entre ellos, pero también con diversos grupos griegos, púnicos y, más tarde, romanos. Estos intercambios unían por tanto a individuos que podían provenir de ambientes próximos, pero también de regiones muy distantes. De orígenes muy diversos, cada uno de los actores de estos procesos de intercambio se vio impulsado por motivaciones específicas.

En las páginas siguientes proponemos al lector que nos interroguemos sobre estas motivaciones, separando cuidadosamente las de los comerciantes –que transportaban mercancías hacia el litoral mediterráneo de la Península Ibérica y del sur de la Galia– y las de sus interlocutores iberos. Pero antes, una última advertencia: este razonamiento se basa en los datos del registro arqueológico, que siempre necesita de una interpretación, una especie de "traducción" que permite pasar de la observación de los restos a un discurso histórico sobre estas sociedades. Este proceso es bastante específico y, por tanto, esta es mi propia interpretación, mi relato. Con dos consideraciones: la primera es que, cuando estudiamos sociedades tan distantes de nosotros como las iberas, es necesario mantener la humildad y una mente abierta, al tiempo que debemos intentar no proyectar sobre ellas nuestra lógica contemporánea. Desde este punto de vista, la mejor garantía suele ser no separarse excesivamente de los datos arqueológicos, no forzarlos, y no añadir lo que falta para configurar un modelo que nos parezca sugerente. La segunda advertencia es que cada día se produce el descubrimiento de nuevos datos arqueológicos, de modo que toda síntesis puede quedar obsoleta con bastante rapidez.







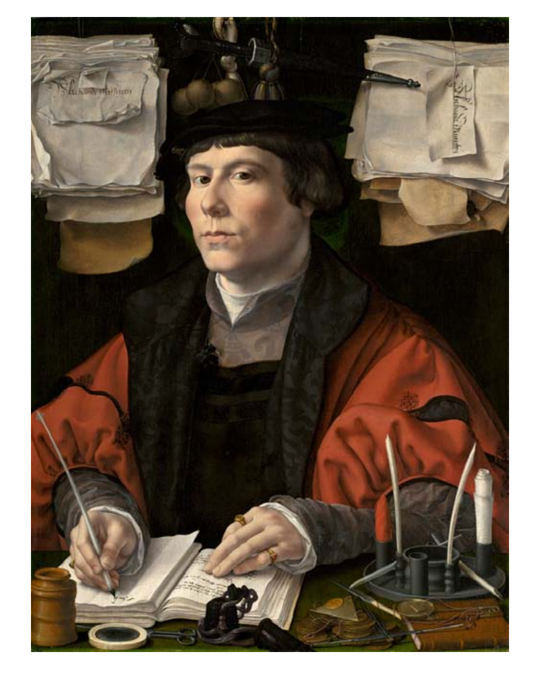
2. Las evidencias arqueológicas del intercambio

Para empezar, podemos preguntarnos: ¿Cómo trabajan los arqueólogos sobre los intercambios del mundo antiguo? El principio en que nos basamos es bastante simple: cada grupo cultural produce un cierto número de objetos a partir de prácticas y técnicas que le son propias. Así, la cerámica de pasta clara o beige, fabricada a torno y decorada con pintura rojiza es sin duda uno de los objetos más relacionados con los iberos. Si identificamos en el territorio de un grupo cultural un objeto fabricado mediante tradiciones tecnológicas de otros lugares, podemos argumentar que ha sido llevado hasta allí mediante el intercambio: así, si encontramos una cerámica de barniz negro y de figuras rojas en Alicante, podemos estar bastante seguros de que esa cerámica ha llegado hasta allí mediante el intercambio, desde Grecia o el sur de Italia. La ventaja del material arqueológico es que puede contabilizarse, y por tanto pueden cuantificarse las aportaciones ligadas al comercio (por ejemplo, una décima parte de la cerámica encontrada en tal asentamiento de la provincia de Alicante viene de Grecia), y estudiar así el flujo del intercambio, la inserción de una comunidad en el negocio mediterráneo. Otra ventaja del material arqueológico es que su forma nos indica su función: un ánfora, por ejemplo, no tiene más función que el transporte de alimentos, es un contenedor sin valor por sí mismo, al contrario que una copa que es un utensilio que sirve para beber. El problema es que el lugar donde descubrimos un objeto es aquél donde se utilizó por última vez, ya sea porque se rompió o porque se depositó en una tumba o en un santuario. Por tanto, el objeto en sí no nos dice nada sobre el trayecto que ha seguido o las prácticas de intercambio que permitieron su circulación: el comercio, la redistribución...

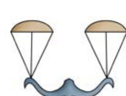
Para explorar el ámbito del intercambio, es necesario trabajar con los restos arqueológicos dejados por la actividad. Estas huellas pueden ser de dos tipos. En algunos casos, ciertos espacios se dedican específicamente al intercambio, como nuestras plazas de mercado o centros comerciales... Además, a determinados tipos de intercambio le corresponden ciertos restos específicos. El intercambio comercial se apoya frecuentemente en un sistema de pesos y medidas: para llevarlo a cabo hacen falta balanzas y pesas.

Con bastante frecuencia el intercambio comercial también viene acompañado por el desarrollo de normas que facilitan las transacciones. La moneda, estándar universal de valor, es una. La metrología, que permite saber con precisión qué cantidad de producto se compra, es otra.



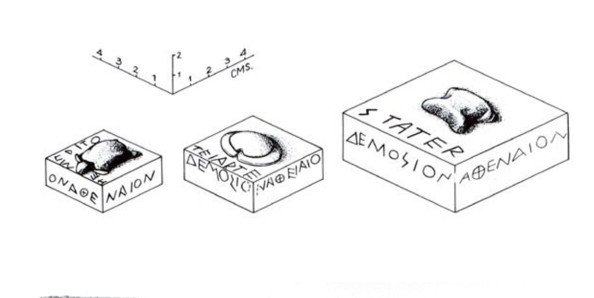


1. Vendedores de cereales en el mercado de Gaoua (Burkina Faso). Las latas de conserva sirven para medir el volumen de mercancías vendidas: es la norma para el intercambio.
1 bis. "Retrato de un comerciante", de Jan Gossaert (hacia 1530; National Gallery of Art, Washington). Todo le rodea: el libro de cuentas, el dinero, la balanza de dos platillos (a la derecha, junto al tintero)... es la cultura material de un comerciante.

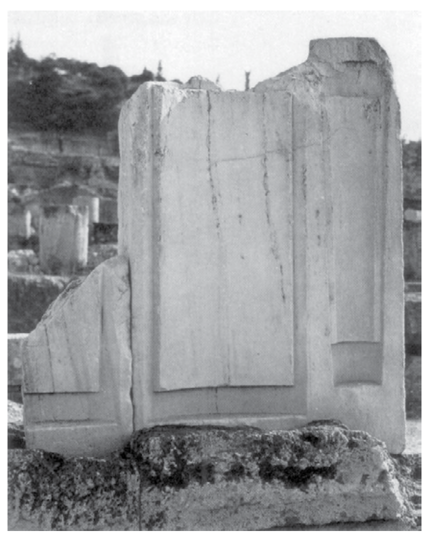




Para estar convencidos de que estos elementos facilitan el intercambio comercial, basta con ponerse en mi posición, la de un francés que trabaja frecuentemente en España: no tengo ningún problema para darme cuenta de que la gasolina es más barata al sur de los Pirineos, ya que su valor se expresa en ambos lugares en la misma moneda (el euro), y que ese valor se asigna a una cantidad de producto idéntico (el litro). Esta diferencia de precio me parecería menos clara si tuviese que pagar en pesetas por un galón de gasolina…







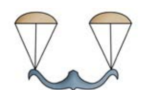
2. En Atenas, los intercambios tienen lugar generalmente en un espacio determinado, el Ágora. Toda una serie de normas tienen como objetivo hacer las transacciones “transparentes”: los pesos (2.1), los volúmenes (2.2) se miden con rigor en función de estándares fijados por la ciudad. Incluso se miden los materiales de construcción, mediante la plantilla (2.3) que asegura que las tejas tienen un tamaño uniforme.

Por último, en las sociedades que utilizan la escritura –algo que entre los iberos se produce a partir del s. V a. C.– la actividad del comercio conllevará la redacción de documentos de varios tipos: cartas, registros contables, etc. Trabajar sobre estos elementos -y sacar conclusiones de su ausencia en el registro arqueológico- nos permite abordar diversas cuestiones relacionadas con el intercambio.

3. Las estructuras del intercambio entre los iberos

A la hora de estudiar el área ibérica es preciso distinguir entre tres tipos de intercambio. En primer lugar, el que ha sido con mucho el más estudiado: el comercio a larga distancia, que unía a los iberos con individuos procedentes de otras esferas culturales, como griegos, púnicos o romanos. Estos intercambios implicaban el desplazamiento de objetos a escala continental y son por tanto muy visibles en el registro arqueológico: es difícil pasar por alto una cerámica ática de barniz negro dentro de un conjunto de cerámica ibérica...

El segundo tipo de intercambio se refiere a los productos fabricados en el mundo colonial occidental. En este caso, el producto viaja dentro de distancias más reducidas desde un punto de vista geográfico (de Rosas a Badalona, de Cádiz a Alicante...), pero no desde un punto de vista cultural: se trata siempre de una transferencia de una esfera cultural a otra, y nuevamente es muy fácil de identificar: las cerámicas de barniz negro más difundidas en el s. III a. C. se fabricaban en un taller del norte de Cataluña, en Rosas (antigua *Rhodè*), en el centro del espacio ibérico septentrional. Pero se trata de cerámicas de tradición claramente helénica, fabricadas en alfares situados dentro de un establecimiento griego, que por otra parte acuña una moneda con leyenda griega. Cuando nos encontramos con estas piezas de cerámica en Pech-Maho (Sigean, Aude), no habían recorrido más de unos 60 km en línea recta. Pero habían pasado ya a otro mundo.





El tercer tipo de intercambio es con mucho el más difícil de identificar: se trata del intercambio más próximo, el que une a dos socios en el seno de una misma comunidad, o entre comunidades vecinas o cercanas. Es precisamente esta proximidad la que nos dificulta la observación de este tipo de práctica: ¿cómo identificar, cuando excavamos un asentamiento, una cerámica que proviene de la comunidad vecina cuando ambas se fabrican de la misma forma? Estos intercambios, que además debían efectuarse sobre grandes cantidades de materiales perecederos (grano, tejidos, etc.) son difícilmente accesibles para nosotros a pesar de que debían ser, con mucho, los más importantes, tanto en frecuencia como en cantidad.

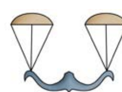
4. El intercambio a larga distancia: unas redes principalmente "mediterráneas"

Veamos en primer lugar los dos primeros tipos de intercambio, que se inscribían en las mismas redes coloniales. En gran parte de la fachada mediterránea de la Península Ibérica, estos intercambios se apoyaron en importantes colonias de origen fenicio (denominadas como «púnicas» para el período que nos interesa), de las que la más importante era Cádiz (ubicada en el margen atlántico del área ibérica). Pero poco después de su creación en el s. VII a. C., *Ebusus* (Ibiza) se impondría como un punto central en las navegaciones que tenían como destino la costa oriental de la Península Ibérica. Estas colonias se insertaron precozmente en un horizonte económico y político cuyo centro estaba ocupado por Cartago, que fundaría la última colonia prerromana de Hispania: Cartagena. Después de una primera fase con producciones que se adscriben plenamente a las tradiciones fenicias (en los ss. VII y VI a. C.), estas colonias desarrollaron sus propias tradiciones productivas y sobre todo una importante actividad de transformación de alimentos (aceite, salmueras, etc). Estos productos se envasaron en ánforas cuya forma se alejaría de las anteriores ánforas fenicias. Estas ánforas, salidas de las colonias púnicas de la Península Ibérica o de las Islas Baleares, como *Ebusus*, de África occidental o del Mediterráneo central, contendrían la mayor parte de los productos distribuidos a las comunidades iberas.

La única colonia griega identificada con seguridad en la Península Ibérica es *Emporion* (Empúries, Girona), fundada en el sur del Golfo de Rosas en el s. VI a. C. Es el asentamiento griego más occidental de los documentados después del 600 a.C. en el noroeste del Mediterráneo, donde la principal sería *Massalia* (Marsella). A finales del s. IV a. C., otra instalación emerge al norte del mismo golfo, *Rhodè* (actualmente Rosas). Si *Emporion* fue un centro activo del comercio marítimo desde el primer momento, fue sobre todo en *Rhodè* donde se desarrolló una producción de manufacturas de tipo colonial, como las producciones ya mencionadas de cerámica de barniz negro de tradición griega.

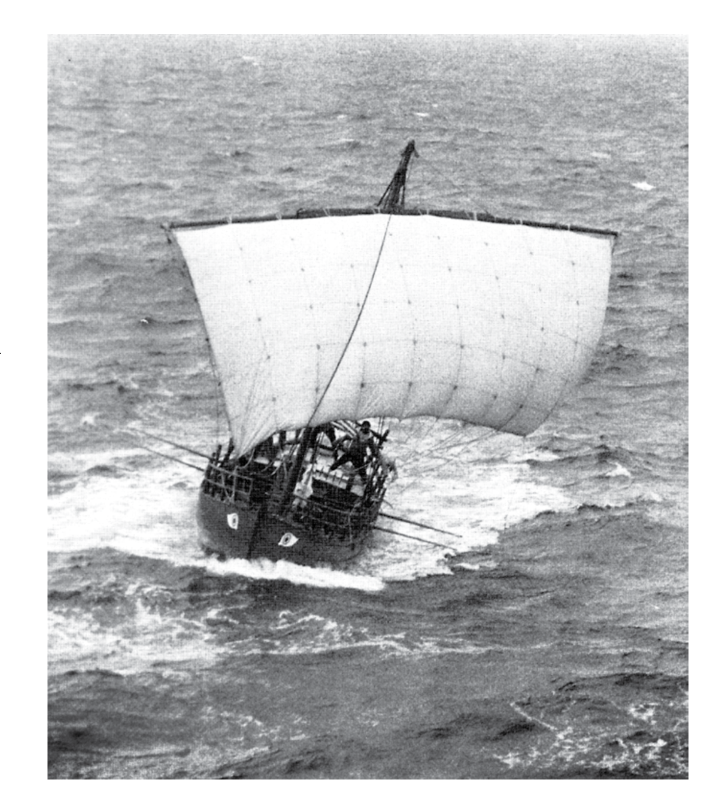


3. El Golfo de Rosas, lugar de ubicación de la colonia griega de Emporion y de Rhodè. Imagen P. Mahieu.

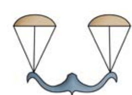




Estas colonias suponen la llegada y proyección, en la Península Ibérica, de poblaciones originarias del Mediterráneo oriental. En cierta medida, podemos pensar que su presencia ayuda a “reducir la distancia» entre esta región del extremo occidente mediterráneo y el resto del mundo antiguo. De hecho, las colonias son desde el momento de su fundación nuevos puntos de enlace dentro del circuito marítimo antiguo. Los marineros operaron a partir de estas colonias -todas ellas con buenos puertos- y aprendieron a navegar en estas zonas marítimas de los confines. Otros, procedentes de los puertos “clásicos” del Mediterráneo, los recorrían y dominaban cada vez mejor la navegación a lo largo de estas nuevas rutas. Podemos decir sin temor a arriesgarnos demasiado que la tendencia a largo plazo es la intensificación de los intercambios: llegan más barcos y más a menudo, especialmente porque el Occidente se fue imponiendo progresivamente como una región económicamente dinámica desde el punto de vista del comercio marítimo y bajo el impulso sobre todo de Cartago. Esta es una de las diferencias fundamentales entre los iberos y sus interlocutores del mundo colonial: no parece que los iberos practicasen la navegación comercial de largos trayectos. Esto no quiere decir que la navegación como tal fuese desconocida, pero no parece que desarrollaran barcos de carga, especializados en el transporte de bienes. La consecuencia es que tampoco encontramos las infraestructuras asociadas a la construcción, al mantenimiento y al armamento de este tipo de barcos, aspectos totalmente ausentes del contexto indígena. Las estructuras relacionadas con la carga y descarga de los barcos parecen inexistentes, sobre todo en los territorios al norte del Ebro. En esta zona los asentamientos se ubican sobre todo en altura, y la elección del sitio no parece relacionada con la navegación: ninguno de ellos dispone de un buen puerto. Esta ubicación es distinta al sur del Ebro: por ejemplo, el Tossal de las Balsas de la Albufereta (Alicante) parece haberse dotado de un pequeño muelle fabricado en mampostería. De aquí procede un objeto escasamente documentado: un exvoto en cerámica que representa un barco de guerra, sin duda púnico. Este ejemplo, junto con otros que veremos, muestra que las necesidades del comercio marítimo habían sido mejor asumidas por los iberos de la actual Comunidad Valenciana que por los de Cataluña y el Languedoc. No obstante, sólo las colonias griegas o púnicas proporcionaban un apoyo eficaz para todas las operaciones técnicas ligadas a la construcción naval.



4. El Kyrenia 2, reconstrucción de un barco comercial del siglo IV a. C. Los iberos no desarrollaron este tipo de tecnología. Construir y mantener un barco de este tipo requiere unas infraestructuras y mano de obra muy especializada, ambas ausentes en el mundo ibérico.

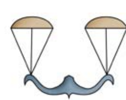


Estas colonias constituían una especie de enlace, un punto de unión entre las sociedades del Mediterráneo central y oriental, por una parte, y los iberos del extremo occidente, por otra. Pero sería un error creer que los comerciantes que operaban desde las colonias púnicas sólo estaban involucrados en la difusión de los productos púnicos, o que los comerciantes griegos sólo comerciaban con bienes griegos: en el pecio de El Sec encontrado en las costas de Mallorca, encontramos un barco que en el s. IV a. C. operaba en ámbito púnico y que se hundió con un cargamento de más de 400 ánforas griegas, greco-itálicas y púnicas, acompañadas de piezas de vajilla ática de barniz negro y figuras rojas. El Sec muestra claramente que los comerciantes púnicos actuaron en la distribución de productos griegos en el ámbito ibérico. Y, a su vez, el ejemplo de El Sec nos permite proponer que lo contrario también pudo ocurrir.

Como ya hemos comentado, este tipo de comercio a larga distancia unió ámbitos culturales diferentes. De forma aparentemente paradójica, estos intercambios contribuyeron a mitigar algunas de sus diferencias. Podemos imaginar que este «umbral cultural» es algo parecido al umbral de una puerta: cuanto más frecuentemente se traspasa, cuanto más se usa, más disminuye la separación entre los dos ámbitos. Con el tiempo, el cruce se hará más y más regular, hasta tal punto que hemos constatado que en la región de Tarragona se aprendió a fabricar ánforas a imitación de las de *Ebusus*, y que en la zona del curso inferior del Ebro se adoptó la costumbre de beber en vasos fabricados localmente pero que imitaban la forma de las copas áticas… Al comercio económico se superponen también determinados intercambios culturales. Los objetos que circulan se convierten en instrumentos, concebidos en función de prácticas socio-culturales propias de los lugares de origen: la copa y la crátera áticas están entre estos "instrumentos" del banquete griego.

La difusión de estos instrumentos entre los iberos no quiere decir que la nueva práctica se adoptara necesariamente. Pero sí creemos que significa que se están desarrollando nuevas prácticas, que toman prestados elementos de ambas tradiciones culturales. Posiblemente, algunas antiguas prácticas locales están evolucionando al tiempo que integran un nuevo soporte material. Por otra parte, y como muestra el ejemplo de El Sec, si estos intercambios aproximan a los negociantes mediterráneos y a los interlocutores iberos, también acercan a los comerciantes entre ellos: púnicos, griegos, itálicos… Todos ellos actúan en una esfera común y colaboran entre sí.

Subrayaremos uno de los problemas a los que se enfrentaron estos comerciantes: tenían que operar en un mundo construido con prioridades muy diferentes y disponían para ello de instrumentos físicos (barcos, dinero) y conceptuales (obtener un beneficio en sus transacciones) que eran propios del área mediterránea clásica. Su tarea requería, inevitablemente, una cierta capacidad de adaptación. ¿Cuál fue, entonces, la práctica diaria de estos comerciantes? Y, ¿cómo interactuaron con los locales?





5. El comercio colonial en el occidente mediterráneo: Simbad el Marino entre los iberos

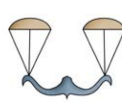
> "Me embarcaba con mis amigos comerciantes y navegábamos hacia otra comarca de la India. Allí intercambiábamos algunos de los productos que transportábamos por otros: maderas de aloe y sándalo, alcanfor, nuez moscada, clavo, cardamomo, canela, cubeba, jengibre... No dejábamos de ir de una isla a otra, de un mar a otro, hasta que volvíamos al puerto de Basora".
>
> La isla en movimiento (Les aventures de Sindbad le Marin, Phoébus Libretto, 1985).

> "Allí vendí una pequeña parte de mis diamantes y así obtuve nuevas mercancías para vender. Y una vez más, yendo de un país a otro, de una isla a otra, sin parar de vender, comprar o intercambiar bienes, pude volver sin mayor contratiempo al puerto de Basora".
>
> El ave Rokh (Les aventures de Sindbad le Marin, Phoébus Libretto, 1985).

¿Por qué citamos estos textos, si son muy posteriores a los hechos que estamos comentando aquí, y si además se refieren a otra región del mundo? Por dos razones: la primera es para llamar la atención sobre el hecho de que las mercancías de alto valor pueden carecer de rastro arqueológico. ¿Qué pasaría si el barco de Simbad, con su cargamento de especias y maderas preciosas, se hubiese hundido? Y en caso contrario, si el barco llegaba a buen puerto, ¿qué huellas arqueológicas podríamos esperar encontrar, en Bagdad o Basora, de la actividad de Simbad? La madera se habría descompuesto, las especias se habrían ingerido... y, sobre todo, digerido. En pocas palabras, hay mercancías que no dejan rastro arqueológico, porque ni ellas ni el embalaje utilizado para hacerlas viajar pueden resistir el paso del tiempo. Y esto no tiene nada que ver con el valor que estas mercancías tuvieran.

La segunda razón es la delicadeza con la que se describen las transacciones en los relatos de Simbad que, más que un marinero, es un comerciante. Estas transacciones están lejos de ser simples y lineales. En primer lugar, Simbad no intercambia sus mercancías por dinero, sino por otras mercancías. En segundo lugar, el reto de Simbad es obtener, por los diamantes, mercancías "intercambiables", una especie de "carga base" que podrá ser fructífera en el intercambio con otros bienes de mayor valor. Pero ahí surge un problema, una aparente contradicción: nadie aceptaría deshacerse de una mercancía de un valor superior de la que se le ofrece a cambio.

En este caso, el principio fundamental es el de jugar con las diferencias de valor entre un lugar y otro. El mundo preindustrial estaba muy lejos de nuestros grandes mercados integrados, en los que la información circula de manera fluida, causando una relativa transparencia en cuanto a los precios de diversas mercancías. En el mundo preindustrial, la información circula mucho más lentamente y con mayores dificultades, y las diferencias en el valor eran mucho más importantes de un lugar a otro debido a las dificultades en el transporte de mercancías. Un comerciante que viajara mucho tendría acceso a más información (Simbad sabía perfectamente a qué precio se vendía el cardamomo en Basora), que un comerciante que no viajase tanto. Por eso podía evaluar bien las posibles diferencias en el valor de los productos de un lugar a otro. Obviamente, él conoce el valor de la propiedad que compró inicialmente, y puede estimar el valor de la compra en el puerto de destino.





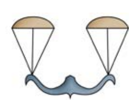
Sin embargo, este comportamiento se complica por la actitud claramente oportunista de Simbad, que multiplica las paradas "comprando, vendiendo o intercambiando mercancías" sin cesar. El objetivo de su recorrido es, claramente, aumentar el valor final de su cargamento, que desembarcará al final de su recorrido en Basora. Para ello, en sus paradas intermedias se deshace de algunas mercancías a cambio de otras cuyo precio de venta será, al final del viaje, más elevado.

El riesgo que corría Simbad era que el valor de una mercancía, que había sido muy alto cuando se fue de Basora, podía haberse hundido a su regreso. Era precisamente en este puerto donde se "daría cuenta", vendiendo la totalidad de sus mercancías, del beneficio o de las pérdidas que había conseguido con su viaje. Dicho de otra forma, si la información con la que había partido de viaje se había quedado obsoleta a su vuelta, perdería dinero.

Podemos suponer que un comerciante griego o púnico que operaba en el Mediterráneo occidental estaba sujeto a limitaciones del mismo tipo. Actuaba sin duda desde una colonia, donde podía comprar sus mercancías y donde disponía de todos los instrumentos del comercio marítimo: técnicos (construcción naval), financieros (posibles préstamos para equipar el barco), ideas... Allí era donde recopilaba la información básica sobre la que apoyar su estrategia comercial: ¿qué es lo que se vende bien entre los iberos, pero tiene poco valor en las colonias? ¿Qué es lo que uno puede procurarse fácilmente entre los iberos y que tiene un alto valor en el mundo colonial?

Muy a menudo, los arqueólogos dan a estas preguntas una respuesta "estructural": las colonias habrían buscado atraer hacia ellas, de forma constante y regular, bienes siempre idénticos, principalmente materias primas, metales y grano. Estas materias primas se habrían intercambiado por productos manufacturados (cerámica, sobre todo) o alimentos apreciados (como el vino). Hay pocas dudas sobre el hecho de que las ciudades griegas y púnicas de Occidente tuviesen necesidad de materias primas, y estamos seguros de que la cerámica griega y los alimentos de origen griego o púnico circulaban en gran cantidad en los ambientes púnicos, pero el tipo de relación económica que se imagina se parece mucho a la que se suponía entre un país desarrollado y otro del Tercer Mundo hace algunos años: los bienes de consumo se intercambiaban por materias primas que seguían siendo las mismas año tras año. Ésta sería la única contribución de los "dominados" a la cultura material de su época. Esta idea se basa en un supuesto: la superioridad tecnológica de una parte (el mundo "desarrollado") sobre la otra (el "Tercer Mundo").

Sin embargo, podemos olvidarnos de esta idea, o al menos ponerla en duda, cuando analizamos el mundo ibérico: no parece haber nada que se hiciese en el mundo griego que no pudieran hacer los iberos de los ss. IV-III a. C. La cerámica ibérica no es de menor calidad que la producida en el mundo clásico, y algo similar ocurre con la producción metalúrgica. Por lo tanto, en mi opinión, tenemos que imaginar que la relación económica entre púnicos, griegos e iberos era mucho menos asimétrica de lo que hemos creído tradicionalmente. Las manufacturas de origen ibérico también podían jugar un papel importante en estos intercambios (los tejidos, por ejemplo) sin que dejaran mucho rastro (aunque sólo sea porque conocemos fragmentariamente la cultura material de las colonias). Podemos, por ejemplo, subrayar que uno de los productos que más parece haber circulado es un producto autóctono, las ánforas ibéricas, que

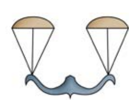




debían contener alimentos elaborados en la zona ibérica. Si bien fueron los comerciantes del área colonial quienes las difundieron en sus barcos, fueron los iberos quienes fabricaron tanto las ánforas contenedoras como su contenido. Por otra parte, cuando observamos que los comerciantes griegos de Occidente (de Massalia-Marsella, en este caso) comercian con materias primas ciertamente intercambian grano, pero entre ellos, entre Siracusa (donde compran el grano) y Atenas, como relata el *Contra Zenotemis* de Demóstenes. En otras palabras, en el mundo griego se producen por supuesto materias primas, en Sicilia por ejemplo, y los griegos de extremo occidente intervinieron en su comercio, al menos de vez en cuando, en beneficio de su ciudad de origen. Es decir, un comerciante griego podía comprar productos manufacturados a los iberos y materias primas a los griegos.

De hecho, los productos que un comerciante marítimo podía adquirir debieron variar mucho de una región a otra. En general, podemos suponer que los bienes disponibles en un asentamiento de la costa ibérica eran por una parte los que se fabricaban allí, y por otra, los que llegaban desde las regiones del interior, ya que una parte importante de los territorios iberos estaban muy alejados de la costa (como la Alta Andalucía, el interior de la Comunidad Valenciana, el Bajo Aragón, la región de Lleida, etc.). Un primer factor de esta variabilidad de los productos era, por tanto, la interconexión entre el interior y las zonas costeras. En algunas regiones de Cataluña esta interconexión parece haber sido bastante más estrecha que en el Valle del Ebro o el Languedoc, dos regiones donde encontramos escasa cultura material griega o púnica a medida que nos alejamos de la costa. El segundo factor de variabilidad se basa en lo que fabricaba cada una de las comunidades costeras, algo que dependía de la cantidad de mano de obra, de las técnicas y procesos aprendidos o de las materias primas disponibles. Para dar una somera visión de esta variabilidad de los productos disponibles en función de los asentamientos, podemos citar la importancia de la metalurgia del hierro en Pech-Maho (Sigean, Aude), una actividad que sin duda era posible por los cercanos recursos minerales de Corbières. Los metales preciosos, sobre todo la plata, podían encontrarse en la desembocadura del Ebro y, sin duda, en la región de Tarragona, pero también se producían en el pequeño asentamiento del Puntal dels Llops, cerca de Valencia, lo que significa que también debían poder encontrarse en Sagunto.

Observemos que en estos dos casos, referirnos al mineral como materia prima es probablemente erróneo, ya que parece poco probable que fuera el mineral en bruto lo que se intercambiaba. El hierro debió circular más bien en forma de barras forjadas y la plata en forma de lingotes, dos tipos de objetos que los arqueólogos denominan “semi-productos”, porque el mineral (la materia prima) ya había sido transformado (reducción y afinado para el hierro, copelación de la galena argentífera para la plata), en operaciones complicadas que requerían una experiencia considerable. En Mas Boscà (Badalona), la fabricación de grandes cantidades de textiles muestra que este producto fue objeto de intercambio, y es probable que estuviera disponible en muchas zonas del litoral, quizás con especificidades regionales (fibra trabajada, colores, motivos, espesor, etc.) que harían que unas telas fuesen más buscadas que otras. Los alimentos fueron también un claro objeto de intercambio, disponibles en casi todas partes y envasados en ánforas generalmente, pero también en diversos recipientes perecederos.

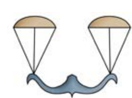




En resumen, los recursos que un comerciante podía adquirir eran muy variables. Podemos dudar de que fuesen abundantes: las comunidades ibéricas eran a menudo pequeñas, especialmente en comparación con otras sociedades protohistóricas, y su capacidad de producir excedentes sería en realidad bastante limitada. Un comerciante marítimo debía por tanto reunir su carga en un mundo en que los productos disponibles eran muy variados, pero en el que éstos estaban disponibles en cantidades moderadas. Baste decir que la práctica más evidente en el mundo antiguo, embarcar una carga en el puerto de partida y desembarcarla entera en el puerto de llegada a cambio de otra carga, no tiene mucho sentido aquí. Más bien se intercambian sin cesar diferentes mercancías, tanto aquellas con las que se había salido del puerto de partida como las adquiridas en ruta, por otras de un supuesto valor superior. En resumen, el “modelo de Simbad” funcionando a pleno rendimiento.

Sin embargo, en el caso de las expediciones de Simbad, este complejo proceso se simplificaba mucho porque la moneda estaba ya presente en todas partes. La moneda permitía comparar, de manera muy sencilla, el precio de un lugar a otro. Incluso si las monedas en uso eran diferentes, tenían que tener un cambio bastante regular, basado sobre todo en la calidad de metal y su peso. Los comerciantes del ambiente colonial Mediterráneo que actuaron antes de finales del s. III a. C. en ámbito ibérico no habrían tenido acceso a este recurso. En estas condiciones, ¿cómo saber el valor de una mercancía? El trueque, el intercambio de una mercancía por otra, era sin duda la solución más fácil. Implicaba que el valor de una mercancía respecto a otra se calculaba de una forma relativa. Si el comerciante griego proponía cinco vasos de barniz negro por una barra de hierro era porque sabía que el precio final de la reventa de la barra de hierro sería superior al precio de la compra de los cinco vasos. Por otro lado, esto significaba que para el ibero con quien hacía la transacción, el valor de cinco cerámicas de barniz negro era superior al de una barra de hierro. Un delicado equilibrio que se convierte en más inestable si tenemos en cuenta el número de veces que se repite la operación. ¿Qué sucede si en la siguiente transacción se está dispuesto a intercambiar dos ánforas de cerveza ibérica por una barra de hierro, mientras que el comerciante sabe que venderá el ánfora de la cerveza al precio de una barra y media de hierro de vuelta en su colonia? Entonces se deshará de la barra en favor de la cerveza, que venderá más cara que sus cerámicas de barniz negro. ¿Quizás os habéis perdido en la complejidad de la operación? ¡Imaginad entonces cómo debía ser el trabajo del comerciante!

El video que incluimos a continuación quiere plasmar cómo podía desarrollarse una expedición exitosa en algún lugar de Mediterráneo occidental entre finales del siglo IV a. C. y mediados del s. III a. C. No es un modelo totalmente realista (los productos son similares a los documentados arqueológicamente, aunque no todos son coetáneos, a los que hemos añadido algunos artículos perecederos), sino que es más bien una ilustración cuyo objetivo es mostrar el carácter, a la vez dinámico y complejo, del comercio que se desarrolló en el extremo occidente mediterráneo, en el límite entre los dominios griego e ibero. La zona elegida para este viaje virtual es el Golfo de León y sus alrededores. Hemos tomado la representación cartográfica de un mapa del s. XVI. En este mapa se han acentuado los contornos de la costa, puesto que estos contornos sirven como punto de referencia para los navegantes, como también parece que sucedía en la antigüedad. La ubicación de los sitios corresponde



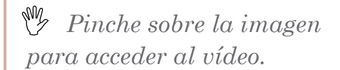


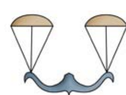
aproximadamente a la de los asentamientos reales, pero la acción que se desarrolla es ficticia. Especialmente, las diferencias de valor entre los diferentes productos son imaginarias.

Al principio, el barco se encuentra en una colonia griega (parte superior del mapa) . A cambio de una determinada suma de dinero , el comerciante compra un cargamento de ánforas massaliotas y greco-itálicas . El barco se dirige entonces al sur y llega cerca de un pueblo nativo , donde el comerciante intercambia una parte de su cargamento de ánforas greco-itálicas por unas barras de hierro . La ruta continúa hacia el sur, hasta que el barco llega al puerto de una colonia griega, donde intercambia (sin duda en el marco de una transacción monetaria) sus ánforas massaliotas y una parte de las barras de hierro por cerámicas de barniz negro de producción local . Con esta carga, la nave se dirige de nuevo hacia el sur, hacia un segundo núcleo indígena donde el comerciante intercambia una parte de las ánforas greco-itálicas y cerámica de barniz negro por alimentos locales envasados en ánforas y sacos de grano . El viaje hacia el sur continúa, hacia otro asentamiento indígena, donde intercambia el resto de ánforas greco-itálicas y la cerámica de barniz negro por fardos de telas .

A partir de ese momento, la carga del barco ya no tiene nada que ver con la que tenía al inicio de la ruta. Y con este cargamento, el barco se dirige a una colonia púnica . Allí intercambia ánforas ibéricas y barras de hierro en una transacción monetaria en la que adquiere ánforas púnico-ebusitanas con las que el comerciante espera obtener un buen margen de beneficio. Pone rumbo al norte y, de nuevo entre los iberos, el comerciante se entera de que un barco púnico ha llegado a la colonia griega de la que él partió, con un cargamento de ánforas púnico-ébusitanas, causando una caída en el precio de este producto. Por el contrario, el hierro escasea en la colonia griega ubicada más al sur, donde se espera ansiosamente la llegada de alimentos iberos. El comerciante se entera también, por la misma fuente, de que el grano se vende en esa colonia a un buen precio, así como los tejidos de lino que realizan las mujeres ibéricas. Así que decide vender en ese momento su carga de ánforas púnico-ebusitanas, y cambiarlas de nuevo por hierro y ánforas ibéricas antes de navegar finalmente hacia el puerto griego. Allí vende todos sus productos con un margen considerable en comparación con su inversión inicial.




Pinche sobre la imagen para acceder al vídeo.

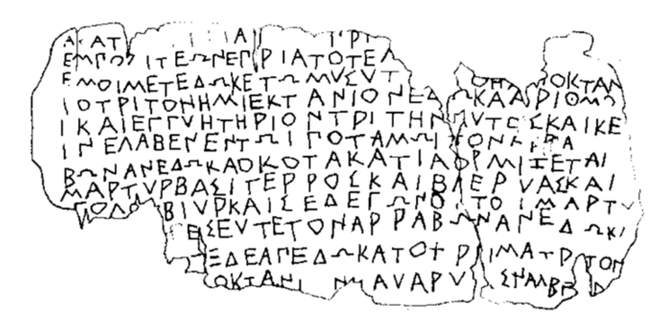




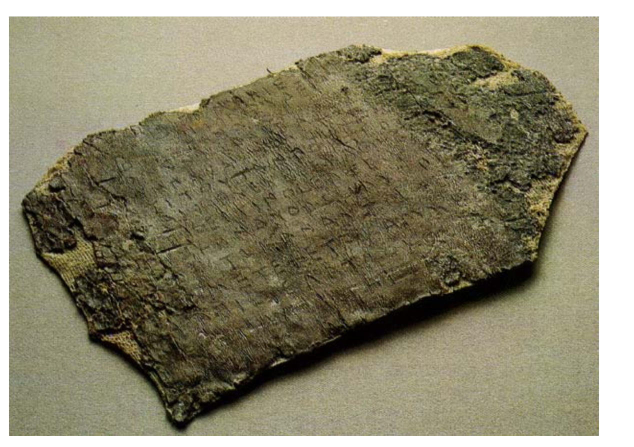
Entendemos, por tanto, que una expedición rentable desde el punto de vista del comerciante se apoya en dos principios: el primero, una contabilidad rigurosa y, sobre todo, y nunca insistiremos suficientemente en este segundo punto, el comerciante debe tener informaciones de calidad sobre el valor de las mercancías con las que puede negociar en cada una de las escalas; sobre su valor no en el punto de escala, sino en el puerto colonial donde terminará su viaje y materializará su beneficio de forma monetaria. El riesgo es que, desorientado por la diversidad de los sistemas de valores a los que debe hacer frente, el comerciante vuelva con una carga de valor inferior a aquélla con la que partió.

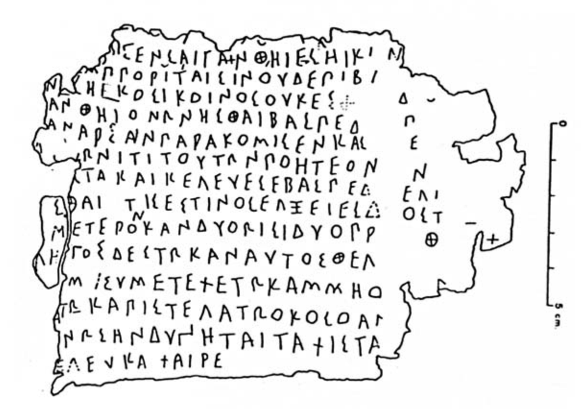
Este problema de la circulación de información no era por tanto secundario. Tenemos alguna evidencia arqueológica de cómo podía circular esta información: en *Emporion* (Empùries, Girona) y en Pech-Maho (Sigean, Aude) se han encontrado textos en griego grabados en láminas de plomo. Se datan en los ss. VI y V a. C. respectivamente. Si el segundo es el registro de una transacción que sin duda tuvo lugar en *Emporion*, el primero es una carta en la que se dan instrucciones a un personaje, tal vez un socio dependiente. El escritor *informa* a su socio de que un ibero, *Basped*... (sin duda *Baspedas*) aceptaría realizar una tarea a cambio de una retribución. El encargo consiste también en comprar cierta cantidad de productos en un lugar determinado (aparentemente denominado *Saigante*)... Podemos imaginar otros documentos de este tipo circulando en las redes del negocio colonial, como muestra el reciente descubrimiento de otras dos cartas en *Lattara*, en el límite norte del área ibérica.



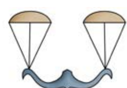


6.1. Carta escrita en griego jónico sobre plomo de Pech-Maho.
6.2. Facsímil de la misma.





5.1. Carta escrita en griego jónico sobre plomo de Emporion.
5.2. Facsímil de la misma.



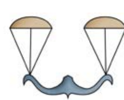
Todos estos documentos se escribieron en griego jónico, el dialecto hablado por los colonos foceos establecidos en *Massalia* y *Emporion*. Este sería el dialecto que permitió la comunicación dentro del área colonial. Pero, ¿qué idioma se hablaba en el contexto de los intercambios entre griegos e iberos? Una vez más, el problema es crucial: las dos lenguas, griega e ibera, no tenían ninguna similitud, y además estas lenguas diferentes podían utilizarse para expresar percepciones de la realidad muy distintas, incluyendo todo lo referente a la cuestión del "valor". De momento, no tenemos ninguna respuesta a esta pregunta, pero podemos subrayar que desde el s. IV a. C., el uso de la escritura ibérica se desarrolla y que utilizará como soporte las láminas de plomo. ¿Podemos imaginar que poco a poco, los comerciantes griegos y púnicos adoptaron como lengua de su práctica comercial la de sus interlocutores? Esta posibilidad no nos parece improbable.

6. ¿Hubo comerciantes, o negociantes, ibéricos?

¿Quiénes fueron los socios de estos comerciantes griegos, púnicos, o más tarde, itálicos? En la literatura arqueológica, ya sea especializada o de divulgación, vemos a menudo cómo aparece la figura de un "negociante ibérico", que habría aprendido a comerciar a partir de sus "maestros" mediterráneos. De hecho, para los arqueólogos, su presencia parece ser obvia, a pesar de las escasas evidencias arqueológicas a las que realmente podemos recurrir para determinar su existencia y precisar exactamente el ámbito de su actividad.

7. Este interesante dibujo de F. Riart muestra una reconstrucción hipotética de la actitud de los iberos frente al comercio y los comerciantes: adoptarían las normas y las conductas de sus interlocutores, ambas en vigor en el mundo mediterráneo clásico.







Esta idea comporta ciertos prejuicios y se ha construido, como muchas veces ocurre en arqueología, a partir de determinadas interpretaciones de algunos descubrimientos. Entre ellos, los textos escritos en ibero sobre láminas de plomo se han interpretado de forma parecida a los documentos en griego ya mencionados.

Estos textos se han encontrado en bastantes lugares de la costa mediterránea, tanto en los asentamientos como en las tumbas. A menudo se describen como "cartas comerciales", aunque su contenido sigue siendo muy vago para nosotros. Uno de los lugares más importantes de su descubrimiento es Pech-Maho, en la costa del sur de Languedoc, cerca de Narbona. Allí, en una casa destruida junto al resto del asentamiento en torno al 200 a. C., se descubrieron cuatro de estos documentos y una cantidad importante de ánforas, unas veinte, importadas del sur de Italia y con *graffiti* en escritura ibérica. La interpretación de este conjunto parecía clara: se trataba de productos comerciales y documentos de negocios. Estábamos frente a la casa de un comerciante. Además, se supuso que no era el único en practicar esta actividad: en la casa de al lado se descubrieron ánforas con las mismas características.

Sin embargo, una reciente revisión de las ánforas reveló un hecho que discrepa con esta interpretación. La mayoría de ellas habían sufrido ciertas mutilaciones destinadas a cambiar su morfología: a veces se había

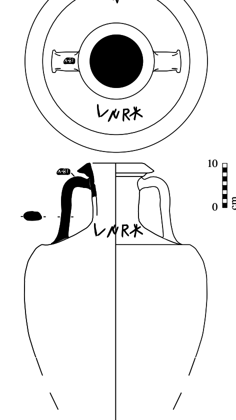
8. Textos iberos en plomo de Pech Maho. 1-2 y 3-4 son las dos caras de la misma lámina. El 6 podría ser una carta, con el nombre del destinatario en la parte exterior.





eliminado el fondo, o el cuello, en ocasiones los dos, o la parte inferior del cuerpo… Todas estas operaciones se realizaron sin romper el envase. Se habían transformado los contenedores con la finalidad de modificar su uso. La consecuencia de este hecho es clara: es imposible eliminar el fondo de un ánfora que está llena, o al menos, no seguirá estando llena mucho tiempo si alguien la desfonda. Dicho de otro modo, cuando las ánforas se colocaron en el lugar donde los arqueólogos las encontraron… ya no contenían el producto que habían transportado. Su historia comercial se había interrumpido antes de depositarse en esas habitaciones y asociarse a esos documentos grabados en plomo. La casa del comerciante de Pech Maho no sería tal y los textos escritos sobre láminas de plomo –uno de ellos es quizás una carta– no tendrían porqué tener un carácter comercial.





9.1. Ánforas de Pech Maho en el museo de Sigean (Languedoc-Roussillon). Provenían, por lo general, del sur de Italia.
9.2. Dibujo de un ánfora de Pech-Maho, vista desde arriba y de perfil. Se eliminó su parte inferior y se añadió una inscripción en su parte superior.



"Con Germaine Tillon, comparamos las unidades de medida en diferentes pueblos de la kabilia en un área de treinta kilómetros: encontramos tantas unidades de medida como pueblos."
Pierre Bourdieu, *Sur l'Etat. Cours au Collège de France, 1989-1992*, Raisons d'Agir-Seuil, París, 2012.

En general, las huellas que podemos asociar con una práctica regular del comercio son poco frecuentes en el mundo ibérico, sobre todo en la zona norte. Ya hemos demostrado que, cuando el peso del comercio se incrementa en una economía determinada, aparecen nuevos instrumentos y nuevas prácticas para facilitar el intercambio. Sin embargo, estos instrumentos no tienen una verdadera relevancia geográfica: los contenedores cerámicos (ánforas, *kalathos*…) presentan volúmenes bastante regulares, pero con tales márgenes de error que podemos descartar que esta regularidad estuviera ligada a la puesta en marcha de una metrología. Más bien debemos atribuir estas regularidades a los hábitos de trabajo de los alfareros. Las balanzas son escasas, aunque hallamos encontrado varias al sur del Ebro, sobre todo en contextos funerarios. Si existieron ciertos sistemas de medición de peso (juegos de pesas, de nuevo al sur del Ebro), parece que no debieron aplicarse en áreas geográficas extensas (con la excepción de Contestania). Por encima de todo, la moneda no se acuña entre los iberos antes de finales del s. III a. C., momento en que se impone debido a la expansión romana. Difícilmente podemos identificar un sistema de moneda arcaico, del tipo del *aes rude* itálico o de las conchas cauris del África precolonial, para los ss. VI-III a. C. Este tipo de moneda pudo constituirse a partir de bienes perecederos, pero esto parece poco probable, o al menos, parece poco probable que éste fuese el único sistema de pago de los iberos de cara a sus intercambios con griegos y púnicos, que vivían en un mundo en que la moneda era corriente.

Entramos así en una de las cuestiones más debatidas: los iberos ven, tocan, incluso tienen puntualmente monedas desde finales del



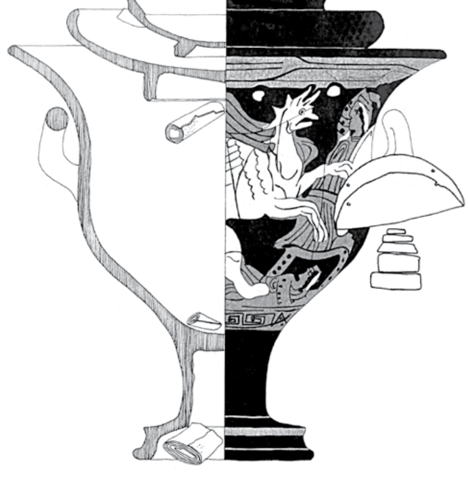
s. VI a. C. Pero, ¿por qué no la acuñan? ¿No son lo bastante inteligentes como para comprender su uso? Podemos descartar rápidamente esta idea: su capacidad de razonamiento era sin duda similar a las de sus interlocutores mediterráneos... ¡y a la nuestra! No, la solución puede ser más simple: no acuñan moneda porque no la utilizan, porque su economía no tiene moneda. Es una economía que funciona muy bien sin dinero, o sin ningún otro tipo de estándar aceptado de manera más o menos universal y destinado a medir el valor de las mercancías.

El comerciante ibero es, definitivamente, una figura discreta. Hemos intentado adivinar su presencia detrás de nombres no griegos que aparecen en las cartas escritas en griego sobre láminas de plomo de *Emporion* (*Baspedas*) y de Pech Maho (*Basigerro*, *Blerias*, *Golobiur*, *Sedegon* ...), pero estas identificaciones siguen siendo dudosas: los personajes que aparecen en el plomo de Pech-Maho se citan como testigos de una transacción (es decir, no eran protagonistas del intercambio). *Basped (as)* parece ser más un socio "técnico" (que debe "arrastrar" o "remolcar" un barco) que un comerciante que participase en el intercambio propiamente dicho, incluso si su implicación en la red griega fuese importante. Por lo tanto, no podemos atribuir a ninguno de estos personajes un estatuto de comerciante sin forzar los textos.

Sin embargo, no debemos descartar completamente la posibilidad de que algunos iberos hubiesen formado parte de las redes de intercambio mediterráneo para crear valor y, como diríamos hoy, para "hacer dinero". Una tumba en la necrópolis de Orleyl (Castellón) ha permitido documentar ofrendas consistentes en tres textos sobre plomo y una balanza. Podría tratarse de la tumba de un comerciante, si asumimos que los textos tienen una función económica.

Pero no podemos argumentarlo con seguridad, ya que no podemos comprender el contenido del texto. Y la balanza puede tener otros muchos usos además del comercial: la presencia de un utensilio de este tipo en la "tumba del orfebre" de Cabezo Lucero (Alicante) demuestra que puede utilizarse también como parte de las actividades artesanales especializadas, en este caso posiblemente para la realización de aleaciones metálicas.

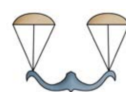
Debemos además tener en cuenta que los instrumentos de medida aparecen a menudo asociados a contextos "aristocráticos". Es el caso, por ejemplo,





10. Ofrendas funerarias en una tumba de Orleyl (Vall d'Uxó, Castellón). A la derecha, dos platillos de balanza y los pesos. Nótese también las láminas enrolladas de plomo.

10 bis. La tumba 100 de Cabezo Lucero (Alicante), denominada "del orfebre" durante su excavación en 1986.





de Cancho Roano (Badajoz): la balanza es aquí un símbolo de estatus social, un instrumento ligado al poder, a la capacidad de medir, de evaluar los bienes, no solo en el marco del comercio, sino más ampliamente en la evaluación y gestión de todo tipo de bienes. Es el instrumento de un noble más que el instrumento de un comerciante.

Resumiendo, podemos decir que el comerciante ibero es una figura sin una consistencia real, sobre todo en el noreste de la Península Ibérica. En el mejor de los casos es una figura limitada a unos pocos individuos que trascienden del contexto social inmediato en el que operan para llegar a formar parte de una especie de "macroeconomía" mediterránea. Sin embargo, sí podemos afirmar que los iberos intercambian, esto es innegable. Si no había comerciantes, ¿quiénes, entre los iberos, estuvieron involucrados en estas transacciones que les unen a los comerciantes griegos y púnicos? ¿En qué contextos?

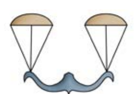
7. Los iberos y el intercambio

En términos generales podemos identificar dos prácticas de intercambio diferentes entre los iberos: una que se basa en ciertas instituciones específicas, y otra que se integra en una red de relaciones personales. En otras palabras, un soporte público o comunitario en un caso y un soporte privado en el otro.

En las regiones ibéricas del sur y del levante mediterráneo, el marco comunitario del comercio parece haber sido muy importante. En estas regiones se han excavado enclaves específicos, muy ligados al medio marítimo "abierto". Buen ejemplo de ello es el sitio de la Picola (Santa Pola, Alicante, del 450 al 350 a. C.): un enclave de trazado regular y forma cuadrangular, muy próximo a la costa, bien conectado con el comercio marítimo. Con poco menos de 100 metros de lado, es un asentamiento bastante pequeño, demasiado para poder ser autónomo. Parece por tanto que estaría subordinado a un sitio más importante, posiblemente La Alcudia de Elche (*Ilici*). Sus características son extrañas: la forma general deriva de la aplicación de un trazado regular de origen griego, la unidad de medida utilizada es un pie griego de 30 cm. Sus murallas también están inspiradas en modelos griegos y entre las cerámicas destacan las importadas de Grecia, abundantes y muy variadas.

La hipótesis de los arqueólogos, que se corresponde bien con el registro arqueológico, es que La Picola es el puerto de La Alcudia. Es decir, se trataría de un establecimiento destinado específicamente a servir de enlace entre el comercio marítimo mediterráneo y el gran asentamiento indígena del interior. Las características específicas de La Picola se deberían a la intervención directa de poblaciones griegas en su diseño urbano, pero la población sería indígena. En otras palabras, griegos e iberos se habrían puesto de acuerdo para diseñar conjuntamente un centro destinado a facilitar el comercio entre unos y otros. Cierto es que este establecimiento no se parece a un puerto del Mediterráneo "clásico", y que tampoco aquí encontramos más rastro de los comerciantes que en otros lugares. No se trata, por tanto, de un lugar de mercado libre, sino más bien de un espacio creado como lugar de intercambio entre un mundo, el de los comerciantes griegos y otro, el de los iberos. Un lugar neutral, si se quiere, creado por una comunidad ibérica para facilitar su comercio con el mundo mediterráneo. Es decir, una institución creada por una comunidad para regular la circulación de mercancías de procedencia lejana.

Otro sitio cercano, la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante) parece estar también ligado a las actividades comerciales. Allí, en una pequeña isla (actualmente península) se desarrolló entre los ss. IV y III a. C. un pequeño núcleo que, en su fase final, estaba formado por un almacén, dos edificios públicos de carácter cultual





(se encontró un pequeño altar de piedra en uno de ellos, el "Templo B") y un área aparentemente residencial. Ya en tierra firme, este establecimiento se completaba con un importante centro de producción cerámica. Dentro del almacén, los productos se colocaban en un piso sobreelevado, un tipo de arquitectura generalmente asociada con la conservación del grano almacenado. Pero en la Illeta dels Banyets, podemos estar seguros de que fue utilizado para almacenar alimentos envasados en contenedores cerámicos, sobre todo ánforas. La mayoría de estos contenedores es de tipo ibérico y aproximadamente la mitad son sin duda de producción local. El resto son sobre todo ánforas púnico-ebusitanas, aunque un ejemplar procede de un lugar lejano como es Corinto. Este lugar parece haber sido, por tanto, un punto de concentración de mercancías provenientes tanto del comercio marítimo como de actividades productivas regionales (incluso locales, como las ánforas ibéricas producidas a un centenar de metros de distancia). El conjunto se ubica en la periferia de un santuario.



11. *La península de La Illyeta dels Banyets (Campello, Alicante).*

Desde hace muchos años, este pequeño establecimiento se ha venido comparando con lugares de morfología similar y ligeramente más antiguos excavados en ámbito etrusco: Pyrgi (el puerto de la antigua ciudad de *Caere*) y Gravisca (el puerto de *Tarquinia*). Ambos sitios son, en esencia, santuarios situados en la costa. Tanto uno como otro parecen haber sido frecuentados por comerciantes y navegantes griegos: sabemos que en Gravisca un tal *Sostratos*, procedente de Egina, dedicó un ancla de piedra a las divinidades locales. Pero sabemos por Herodoto (IV, 152) que Sostratos de Egina, hijo de Laodamante, era a finales del s. VI a. C. el único comerciante griego que había tenido más beneficios que Kolaios de Samos, el primero de los helenos que había llegado a Tartessos. Interpretamos estos santuarios como *emporia*, lugares ligados al comercio marítimo donde los marineros habrían disfrutado de la protección asociada al santuario. Es decir, lugares donde la religión y el intercambio estaban muy interrelacionados, favoreciendo la primera el desarrollo del segundo.

La Illeta dels Banyets sería por tanto la versión ibérica de este tipo de instalación: un santuario costero, neutral y dotado de infraestructuras que permitían el almacenamiento de las mercancías desembarcadas por los comerciantes o preparadas para ser embarcadas por ellos. Como en los casos etruscos mencionados o en el de La Picola, hay que imaginar que La Illeta de Banyets se situaba en el límite del territorio de un centro más importante, para garantizar un acceso directo y privilegiado al comercio marítimo, sin duda principalmente al de origen púnico. Sin embargo, La Illeta dels Banyets constituye por ahora más la excepción que la regla: es sin duda el único establecimiento donde hemos podido identificar





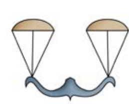
estructuras diseñadas específicamente para, como diríamos hoy, "gestionar el flujo comercial". Además, podemos señalar que la mayoría de los productos difundidos en el Mediterráneo a partir de La Illeta dels Banyets se habían producido en su periferia inmediata.

Sin embargo, y paralelamente a estos enclaves, parecen haber sido las redes de relaciones personales las que mayoritariamente proporcionaron un marco para los intercambios. Fueron, quizás, el único marco para los intercambios realizados al norte del Ebro. Esta observación contradice aparentemente otra: en las regiones del norte la dispersión de los productos comerciales, como la vajilla cerámica y las ánforas, muestra que la población tenía un acceso notable a estos productos. Los encontramos, de hecho, en cada casa, como en las regiones meridionales, y la desigualdad en la distribución de las mercancías comercializadas parecen deberse más a situaciones geográficas específicas que a diferencias sociológicas.

Las distribuciones que observamos desde la arqueología pueden ponerse en relación con un espacio determinado. Pero es más difícil establecer su relación con los individuos que vivían en ese espacio. Es decir, podemos saber que los habitantes de una casa tenían acceso a la vajilla ática. Pero no sabemos cómo llegó allí o quién tenía acceso a ella entre los que habitaban esa casa. No debemos olvidar que la unidad doméstica también estaba estructurada en jerarquías: basta pensar en la imagen del *pater familias* romano.

Además, no todos los grupos domésticos tienen el mismo rango: las diferencias en el tamaño y en la arquitectura de las casas de algunos sitios (como el Puig de Sant'Andreu de Ullastret) basta para advertirlo. Así pues, en las casas más ricas es común encontrar objetos relacionados con una actividad productiva que conlleva un alto dominio tecnológico: la forja (en Pech-Maho, en el Puig de Sant'Andreu), la metalurgia de metales preciosos (en el Castellet de Banyoles de Tivissa), una producción textil cuantitativamente significativa (en Mas Boscà, donde también se ha encontrado un grafito que representa un barco de guerra del s. III a. C.)… Actividades que sólo tienen sentido si imaginamos que tenían sobre todo una distribución fuera del ámbito doméstico. Dicho de otro modo: cada grupo doméstico "dominante" intercambia, dentro de su comunidad y, sin duda, con las comunidades vecinas, los productos cuyos procesos de producción domina. Y los intercambia por otros productos que necesita. Se crea así una red muy densa de intercambios, dentro del propio ámbito ibérico, a corta y media distancia.

Las mercancías no parecen pasar una evaluación digamos "objetiva" de su valor: las balanzas para medir con precisión el peso son escasas o inexistentes, al igual que las monedas o los medios de pago premonetal. Sin embargo, no debemos imaginar un sistema de trueque igualitario, sino más bien un doble sistema de circulación de mercancías, horizontal y vertical: horizontal entre los grupos domésticos dominantes y vertical entre los grupos domésticos dominantes y aquellos que son dominados. El objetivo de estas prácticas pudo ser, como en el caso del potlatch ya mencionado, crear jerarquías sociales. Aquellos que aceptan los regalos sin tratar de devolverlos de otra forma que no sea mostrando su deferencia se colocan a sabiendas en una posición de deuda, y aceptan ser dominados. En cambio, aquellos que proponen una mercancía en contrapartida se colocan como iguales, como socios y aliados. Se produce más, se da más, para distribuir más y tener más amigos y deudores, para aumentar una red de relaciones: el intercambio no se realiza por el beneficio económico o por crear valor, sino que es un soporte fundamental de las redes sociales.





Cuando mencionamos, al comienzo de este capítulo, el intercambio a corta distancia, el intercambio local, hablábamos de este tipo de intercambio. Podemos resaltarlo a partir del registro arqueológico, pero es muy difícil cuantificar el volumen de los bienes que intervienen en él. Para ello deberíamos ser capaces de identificar, al excavar una casa, todo lo que se había producido fuera de ella. Lo más probable es que este intercambio más próximo fuese el dominante en el funcionamiento económico de las comunidades ibéricas, tanto respecto a su importancia económica como por su importancia sociológica. Pero allí donde los puertos tipo l'Illeta dels Banyets no existían, ¿cómo se articulaban los intercambios con el ámbito colonial?

Tenemos argumentos para suponer que los iberos habían integrado este tipo de intercambio colonial en sus estrategias de constitución de patrimonio y acumulación de riqueza. En otras palabras, comprar productos lejanos permitía disponer de bienes con un "valor simbólico añadido", cuyo uso y cuya redistribución permitía asentar o mantener un estatuto social privilegiado: el uso de productos exóticos permitía demostrar que se tenían "conexiones" lejanas, que uno formaba parte de un "universo amplio". Asimismo, la redistribución de estos productos permitía colocar al otro en una situación de deuda especialmente grave.

¿Cómo adquirirían los iberos estos bienes? Hipotéticamente, podemos argumentar que es posible que para ellos hubiera poca diferencia entre el comercio que se hacía en el interior del área ibérica y el que les unía a los comerciantes griegos o púnicos. Todo era una cuestión de relaciones personales y un ibero podía tener entre sus socios a ciertos individuos pertenecientes al ámbito colonial. Negociaría con ellos como intercambiaba con otros iberos, sobre la base de un intercambio no monetario. Negociaría con ellos porque les conoce y les reconoce como amigos y como socios. Sancionaría esta colaboración mediante un intercambio no comercial, un intercambio de bienes destinado a mantenerle dentro de esa red, teniendo quizás en su mente la idea de poder reivindicar el hecho de que sus relaciones llegan hasta el ámbito colonial, algo que podemos suponer le permitiría obtener prestigio.

Para los comerciantes mediterráneos, la dificultad consistía en penetrar en las redes sociales indígenas, en identificar a los socios importantes no en función de su oficio, sino en función de su estatus social (es decir, los "nobles" y no "los mercaderes"). Después, debían desarrollar estas relaciones: recordemos a *Basped(as)*, del plomo de *Emporion*, sin duda un buen ejemplo de estos socios privilegiados. Se trataba de obtener de ellos productos que podrían venderse en las colonias más caros que lo que llevaban a los iberos. Todo ello conforma un marco de acción en el que las relaciones personales desempeñan un papel prioritario. Estas relaciones se asemejan a una práctica que los antropólogos denominan mediante la fórmula del "don/contradón", donde bajo la apariencia de un intercambio desinteresado se esconde la búsqueda por ambas partes de un bien que para ellos tenga un valor superior al de la mercancía que ellos mismos "dan". Es similar a lo que ocurre en la *kula* que comentábamos al principio. En resumen, para el comerciante mediterráneo la práctica del intercambio no es igual que cuando lo realiza con otras ciudades mediterráneas. En el extremo occidente se encuentra ante un mundo exótico al que, como muchos de sus colegas en épocas sucesivas, tendrá que adaptarse.





El estudio del mundo antiguo se ha focalizado tradicionalmente en el Mediterráneo "clásico", un concepto que se refiere más bien a la zona central y oriental. Este marco no se adapta bien a la realidad de los iberos. En el extremo occidente, los iberos estaban en el centro de su propio mundo, donde sus prácticas sociales prevalecían sobre todas las demás. Entre estas prácticas sociales, las vinculadas al intercambio tenían una importancia social crucial. Desde un punto de vista económico, estas prácticas significarían la puesta en circulación de mercancías de naturaleza muy diferente. Griegos, púnicos, y más tarde itálicos, comprenderían muy bien la ventaja que tenían si "capturaban" una parte de estos flujos de intercambio. Desde la perspectiva del funcionamiento social, el intercambio se utilizó para crear tanto lazos de solidaridad como una estructura social jerarquizada. Según esta lógica, mostrar que se poseen productos que vienen de lugares lejanos equivale a mostrar que las redes que uno domina llegan muy lejos. Esta lógica sobrepasa el marco del mundo mediterráneo. En Cataluña, los guerreros llevaban en ocasiones cascos de hierro realizadas en el mundo céltico, al norte de los Pirineos, objetos realmente raros que podemos excluir que llegasen mediante el comercio. Se trata sin duda de objetos que se intercambiaron en el marco de relaciones de intercambio entre las elites: el don de un noble galo a un noble ibero, su igual.

Para saber más. Bibliografía

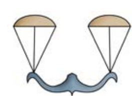
El intercambio y comercio han sido objeto de una amplia bibliografía en varios idiomas, imposible de resumir aquí. Me ceñiré por ello a mencionar varios trabajos de síntesis recientes. De forma general, la visión presentada en este capítulo es la que he desarrollado en Gorgues, A., 2010: *Economie et société dans le nord-est du domaine ibérique (IIIe-Ier s. av. J.-C.)*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, LII. Encontraremos también una visión muy interesante sobre los intercambios en Sanmartí, J. y Santacana, J., 2005: *Els Ibers del Nord*, Rafael Dalmau editor, Barcelona, pp. 122-143. El volumen dirigido por Dietler, M. y López-Ruiz, C., 2009: *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and Indigenous relations*, The University of Chicago Press, Chicago, me parece idóneo para profundizar, sobre todo a través de las contribuciones de J. Sanmartí y de P. Rouillard. Respecto a la variabilidad de las formas de intercambio, hay que remitirse a Malinowski, B., 1975: *Los argonautas del Pacífico occidental: un estudio sobre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*, Península, Barcelona.

Sobre el Potlatch, recomiendo un video en internet: http://www.youtube.com/watch?v=N_gYjQw9Bf4.

Sobre los principales yacimientos mencionados en el texto ver, para La Picola: Badie, A.; Gailledrat, E.; Moret, P.; Rouillard, P.; Sánchez, M.J.; Sillières, P., 2000: *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante, Espagne)*, Editions Recherches sur les civilisations, Casa de Velázquez, París-Madrid. Para La Illyeta dels Banyets: Olcina Domench, M. (éd.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y época ibérica*, Alicante, Museo Arqueológico Provincial de Alicante, Serie Mayor, 1, pp. 221-250.

Es interesante también la web del Museo Arqueológico Provincial de Alicante: http://www.marqalicante.com/Paginas/es/YACIMIENTOS-P21-M2.html.

En lo que se refiere al modelo del *emporion*, la referencia sigue siendo Gras, M., 1995: *La Méditerranée Archaïque*, Armand Colin, París, pp. 138-143.





¡A comer!
Comida y comensales en el mundo ibérico

Jordi Principal

Museu d'Arqueologia de Catalunya

Si bien nos es fácil imaginar cómo se comportaba un romano en la mesa, qué comía o cómo y dónde lo preparaba, dado que disponemos de bastantes y diversas fuentes de información que nos hablan de ello; en cambio ver a un ibero participando o tomando parte en tales acciones nos resulta, como mínimo, un poco más inconcreto. O requiere de nosotros mucha más imaginación...

Los textos antiguos que hacen referencia a aspectos alimentarios en el mundo romano son numerosos, desde recetarios hasta la descripción de los mismos alimentos, cualidades y maneras de comerlos. Y para completar el panorama contamos con la arqueología, que nos brinda un interesante añadido: sólo hay que pensar en Pompeya, en las casas, en sus pinturas y mosaicos, en sus triclinios y cocinas; en las casas de comidas o tabernas diseminadas por las calles (los famosos *thermopolia*) o las panaderías, con sus grandes molinos y hornos; incluso podemos contar con muestras de panes carbonizados, pasteles, fruta... Y, naturalmente, con la batería de cocina o la vajilla usada para su consumo. Más fácil de imaginar cuanto aparece en películas comerciales y series de televisión que llegan sin restricciones hasta nuestros hogares.

El contacto con la antigüedad clásica se ha generalizado hoy en día en muchos de sus aspectos y ámbitos, pero ¿podemos decir lo mismo de los iberos? ¿Contamos con el mismo conjunto de evidencias? ¿Podemos fantasear sobre cómo sería una cocina ibera, o simplemente considerar su existencia? ¿Seríamos capaces de imaginar un plato, un cuenco ibero, sin haber estado antes en un museo?

Intentemos dar respuestas a estas preguntas.

1. Las fuentes de información y la naturaleza de las evidencias. ¿Hasta dónde podemos llegar?

Como ya hemos expuesto más arriba, para el mundo grecorromano disponemos de la combinación que nos aportan las fuentes escritas y la arqueología. Sin embargo, para los iberos, ese primer elemento fundamental que son los textos, nos falta. La lengua ibérica no ha sido todavía descifrada y a pesar de disponer de bastantes textos en diferentes soportes (cerámica, plomo o piedra), no podemos determinar a ciencia cierta qué se hallaba escrito en ellos. Aunque seamos medianamente capaces de otorgar un sentido y significación globales a los escritos en ibero, resulta imposible identificar palabras tan básicas para los procesos alimentarios como "fuego", "carne" o "agua".

Así pues, toda nuestra información procede de la arqueología (http://www.florayfaunaiberica.org), de las diferentes evidencias halladas en las excavaciones de poblados, hábitats y necrópolis ibéricas, a saber, estructuras arquitectónicas, contextos, espacios





y equipamientos; mobiliario y artefactos; o restos orgánicos. Los restos de estructuras nos informan sobre las casas, cómo se organizaban los espacios y cuál debía ser su función primordial en base al contexto material y a los equipamientos presentes (figura 1); determinar el espacio "cocina" en una casa ibera, por ejemplo, resulta harto difícil dado el alto grado de multifuncionalidad que presentan los espacios. El mobiliario y los artefactos nos aportan información sobre los objetos involucrados en las operaciones alimentarias, sean estas relacionadas con la preparación y elaboración, con el consumo o bien con el almacenamiento. Y los restos orgánicos nos ofrecen datos directos sobre los alimentos propiamente dichos, plantas y animales, o su tratamiento (tostado, cremación, marcas, patrones de despiece, residuos); pero también mediante los estudios de antropología física y los análisis de los elementos traza, es posible obtener pistas sobre la dieta de los individuos.

Nos falta un último elemento que nombrar, que es la representación de la imagen. Si bien existen numerosos ejemplos de escultura y estatuaria ibéricas, orfebrería y objetos metálicos, así como de representación pictórica figurativa, fundamentalmente como decoración de vasos cerámicos, son pocos los casos que pueden relacionarse con algún estadio de la cadena alimentaria: a veces se identifican directamente alimentos, como los pescados del plato de cerámica de *Edeta*/Tossal de Sant Miquel (Valencia) (figura 2); en otros, procesos de producción/obtención de los mismos, como las escenas de labranza del cálato de Alcorisa (Teruel) (figura 3), de recolección de granadas de una tinaja de *Edeta*/Tossal de Sant









1. Reconstrucción del ámbito 67 del yacimiento ibérico de La Moleta del Remei (Tarragona).
2. Fíala de cerámica ibérica con decoración pintada a base de pescados, procedente de Edeta/Tossal de Sant Miquel (Valencia).
3. Cálato de cerámica ibérica con decoración pintada, procedente del yacimiento ibérico de Alcorisa (Teruel); muestra diferentes escenas, entre las que destaca la de una figura masculina arando un campo con una yunta de bueyes.



Miquel (Valencia) (figura 4), de cacería del vaso Cazurro (Ampurias) o incluso de sacrificio de animales que vendría a ilustrar, por ejemplo, la figurita/exvoto de bronce del sacrificante de Bujalamé (Jaén) (figura 5); y, por último, productos ya elaborados, si consideramos como pastelillos lo que algunas figuritas/exvotos de bronce, tanto femeninos como masculinos hallados en los santuarios de Despeñaperros (Jaén) presentan en sus manos, a manera de ofrenda (figura 6).

Así pues, podemos reunir un importante volumen de información suficientemente diversificada y complementaria, incluso con datos analíticos directos, pero que en la mayoría de los casos resulta difícil de gestionar, sobre todo por la falta de pluridisciplinariedad al afrontar su tratamiento, y a veces, por la propia disparidad cualitativa de los datos.

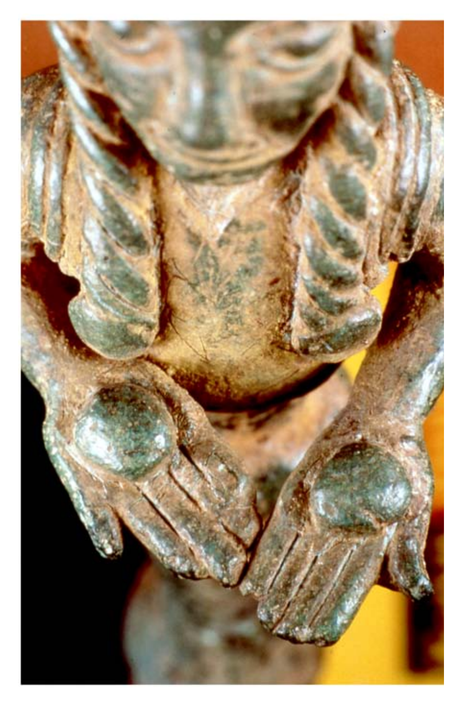


4. a) Tinaja de cerámica ibérica con decoración pintada, procedente del yacimiento ibérico de Edeta/Tossal de Sant Miquel (Valencia).
b) Detalle de la anterior, en que se aprecia una escena de recolección de granadas.
5. Exvoto de bronce procedente de Bujalamé (Jaén); se trata de un personaje masculino (¿un sacerdote quizá?) sacrificando un pequeño animal.
6. a) Exvoto de bronce ibérico de Collado de los Jardines (Jaén); se trata de un personaje femenino en actitud oferente, con panes o tortas en las manos.
b) Detalle de las tortas o panecillos.













Por otra parte, nos queda el recurso de la antropología y la etnología comparada para aproximarnos a situaciones y comportamientos que ni la arqueología ni las fuentes de información anteriores pueden solucionar, y que tienen más que ver con dinámicas culturales generales o incluso con procesos de toma de decisiones particulares de los mismos individuos. (figuras 7, 8 y 9)

En conclusión, las limitaciones de nuestro conocimiento sobre la alimentación de los iberos son muchas, aunque sí estamos lo suficientemente pertrechados de datos como para poder determinar los productos que consumían y las condiciones de su elaboración, así como de su consumo; pero no nos es posible precisar cómo se articularía o combinaría la preparación de los productos, su grado de elaboración, o cuál habría sido el resultado final de los guisos o platos. Tampoco estamos en condiciones de hablar de la frecuencia o la secuencia diaria que los iberos seguían para alimentarse, para comer, o qué comida era la destinada a cada momento del día. O quién tenía derecho a comer qué o de qué manera.

Las incógnitas son, pues, muchas. Pero al menos podemos sentar las bases de una dieta y de una manera de comer.

7. Horno-tahona estacional, hecho de cerámica y barro, destinado a la preparación de alimentos. Soudet, provincia de Le Kef, Túnez, 2007.
8. Elaboración de pan ácimo en el horno-tahona. Colocación de las tortas en las paredes del horno.
9. Elaboración de pan ácimo en el horno-tahona. Preparación y resultado final de la cocción.





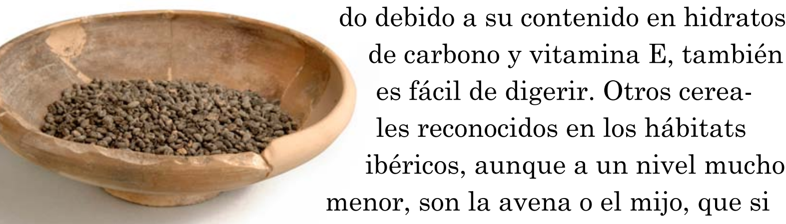






2. ¿Qué comían y bebían los iberos? Los alimentos

A la luz de las evidencias de que disponemos podemos afirmar, de manera generalizada, que la dieta ibérica se basaba en el consumo de cereales. Es decir, que el componente fundamental de las comidas, el elemento recurrente de guisos y preparados era el cereal, con diversas variaciones y complementos (figuras 10 y 11). El que mayoritariamente se documenta en los hábitats ibéricos es la cebada, que hoy en día no reconocemos como un cereal vinculado a la alimentación humana puesto que su valor nutricional es menor que el del trigo y no resulta tan apto para la elaboración del pan; pero sí, en cambio, para la preparación de bebidas fermentadas como la cerveza, o para forraje. El trigo, en sus variantes desnuda o vestida (como el almidonero y la escaña), aparece también con asiduidad, sobre todo la primera, que se relaciona más directamente con el consumo humano. Su valor nutritivo queda fuera de toda duda: fuente de energía primordial ante el esfuerzo físico continuado debido a su contenido en hidratos de carbono y vitamina E, también es fácil de digerir. Otros cereales reconocidos en los hábitats ibéricos, aunque a un nivel mucho menor, son la avena o el mijo, que si bien pueden ser consumidos, se relacionarían mejor con la alimentación animal.





10. Semillas de cereal carbonizadas y dispuestas en un cuenco de cerámica ibérica, procedentes de la ciudad ibérica del Molí d'Espígol (Lleida).
11. Detalle de las semillas.

Las legumbres también jugaron un papel destacado en la nutrición ibérica dado su alto valor proteínico, que complementa a la perfección los hidratos de carbono aportados por los cereales. Las más importantes fueron la lenteja y el guisante, seguidas por el haba, la almorta, la arveja, el yero, y muy esporádicamente el garbanzo.

Otro grupo de vegetales documentados es el de los frutos, complemento también, a nivel nutritivo, de los hidratos de carbono (cereales) y las proteínas (legumbres) por su contenido en grasas y azúcares. El fruto por excelencia en el mundo ibérico fue la bellota, procedente de la recolección en encina o derivados, cuyas evidencias como alimento de consumo humano, sobre todo como harina, son claras. La granada y el higo aparecen también en el registro arqueobotánico, sin que pueda determinarse con absoluta certeza si proceden de recolección o cultivo.

Sin embargo, sí que existe abundante documentación sobre el cultivo de la vid y el olivo. A pesar de que los ejemplos de almazaras son numerosos, como las de La Seña (Valencia), Castellet de Bernabé (Valencia) o Estinclells (Lleida), parece que el uso del aceite en el mundo ibérico no tuvo un carácter excesivamente culinario, y su producción habría que vincularla a un uso en calidad de combustible, lubricante o incluso cosmético-medicinal; de hecho, en la batería de cocina ibérica no aparecen con asiduidad



utensilios relacionados con la fritura, y habrá que esperar hasta la consolidación de la hegemonía romana para hallarlos de manera generalizada. Por su parte, la vid sería ya cultivada desde el período ibérico antiguo, con ejemplos claros de producción local en el Alt de Benimaquía (Alicante), aunque no es hasta los ss. V-IV a.n.e. cuando la producción parece expandirse; sin duda, se destinaría a la fabricación de vino, aunque tampoco hay que descartar un consumo directo de los granos como fruto.

En cuanto a la carne, fuente primordial de proteínas, los iberos complementaban su dieta con ella, pero el uso de los animales como alimento no fue tan importante como su empleo en calidad de fuente de energía (tiro y transporte) o como productores de derivados. La cabaña que se documenta con mayor asiduidad en los contextos ibéricos y, en consecuencia, fuente de carne a consumir en primera instancia, es la ovicaprina: así nos lo indican los numerosos restos de cabra/oveja hallados en los poblados, con marcas de cortes o despiece, claramente indicativos de consumo. Otro grupo presente en los contextos es el bovino, que si bien fue efectivamente consumido por los iberos, su cría y uso hay que relacionarlo asimismo con las labores del campo, como animal de tiro y transporte. En ambos casos, también se podría contar con productos lácteos como la leche de cabra/oveja o de vaca, así como sus derivados (queso y mantequilla, por ejemplo, que podrían haber sido elaboradas en los famosos "toneles" de cerámica ibérica).

Por lo que respecta al cerdo, sabemos que su crianza fue intensa en época ibérica, sobre todo a partir del s. IV a.n.e., cuando se detecta un incremento de la explotación del cerdo en los hábitats, lo cual lo convertirá en la segunda especie en importancia; como es bien sabido, del cerdo se aprovecha prácticamente todo, y es casi seguro que la motivación fundamental de su crianza fuese la del consumo cárnico. A un nivel casi testimonial, habría que mencionar la presencia de aves de corral. Existe, sin embargo, un animal que entraría igualmente en el grupo de la fauna doméstica, cuyo consumo también está documentado pero del cual no podemos confirmar una cría sistemática con finalidades alimentarias: se trata del perro, con ejemplos claros de consumo, aunque de manera esporádica y seguramente relacionados con prácticas rituales, como los del Mas Castellar de Pontós (Girona).

Otra fuente de aportación cárnica, complementaria, fue la caza, cuyos indicios es posible detectar tanto a partir de la iconografía presente en la cerámica (figura 12), la escultura y la orfebrería (como, por ejemplo, las escenas del vaso Cazurro o de los relieves de Porcuna), como por los restos de fauna hallados en los yacimientos. Sabemos de la caza, y consumo, de ciervo, jabalí, cabra montesa, perdiz y conejo, siendo este último el animal que aparece con más frecuencia en el registro arqueozoológico relacionado con la caza.



12. Cálato de cerámica ibérica con decoración pintada, procedente del yacimiento ibérico de Alcorisa (Teruel); se puede apreciar una escena de caza: un individuo masculino con un perro muestra una pieza a la manera de un trofeo, seguramente un conejo.





El pescado debe también considerarse como un aporte complementario en cualquier régimen alimentario, el cual se localiza en ámbito ibérico, aunque con un peso muy menor, tanto en contextos interiores/fluviales como costeros. Existen indicios evidentes de pesca, y del consiguiente consumo de pescado, a partir del hallazgo de instrumental (anzuelos y pesos) o de representaciones pictóricas como las de *Edeta*/Tossal de Sant Miquel (Valencia), anteriormente mencionadas (figura 13). Los restos hallados en algunos yacimientos, que se conservan con dificultad, permiten reconocer la presencia de anguila, dorada y sepia como especies más destacadas. Sin embargo, ya se ha avanzado más arriba que la batería de cocina ibérica a veces no ofrece muestras de utensilios necesarios para la elaboración de algún alimento concreto o desarrollar una modalidad de preparación determinada (caso de las frituras); el caso del pescado podría muy bien entrar en esta excepcionalidad, puesto que no se conocen en cerámica ibérica las ollas o cacerolas que deberían ser la contrapartida de las citras o cacabos grecorromanos y púnicos destinados, precisamente, a la preparación del pescado. Asimismo, de los alimentos derivados del pescado tendrían un peso importante los preparados en salmuera y los salazones, como productos elaborados de cierta calidad y exquisitez (figura 14).

13. a) Plato de cerámica ibérica con decoración pintada a base de pescados, procedente de Edeta/Tossal de Sant Miquel (Valencia), que claramente imita modelos de platos de pescado de cerámica griega de figuras rojas. (b) Se piensa que el "plato de pescado" habría sido una pieza de la vajilla de consumo especialmente usada para la presentación en la mesa y el consumo directo de pescado, de ahí su decoración característica y repetitiva.

En segundo lugar, habría que mencionar las bebidas. Sin ninguna duda el agua fue la bebida por excelencia, necesaria para la existencia y obtenible como recurso natural directo a partir de ríos y manantiales, o instrumentalizada su obtención por el ser humano a partir de la construcción de fuentes, pozos o aljibes. Quizá también fuera consumida con cierta frecuencia la leche de cabra, por sus importantes propiedades alimenticias y digestibilidad. No obstante, las bebidas de cuyo consumo hay claros indicios, tanto directos como indirectos, son el vino y la cerveza.

En cuanto al vino, las primeras evidencias de consumo proceden de las ánforas vinarias fenicias orientales, del siglo VIII a.n.e.,



14. Diferentes objetos ibéricos relacionados con la obtención, transformación y elaboración de los alimentos: 1. Ollas de cerámica ibérica de Kelin/Los Villares de Caudete (Valencia). 2. Cazuela de cerámica a mano de Kelin/Los Villares de Caudete (Valencia). 3. Braserillo portátil de cerámica ibérica de Kelin/Los Villares de Caudete (Valencia). 4. Mortero cerámico y mano de mortero de Kelin/Los Villares de Caudete (Valencia). 5. Tonel de cerámica ibérica de Cerro Santo (Valencia). 6. Colmenas cerámicas de área edetana (Valencia). 7. Morillo cerámico de La Bastida de les Alcusses (Valencia). 8. Cuchillos afalcatados de hierro, de Covalta (Valencia).





halladas en el Castillo de Doña Blanca (Cádiz); y un siglo más tarde, de distribución de vino importado desde el ámbito del Estrecho de Gibraltar como muestran los ejemplos de ánforas fenicias occidentales y de la parafernalia conectada con su consumo en Aldovesta o Sant Jaume-Mas d'en Serra (Tarragona). A partir del s. VI a.n.e., hace su aparición el vino griego (ánforas procedentes de Quios, Corinto y Masalia) e incluso etrusco, y ya a partir del V-IV a.n.e. el producido en la isla de Ibiza, y en la Magna Grecia y Sicilia, momento también en que los vasos importados relacionados con su consumo (jarras, cráteras, enocoes, cílicas y copas) van siendo más frecuentes en los yacimientos. Su producción en ámbito local se documenta ya a inicios del s. VI a.n.e. en Alt de Benimaquía, aunque no será hasta los ss. V-IV a.n.e. cuando hallaremos muestras más generalizadas de producción en el mundo ibérico: la Illeta de Banyets (Alicante), *Kelin*/Los Villares de Caudete (Valencia) y su territorio, *Edeta*/Tossal de Sant Miquel o La Monrovana (Valencia), serían buenos ejemplos de espacios productivos. Sin embargo, hay que tener presente que el vino no sería una bebida, en principio, accesible a todas las capas de la población, y que los caldos importados estarían restringidos a una élite, entre la que se difundiría el ritual diacrítico del simposio, como banquete y espacio de relaciones sociales.

La cerveza, por su parte, podría haber sido una bebida más popular debido a la accesibilidad del producto base y también por su relativamente fácil proceso de elaboración, que puede realizarse a nivel doméstico. Se tiene constancia de su presencia en ámbito ibérico únicamente a partir de los análisis de residuos realizados en algunos contenedores aparecidos en yacimientos, como por ejemplo en Alorda Park (Tarragona) o Moleta del Remei (Tarragona), los cuales nos informan sobre la existencia de una bebida elaborada en base a la fermentación del cereal. Se ha supuesto tradicionalmente que algunos vasos típicos del repertorio de la cerámica ibérica, como el famoso vaso con borde vertedor inferior o los embudos, podrían haber estado relacionados con dicho proceso de elaboración; sin embargo, las evidencias analíticas no lo corroboran puesto que sólo se ha detectado en recipientes de almacenaje.

Otra bebida alcohólica de la cual tenemos constancia es el hidromiel o vinagre de miel, cuyos restos se han documentado en ánforas ibéricas procedentes de los poblados de Puig Castellar (Barcelona) o *Edeta*/Tossal de Sant Miquel.

Y para concluir, sólo nos queda hablar de lo dulce y lo salado, de la miel y de la sal. La miel se nos presenta como un alimento de alto valor nutritivo, con múltiples aplicaciones, entre las que destaca el hecho de ser el edulcorante por excelencia de la antigüedad; pero también resulta un buen conservante o incluso cabe destacar sus propiedades medicinales. Las evidencias para considerar la presencia de la miel proceden de la identificación arqueológica de colmenas. Sin embargo, si bien hay que pensar que su uso y consumo habrían sido corrientes a lo largo de la época ibérica, no es hasta un momento avanzado, ya en el período ibérico tardío, con la presencia de Roma, que se documenta un aumento de colmenas. Igualmente interesante es la tradicional asociación de un vaso tan típico y característico del repertorio de la cerámica ibérica como es el cálato o “sombrero de copa” con la miel. Se plantea que podría haber sido el contenedor para su almacenaje y transporte, o para conservas con base de miel: la fosilización de la forma, que





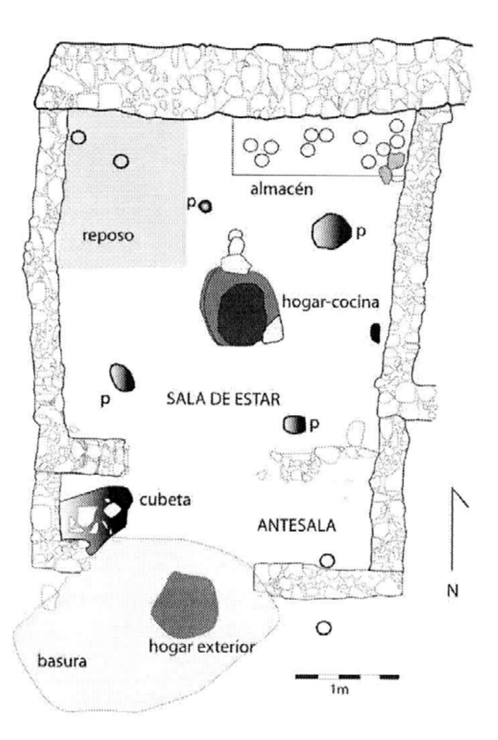
se transformaría en un identificador primario, la diversidad de formatos, y la prolífica y variada decoración de que hace gala, han llevado a pensar que se trataría siempre del mismo producto, o de algo con él relacionado, con una calidad también digna de diferenciación.

En cambio, la sal es un elemento indispensable para la vida, condimento de primer orden de las comidas y también para la conservación de los alimentos. Pero como en el caso del agua, no disponemos de evidencias directas sobre su consumo cotidiano, sino que sabemos por referencias en los textos clásicos grecorromanos para qué se usaba y cómo podía conseguirse. Así, es de suponer que los iberos podían haberla obtenido de yacimientos de sal gema, como el de las famosas minas de Cardona (Barcelona), las cuales podrían relacionarse con referencias que sobre la sal aparecen en los textos de Tito Livio y Estrabón; o también del litoral marítimo, zonas de albufera, marismas o deltas, que confirmarían la presencia de espacios destinados a la producción de salazones en el área costera. Igualmente la sal podría haber sido objeto de intenso comercio.

3. En la cocina. Espacios, utensilios y modalidades de preparación

Resulta difícil afirmar que existieran cocinas en el mundo ibérico. O al menos cocinas tal y como ahora las entendemos, es decir, espacios especializados, dentro de las casas, destinados a la elaboración y preparación de los alimentos, en donde es posible encontrar todos los utensilios relacionados con el proceso. Si bien el mundo clásico se acercó ya a este modelo, sobre todo en casas acomodadas o de cierta posición (como nos muestran algunos ejemplos de Pompeya), entre los iberos el uso del espacio doméstico presenta un importante grado de multifuncionalidad que impide otorgar aisladamente o en exclusividad una sola actividad específica a cada lugar en la mayoría de los casos. No obstante, en algunas casas en que se registra una compartimentación del espacio ciertamente compleja, la convergencia de diferentes elementos (presencia de un hogar, batería de cocina o utensilios diversos) ha llevado a proponer la existencia de espacios efectivos de preparación/elaboración de alimentos, pero no especializados. ¿Cuáles serían, pues, esos elementos que de manera más o menos segura nos ayudarían a definir un espacio de “cocina”?

En primer lugar, tendríamos los equipamientos propios de un sitio donde hay que preparar comida (figura 15), a saber, superficies o estructuras sobre las que sea posible manipular o transformar alimentos; pero por encima de cualquier otro elemento estarían los hogares, a veces simples puntos de com-





15. Distribución del espacio en la casa 1, con dos compartimentos, del yacimiento ibérico de Puig Castellet (Girona).



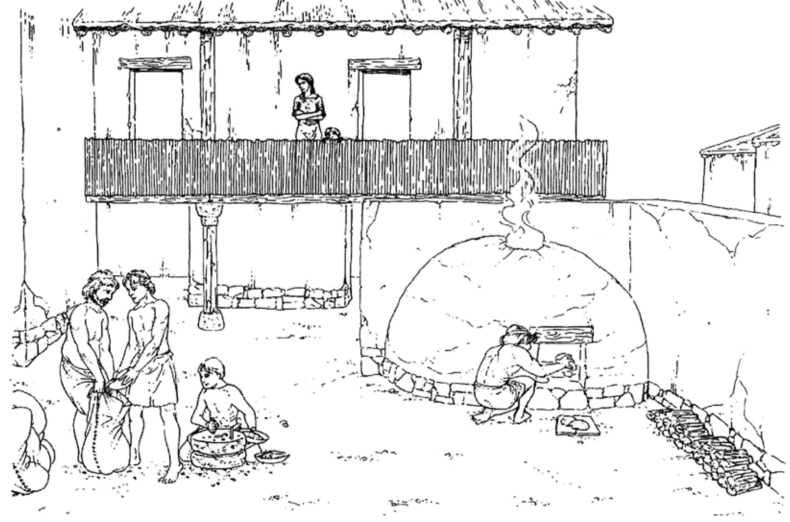


bustión, pero mayoritariamente lugares bien delimitados donde tener un pequeño fuego controlado o un conjunto de brasas. En el hogar se guisaban los alimentos, se les daba su formato comestible final, pero también era un punto de luz y calor para la familia, de reunión, a cuyo alrededor se articulaban muchas de las vivencias cotidianas del grupo familiar, lo cual trascendía la simple función culinaria del fuego (figura 16). Los hogares de los iberos, fuesen éstos eventuales o fijos, se disponían sobre los suelos de tierra de las casas; en los casos fijos, encontramos formas rectangulares y ovales, con preparación a base de capas, a veces con estructuras o paredes elevadas a la manera de las tahonas norteafricanas, que delimitaban el espacio de combustión, que incluso podían presentar decoración. También se tiene constancia de hornos, identificables por la presencia de los restos de la cúpula de adobe que los cubría o bien por una base elevada de piedras.

Pero pensar que cada grupo doméstico sería autosuficiente respecto de las estructuras de combustión necesarias para elaborar todos los alimentos resulta un tanto problemático. Hay indicios claros de hornos situados en el exterior, en calles o plazas, como los del Puig Castellet (Girona) (figura 17) o El Oral (Alicante), pero también dentro de departamentos (como por ejemplo en *Edeta*/Tossal de Sant Miquel), de dimensiones mayores, los cuales habrían tenido un carácter colectivo.

En cuanto a los demás equipamientos, existen estructuras de mampostería, como las banquetas corridas, que podían ser lugares tanto de descanso como de colocación o almacenamiento de objetos a la manera de una repisa; tampoco hay que descartar la existencia de estanterías o mobiliario de madera. Asimismo, se han documentado estructuras aisladas, también de mampostería, de forma cilíndrica o cúbica, que se relacionan con la molienda; al igual que algunos conjuntos de lajas dispuestas sobre el piso, en los rincones. Tanto en las estructuras elevadas como en los enlosados se ubicaría un molino, y su cometido sería, en el primer caso, facilitar la operación de molienda y también la recogida del producto, mientras que en el segundo, habilitar un espacio en que la recogida y aprovechamiento del producto fuese más eficiente.





16. Representación ideal de una familia ibera comiendo alrededor del hogar.
17. Representación ideal del contexto del horno de la casa 2, del yacimiento ibérico del Mas Castellar de Pontós (Girona).

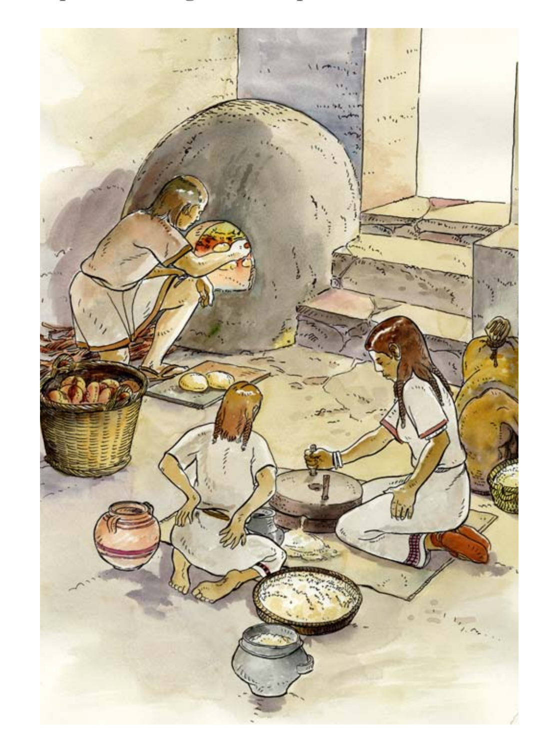




De hecho, la molienda parece haber sido, entre los iberos, una de las labores más importantes relacionadas con la alimentación (figura 18), algo del todo comprensible si tenemos en cuenta que la base de la dieta era cerealista. El molino era una pieza fundamental, usado para triturar tanto el cereal como algún fruto, como la bellota, y obtener harina panificable o bien destinada a la elaboración y aderezo de guisos. Si bien los molinos podían ser del tipo más sencillo, de vaivén o barquiforme, el más extendido y usado fue el molino rotatorio, quizá una invención precisamente ibérica, que se documenta en la Península Ibérica desde el s. VI a.n.e., y que nada tiene que ver con los molinos típicos de las culturas mediterráneas: se trata de un conjunto de dos piezas de piedra, circulares, una muela activa sobre otra pasiva, que forman un cuerpo cilíndrico; con ayuda de un mango, se activa manualmente el movimiento rotatorio de la muela superior: el cereal introducido por el eje superior queda triturado y es escupido por la juntura intermedia (figuras 19 y 20) y vídeo (figura 21).

18. Reconstrucción hipotética de una escena de molienda y elaboración de pan en horno, a partir de los hallazgos de la estancia 154 de la ciudad ibérica del Molí d'Espígol (Lleida).

19 y 20. Molienda de trigo con un molino rotatorio, Soudet, provincia de Le Kef, Túnez, 2007. Seguramente este modo de moler el grano para obtener harina panificable, que todavía está activo en el Magreb actual, no debía distar tanto del que tenía lugar en los poblados iberos.









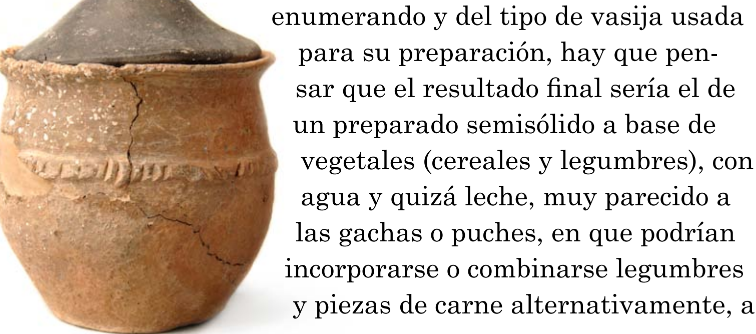


Pulse sobre la imagen para activar el vídeo.



En cuanto a la batería de cocina, si bien no hay que descartar la existencia de calderos o potes metálicos (como los documentados en *Kelin*/Los Villares de Caudete), la pieza por excelencia entre los iberos destinada a la elaboración y cocción de los alimentos fue la olla de cerámica, hecha a mano o a torno; se trata de tarros de perfil cóncavo-convexo o medianamente globular, y base plana (figura 22). La olla se complementaba con tapaderas troncocónicas con un asa o agarradero en la punta; algunos ejemplares presentan un orificio en la pared, seguramente pensado para la salida de los vapores generados por la cocción. El uso de ambas piezas fue generalizado, con ejemplos en todos los hábitats del ámbito ibérico (figuras 23 y 24).

Pero además, en función de su forma resulta posible obtener pistas inequívocas tanto de las modalidades de cocción más usuales utilizadas por los iberos como sobre los alimentos y los guisos teóricamente resultantes: la olla se colocaba sobre la superficie del hogar y se rodeaba de brasas, recibiendo así el calor más intenso por los lados; la tapadera ayudaba a mantener la temperatura y el ambiente necesarios para la cocción de los alimentos en el interior, que no debía de resultar muy uniforme. A partir de los alimentos que hemos ido enumerando y del tipo de vasija usada para su preparación, hay que pensar que el resultado final sería el de un preparado semisólido a base de vegetales (cereales y legumbres), con agua y quizá leche, muy parecido a las gachas o puches, en que podrían incorporarse o combinarse legumbres y piezas de carne alternativamente, a



22. Olla de cerámica a mano, de perfil cóncavo-convexo y base plana, usada para cocer y guisar los alimentos; procede de la ciudad ibérica del Molí d'Espígol (Lleida).
23 y 24. Ollas de cerámica a mano, con sus correspondientes tapaderas troncocónicas procedentes de la ciudad ibérica del Molí d'Espígol (Lleida).





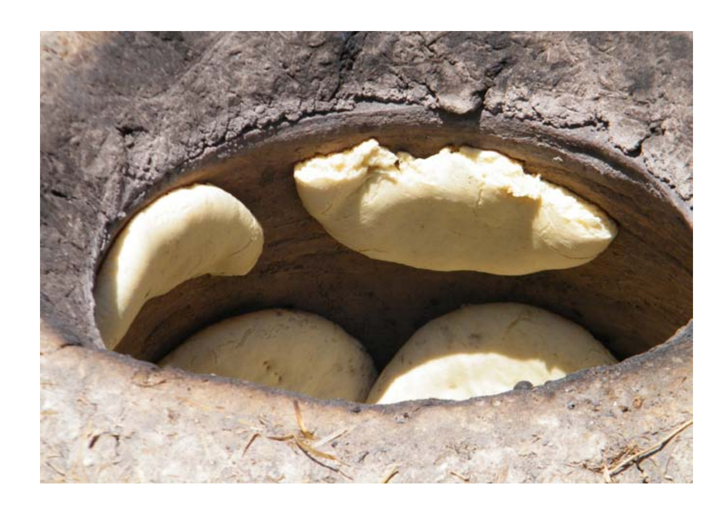
la manera de guisados o cocidos. Tal apreciación la confirmarían en cierto modo las cerámicas destinadas al consumo, que se nos presentan mayoritariamente dominadas por formas de cuenco y escudilla, de diferentes tamaños, y que son precisamente las vasijas ideales para servirse y comer, individual o colectivamente, estos tipos de guisos.

Otra modalidad de cocción, que ha sido documentada, por ejemplo, en El Tossal Montañés (Teruel) o El Castellet de Bernabé (Valencia), es la que se realizaba depositando los alimentos sobre las paredes de los hornos y soleras de los hogares, sobre todo destinada a la elaboración de panes ácimos o tortas: se disponía la masa preparada directamente sobre la superficie caliente, donde se cocía (figuras 25 y 26).

Por otra parte, el hallazgo, aunque no muy extendido, de asadores, parrillas (metálicas o de cerámica) y morillos (también cerámicos) en contextos domésticos nos da indicios de asado o tostado, sobre todo de carnes o pescados (figura 27).

Sin embargo, en algunos yacimientos, a partir del siglo IV ane, se detecta la presencia de cerámicas culinarias ajenas a la tradición ibérica, conectadas con el mundo mediterráneo (griego y púnico). Se trata de ollas y cazuelas con base convexa y asas, las cuales necesitarían de hornillos o algún tipo de llar para situarse sobre el fuego, y que nos indican otras modalidades de cocción en que predominaría el hervido. Si bien a partir del s. III a.n.e. algunas de estas cerámicas son imitadas por los alfareros ibéricos, indicio claro de que su uso había comenzado a difundirse, no será hasta la llegada de los romanos que estas modalidades de cocción se irán imponiendo.





25 y 26. Preparación de pan ácimo en horno-tahona, Soudet, provincia de Le Kef, Túnez, 2007. Las tortas crudas se adhieren directamente a las paredes de la tahona, y se cuecen en su interior con el calor de la brasa. Existen indicios claros de este tipo de cocción en yacimientos ibéricos como el Tossal Montañés (Teruel).



27. Morillo de hierro en forma de buey estilizado, procedente del yacimiento ibérico de Puig Castellar (Barcelona).





Quizá también se tenga que considerar en este sentido la aparición de morteros (figura 28). Piezas tradicionalmente destinadas al triturado y machacado, e involucradas en la preparación de los ingredientes de los guisos o salsas, parece que deberían relacionarse, en primer término, con la parafernalia del consumo del vino, para preparar y mezclar los condimentos a él asociados. De hecho, en su mayoría, se trata de piezas importadas (de origen griego y púnico), a pesar de aparecer en el repertorio cerámico ibérico.

28. Mortero y mano de mortero de piedra procedentes de la ciudad ibérica del Molí d'Espígol (Lleida).

29. Recreación de un banquete ibérico, inspirado en los restos de la fosa 362 de Mas Castellar de Pontós (Girona).

4. ¡A comer! Consumo y comensalidad

No sabemos mucho sobre la manera en que comían los iberos: las fuentes escritas no nos hablan de ello y en las viviendas no parece definirse un lugar concreto y especializado donde consumir la comida a la manera del triclinio grecorromano, dado el importante grado de polivalencia que muestran las estancias de las casas ibéricas, como ya hemos visto. Y, sin embargo, el consumo, la situación y el modo en que los individuos toman los alimentos, comen y beben, es el momento culminante y más importante de todo el proceso alimentario.

El acto y la práctica de comer y beber en la misma mesa o entorno pueden corresponder tanto a acciones rutinarias relacionadas con la supervivencia como también entenderse en clave de celebraciones extremadamente eficaces para el establecimiento, consolidación y reproducción de la estructura y relaciones sociales de los grupos humanos (figura 29). Desde los momentos iniciales de la vida, la alimentación es un acto biológico, pero también un acto social que sirve para formar lazos identitarios, afectivos y de pertenencia, donde intervienen y se encuentran múltiples circunstancias de orden nutritivo, comunicativo, dietético, religioso, estético e incluso gastronómico. La conducta alimentaria se despliega, pues, bajo la influencia de un gran número de factores biológicos, psicológicos, ambientales, sociales y culturales, lo cual lleva a considerar el acto alimentario comensal como una acción sujeta a una serie de ritos a pesar de su aparente simplicidad.

La comida y la bebida en el marco del banquete son la expresión del consumo comunitario, pero, al mismo tiempo, también el vehículo de un lenguaje simbólico específico, escenario para la representación y manipulación de las relaciones sociales, así como de dominio de la acción política. La celebración festiva con un propósito específicamente conmemorativo, de representación o de diferenciación que se refleja en el acto de compartir los alimentos entraña, en consecuencia, una evidente significación normativa







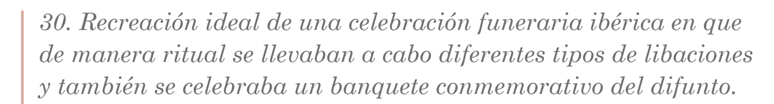
expresada mediante unas pautas rituales o ceremoniales, como bien queda reflejado en el caso particular del simposio griego. Esta forma de actividad social centrada en el consumo comunitario de comida y bebida con un propósito concreto o con objeto de una ocasión especial, es una actividad simbólicamente diferenciada de la que se desarrolla de manera cotidiana en términos de acción y propósito (figura 30).

Si entendemos el concepto de comensalidad como el conjunto de principios que rigen las medidas o disposiciones relativas al acto/acción de comer, y aplicamos tal definición de manera estricta al mundo ibérico de la Península Ibérica, habría que tener en cuenta una primera distinción basada en la consideración cualitativa del acto, es decir, en la existencia de una comensalidad de orden excepcional (vinculada a las celebraciones y los banquetes) y otra cotidiana. Ésta última, que se establece y desarrolla en el marco del *hogar*, del grupo doméstico, ha de corresponder a una codificación más de las relaciones de consumo que se establecen dentro de dicho grupo, es decir, la determinación de las partes que controlan y gestionan los alimentos, la manera en que se organiza el proceso de consumo terminal y los criterios culturales relacionados con la percepción de las necesidades nutricionales atribuibles a los diferentes miembros del grupo doméstico. La comensalidad cotidiana no sería otra cosa que una manifestación más de las relaciones de poder y diferenciación que se establecen en los hogares de tales grupos domésticos, mientras que las relaciones de poder y riqueza producidas en otros lugares se expresan en el proceso de consumo que tiene lugar en el hogar.

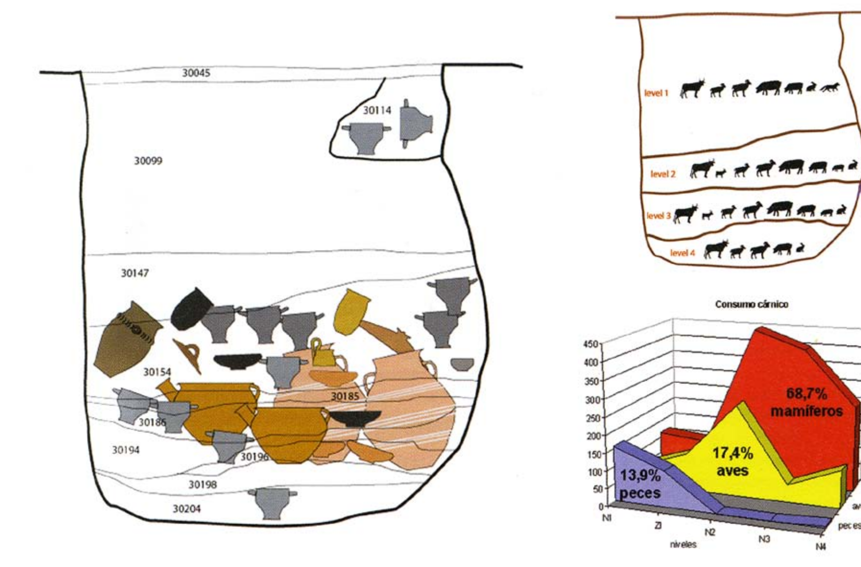
Pero ¿tenemos indicios de banquetes en el mundo ibérico que puedan interpretarse en este sentido? ¿Y sobre las relaciones de comensalidad que se establecían en el interior de las casas de los iberos?

Para el primer caso, quizá sirvan como ejemplo más destacado los restos del banquete detectados en la fosa 362 del Mas Castellar de Pontós, construida sobre las ruinas del poblado fortificado poco después del abandono de éste en el s. IV a.n.e. (figura 31). En la





30. *Recreación ideal de una celebración funeraria ibérica en que de manera ritual se llevaban a cabo diferentes tipos de libaciones y también se celebraba un banquete conmemorativo del difunto.*



31. *a) Representación ideal de la vajilla que fue arrojada a la fosa 362 de Mas Castellar de Pontós (Girona), una vez terminado el banquete.*
b) Número mínimo de ejemplares e incidencia de las distintas especies animales durante el banquete según la secuencia de deposición de la fosa 362.



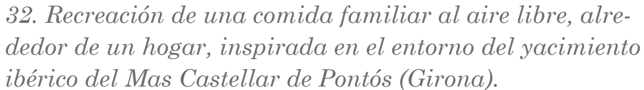


excavación se identificaron diferentes fases de deposición a partir de pequeños cambios en el proceso de vertido según el contenido de los mismos y el grado de conexiones entre los restos cerámicos y faunísticos, los cuales corresponderían a actos separados: la primera fase, que ocupaba la mitad inferior de la fosa, contenía gran parte de los restos de consumo de carne y un número importante de vasos cerámicos usados (vajilla de mesa destinada al servicio y consumo de líquidos, sobre todo copas del escifo); mientras que la segunda, o nivel superior, estaba formada por un sedimento ceniciento, con mucho carbón y residuos siderúrgicos, que cerraba la fosa. El contenido presentaría, pues, indicios claros de un comportamiento pautado entre el consumo cárnico y la bebida a lo largo de la secuencia del ágape, es decir, que nos encontraríamos ante un banquete cuyas partes se presentarían bien definidas e incluso ritualizadas. Esto ha llevado a los excavadores a interpretar que la actividad que originó la fosa fue la de un banquete entre dos colectivos de igual rango social, relacionados con el "gremio" de los herreros, y que sirvió posiblemente para cohesionar las relaciones sociales establecidas entre las personas que participaron.

En cuanto a lo que sucedería en el interior de las casas, resulta difícil de determinar a la luz de los restos arqueológicos, pues si bien un banquete es de por sí un acto excepcional y puntual en el tiempo, cuyos restos pueden quedar fosilizados, la misma dinámica cotidiana del "comer en casa" enmascara los detalles de dichas acciones a pesar de su recurrencia. Lo cual se complica aún más si tenemos en cuenta que los objetos hallados en los contextos arqueológicos no son siempre el resultado de una "fotografía" exacta de lo que allí sucedía en el momento en que los habitantes del lugar abandonaron el sitio (figura 32). En este sentido, el registro de los objetos y los equipamientos en los espacios destinados a la elaboración y consumo de alimentos, su reconocimiento, podría servir de punto de partida para pautar un comportamiento mínimo común que, en cada caso, se construiría de manera diferente en función de las relaciones establecidas dentro del grupo doméstico y sus necesidades.

Podemos aproximarnos y dar forma a la comida de los iberos, a los recipientes en que la preparaban y los vasos en que la consumían, pero llegar a determinar quién comía qué, de qué manera, en qué cantidad, qué posición ocupaba y lo que tales actos cotidianos significaban es ya harina de otro costal.





32. Recreación de una comida familiar al aire libre, alrededor de un hogar, inspirada en el entorno del yacimiento ibérico del Mas Castellar de Pontós (Girona).





5. Los estudios de alimentación en el mundo ibérico. Tendencias y propuestas

En los puntos precedentes se ha intentado dar una visión general del conocimiento que hoy disponemos sobre los hábitos alimentarios de los iberos, sobre sus alimentos y maneras de prepararlos, así como sobre la significación que revestía el mismo acto de comer y beber.

Aunque el interés por estos temas no sea nuevo, hay que hacer notar el gran salto cualitativo que a nivel de datos e información se ha producido desde la segunda mitad de los años 90 del siglo pasado. A partir de la irrupción y consolidación de los estudios arqueobiológicos y su aplicación al mundo ibérico, los trabajos sobre arqueobótanica y arqueozoología que inicialmente se habían centrado en aspectos más de tipo económico y productivo, han ido basculando cada vez más hacia temáticas relacionadas con la alimentación y el consumo. Igualmente el estudio de los recipientes cerámicos ha ido indagando en el sentido funcional y cultural de los vasos, de su relación con los hábitos alimentarios (figura 33). Y los estudios de arqueología microespacial han incidido en la significación de la organización de los espacios domésticos y la distribución en ellos de artefactos y equipamientos, en clave alimentaria.

Es decir, la misma dinámica de la investigación económica y social en arqueología ha llevado a considerar la alimentación, con todo lo que ello conlleva, como un aspecto relevante y significativo para llegar a entender el funcionamiento de las comunidades ibéricas. La antropología cultural y los enfoques postprocesualistas han jugado también un importante papel a la hora de explorar potenciales aproximaciones interpretativas y abrir nuevos campos de estudio. Pero tampoco se tendría que olvidar un cierto sentido de preocupación desde el presente que la alimentación tiene en nuestra vida diaria: una mayor atención por la salud general de la población, la definición de dietas correctas y compensadas frente a los cánones estéticos imperantes, la calidad de los alimentos y su manipulación genética, la pérdida de tradiciones culinarias a favor de cocinas “globalizantes”, la pasión por la gastronomía y la “entronización” de los chefs, la difusión de la “comida basura”, las hambrunas insuperables en países del tercer mundo... Y en último término podríamos añadir la

33. Cuencos y copa de cerámica fina de barniz negro producidas en Neapolis/Nápoles, colonia griega, procedentes de la ciudad ibérica del Molí d’Espígol (Lleida).

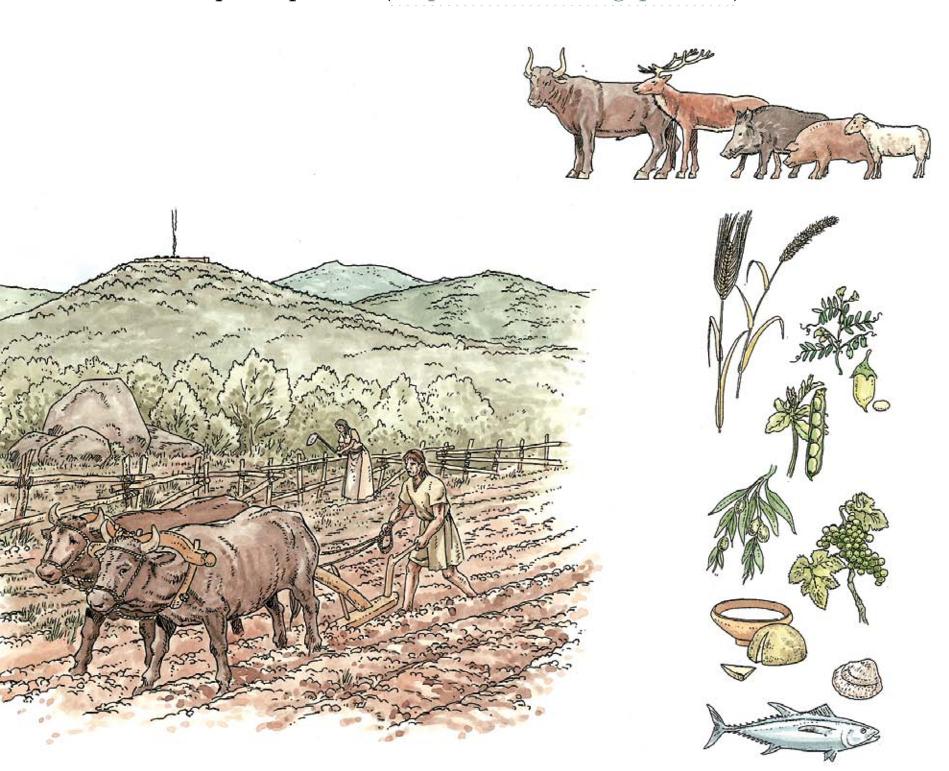






declaración como patrimonio de la humanidad de la "dieta mediterránea"... La alimentación, el comer, es actualidad (figura 34).

Aún queda mucho camino por recorrer en lo que respecta a la investigación sobre la alimentación en el mundo ibérico. El interés que ha despertado en los últimos tiempos necesita de una mayor interdisciplinariedad, de una mayor interacción y coordinación de actuación de las diferentes disciplinas que han incidido en la temática para abrir nuevas vías a las que ahora resulta imposible acceder por separado (http://kuanum.blogspot.com). Los estudios sobre aprovechamiento del combustible, sobre restos vegetales y animales, sobre la tecnología de fabricación y sobre la funcionalidad de los vasos cerámicos, sobre la etnografía comparada y la antropología deben seguir dialogando. Se impone, pues, el trabajo en equipos de investigación amplios y con una comunicación fluida. Incluso habrá que experimentar, instrumentalizar, determinar dietéticamente la viabilidad de nuestras propuestas, y quizá convertirse en "chefs" ibéricos.



34. Escena agrícola y productos de la dieta ibérica.

Bibliografía básica

Buxó, R. y Pons, E. (dirs.), 1999: *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'edat del ferro de l'Europa Occidental: de la producció al consum*, *Sèrie Monogràfica* 18, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Girona.

Mata, C.; Pérez Jordà, G. y Vives-Ferrándiz, J. (dirs.), 2010: *De la cuina a la taula. IV reunió d'economia en el primer mil·lenni aC*, *Saguntum* Extra-9, Universitat de València, Valencia, .

Oliver, A., 2000: *La cultura de la alimentación en el mundo ibérico*, Diputació de Castelló, Castellón.

Pons, E. y Garcia Petit, L. (dirs.), 2008: *Prácticas alimentarias en el mundo ibérico. El ejemplo de la fosa FS362 de Mas Castellar de Pontós (Empordà-España)*, *BAR International Series* 1753, Archaeopress, Oxford.





Lengua y escritura ibéricas

Francisco Beltrán Lloris

Universidad de Zaragoza
Grupo de Investigación 'Hiberus'

iŕike : orti : gaŕokan : dadula : baśk : / buiśtiner : bagaŕok : ΣΣΣX< : tuŕlbai / luŕa : leguśegik : baseŕokeiunbaida : / uŕke : basbidiŕbartin : iŕike : baseŕ / okar : tebind : belagaśikauŕ : isbin / ai : asgandis : tagisgaŕok : binike / bin : śalir : kidei : gaibigait : sakaŕiskeŕ / arnai :

iunstir : śalirg : basiŕtiŕ : sabaŕi / dai : birinaŕ : guŕś : boiśtingiśdid : / seśgeŕśduŕan : sesdiŕgadenin : / seŕaikala : naltinge : bidudenin : ildu / niŕaenai : bekoŕ : sebagediŕan [*MLH* G.1.1]. (figuras 1 a y b)

La transcripción de estos dos textos, grabados consecutivamente hacia el s. IV a. E. en una variante del alfabeto griego sobre una laminita de plomo exhumada en 1921 en las excavaciones de La Serreta (Alcoi), ofrece una de las aproximaciones fonéticas más fidedignas a la antigua lengua de los iberos, un idioma desafortunadamente casi ininteligible para nosotros.

1. Plomo de La Serreta de Alcoi (G.1.1).

Pese a ello, puede afirmarse con una cierta seguridad que se trata de documentos de carácter económico. Así lo sugieren dos tipos de indicios: el soporte, una lámina de plomo, atestiguado coetáneamente entre los griegos como material para cartas comerciales y contratos; y la presencia de signos de apariencia numeral (**ΣΣΣX<**) –los tres primeros, idénticos, carecen de sentido como palabra (*sss*) y los dos últimos no forman parte del alfabeto griego habitual (**X<**)– combinados con el término **śalir / śalirg**, que remite al campo semántico del dinero o de los metales preciosos,



a juzgar por su presencia exclusiva en láminas de plomo y en monedas de plata como las de **iltiŕta** (*Ilerda,* Lérida). Además, la palabra **sakaŕiskeŕ**, grabada en un extremo de la lámina en perpendicular al resto del texto, está atestiguado como nombre personal en inscripciones latinas y otros textos ibéricos, y, como ocurre en las cartas griegas sobre plomo, debe designar al remitente o destinatario del documento.

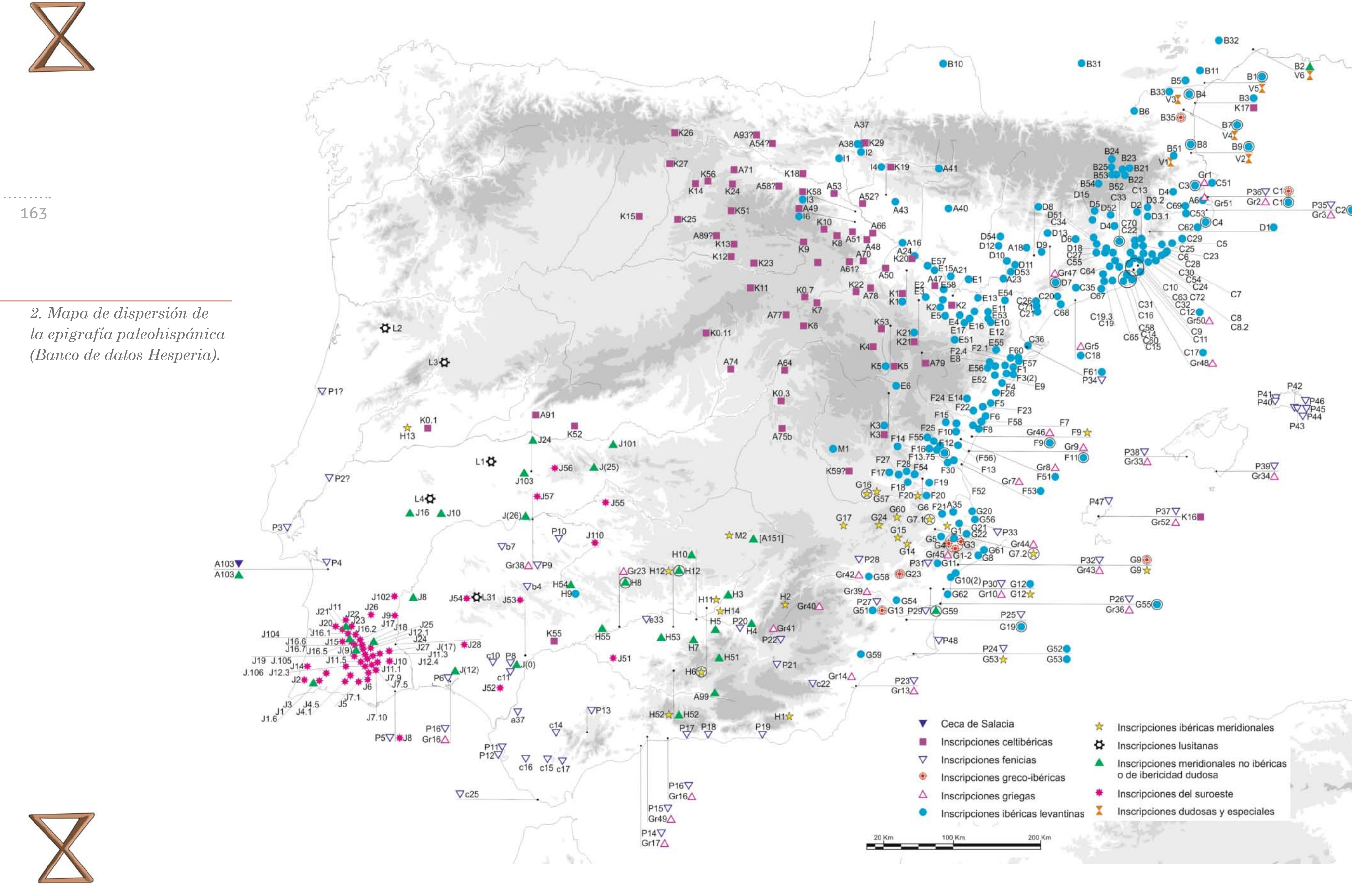
Este breve comentario revela el método utilizado por los investigadores para intentar comprender esta lengua, extinta hace dos milenios, basado no sólo en el análisis lingüístico, sino también en la información contextual aportada por el ambiente arqueológico y, sobre todo, por el soporte material mediante la comparación con otros epígrafes similares redactados en lenguas antiguas comprensibles para nosotros como griego o latín. Además, la caracterización del documento como una carta o contrato económico, pese a que el sentido exacto del texto resulte elusivo, permite extraer relevantes conclusiones acerca del papel de la escritura entre los iberos, atestiguando su uso en el ámbito de la comunicación privada así como la complejidad alcanzada por la práctica comercial.

De esta manera, las inscripciones ibéricas, aun redactadas en una lengua casi incomprensible, se convierten en una fuente inagotable de conocimientos y otorgan una voz propia a unas sociedades, de las que, aparte de ellas, sólo tenemos referencias escritas a través de los textos literarios greco-romanos, que ofrecen una perspectiva sesgada de unas comunidades a las que consideraban hostiles y bárbaras.

Suministran, además, el criterio más inequívoco para distinguir a las comunidades que los investigadores modernos denominamos ibéricas, gracias a los dos millares de epígrafes distribuidos durante medio milenio, entre el s. v a. E. y el principado de Augusto, por una extensa franja de territorio que cubre desde la costa almeriense y el alto Guadalquivir hasta el Hérault, en el sur de Francia, con una profunda penetración por el valle del Ebro hasta Zaragoza (figura 2). La lengua común en la que están redactadas permite diferenciar a los iberos de sus vecinos peninsulares y del sur de Francia: los turdetanos de Andalucía central y occidental, los celtíberos y otras comunidades célticas de la Meseta y el valle del Ebro, los vascones de Zaragoza occidental y Navarra oriental, y los galos, también celtas, del sur de Francia, de los que conservamos testimonios epigráficos y referencias literarias clásicas que los caracterizan como hablantes de otras lenguas.

Finalmente, este conjunto epigráfico, el más importante tras el etrusco legado en el Mediterráneo occidental por una cultura no clásica –entendiendo como tal a la griega, la romana y la púnica–, otorga a los iberos un lugar relevante en el concierto de las comunidades letradas de la Antigüedad y subraya su complejidad social, de la que el empleo de la escritura es sin duda un indicador fundamental.





2. Mapa de dispersión de la epigrafía paleohispánica (Banco de datos Hesperia).



La escritura

Como se ha visto a propósito del plomo de La Serreta, los iberos utilizaron para escribir su lengua el alfabeto griego de los colonizadores foceos establecidos en los golfos de León y de Rosas, agregándole tan sólo un signo nuevo para representar el segundo tipo de vibrante (ŕ) que requería su idioma por el sencillo procedimiento de añadir a la *rho* jonia (D) un diacrítico en forma de trazo vertical (D'), que constituye la única variante relevante del llamado 'alfabeto greco-ibérico'. Sin embargo su empleo fue un episodio fallido y de corta duración, atestiguado fundamentalmente en el s. IV a. E. y en la región de Alcoi. La inmensa mayoría de los dos millares de inscripciones ibéricas está redactada en un sistema de escritura exclusivo de la península Ibérica y denominado por ello 'paleohispánico'. Se trata de una combinación de signos alfabéticos y silábicos, única en el Mediterráneo de la época, creada no más tarde del s. VII a. E. en Andalucía occidental, la antigua Tarteso, a partir del alfabeto fenicio, pero con un buen número de signos nuevos. Esta 'escritura del suroeste' o 'tartésica', atestiguada en Andalucía occidental, Extremadura y sur de Portugal hasta el s. IV a. E., fue adoptada hacia el s. V a. E. por los iberos de Andalucía oriental para escribir su lengua, diferente de la tartesia, resultando una modalidad denominada 'escritura ibérica meridional'. En fechas similares los iberos de Levante adaptaron a su vez esta variante, pero alterando el sentido de escritura, que, al contrario que en el sur peninsular y en el alfabeto fenicio, va de izquierda a derecha, e introduciendo modificaciones inspiradas en parte en el alfabeto griego. Esta modalidad se difundió rápidamente por todo el litoral mediterráneo hasta el sur de Francia y también, a partir del s. II a. E., por las regiones interiores de Cataluña y el Aragón oriental controladas ya por Roma. Este tipo de escritura, llamada 'ibérica nordoriental', 'levantina' o simplemente 'ibérica', fue empleada, casi sin variaciones, a partir de ese mismo momento por otros pueblos del interior de lengua distinta como los celtíberos y los vascones.

El uso de la escritura paleohispánica en sus diferentes modalidades está atestiguado hasta época de Augusto, aproximadamente, cuando empezó a ser substituido por el alfabeto latino que algunos pueblos del interior y del occidente peninsular utilizaron para escribir sus respectivas lenguas, caso de los celtíberos –alternándolo con la escritura paleohispánica– o los lusitanos –en exclusiva–, fenómeno que, a cambio, no se dio apenas entre los iberos, en cuyos territorios apenas conocemos un par de epígrafes redactados en alfabeto latino y lengua vernácula. La escritura paleohispánica fue empleada, por lo tanto, durante unos setecientos años, y constituye un signo distintivo de la cultura escrita hispana en abierto contraste con la situación imperante en el resto del Mediterráneo occidental en donde se utilizaron los alfabetos coloniales con muy pocas variaciones para anotar las lenguas vernáculas.





La escritura 'ibérica' consta de veintiocho signos, de los que trece son alfabéticos y quince silábicos (figura 3).

Los alfabéticos comprenden cinco vocales (*a, e, i, o, u*) y ocho consonantes (*l, m, ḿ, n, r, ŕ, s, ś*): no se ha podido establecer con seguridad en qué consiste exactamente la diferencia entre las dos vibrantes (*r, ŕ*) o entre las dos silbantes (*s, ś*), y se ignora también la correspondencia exacta de la nasal transcrita como *ḿ*, que constituye el único signo de esta variante no totalmente descifrado.

En cuanto a los signos silábicos comprenden las tres series de oclusivas: *ba, be, bi, bo, bu; ka, ke ki, ko, ku;* y *ta, te, ti, to, tu*. Como se podrá apreciar, no se marca la diferencia entre las oclusivas sonoras (*b, g, d*) y sordas (*p, k, t*), cuya existencia en la lengua ibera está comprobada, al menos en el caso de las dentales (*d, t*) y velares (*g, k*), aunque no en el de las bilabiales, de las que sólo la sonora (*b*) está atestiguada.

Esta particular conformación de la escritura ibérica entraña algunas dificultades a la hora de establecer la transcripción fonética exacta de las palabras. Así, por ejemplo, como se ha visto en el plomo de La Serreta, redactado en alfabeto greco-ibérico, la lengua ibérica contaba con sonidos oclusivos en posición final como **gaibigait** o **boiśtingiśdid**: obviamente, con la escritura paleohispánica no pueden transcribirse ni la *d* ni la *t* en tal posición, pues los signos oclusivos llevan forzosamente asociada una vocal, ni tampoco cabe distinguir entre sorda y

SIGNARIO IBÉRICO NORORIENTAL				
			transcripción	**valor fónico**
FONEMOGRAMAS	VOCALES	▷	**a**	a
		⫨	**e**	e
		ᛈ	**i**	i
		H	**o**	o
		↑	**u**	u
	SONANTES	↾	**l**	l
		ᛘ	**m**	m
		ᛗ	**n**	n
		Y / V	**m̄**	nasal
		◁	**r**	vibrante
		◇	**ŕ**	vibrante
	SILBANTES	M	**ś**	silbante
		ϟ	**s**	silbante

SIGNARIO IBÉRICO NORORIENTAL				
			transcripción	**valor fónico**
SILABOGRAMAS	ORDEN LABIAL	|	**ba**	ba
		◇	**be**	be
		Γ	**bi**	bi
		✳	**bo**	bo
		▯	**bu**	bu
	ORDEN DENTAL	✕	**ta**	da/ta
		⊗	**te**	de/te
		Ψ	**ti**	di/ti
		Ш	**to**	do/to
		Δ	**tu**	du/tu
	ORDEN VELAR	Λ	**ka**	ga/ka
		‹	**ke**	ge/ke
		ᛚ	**ki**	gi/ki
		⧖	**ko**	go/ko
		⊙	**ku**	gu/ku

3. Escritura ibérica 'levantina' o 'nordoriental'.



sonora, por lo que, en principio, la transcripción fonética exacta de una palabra como **likinete**, por ejemplo, podría ser *likinet, likined, likinete* o *likinede.* Esta última limitación fue parcialmente superada en algunas zonas del territorio ibérico mediante la adición de un signo diacrítico a las oclusivas que permitía distinguir sordas y sonoras –el llamado sistema 'dual'– (figura 4), aunque ello desde luego no permite solucionar el problema que supone la necesaria presencia de la vocal tras la oclusiva.

El desciframiento de la escritura paleohispánica es un hecho relativamente tardío e incompleto además, pues, las variantes 'tartesia' o 'del sudoeste' y la 'ibérica meridional' cuentan todavía con no pocos signos de valor inseguro o desconocido. El establecimiento del valor fonético de la escritura ibérica y de la celtibérica, muy similar a la anterior, fue logrado por Manuel Gómez Moreno en los años 20 del siglo pasado. Aunque es cierto que desde el Renacimiento se habían propuesto diversas transcripciones para las leyendas en escritura y lengua vernáculas de las monedas, no fue sino hasta comienzos del s. XX cuando se dieron las condiciones para descifrar plenamente la escritura ibérica y comprender su condición de semisilabario. Además del indudable mérito personal de Gómez Moreno, tres factores confluyeron en ello: la publicación del primer catálogo completo de la epigrafía paleohispánica por Emil Hübner en 1893 (*Monumenta linguae Ibericae*), todavía sin una transcripción correcta; el descubrimiento en 1908 de un epígrafe latino en Roma, el bronce de Ascoli, con los nombres personales de treinta jinetes, mayoritariamente ibéricos, del valle medio del Ebro; y, finalmente, el hallazgo del plomo de La Serreta, antes mencionado, que por estar redactado en alfabeto greco-ibérico ofrecía por primera vez una transcripción perfectamente inteligible de un texto ibérico extenso. Sobre esta base se apoyó Gómez Moreno para lograr el desciframiento de la escritura ibérica.

	t	d	k	g
a	ta2 ta3	ta1		
e				
i				
o				
u		?	?	?

4. 'Sistema dual'.

Una de las consecuencias más relevantes de este avance capital fue poner de manifiesto que en la península Ibérica se hablaban en la Antigüedad otras lenguas además del ibérico, y en concreto una de la familia céltica, el celtibérico, emparentada con el antiguo galo o con el moderno irlandés. Hasta ese momento se creía equivocadamente que el ibérico se empleaba en toda Hispania y que de él descendía la única lengua prerromana conservada en el continente europeo: el vasco. El desciframiento de Gómez Moreno permitió una lectura precisa de los textos antiguos y puso de manifiesto, además, que ibérico y vasco, pese a algunas semejanzas, pertenecían a familias diferentes, aunque todavía en la actualidad algunos investigadores se inclinen sin fundamento sólido por considerar el euskera como descendiente del ibérico y recurran a aquél para intentar traducirlo.





La lengua

El ibérico es una lengua de *corpus* fragmentariamente testimoniada, es decir una lengua muerta sólo accesible a través de los dos millares de textos epigráficos redactados en ella y de ciertos nombres propios recogidos en las fuentes literarias clásicas. Las inscripciones, pese a ser en ocasiones de una cierta extensión, son por lo general muy breves y, como es habitual en la epigrafía antigua, documentan sobre todo nombres personales, por lo que sólo contamos con una pequeña muestra de vocabulario. Además, la escritura paleohispánica en la que están anotadas mayoritariamente entraña, como se ha visto, limitaciones que impiden establecer la transcripción fonética exacta de las palabras. A estas dificultades debe sumarse el hecho de que se trate de una lengua extinta hace dos mil años y por completo aislada, es decir sin ningún pariente antiguo o moderno atestiguado. Por último, no existe ningún epígrafe con seguridad bilingüe, pues la media docena de inscripciones que cuentan con una sección en ibérico y otra en latín parecen ser mixtas, es decir redactadas en dos lenguas pero con textos diferentes.

Estas circunstancias explican que el ibérico sea una lengua substancialmente incomprensible.

No obstante, el análisis lingüístico interno de los textos disponibles permite definir algunos de sus rasgos. Así, parecen distinguirse elementos léxicos, es decir dotados de un significado, y morfos, es decir prefijos, infijos o sufijos que los modifican. Estos elementos muestran un comportamiento de tipo aglutinante (por ejemplo, en el plomo de La Serreta: **gaŕok-an, ba-gaŕok, tagis-gaŕok)**, término que designa a las lenguas que, como finlandés o vasco, muestran una tendencia a formar largas palabras mediante, por ejemplo, la unión al nombre de pronombres, preposiciones, morfemas e, incluso, adjetivos, que mantienen en todo momento su integridad: así, por ejemplo, en finés *taloissani* significa "en mis casas", siendo *talo,* "casa"; *i,* la marca de plural; *ssa,* la marca del inesivo ("en"); y *ni,* un sufijo que indica al poseedor de primera persona del singular ("mi, mis"); y, en vasco, el apellido Echebarría o Echeberría quiere decir "casa nueva" (*etxe berria*). Estos dos rasgos las distinguen tanto de las lenguas aislantes, como el chino o el vietnamita, en las que las palabras, frecuentemente monosilábicas, no se someten a ningún tipo de inflexión o modificación, expresándose el número, género, tiempo, persona, etc. mediante voces aisladas, cuanto de las lenguas flexivas, como el español y las restantes lenguas indoeuropeas, en las que se producen modificaciones al unirse morfemas y lexemas.

El sistema onomástico personal es quizá el aspecto mejor conocido de la lengua ibérica y de especial importancia, además, para la comprensión de las inscripciones, pues muchos de los epígrafes antiguos consisten básicamente en nombres personales. Como se ha dicho más arriba, su conocimiento se vio extraordinariamente favorecido por el hallazgo del llamado bronce de Ascoli, que recoge en latín la concesión de la ciudadanía romana en 89 a. E. a treinta jinetes procedentes del valle medio del Ebro y reclutados en la ibérica *Salduie* (Zaragoza).

Los jinetes son designados mediante un nombre personal seguido por el del padre: *Sanibelser Adingibas f(ilius), Illurtibas Bilustibas f., Sosinaden Sosinasae f., Balciadin Bacilbil f., Beles Vmarbeles f., Balciadin Balcibil f.,* etc.; es decir "Sanibelser, hijo de Adingibas; Ilurtibas, hijo de Bilustibas".

Como se podrá apreciar, los nombres suelen ser cuatrisílabos y constan normalmente de dos segmentos bisílabos diferenciados que pueden aparecer tanto al comienzo como al final (***Adin**-gibas, Balci-**adin**)* y que, ocasionalmente, coinciden con uno de los que integran el nombre del padre (***Sosin**-aden* ***Sosin**-asae f., Illur-**tibas** Bilus-**tibas** f.*): ello permite aislar segmentos como *adin, sosin,*





tibas,…, identificables como formantes de nombres personales cuando aparecen en un contexto apropiado asociados a otros segmentos bisílabos. Así, por ejemplo, el nombre del plomo de La Serreta, **sakaŕ-iskeŕ**, tiene un claro paralelo en el plomo de Los Villares, **sakaŕ-atin,** en el que se repite el formante *adin;* y en un epígrafe de Sagunto aparece la fórmula **balkeatin isbetaŕtiker,** que contiene el nombre transcrito en el Bronce de Ascoli como *Balciadin.*

Aparte de estos aspectos, el conocimiento de la gramática y de la morfología ibéricas son en gran medida desconocidos, por más que se hayan podido aislar diversos morfos de valor discutido como **–ḿi**, quizás posesivo; **-ku,** para indicar procedencia; **-ka,** indicativo tal vez del sujeto verbal; **-te,** posible dativo o ergativo; etc.

En lo que respecta al léxico, se ha sugerido una traducción para determinados términos siguiendo procedimientos análogos al expuesto más arriba para **śalir** en el plomo de La Serreta, que, como se dijo, por figurar asociado a numerales, por ejemplo en el plomo de Los Villares (**śalir ka IIIIIIIIII**, en tres ocasiones), y en las leyendas monetales de **iltiŕta** (**iltiŕta-śalir-ban**) (figura 5), suele incluirse dentro del campo semántico del dinero o la moneda. De igual modo, la presencia del segmento **iltiŕ / iltu(n/r)** en diversos topónimos como la misma **iltiŕta** (*Ilerda,* Lérida) o **ilturo** (*Iluro,* Mataró), ha conducido a darle el significado de "ciudad". Por otra parte, la aparición de **seltar** o **siltar** exclusivamente en inscripciones sobre piedra, funerarias a juzgar por los paralelos romanos, ha llevado a considerarlo un término propio de este ámbito como "tumba". En otros casos es la asociación a un texto latino la que ha suministrado posibles indicios de interpretación como en el caso de la fórmula **aŕe take** y sus variantes, empleada también sólo en epitafios, en uno de los cuales figura un texto latino con la expresión *heic est sit[us?],* "aquí yace", de la que podría ser traducción (figura 6). Consideraciones semejantes pueden aducirse a propósito de **ekiar**, presente en monedas, pavimentos musivos, una falcata o cerámicas pintadas de Liria, en un contexto al que convendría el valor de "hacer". Por terminar esta lista de ejemplos, la frecuente aparición de la voces **eban** / **teban** tras dos nombres personales ha inducido a traducirla por "hijo" / "hija", a semejanza del *f(ilius)* abreviado del bronce de Ascoli, posibilidad reforzada por el hecho de que aparezca ocasionalmente abreviada también como en una inscripción saguntina: **neŕseatin balkeatin e(ban**?).

No obstante conviene señalar que todas estas interpretaciones léxicas, pese a estar fundamentadas, no dejan de ser meras hipótesis pendientes de confirmación, que, además, con frecuencia no son compartidas por todos los investigadores.

Antes de cerrar este apartado, no puede dejarse de mencionar la hipótesis, según la cual el ibérico no sería la lengua materna de todo el territorio en el que aparecen estas inscripciones, sino tan sólo del




5. Moneda de Iltirta con la leyenda **iltiŕta-śalir-ban** *(A.18.5).*

FVLVIA · LINTEARIA

6. Inscripción latino-ibérica de Tarragona (C.18.5).





sudeste peninsular, actuando en el resto como idioma vehicular (J. de Hoz). Aunque pudo desempeñar tal papel en el sur de Francia y también en algunos puntos del valle del Ebro, a juzgar por la aparición de inscripciones ibéricas en los pavimentos de dos edificios situados en Caminreal (Teruel) y *Andelo* (Muruzábal de Andión, Navarra), respectivamente en territorio celtibérico y vascónico, lo cierto es que la homogeneidad no sólo de la lengua de las inscripciones, sino también de los nombres de personas y ciudades, sin indicios consistentes de la existencia de otro idioma local, induce a pensar que el ibérico era la lengua propia de la mayor parte del territorio en el que aparecen las inscripciones redactadas en ella.

Cultura escrita y cultura epigráfica

Las inscripciones representan una parte menor de la cultura escrita desarrollada en territorio ibérico, donde, como en otras sociedades antiguas, se utilizarían materiales perecederos de origen vegetal o animal –papiro, pergamino, tablillas de madera enceradas o lisas, pieles, corteza de árbol, lino, etc.– para los usos comunes de la escritura: enseñanza, literatura, correspondencia, contabilidad, comercio, administración, etc. Por sus propias características estos materiales no han resistido el paso del tiempo, aunque existen indicios evidentes de que fueron utilizados caso de los documentos sobre láminas de plomo, material alternativo a los perecederos, o los rótulos pintados sobre cerámica de Sant Miquel de Llíria (Valencia), indicativos del empleo de la escritura pintada que tendría como soporte habitual tablillas de madera u otras superficies vegetales o animales.

De hecho, la mayoría de los dos millares de inscripciones ibéricas contiene textos que forman parte de los usos comunes de la escritura o se encuentran próximos a ellos como es evidente en el caso de las láminas de plomo o de los grafitos de propiedad esgrafiados sobre vasos cerámicos u otros objetos, conservados tan sólo porque fueron realizados sobre materiales resistentes al paso del tiempo. Sólo una parte mínima de los epígrafes, en torno al 10%, fueron concebidos con la finalidad de durar y, por ello, grabados sobre soportes como la piedra –el bronce, usual entre romanos y celtíberos, apenas fue utilizado por los iberos–. La diferencia entre estas dos clases de inscripciones es fundamental desde un punto de vista sociológico: las primeras son de carácter privado destinadas a ser leídas por muy pocas personas, con una finalidad básicamente utilitaria y realizadas normalmente por los propios interesados; las segundas, por el contrario, tienen carácter público: se grabaron sobre piedra para darles un aspecto monumental que atrajera la atención de la población contemporánea, pero también de la posteridad, y exigían, además, la intervención de artesanos especializados y la adquisición de la parcela en la que se emplazaban, por lo que tenían un coste elevado. Las primeras son simplemente el testimonio de una sociedad alfabetizada; las segundas documentan un fenómeno particular, la "cultura epigráfica", que se desarrolla tan sólo en determinadas circunstancias y que implica un claro deseo de publicidad, notoriedad y trascendencia.

Si los epígrafes de carácter privado –textos sobre láminas de plomo, grafitos y rótulos pintados sobre cerámica y otros objetos– están documentados desde el inicio del empleo de la escritura en el territorio ibérico (s. V a. E.), por el contrario los epígrafes públicos –leyendas monetales, inscripciones sobre piedra o sobre pavimentos– datan en su inmensa mayoría del período que se abre con la conquista romana, a fines del s. III a. E., y con frecuencia se inspi-



ran en modelos asimismo romanos (figura 7). La llegada de Roma marca, pues, un punto de inflexión en el empleo de la escritura que, a partir del s. II a. E., no sólo se expande geográficamente, alcanzando las regiones ibéricas del interior, sino que se intensifica, se diversifica y, sobre todo, adquiere un carácter público, introduciendo el tipo más característico de la cultura epigráfica clásica: las inscripciones sobre piedra.





7. *Inscripción de Ampurias (C.1.1).*

Las dos fases de la epigrafía ibérica

La mayor parte de las inscripciones anteriores al s. II a. E., unos cuantos centenares, se localiza fundamentalmente en áreas costeras, particularmente las comprendidas entre la Comunidad Valenciana y el sur de Francia. Además de los grafitos de propiedad sobre cerámica u otros objetos, el tipo más característico son los plomos, de los que se conoce un centenar, algunos del s. II a. E., centuria en la que, en cualquier caso, se hacen mucho más escasos, quizá por una alteración de los mecanismos comerciales o de las prácticas escritas tras la intervención romana. Estos rasgos caracterizan el uso de la escritura durante esta época como un fenómeno privado, particularmente difundido en medios comerciales y artesanales, como en el caso de los rótulos pintados sobre vasos de Sant Miquel de Llíria (III-II a. E.), interpretados en unos casos como explicaciones de las escenas pintadas a las que están asociadas, en otros como símbolos de estatus, habida cuenta de que la escritura era por esa época una práctica muy restringida, y en otros más, finalmente, como dedicatorias de consagración a los dioses.

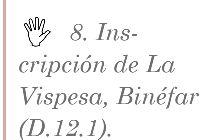
La expansión de la escritura a partir de la conquista romana, fecha de la que data la mayor parte de las inscripciones ibéricas, introdujo, como se ha dicho, nuevos tipos de inscripción. Particular interés encierran las leyendas sobre monedas, un tipo de instrumento económico que se desarrolla sólo en época romana y que constituye además un símbolo de soberanía política para la cincuentena de comunidades que las acuñaron en los ss. II y I a. E. De ahí que en las monedas, además de aparecer ocasionalmente los nombres de los magistrados encargados de la emisión –por ejemplo, **ikoŕbeleś** en Sagunto o **iskeratin** en *Obulco* (Porcuna)–, la



leyenda habitual presente el nombre de la comunidad que produce el numerario, siempre una ciudad: bien sea a través del topónimo (**iltiŕta, salduie, ilturo, usekerte**) bien sea mediante el gentilicio complementado con un morfo que indica pertenencia, que es como se interpretan las leyendas con el complejo sufijal **-sk-en**, presente en cecas como **laieśken, auśesken, seteisken**,..., es decir, "de los de **laie, auśe, setei,...**".

Como se ha dicho, las inscripciones sobre piedra constituyen el elemento más característico de la cultura epigráfica clásica, un claro exponente del deseo de las elites dirigentes de obtener notoriedad social y fijar su memoria de una manera duradera. Se conoce un centenar de inscripciones sobre piedra, todas de época romana salvo un par procedentes de Ullastret (Gerona), de las que la mayoría son funerarias. Muy pocas, todas de pequeño formato, son de carácter religioso con seguridad, caso de un altarcito de Tarragona, los exvotos escultóricos esgrafiados del Cerro de los Santos o las pequeñas bases para exvotos de bronce procedentes del santuario de Montaña Frontera, próximo a Sagunto. La falta de monumentalidad de los santuarios ibéricos, muchos de ellos meros espacios al aire libre o en cuevas, en varios de los cuales sí se han hallado grafitos de apariencia religiosa –caso de Cogul, Lérida, y particularmente de la Cerdaña pirenaica–, explica probablemente esta falta de desarrollo monumental de la epigrafía religiosa y votiva, que, a cambio, resulta uno de los tipos más característicos de la época en Italia, el sur de Francia o el norte de África coetáneos. Del mismo modo son excepcionales las inscripciones en las que se ha apreciado un propósito honorífico, caso de una placa procedente del foro de Ampurias (J. Velaza), y ninguna hasta la fecha parece de carácter oficial, aparte de las leyendas monetales, por lo que la cultura epigráfica ibérica se configura como un fenómeno, animado por particulares e indicativo de la emergencia de la individualidad, desarrollado fundamentalmente en el ámbito funerario.

La mayor parte de las inscripciones sobre piedra, incluyendo las más monumentales que superan el metro de altura, son epitafios y se concentran en la costa mediterránea catalana y valenciana, y en el Bajo Aragón, en donde como en *Baetulo* (Badalona) se desarrolló un tipo particular de estelas decoradas con lanzas y otros motivos: significativamente los soportes decorados, de los que hay también ejemplos en Fraga, La Vispesa (Binéfar) (figura 8) y Nogueruelas (Teruel), son más característicos de las regiones interiores, mientras que en la costa dominan las estelas o las losas sin ornamentar. Los conjuntos más relevantes proceden de ciudades portuarias,



8. Inscripción de La Vispesa, Binéfar (D.12.1).





muy dinámicas, como la colonia de *Emporion* (Ampurias), que albergaba una comunidad trilingüe, con una decena de ejemplares, *Tarraco* (Tarragona), la sede del gobernador provincial romano, y Sagunto, con una quincena, mientras que en los restantes casos las concentraciones no suelen superar los tres epitafios. Precisamente de las dos últimas localidades proceden las dos únicas inscripciones bilingües o mixtas, con textos ibéricos y latinos. De ellas, además del epitafio tarraconense, ya mencionado, en el que comparece la fórmula latina *heic est sit[us],* "aquí yace", junto con una variante de la expresión **aŕe take** a ella asimilada, y un epígrafe monumental, muy fragmentario, grabado junto a un capitel corintio de excelente factura, pueden señalarse el epitafio que reza **aŕe take / atinbelauŕ · anitalskar** y *Fuluia lintearia* en latín, quizás interpretable como "aquí yacen Adinbelaur, hijo –o hija– de Anitalscar, y Fulvia, artesana del lino", y el dintel saguntino, con un texto latino e ibérico, erigido por el liberto [Marco] Fabio Isidoro (figura 9).

Un buen ejemplo de epitafio lo suministra una losa de La Iglesuela del Cid que reza **ikonḿkeiḿi iltubeleśeban,** que podría entenderse como "de Iconmcei, hijo de Ildubeles", en alusión al finado (figura 10), aunque los hay más complejos y también más simples.

Una mención especial requieren los dos pavimentos con letreros ibéricos hallados en el valle del Ebro, fuera del territorio lingüísticamente ibérico, concretamente en Caminreal (Teruel) y *Andelo* (Muruzábal de Andión), que han sido recientemente interpretados como testimonios de la extensión de las redes comerciales romanas que emplearían el ibérico como lengua vehicular en dichos territorios celtibérico y vascón (F. Beltrán Lloris).



9. Inscripción latino-ibérica de Sagunto.



10. Inscripción de La Iglesuela del Cid.



Aunque no se trate de inscripciones públicas, merecen también comentario los sellos sobre productos cerámicos (ánforas, morteros, *dolia*) con indicación de los artesanos productores, en un caso, representado en Caminreal y El Burgo de Ebro, redactados en latín e ibérico: *Fl. Atili L(uci) s(eruus),* “Fl., esclavo de Lucio Atilio”, y **bilake aiunatin / en.abiner.** Aunque estos sellos se han querido interpretar como dos versiones del mismo texto, no se trata probablemente de un conjunto bilingüe, sino del testimonio de una asociación artesanal entre un romano y un ibero.

El final de la lengua y la epigrafía ibéricas

Las últimas inscripciones ibéricas datan de época de Augusto, si bien alguna, excepcionalmente, podría fecharse a comienzos del s. I d. E., un fenómeno que parece indicar la extinción de la lengua vernácula, de la que apenas existen testimonios durante el Principado, momento en el que, a diferencia de lo que ocurre en las áreas más occidentales de Hispania, son muy raros en las inscripciones latinas los nombres personales y, más aún, los teónimos ibéricos, indicios expresivos del abandono de la lengua vernácula en beneficio del latín.

La rapidez con la que se produjo la extinción de la lengua ibérica contrasta no sólo con la situación imperante en el occidente peninsular, en donde tenemos constancia del empleo de las lenguas locales y, sobre todo, de la onomástica personal, hasta el s. II d. E. y aún más tarde, sino sobre todo con lo que ocurre en el norte de África, en donde el púnico se empleó hasta el s. V d. E. y el líbico ha perdurado hasta hoy desembocando en el bereber actual, así como en las Galias, en las que hay inscripciones en lengua céltica de pleno Principado e indicios de su uso todavía en el s. V d. E. Este hecho obedece a dos tipos de causas. Por un lado, a razones políticas: ante todo, la temprana y profunda integración de las comunidades ibéricas, un tercio de las cuales había adquirido la condición de colonias o municipios romanos o latinos en época de Augusto, extendido a la totalidad con la concesión del derecho latino a toda Hispania hacia 70 d. E. Por otro, a motivos sociolingüísticos: la diversidad de lenguas imperante en Hispania –frente a la relativa homogeneidad del centro y norte de las Galias, o del norte de África– exigía el empleo de una lengua vehicular, papel en el que el ibérico no podía competir con el latín; además las lenguas antiguas, en oposición a lo que ocurre en los modernos estados nacionales, no poseían el valor identitario que hoy se les atribuye, circunstancia que facilitó el abandono de las lenguas locales en beneficio de otra como el latín que contaba con el prestigio de ser el idioma de la cultura y el poder, hablada en todo el Mediterráneo y percibida, por lo tanto, como un instrumento eficaz de promoción social.





Bibliografía

Una introducción básica en Velaza, J., 1996: *Epigrafía y lengua ibéricas,* Madrid, o de Hoz, J., 1998: "La escritura ibérica", en *Los Iberos, príncipes de occidente,* Barcelona, 190-204. El catálogo de referencia de las inscripciones ibéricas y paleohispánicas en general es el de Untermann, J., 1975-1997: *Monumenta linguarum Hispanicarum (MLH),* I-IV, Wiesbaden, con las actualizaciones periódicas publicadas en la revista *Palaeohispanica;* parcialmente accesible es la base de datos *Hesperia* (http://hesperia.ucm.es/). Sobre cultura escrita y epigrafía, Beltrán Lloris, F., 2005: "Cultura escrita, epigrafía y ciudad en el ámbito paleohispánico", *Palaeohispanica* 5, pp. 21-56.

La hipótesis del ibérico como lengua vehicular en de Hoz, J., 2009: "El problema de los límites de la lengua ibérica como lengua vernácula", *Palaeohispanica* 9, 413-433. Sobre la influencia de la epigrafía romana sobre la ibérica, Velaza, J., «*Et Palaeohispanica scripta manent:* la epigrafía romana como modelo de las paleohispánicas», en Comes, R. y Rodà, I. (eds.), 2002: *Scripta manent. La memoria escrita de los romanos,* Barcelona, pp. 52-65. Sobre las relaciones con el latín, Beltrán Lloris, F., 2004: "El latín en la Hispania romana: una perspectiva histórica", en R. Cano (ed.), *Historia de la lengua española,* Barcelona, 83-106. A propósito de los epígrafes musivos Beltrán Lloris, F., "¿Firmas de artesano o sedes de asociaciones comerciales? A propósito de los epígrafes musivos de Caminreal (E.7.1), Andelo (K.28.1) y El Burgo de Ebro (*HEp* 11, 2001, 621 = *AE* 2001, 1237)", E. Luján y J. M. García Alonso (eds.), *Innsbrucker Beiträge,* en prensa.





Paseando descalzos por un santuario íbero

Carmen Rueda Galán

Centro Andaluz de Arqueología Ibérica

En cuanto llegó al santuario no hizo falta que le recordaran que debía descalzar sus pies. No podía pisar ese terreno sagrado con sus sucios botines de cuero. Era una norma establecida por sus antepasados, esto se aprendía desde pequeño y todos, mujeres y hombres, lo respetaban. Tras dos jornadas de viaje llegaron algo cansados, pero Iltiratin estaba ilusionado porque no era la primera vez que visitaba este santuario, pero si la primera vez que lo hacía con su hija mayor. Desde el día en que Urkeatin nació sabía que llegaría este momento tan importante en la vida de la familia. Su padre lo había acompañado también a él cuando contrajo matrimonio. Fueron días inolvidables y para Urkeatin también lo serían. Buscaron un sitio adecuado y ordenaron montar sus tiendas, ya que permanecerían allí por varias jornadas. Había mucha gente, era época de ritos y de agradecer que la estación de las cosechas había sido buena, también que llevaban mucho tiempo en paz y que la Madre había sido generosa con la comunidad, pocos habían caído enfermos.

Había amanecido hacía muy poco y ya era posible percibir la grandiosidad del espacio sagrado. A Iltiratin siempre le sobrecogía la visión de la montaña que acogía al abrigo, la morada de la divinidad, de donde nacía un manantial de aguas cristalinas y curativas y junto al que se alzaba un árbol milenario, también propiedad de la divinidad, de donde, en los días de fiesta como aquellos, colgaban guirnaldas de color rojo, flores y frutos de temporada. A la divinidad le gustaba ver su árbol así de adornado, pensaba en silencio mientras recorría el camino que se abría bajo el abrigo. Se dirigía a ese punto, pues había mandado confeccionar una guirnalda bordada con hilos del color de la plata que, en representación de su familia, colgaría visible en una de sus ramas. Pasó por la rampa de piedra que transitaría su hija en el ascenso al abrigo, también habían adornado el camino con flores e hierbas aromáticas, alzó la vista y alcanzó a ver que todo estaba preparado en la plazuela que se abría frente a la cueva. Habían dejado el espacio libre, limpio de ofrendas, puesto que muchos serian los votos que en las siguientes jornadas se depositarían allí. Esto le hizo pensar que había mucho que celebrar, pero también que disponer y aceleró el paso hacia donde se encontraba su familia, ya iniciando los preparativos.

Las celebraciones se prolongarían varias jornadas y todo debía estar listo. La primera jornada los muchachos y las muchachas celebraban el final de su infancia, se la ofrecerían a la divinidad que los había guardado y tutelado, junto a sus juegos e, incluso, junto a sus cabellos largos y trenzados, que eran cortados y entregados. Esa





mañana de primavera Urkeatin lucía especialmente maravillosa. Quería lucir su pelo, puesto que sería la última vez que podría sentirlo libre, desprovisto del velo que adquiriría una vez contraídas nupcias. Había peinado su larga cabellera castaña con un juego de trenzados y ondas. Sin duda era el pelo más bonito de los que serían entregados a la divinidad, una vez escondido el sol. Lo había adornado con cintas de colores, incluso había compartido una con Ikerbeles, el muchacho con quien contraería nupcias.

En estas festividades era tradición elaborar unas pequeñas tortas que todos consumían. Las más bonitas eran ofrendadas por los jóvenes a la divinidad. Urkeatin corrió a elegir algunas y portó dos, una en cada mano, que adornó con pequeñas florecillas de color lila, y las depositó junto a las de Ikerbeles. Ambos se conocían desde muy niños. La familia del joven procedía de una ciudad muy lejana, pero ambas familias habían compartido una muy buena relación desde la época del abuelo de Iltiratin. Ambos muchachos se querían, la familia se ampliaría y compartirían el mismo antepasado.

Tras horas de celebración y juego llegó el momento del rito, coincidiendo con la caída del sol. Los muchachos se dispusieron a ascender hacia la cueva. Iltiratin vio en los ojos de Urkeatin el asombro a medida que se aproximaba al abrigo que era la casa de la divinidad, pasó junto al árbol sagrado y sonrió cuando observó la guirnalda de su casa. La identificó porque ella misma bordó en su extremo un pequeño lobo, símbolo de su ciudad, que con la brisa se movía y parecía estar vivo. Mientras la música se confundía con el ruido de las aves, traspasaron la cortina de agua que manaba de la cueva y se introdujeron en la misma. Allí los esperaba el sacerdote, quien pronunciaría las palabras sagradas y quien cortaría las trenzas de ambos jóvenes, con un pequeño y afilado cuchillo. En ese momento la muchacha sintió un escalofrío. Con sus trenzas en la mano, ella misma las ofrendó a la divinidad, depositándolas en el suelo de la cueva, en contacto con la piedra, junto a unas fichas de un juego de infancia y un exvoto en bronce. Al salir del abrigo, su madre la esperaba y cubrió su cabeza con un fino y corto velo. Los ritos, por esta jornada, habían terminado.

Al amanecer de la segunda jornada, Iltiratin se despertó antes de que el sol se anunciara. Tenía que preparar todo para la entrega de la dote de su hija. Esto era habitual en las celebraciones matrimoniales y se hacía al amparo del terreno sagrado y bajo la autoridad de la divinidad de la comunidad. Él procedía de una familia importante, de renombrados antepasados, y sabía que el intercambio se prolongaría algunas horas. Había portado buen vino, con el que lo consagraría, vino que también ofreció a la divinidad a través de su vertido en la tierra sagrada. Una vez sancionada la entrega de la dote, los jóvenes podían prepararse para su unión matrimonial.

No había reparado en gastos para las nupcias de Urkeatin. La norma reflejaba el uso de un vestido especial, de tradición, que habían mandado confeccionar para su hija. Muchachos y muchachas debían vestir un mismo atuendo nupcial, como símbolo de su unión. Era el único momento en que ambos vestirían ropajes semejantes. La norma de los antepasados así lo dictaba. La preparación de la novia llevó su tiempo. Las mujeres de su familia se recluyeron con ella en su tienda y la ayudaron a prepararse. Antes de vestirla ungieron su piel con aceites perfumados que olían a jazmín y azahar. El vestido se componía de una finísima túnica, de tela preciosa, sobre la que se colocaba un manto, igual de fino, que acababa en unos graciosos volantes que a Urkeatin le divirtieron y con los que quiso jugar, actitud que fue reprochada por su madre





porque no sólo ya no era una niña, sino que debía demostrar que no lo era. El vestido se ceñía al cuerpo, lo cubría hasta los tobillos y se adornaba con pequeños y simétricos bordados que rodeaban los ribetes. El pelo de la joven, antes largo y suelto, ahora se domaba delicadamente en un recogido que se acompañaba por una diadema de plata. Era la primera vez que tenía una y con ilusión observó sus preciosas decoraciones vegetales. Sobre la diadema cubrieron su pelo con un fino velo, con bordados a juego con el manto. En ese momento la madre sacó de una pequeña cajita un espléndido collar de oro, del que parecían colgar pequeñas cuentas, a modo de bellotas, y dos brazaletes que cariñosamente colocó en los brazos de su hija. ¡Ya estaba lista!

Al salir Ikerbeles la esperaba en la puerta de su tienda. Vestía un atuendo similar al de ella, incluso lucia un velo que le cubría la cabeza, ya rasurada a la altura de la coronilla, como era propio de los jóvenes el día de su boda. La esperaba sonriente y ella observó como portaba en cada mano dos figurillas de bronce que él mismo había mandado elaborar. Representaban a los dos muchachos con su atuendo nupcial, exvotos que ambos ofrendarían conjuntamente esa misma mañana.

El escenario que sugiere este breve relato es el santuario ibero de Collado de los Jardines (en Santa Elena, Jaén), un santuario que, junto al de Los Altos del Sotillo (Castellar, Jaén), funcionó como espacio de peregrinación y centro religioso fundamental para el territorio político de Cástulo (Linares, Jaén). Nuestra historia se desarrolla en el s. III a.n.e., hace unos dos mil trescientos años, y el santuario, como espacio de vida, es el contexto protagonista. Es un lugar de culto localizado en Sierra Morena Oriental, un espacio silvestre, repleto de la vegetación propia de esta zona de sierra: encinas milenarias y matorral bajo adornarían una topografía de barrancos y acantilados. También de cuevas y abrigos y uno de ellos, localizado en pleno corazón de Despeñaperros, se erigiría como espacio de culto desde inicios del s. IV a.n.e. (figura 1).

A él se peregrinaría en determinadas fechas y en él se desarrollarían ritos fundamentales para la comunidad. Prácticas todas ellas que necesitaban de un espacio de reconocimiento social. Estos dos santuarios –Despeñaperros y Castellar–, en este sentido, se

1. El santuario de Collado de los Jardines, un espacio de peregrinación.







Urkeatin

2. Un 'retrato' de Urkeatin. Detalle de un exvoto de bronce que representa a una joven en el desarrollo de un rito de paso de edad.
3. Podría ser Iltiratin en su llegada al santuario… Exvoto de bronce de la colección Gómez-Moreno de Granada.

concibieron como centros religiosos en los que se sancionaban momentos importantes en la vida social del individuo. La divinidad debía ratificarlos y ella moraba allí, en la naturaleza, en el árbol milenario que describe el cuento, en el abrigo o, incluso, en el manantial que nace de la roca. Es por esto que en el santuario hay que estar especialmente atento. Los cinco sentidos se afinan con el objetivo de captar cómo se manifiesta la divinidad. A través del sonido, pues la divinidad se puede comunicar a través de la palabra o del sonido de la naturaleza y así se muestra en las imágenes de estos santuarios, con la representación de figuras con las orejas muy grandes. También es posible atisbar a la divinidad a través de su grandeza, por lo que los exvotos abren bien los ojos, incluso dirigen sus miradas a lo alto, en un intento de plasmar ese deseo de encuentro a través de la mirada. El contacto físico se conseguía a través de los pies, puesto que el terreno sagrado, el que es propiedad de la divinidad, debía pisarse con los pies descalzos, como signo de respeto, al mismo tiempo que como forma de contactar directamente con él.

A través de nuestra historia ponemos nombre a algunos protagonistas, mientras que sus imágenes -fosilizadas en bronce- nos proporcionan sus rostros (figuras 2 y 3). Este cuento describe algunos de los momentos principales de los ritos relacionados con el abandono de la infancia y con el paso a una edad madura, vinculada al matrimonio. Estas son prácticas constatadas arqueológicamente en estos santuarios del territorio de Cástulo. Y es que a través del trabajo arqueológico podemos aproximarnos a este mundo religioso, utilizando técnicas y metodologías que nos ayudan a estudiar aspectos tan vinculados al ámbito de los sentimientos. A través del estudio de los paisajes humanos y de los materiales que han llegado a nosotros como elementos activos del mismo, es posible 'reconstruir' algunos estadios del ciclo ritual de estos santuarios (figura 4). Un rasgo define, por ejemplo, a los contextos votivos iberos: su heterogeneidad. En el rito participan un conjunto variable de elementos que tienen una funcionalidad específica. Así los vasos cerámicos, que contienen los restos del sacrifico de animales, o las fíbulas que se depositan junto a los mantos, los anillos o alfileres, como objetos personales, o cualquier ofrenda figurativa que identifica a la persona que desarrolla el voto. Son todos –en conjunto– huellas del rito, fosilización del culto.

En los santuarios de Cástulo la ofrenda figurativa principal es el exvoto en bronce. Son pequeñas ofrendas, de no más de catorce centímetros de altura, que sintetizan las peticiones y los miedos por los que se ora, por los que se ofrendan. Son objetos que se depositaban en el santuario para solicitar algún acto benefactor de la divinidad o para agradecerle alguna concesión ya otorgada. Éstos







4. Los santuarios de Cástulo en su territorio: fronteras ideológicas y físicas.



la mirada en alto, hacia donde mora la divinidad...

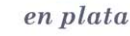
se depositaban como reflejo, más o menos directo, de quien emite esa petición, como ofrendarse a sí mismo, a modo de fotografía, pero de una fotografía que reproduce su actitud de súplica, su condición social, su género y su edad. Son miles de imágenes que nos hablan de esas personas que peregrinaban a los santuarios, son en definitiva una riquísima documentación sobre las prácticas rituales iberas (figura 5).

Pero no sólo el bronce servía como canal de expresión de la ritualidad, también la piedra, el barro cocido o incluso algunos metales preciosos, como el oro y la plata, son base para la representación de devotos y de sus súplicas a la divinidad (figura 6). En el santuario del Cerro de los Santos (Albacete) los exvotos se plasman en piedra y se reproducen a escala real. Son conocidas las mujeres enjoyadas de este santuario que se representan con el vaso de ofrendas sostenido por ambas manos. En piedra también se representan las ofrendas figurativas de otros santuarios del sureste de la Península Ibérica, como en La Encarnación (Murcia), Torrebenzalá y Las Atalayuelas (en Jaén) o Torreparedones (Córdoba), pero en estos casos se trata de pequeñas estatuillas, de factura mucho más esquemática y de actitudes variadas, predominando siempre las representaciones femeninas. En barro cocido o terracota se presentan otro conjunto de exvotos figurativos que se modelan como representaciones que, aunque sencillas, sintetizan y recogen un fuerte carácter simbólico. No es un material innoble, ni propio de las clases más humildes, pues incluso la divinidad se representa en barro modelado a mano. En oro y plata se repujan



en oro





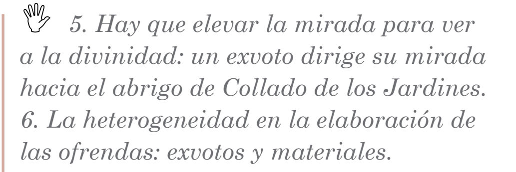
en bronce

en piedra





en barro cocido



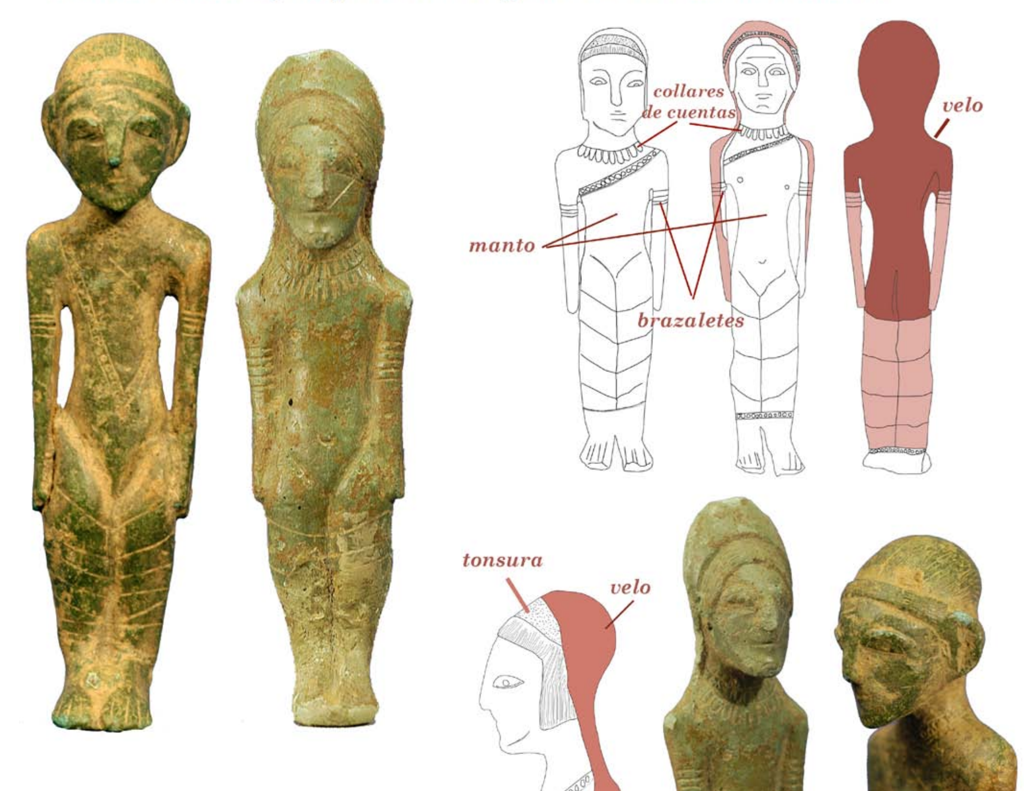
5. Hay que elevar la mirada para ver a la divinidad: un exvoto dirige su mirada hacia el abrigo de Collado de los Jardines. 6. La heterogeneidad en la elaboración de las ofrendas: exvotos y materiales.





pequeñas ofrendas, aunque son más excepcionales. Estos materiales no están al alcance de todos. En algunos santuarios como los de Cástulo o en El Recuesto (en Murcia), se han documentado pequeñas placas sobre las que se 'dibujan' incisos, pequeñas figurillas de hombres y mujeres.

Pero hablemos de ritos..., de los ritos de estos santuarios, de este territorio, ya que a la hora de hablar de religiosidad ibera es necesario ser conscientes de que hay que verla en el espacio y en el tiempo, dos coordenadas fundamentales que articularán nuestra aproximación al mundo religioso de esta época. El espacio ibero, tan extenso y diverso, es paisaje donde se desarrollan distintas sociedades y es que el culto, el rito y las creencias van de la mano de los procesos sociales y políticos, en muchos casos condicionados por éstos. Hemos seleccionado para nuestra narración un tipo de rito especial, un rito para el que la familia debía trasladarse a terreno sagrado no sólo para celebrar la unión de bodas, sino para tratar los intercambios y la entrega de la dote, que debía hacerse dentro de los límites del terreno de la deidad. Y un rito que conllevaba toda una serie de pasos y normas que se respetaban, como las que hacen referencia al uso de un vestido específico para la materialización del paso ritual. El vestido nupcial debió ser un atuendo especial, un vestido que hombres y mujeres compartían, y que en el caso de las clases aristocráticas debió ser de gran fineza y calidad. Uno de esos vestidos suntuosos que los iberos sabían hacer, como los que describía Filarco (220 a.n.e.). Se trataba de un atuendo compuesto por varias piezas: una fina túnica, un manto de volantes que se superponía a la misma y que normalmente se sujetaba del hombro izquierdo y un velo abierto, que en el caso de la mujer se apoyaba en una diadema, mientras que en el hombre cubría parcialmente un signo del rito: la tonsura. A este vestido acompañaban joyas que lucen ambos géneros y que normalmente se presentan asociadas a la clase aristocrática. Se trata del collar de lengüetas y de dos brazaletes de varias vueltas, que se portaban en ambos brazos (figura 7). Estas joyas delimitan este rito. Pero este es un atuendo que se simplificaría y seria más sencillo en las clases sociales más bajas, lo que podría indicar algunas series de exvotos que lucen este vestido, pero carentes de joyas. El que hom-



7. La imagen de los ritos nupciales: el vestido de bodas a través de dos exvotos de la colección Gómez-Moreno de Granada.

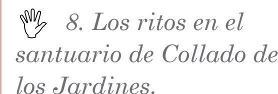




bres y mujeres se representen de la misma forma tiene que ver con la identificación simbólica de su propia unión y esto no es un aspecto baladí, refleja entre otras cosas el papel social de la mujer, un papel activo en lo que a las prácticas rituales se refiere.

Los ritos de paso o los ritos matrimoniales no se desarrollaban aislados, sino que se presentaban junto a otros muchos, lo que muestra cómo los iberos tenían un sistema de creencias estructurado en torno a prácticas rituales que se desarrollaban en su vida privada o familiar y también en su vida pública y social. Junto a estas prácticas se constatan ritos de fertilidad, ritos de protección, ritos guerreros, ritos de agregación, ritos de curación o ritos de iniciación. Todos ellos muestran que existían preocupaciones por cuestiones básicas, que se han denominado de orden primario, como son las guerras, las enfermedades, la fertilidad o la reproducción –en su más amplio sentido–. Junto a ellas existía la necesidad de marcar momentos importantes en la vida de una persona, que tienen que ver con su vida social (figura 8).

Y al igual que hemos visto con el vestido en los ritos nupciales, todo tenía su normativa, también aspectos como el lenguaje gestual poseían un papel determinante. En el diálogo con la divinidad el lenguaje gestual es muy importante y se utiliza un código que es aprendido y que es conocido por todos. Los gestos son reglas establecidas, como el pisar el terreno sagrado con los pies desnudos, y cada rito, cada petición tenía su gestualidad concreta. Todos los que la utilizaban, además, se identificaban como parte de una comunidad, como personas que compartían una misma liturgia. Este lenguaje es riquísimo, su composición, su combinación, su asociación con la ofrenda es variada y heterogénea, pero es una variedad comprendida dentro de un esquema litúrgico homologado. Así, parece que era habitual llegar



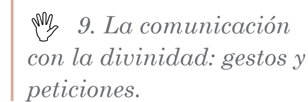
8. Los ritos en el santuario de Collado de los Jardines.





al santuario y mostrar respeto a través de gestos de saludo que eran aprendidos desde pequeños. El levantar la mano derecha y mostrar la palma al exterior es uno de los gestos más habituales que hombres y mujeres hacen. También el abrir ambos brazos y mostrar ambas manos, como signo de respeto y de oración. La mano, en el lenguaje con la divinidad, adquiere un papel simbólico vital, como la parte más activa del gesto. De esta forma, a través de las manos hablan con la deidad, mientras que los pies desnudos los ponen en contacto con la misma (figura 9). Sin embargo el gesto no siempre es expresivo. La humildad se representa, también, como actitud manifiesta, en la que la gestualidad cumple su papel. Las manos apoyadas en el pecho, recogidas simulan el retraimiento requerido en algunas fases de la oración.

Complementariamente, determinados ritos se sostienen en un lenguaje gestual bastante explícito. El posar las manos en el pecho, en el vientre o en el sexo es propio de peticiones de fertilidad y fecundidad. Dentro de este conjunto son más numerosos los



9. La comunicación con la divinidad: gestos y peticiones.

¿qué le pedimos a la divinidad?





gestos que tienen que ver con el universo femenino, y en especial con la fecundidad y la gestación. Así, se puede citar un gesto de tradición, un gesto que los iberos conocían desde siempre y que se asociaba a la divinidad oriental de la fecundidad. En estos santuarios y en los ritos de propiciación de fertilidad femenina se establece como un gesto homologado, que se repite. Consistía en apoyar, en un juego de brazos cruzados, la mano derecha sobre el vientre y la izquierda sobre el pecho, en clara alusión a dos zonas netamente femeninas que tienen que ver con la gestación y con la alimentación primera. Y es que la reproducción era vital para estas comunidades iberas. Precisamente se explica así la importante cantidad de exvotos dedicados a estos ritos. Además, la protección del embarazo debió ser una petición habitual en estos santuarios. Si bien, hay pocas representaciones de mujeres encintas, este rito de protección está presente y se materializa en mujeres que apoyan su mano en el vientre, en ocasiones acompañadas de signos que hacen referencia a su fecundidad, como la granada.

El gesto, por tanto, en ocasiones se acompaña de ofrendas. En la liturgia de estos santuarios éstas son variadas y también se encuentran condicionadas por el rito y por las normas asociadas al mismo. De esta manera, existen ofrendas propias del hombre, como son los distintos elementos de la panoplia del guerrero, que en ocasiones se depositan como voto vinculado a ritos de iniciación, ritos de guerra o ritos de conmemoración. Algunas imágenes de guerreros portan sus armas y las muestran a la divinidad, en especial el escudo redondo y, sobre todo, la falcata, la espada ibera, que es un arma cargada de simbología. Hay ofrendas propias del universo masculino y hay ofrendas que se asocian exclusivamente a la mujer. Ya se ha hablado de la granada, como fruto que en la religiosidad ibera se asocia a la fecundidad femenina, pero existen otros como la paloma o la ofrenda de flores, que se asocian a ritos de mujeres. Incluso en el estudio de la estructura ritual de estos santuarios, es posible delimitar ofrendas propias de una edad, o más bien, propias de un rito de edad. Me refiero a las ofrendas de tortas o panecillos que se asocian a los ritos de paso, esas que el cuento cita. Y es que en los santuarios se elaboraría este tipo de pasteles o tortas asociados a fechas y a celebraciones concretas.

Por otro lado, hay otro tipo de ofrendas que ambos géneros comparten, como la ofrenda del vaso, como vaso de libaciones o como contenedor de los restos de sacrificio. Y es que asociado a la oración y al ofrecimiento se desarrollaban prácticas que complementaban los actos rituales. Me refiero fundamentalmente a dos que debieron estar presentes en estos santuarios: la libación y el sacrificio. La libación consistía en el vertido controlado de un líquido en el terreno sagrado. En el relato que protagoniza Iltiratin, éste vierte vino, como líquido muy preciado, en el santuario para conmemorar la entrega de la dote y la unión de su hija. Este tipo de prácticas eran habituales en los espacios de culto iberos, asociados a ritos de vida pero también de muerte, y se utilizaban vasos diferentes y líquidos igualmente distintos, alguna vez vino aromático, perfumes o incluso leche y miel. También agua, pues no hay que olvidar que algunos de estos santuarios se erigían junto a manantiales de propiedades curativas. Era una forma de contactar el rito con el terreno sagrado y así lo hacían, vertiendo el líquido en la tierra, incluso en fosas que contactaban directamente con la divinidad. El sacrificio de animales era otra práctica habitual en la liturgia ibera. En el caso de Collado de los Jardines, el santuario en el que se desarrolla nuestra historia, está constatada la ofrenda de restos de cordero y machos cabríos. Esta práctica consistía en el sacrificio del animal en el propio santuario, en espacios habilitados para ello, y desarrollado por manos expertas, es decir, por personas que se dedicaban a esta práctica. También los utensilios eran especiales y en los santuarios





de Cástulo se utilizaba un pequeño cuchillo curvo, adecuado para el degüelle del animal, cuchillo que posteriormente se ofrecía a la divinidad, posiblemente junto a los restos del sacrificio. La carne del sacrificio sagrado se cocinaba y se comía en el santuario, toda menos la ración destinada a la divinidad, pues ella debía tener su parte, que normalmente se ofrendaba en un vaso. La parte destinada a la divinidad podría variar, aunque sabemos que en ocasiones existían determinadas normativas en el ofrecimiento del sacrificio. Esto sucede en otro santuario de Jaén, en Las Atalayuelas, localizado cerca de Fuerte del rey, donde se ha constatado la realización de sacrificios de cerdos. En este caso, ha sido posible determinar qué parte se guardaba para la divinidad del santuario. Las mandíbulas inferiores de los animales eran depositadas sistemáticamente dentro de pequeñas ollitas y ofrendadas en el santuario. El vaso, por tanto, en estos santuarios puede simbolizar más que la ofrenda de un recipiente cerámico, puede simbolizar la ofrenda de la carne o la ofrenda del líquido precioso.

Todo lo explicado hasta ahora nos hace pensar que los santuarios, muy al contrario de cómo nos los encontramos hoy, hay que concebirlos como espacios llenos de ofrendas. Los espacios destinados a ser depósitos votivos estarían llenos de votos que, cada cierto tiempo y posiblemente coincidiendo con nuevas celebraciones, requerirían ser 'limpiados'. El santuario se engalanaría para las celebraciones y se prepararía para acoger a un número elevado de gente durante varias jornadas (figura 10).

La música sonaría en estas celebraciones y los ritos se acompañarían de danzas. Sabemos por una imagen de Collado de los Jardines que una especie de tuba pudo marcar momentos concretos de los ritos. Música que se entremezclaba con los sonidos de la naturaleza, como formas de manifestación divina, pues la divinidad habita en la naturaleza salvaje de un espacio como el de Despeñaperros. ¿Pero, a qué tipo de divinidad van dirigidas todas estas plegarias y votos? La divinidad en estos santuarios se identifica con la diosa madre, que se representa como una mujer que amamanta a un niño, en una metáfora sobre la protección que ejerce sobre la comunidad. Porque es la divinidad tutelar de estos santuarios, no sabemos si junto a otras, pero también identifica al territorio político. La divinidad identifica a este territorio, es quien

10. Una escena en el santuario de Los Altos del Sotillo: la ofrenda en la cueva.







dicta la ley y quien determina cómo se ejecutan los ritos. Pero en las tradiciones religiosas juega también un papel determinante la memoria relacionada con los antepasados, como signo de legitimación del linaje aristocrático. Y esa memoria se representa a través de reproducir modelos de prestigio que se asocian a esos antepasados, por ejemplo, a cómo vestían o a cómo actuaban. En los santuarios de Cástulo esos retazos de memoria se expresan en fórmulas iconográficas que recuerdan al héroe de El Pajarillo, como antepasado que protagonizó una hazaña excepcional que es recordada en el Alto Guadalquivir hasta bien avanzado el s. II a.n.e. La imagen que recoge la escultura de este santuario de Huelma, se reproduce en algunos exvotos de bronces que se asocian a la imagen de la aristocracia. La ofrenda de estos exvotos ayudaría a mantener este icono, junto a la tradición oral que sería una fuente de transmisión de mitos y leyendas, muchas de las cuales protagonizan esos antepasados.

Pero existe otro ejemplo, para el que hay que volver a los ritos nupciales, ya que la imagen que representa a la pareja aristocrática con el vestido matrimonial parece recoger un modelo que recuerda a la construcción de la pareja de antepasados, como el que encontramos en el conjunto escultórico de Cerrillo Blanco de Porcuna. La memoria del icono de la pareja de antepasados podría traspasar las fronteras temporales y la memoria colectiva propiciaría la pervivencia de esquemas de tradición, que en estos santuarios se transmite a través de la imagen del rito. Esta transmisión se haría de padres a hijos a través de la participación en estos santuarios, de manera que el regalo de *Ikerbeles* es más que un regalo, contribuye a la pervivencia de la memoria a la que, más de dos mil años después –una vez recuperados esos exvotos– nos aproximamos.

Bibliografía

González Reyero, S. y Rueda, C., 2010: *Imágenes de los Iberos. Comunicar sin palabras en las sociedades de la Antigua Iberia*. Colección Divulgación, CSIC. Editorial Catarata. Madrid.

Izquierdo, I.; Mayoral, V.; Olmos, R. y Perea, A., 2004: *Diálogos en el País de los Iberos*. Ministerio de Cultura, Madrid.

Olmos, R. (1992): *La Sociedad Ibérica a través de la imagen. Catálogo de la Exposición*. Centro Nacional de Exposiciones. Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Madrid.

Olmos, R. (coord.), 1999: *Los Iberos y sus imágenes. CD-Rom*. Micronet S.A. Madrid.

Prados, L., 1992: *Exvotos ibéricos de bronce del Museo Arqueológico Nacional*. Madrid.

Rueda, C., 2011: *Territorio, culto e iconografía en los santuarios iberos del Alto Guadalquivir (ss. IV a.n.e.-I d.n.e.)*. Textos CAAI, nº 3. Universidad de Jaén, Jaén.





Comercio y transporte anfórico en época ibérica: biografía narrada de una t.10.1.2.1

Iván Fumadó Ortega

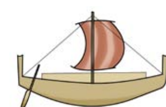
Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología - Instituto Arqueológico Alemán (Berlín)

¡Ah, esta postura me está matando! Si pudiera moverme un poco... ¡ya no me siento el hombro! ¿Cuánto tiempo llevaré así? Ni se sabe... y además en un rato me va a dar otra vez el sol. Madre mía, ¡lo peor es el aburrimiento más total y absoluto! Parece mentira: casi la única distracción que tengo a lo largo del día es mirar el recorrido que el rayo de sol que se cuela por el ventanuco va haciendo por este cuartucho... qué digo cuartucho ¡este cuchitril! ¡esta cueva, donde me han dejado tirada y olvidada! Y eso en los días buenos, si no, ni eso. Si no, ni las moscas que zumban por aquí podría ver. Y qué buscarán aquí estas moscas, si aquí no hay nada que buscar. Quizá están tan aburridas como yo. Quizá su única distracción es atravesar el haz de luz del ventanuco. Es curioso, muy curioso: allí por donde pasa la luz, el aire toma un aspecto denso, espeso, como si tuviera consistencia. Supongo que será por el polvo que hay aquí. Tanto hay, que cuando las moscas atraviesan el haz llegan a proyectar su propia sombra. Y cuando el sol me da de lleno, como lo hará dentro un rato, espero siempre a que alguna abeja o moscardón se cruce porque, ese suspiro de sombra, ese eclipse casi imperceptible, me recuerda otros momentos lejanos, muy, muy lejanos. Como cuando miraba directamente al sol cegador, desde algún barco, cerca de la playa y las gaviotas nos sobrevolaban creando ese mismo instante de sombra... Pero, ya os digo, hace mucho, mucho tiempo de eso.

Aquí, por la mañana, la luz entra casi en horizontal, anaranjada. Entonces se pueden ver algunas de las ramitas secas de romero del techo, los travesaños de pino que las sujetan, una pequeña araña que se bambolea inquieta y otra más avezada y bien sujeta, que la mira con aires de suficiencia. Digo yo, que sólo hay dos opciones: o aquí estamos todos boca abajo o, más probablemente, la pared del ventanuco es más alta que la de enfrente y el tejado no es horizontal sino que tiene caída hacia un lado. Da igual. La luz alcanza enseguida la pared y toma la forma rectangular de la tronera. Se desliza describiendo una elipse hacia el suelo mientras se achata, y poco después de pasar por encima de mí, cuando ya no es más que una rayita, simplemente se desvanece sobre el suelo de tierra sin llegar a tocar a Tonelete.

Quizá por eso Tonelete me tenga envidia. Qué tontería. Si a él todavía le prestan atención. Más allá hay unas ollas que se creen abuelas, pero que tendrán la mitad de años que yo. Aunque debo admitir que, comparando su panza con la mía, nadie lo diría... es que además, a las pobres, ese perfil bitroncocónico que tienen no les sienta nada bien. También están las tinajas, alguna zafa y por último, Tonelete. ¿Qué tal andamos hoy Tonelete? –Nada, hoy tampoco me responde. Me mira con ese aire melancólico suyo, pero responder, no me responde. Hay que ver qué pachorra que se gastan estos toneletes. Con aquello de que pesan mucho y los fijan con cuerdas, se pasan la vida durmiendo. En fin, él tendrá sus sueños, pero yo tengo mis recuerdos.

Al menos Tonelete también ha sido torneado a conciencia. Eso se nota. Te lo digo de verdad Tonelete, no por adularte, que a nuestras





edades eso ya no tiene sentido. Sí, sí, no me mires así, que te reconozco que, en cuanto me metieron aquí, supe en seguida quién había sido bien hecho y quién no. Sobre todo porque estabas ya entonces al lado de esas marujas, que con esos desgrasantes que tienen raspan con sólo mirarlas, y aun así se dan aires de importancia ¡Se dan aires frente a mí! ¿Tú te crees, Tonelete? ¡A mí, que fui concebida a la sombra de las Columnas de Hércules! ¡A mí, que fui torneada por las manos más sabias! Junto a otras muchas, claro está, pero eso no me resta el menor mérito. Fuimos todas pensadas para contener ambrosía, néctar divino, deleite para los espíritus elevados y perdición para los humanos débiles. Pero qué les voy a contar yo a estos tiestos... ¡si algunos yo creo que hasta están hechos a mano! ¡Si algunos lo único que han llevado en su vida es un poco de estiércol de aquí para allá! No, Tonelete, por favor, no creas que me refiero a ti, ni que menosprecio el venerable oficio de contener agua, pero como tu comprenderás... además, de sobra sé que tú eres otra cosa y por eso sabes de lo que hablo. Pero cómo van a entender el resto de cacharros que mi nacimiento fue auspiciado por Kusor, que todos los procedimientos fueron supervisados por el Gran Templo, que mi resistencia y elegancia estuvieron asegurados en todo momento por los dioses, ¡Pues no hay en las Columnas de Hércules horno sin fuego ni fuego sin *Ba'al*!

El día que nos rellenaron y sellaron, Tonelete, fue todo muy rápido y antes de darnos cuenta, estábamos todas, más de diez, siendo estibadas la una junto a la otra, relucientes y hermosas. Nuestros cuerpos, abundantes pero proporcionados, anunciaban los placeres que conteníamos. No me mires así Tonelete, ya sé que te lo he contado muchas veces, pero qué quieres que haga ¡Si me aburro como una ostra! Recuerdo que en pocas horas llegamos a nuestro puerto de destino y, ¡hay que ver lo que hace la juventud, Tonelete! Estábamos convencidas de que llegaba la hora de entregarnos, de abrirnos y vaciarnos esa misma noche o al día siguiente a lo más tardar. No podíamos intuir el largo camino que nos esperaba a muchas de nosotras. Porque te aseguro, Tonelete, que aquí donde me ves, aunque ahora me muevo menos que el zócalo de una muralla, de joven ¡he visto mundo! Nacidas juntas pensábamos permanecer siempre unidas. Pero a la mañana siguiente comprendimos que el futuro iba a ser impredecible.

Dormimos en uno de los muchos muelles del puerto principal hasta que nos despertó el griterío de un capataz a sus mozos. Éstos estaban a punto de terminar su tarea de vaciar un *hippoi* atracado al lado del nuestro. Acto seguido empezaron con nosotras. Todas fuimos de una en una siendo alzadas con rapidez y destreza por esos jóvenes musculosos, y vueltas a depositar en otra nave, mucho más grande. Sí, Tonelete, que aquí donde me ves, entre un par de forzudos que sepan dónde poner las manos, se me mueve sin problemas. Algunas compañeras se asustaron un poco pues, aunque nos volvieron a estibar a todas juntas, allí estábamos hombro con hombro con decenas y decenas de desconocidas. Todas muy parecidas, quién ligeramente más alta, más oscura o más ancha, pero parecíamos todas sacadas de un mismo patrón. Era una imagen de abundancia arrebatadora.

Al día siguiente nos despertó un griterío aún mayor. Nuestro trajinante había desaparecido del muelle y ahora se asomaba por la borda otro, que acaloradamente gesticulaba ante la mirada impasible de un hombre con la cabeza afeitada. Uno parecía intentar convencer al otro, pero éste controlaba la situación y con pocos gestos elegantes indicaba cuáles eran las condiciones. Mientras, a nuestro lado pasaban otros





gauloi e *hippoi*, en busca de un amarre libre, quien sabe si con el mismo cargamento, y a lo lejos se oía una algarabía de transportistas que gritaban a los acarreadores, de mercaderes que discutían con los contratistas, de contratistas que intentaban engañar a los contables y éstos a sus escribas. Entre ellos discurrían hombres y mujeres de todo aspecto y condición, al parecer sin más ocupación que buscarse una. Algunos vendían un puñado de collares, otros ofrecían un cuenco con aceitunas, otros, cosas menos obvias. Ay, Tonelete, no sé si hubieras soportado toda esa jarana, con lo tranquilote que tú eres... Eso sí, al llegar el mediodía se acababan las discusiones y regresaban los mozos. Cada día sacaban unas cuantas de nosotras y desaparecían para siempre.

La operación se repitió al menos cuatro veces en una semana hasta que al final me tocó a mí. Estaba ya casi anocheciendo cuando me sacaron de la nave, ya medio vacía, y me llevaron caminando entre dos forzudos a mí sola hasta un enorme *gauolos*. Sí, Tonelete, sólo entre dos ¡no te creas que todo el mundo es como tú! Fue entonces cuando pude ver por fin, en lo alto de la colina que se alzaba a los pies del puerto, el Gran Templo. Ciruelos, granados y manzanos rodeaban un magnífico edificio cuya silueta negra aparecía majestuosamente recortada en el cielo púrpura del atardecer. Y no me digas que me pongo cursi, porque era magnífico ver cómo las lucernas se estremecían entre las columnas del ingreso, difuminando las sombras, los sonidos y los olores que se deslizaban desde el interior del edificio hasta el jardín que lo rodeaba. Seguro que en alguno de esos salones las hieródulas estaban sirviendo un banquete al ritmo tintineante de las joyas que les ceñían la cintura. Entre mesitas llenas de manjares, esclavos y bailarines ambiguos, algún sacerdote indicaba a la pitonisa con su ceja cuál de los capitanes debía recibir la bendición de Melqart, dios oracular, guía de los comerciantes. Eso sí que eran fiestas con clase, Tonelete, y no el fin de la siega en este villorrio, que por mucho crótalo que suene y cerveza que corra, no hay comparación, al menos para mí. Cuánto hubiera dado por ser llevada a uno de esos salones,



Fig. 1. Durante la primera mitad del Primer Milenio a.n.e. la navegación comercial en todo el Mediterráneo protagonizó un desarrollo hasta entonces desconocido. En rojo se indican las principales rutas marítimas fenicio-púnicas.





o a sus enormes almacenes ¡o a la cámara del tesoro! ¿Te imaginas, Tonelete? ¡En la cámara del tesoro! Al ver aquel jardín tan, tan exclusivo, supe en ese momento que un templo como ése era mi lugar, ése era mi destino. Y no me mires con esa sonrisita irónica, porque tampoco me puedes negar que no tuviera al menos parte de razón.

Recuerdo que me sentí muy decepcionada cuando a la mañana siguiente me desperté ya mareada, agitada y bazuqueada como nunca antes lo había sido. Mi cuerpo estaba firmemente encajado, de forma que no me movía ni un milímetro, pero mi contenido se revolvía en mi interior de forma más bien desagradable. Yo había pasado la noche soñando con el próximo simposio en el Gran Jardín, pero por lo visto había zarpado a la señal de Astarté, la primera estrella del alba, en el último *gaulos* en la que me pusieron y allí ya no encontré a ninguna de mis compañeras ¡Estaba sola! Sola en medio de aquel extravagante conjunto de acompañantes, la mayoría de las cuales apestaba a pescado. ¡*Garum*, bonita, *garum*! Me decía una presumida. Qué se habrían creído, ¿que cambiando el nombre mejoraba algo el tufo que emanaban? Casi todas tenían formas extrañas, con cuerpos exageradamente delgados, y había algunas casi sin cuello, las pobres. La verdad es que en aquella gigantesca bodega había un poco de todo, incluyendo platos, copas y vajillas completas, por no mencionar la cantidad de sacos y odres rellenos con sabe dios qué. La semana que duró la travesía hubiera sido traumática de no haber sido por Adoniba'al ¡Ay, Adoniba'al! ¡No pasa día que no me acuerde de ti!

Adoniba'al, Tonelete, permíteme que te lo repita una vez más, era el capitán de la nave. Tenía un aspecto tan poco cuidado como el del resto de la tripulación y se dirigía a ellos de una forma tan ruda como el que más. Pero sus ojos negros y rasgados hablaban otro idioma. El idioma de Astarté, del amor y de los astros, el idioma que sólo él en aquella enorme bañera de madera conocía. Sabía de memoria todos los derroteros de Tiro a Lixus, los vientos, las corrientes, en qué costas podía avituallarse y en cuáles era mejor pasar de largo, en qué promontorios le aguardaba Ba'al Shamin con un consejo y en cuáles Yam con una mortal escollera. Por eso todos le guardaban gran respeto, a la vez que le envidiaban. En realidad todos le admiraban secretamente por el don que la diosa le había concedido y que él agradecía expresamente cada puesta



Almacén de ánforas en Calafell (Tarragona). Su gran variedad de formas puede indicar que dicho conjunto se ha formado en un mercado al que han tenido acceso comerciantes y productos de muy diversas procedencias.





de sol, en el rito cotidiano antes de dar por terminada una jornada más sobrevivida a la furia del mar. Estoy segura de que cuando pernoctábamos en un puerto lo suficientemente grande, Adoniba'al no perdía la ocasión de agradecérselo personalmente a la diosa, a través de la primera sacerdotisa disponible. Era muy devoto Adoniba'al, cuando quería.

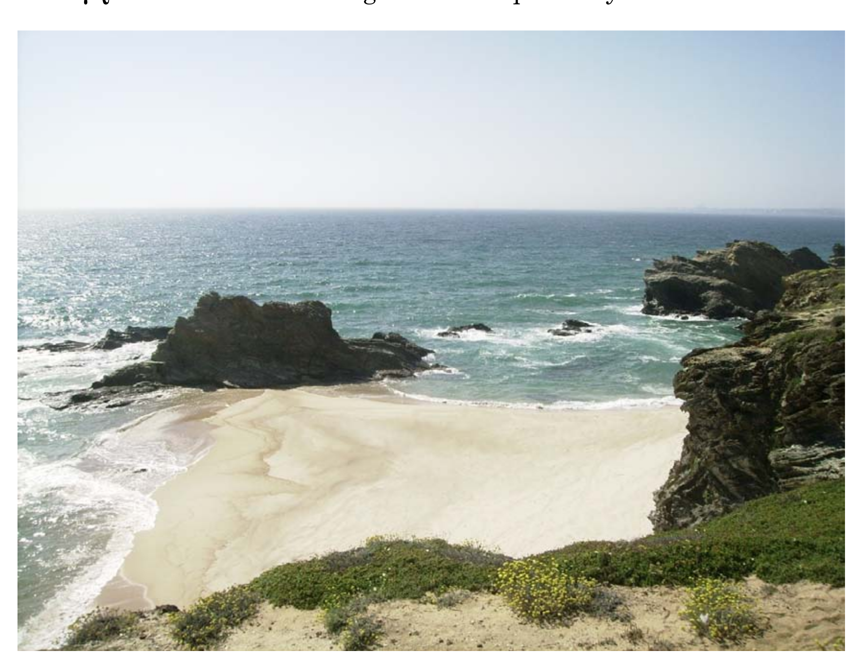
Pero siempre regresaba a dormir a su *gaulos* y, antes de acostarse, bajaba a la bodega a comprobar que todas seguíamos allí. Bajaba con un *kylix* de imitación lleno de vino. Vino de otra. Vino peor que el mío, no hace falta decirlo, pero era el vino que él bebía. Repasaba con su mirada toda la estancia y, por mucho que las otras se esforzaban en llamar su atención, se detenía siempre en frente de mí. Se acercaba cada noche. Tonelete, él sabía lo que yo tenía y lo deseaba. Lo notaba por cómo le brillaban los ojos cuando me miraba tan de cerca. Alguna noche venía oliendo a su vinacho barato, al incienso del prostíbulo y a toda la sal de los océanos. Pero a mí no

Fig. 3. El Mediterráneo permite navegar entre puntos muy distantes sin llegar a perder el contacto visual con la costa. Ilustración de Sara Olmos.





me importaba porque su mirada me confirmaba que yo estaba en lo cierto, Tonelete: ¡mi contenido era de un gran valor! Me miraba, me acariciaba, soñaba que me abría y me tomaba. Pero no lo hacía. Sí, ya sé lo que me dices siempre: y si tanta sed tenía ¿porqué no te bebía? Pero parece mentira que un señor como tú, sensato y razonable, no comprenda que no todo el mundo ha nacido para contener agua, y que en este mundo, Tonelete, permíteme, hay líquidos y líquidos ¡Pues claro que me habría bebido de buena gana! Habría puesto su boca en la mía y … ¡Ay, por Astarté! Pero probablemente no podía afrontar los *shekels* que le había costado en las Columnas de Hércules. Aunque si te confieso la verdad, Tonelete, yo me hubiera destapado sola si hubiera podido y me hubiera volcado sobre él para apagar su sed y sus sueños. Y me da igual que me oigan las ollas ¡Qué sabrán esas remilgadas de lo que estoy hablando!



No sé si te habré mencionado alguna vez, Tonelete, que una parte de la tripulación murmuraba que Adoniba'al había sido pirata en el Mar Salado antes de venir a comerciar a las Columnas. La otra parte respondía que Adoniba'al nunca había dejado de ser pirata. Por desgracia a mí siempre me trató sólo como comerciante, y uno bastante responsable, para colmo, así que cuando llegamos a Ibosim yo seguía sellada y pura como el primer día.

Y allí fue todo volver a empezar: trajinantes, escribas, contables, sacerdotisas, mozos... por la tarde cambio de nave y así, día tras otro, una semana más de ajetreo, ya para siempre sin mi Adoniba'al. Yo me preparaba cada atardecer para acudir a algún salón, alguna fiesta, pero la ocasión no llegaba. Una mañana, volvimos a zarpar por donde habíamos venido. Pero antes de que llegase a hacerme ilusiones de estar regresando a mi tierra, esa misma noche ya habíamos vuelto a atracar. Yo echaba de menos a Adoniba'al, aunque no había perdido la esperanza de encontrar a alguien que sintiera la misma admiración por mí. Sin embargo a esas alturas estaba empezando a perder el gusto por tantos gritos, tanto ser el centro de atención, tanto trato y contrato, y todo sin que mi opinión contase lo más mínimo ¿Cuánta gente te crees, Tonelete, que me preguntó con quién prefería yo irme? Claro, no respondes, pero ya sé lo que piensas. Y estás en lo cierto: absolutamente nadie ¡Nadie! En fin, el caso es que aquél puerto no era el gran mercado al que yo estaba acostumbrada; fue diferente al resto, y fue el último que vi, por cierto.

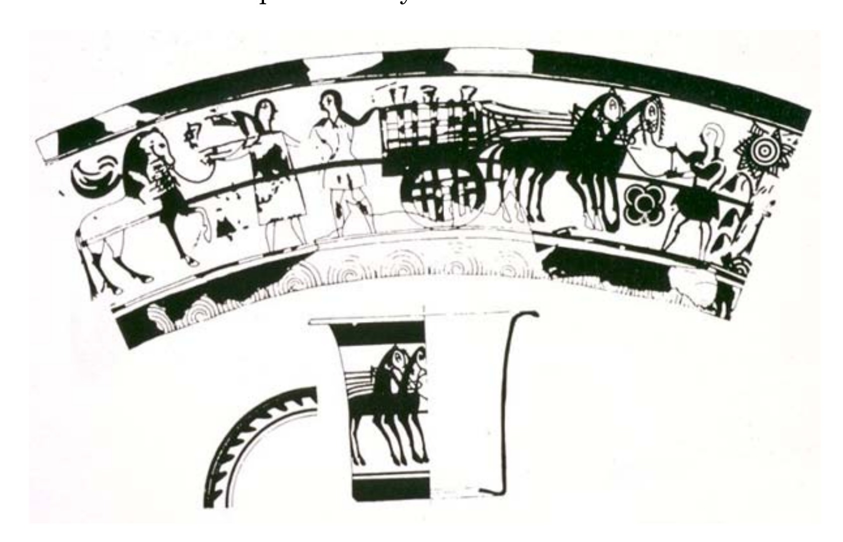
Cuando ya me preparaba otra vez para la historia de siempre, sonreír, esperar al mejor postor y todo eso, aquí las cosas funcionaron de otra manera. Yo no veía templo alguno, y frente al más bien modesto embarcadero en donde estábamos amarrados sólo se veía alguna casucha alrededor de una torre de vigilancia. Rápidamente

Fig. 4. Acercarse a tierra firme puede ser muy peligroso, por lo que el conocimiento de cada tramo de costa es fundamental.





y sin discusiones, como si ya lo tuviesen todo pactado, me sacaron de la bodega y me llevaron a lomos de un borrico hasta la torre, donde me depositaron, junto a dos sacos y unas bandejas, en un carro tirado por dos bueyes.



¡Ay, Tonelete! Si hasta ese día pensaba yo que los viajes por mar eran movidos, descubrí entonces que mucho mejor era ponerse en manos de Ba'al Saphon que traquetear a ese paso de tortuga sobre los guijarros. Mientras la vereda seguía el río arriba, chopos y álamos hacían con sus sombras más agradable la marcha. Pero después, cuando giramos hacia las montañas, tuve que soportar un calor tal, que daba por hecho que se me evaporaba el contenido o que la polvareda del camino se me metía hasta dentro. Tuve en esos días, tres nada menos, que rezar a la Gran Diosa todo lo que sabía para que mi panza soportara aquel lento y peligroso baile sobre los cantos de la estrecha senda por la que me llevaban. Sí, ya sé, tú piensas que ésa es la forma normal de moverse de un sitio a otro pero, compréndeme, una no ha nacido para esta vida rupestre.

Como te iba diciendo, al final de aquel suplicio, del que pensaba que no saldría viva, llegamos a los pies de una colina rocosa, en lo alto de la cual se alzaba una majestuosa muralla. No es que estuviera enlucida como las de mi tierra, pero la verdad es que imponía respeto ¡Por fin! –pensé yo– allí habrá sin duda un gran templo o un palacio en donde sabrán darme el trato que merezco. Lamentablemente, mi carro se detuvo justo frente a las dos torres que custodiaban la puerta principal. Se hizo el silencio entre un grupo bastante nutrido de gentes que nos miraban desde el otro lado de la puerta, e incluso los guardias de lo alto de la muralla dejaron de hacer su ronda. Yo creo que me miraban sobre todo a mí, aunque quizá tienes razón, Tonelete, quizá exagero y sólo tenían curiosidad por ver si venía algún extranjero, quién sabe. El caso es que, una vez más, recogieron a todos mis acompañantes y se los llevaron, sin mediar discusión ni trato, en medio del atento silencio de los curiosos. Al cabo de un rato llenaron el carro de colas de zorro, cueros y pieles de oveja, y nos dimos media vuelta montaña abajo.

Tres días más duró el resto del trayecto, pero la verdad es que a partir de entonces fue otra cosa ¡Qué comodidad con aquellos compañeros de viaje! ¡Qué suaves! ¡Qué mulliditos! Me vino a la cabeza Adoniba'al... seguro que le hubiera encantado estar allí tumbado a mi lado. Tan embebida en mis fantasías estaba yo, que no me di cuenta de que subíamos una montaña, coronada por imponentes murallas. Nos detuvimos frente a la entrada, vaciaron el carro y me llevaron a cuestas por una empinada callejuela mientras los bueyes daban media vuelta y los portones de la ciudad se cerraban de nuevo.

Fig. 5. El transporte terrestre, más lento y con menor tonelaje que el marítimo, también debió jugar un papel muy importante en las sociedades ibéricas, especialmente en las ubicadas al interior. Representación iconográfica en un kalathos encontrado en Elche de la Sierra (Albacete).

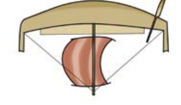




Fig. 6. *El transporte de mercancías observado desde lo alto de una torre de vigilancia. Los caminos próximos a los oppida ibéricos más importantes estuvieron atentamente controlados.*



Ya sé, Tonelete, que te he contado muchas veces las fiestas a las que asistí en aquel lugar, pero tengo que confesarte una cosa. Perdona si me tiembla la voz, pero es que me da mucha vergüenza... ¿Sabes, Tonelete? En realidad, no me llevaron a ningún gran salón de banquetes ¡No! ¡Me dejaron en un cuartucho como éste! Y lo que es peor, ¡es que estábamos justo al lado de las fiestas! Porque se oía, se oía todo, los cánticos, las liras, los auletris... ¡Todo! Sí, Tonelete, no me mires con tanta sorpresa que me lo haces más difícil. Lo que te he contado otras veces a partir de aquí era mentira ¡Tonelete! En realidad, me apoyaron junto a un arcón en donde guardaban unos *oinochoes* de bronce, una cazoleta de plata, preciosa, lo recuerdo, varios *kylix* y una crátera massaliota. ¡Oh! ¡Aquélla arpía sí que era estirada! ¡Hasta tenía las arpías pintadas encima! Lo cual debía de ser un honor para ella o algo parecido, porque no paraba de presumir ¿Y qué hace una T.10.1.2.1 como tú en un sitio como éste? –me preguntó. El Régulo me ha encargado directamente al templo de Melqart gadirita –le dije yo. ¡Uy! sí mira, guapa. A ti te ha traído el buhonero en burro como a todas, a ver si te crees que somos tontas –me respondieron, las muy descaradas. Y eso, que luego me enteré de que -como a todas– nada. Las piezas de metal se las había encargado el Régulo en persona a su agente en Ibosim, como a mí, pero es que a esa crátera la envidia le corroía por dentro. El caso, Tonelete, es que sólo a los que estaban en el arcón los llevaban al simposio. A mí, en cambio... a mí me abrían y me vaciaban en aquella crátera presuntuosa, un poco cada vez, sin el



menor ritual, sin el menor esmero, y luego me volvían a tapar y se la llevaban... ¡sólo a ella, Tonelete! La devolvían a la mañana siguiente, toda resacosa y ufana, y ya tenía otra historia con la que alardear. Que si anoche estuve con el capitán de los arqueros, que si anoche la primogénita de no se qué familia, que si un embajador de Helike con una sacerdotisa de Baria me estuvieron admirando... ¡Yo qué sé! No sé cómo pude soportarla. Lo cierto es que allí, cada dos o tres semanas, se daba un banquete y acudían los personajes más variopintos, la mayoría de los cuales, Tonelete, seamos francos, no había salido en su vida de aquéllas montañas. Y lo que nunca quiso entender aquella crátera presumida es que el centro de la fiesta ¡era mi vino! ¡Era yo, el centro de la fiesta! Pero nadie me lo reconocía. Todos siempre, siempre atentos a la crátera...

Y luego todo fue de mal en peor, Tonelete. Esto tampoco te lo he contado nunca pero, al final del año ya estaba vacía por completo. Ni una gota me dejaron ¿Y qué te crees que hicieron conmigo? ¿Lo sabes? ¡Sí! ¡Me rellenaron! ¡Me rellenaron, Tonelete! Claro, eso para ti no tiene importancia ¡Para ti es normal! Cada vez que te vacían, te rellenan y listo. Pero no, Tonelete, yo no soy así ¡Mírame! ¡Yo contenía vino de las Columnas de Hércules! ¿Sabes? ¡Ambrosía pura! Y me rellenaron con otro vino que a saber de dónde vendría. Y seguro que en las fiestas del segundo año no se lo contaron a nadie ¡Claro! Cómo lo iban a contar, si venían precisamente por mi vino. Y al tercer año se repitió la historia. Y así, temporada tras temporada, Tonelete, disculpa que me ponga tan emotiva... Pero el vino era cada vez peor, y en la crátera lo mezclaban cada vez con más agua. Luego me rellenaban sólo cada dos años y así pasaron décadas hasta que, un día, dejaron de rellenarme. Se llevaron a la crátera y

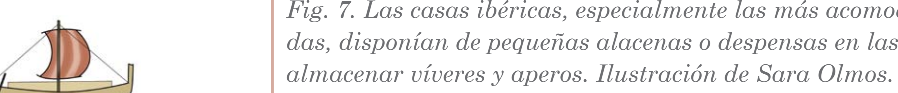


Fig. 7. Las casas ibéricas, especialmente las más acomodadas, disponían de pequeñas alacenas o despensas en las que almacenar víveres y aperos. Ilustración de Sara Olmos.





a los demás y vaciaron el arcón para siempre. La música y los cánticos dejaron de sonar. Al cabo de unos años, alguien vino y se llevó hasta el arcón. Me dejaron sola. Sola, vieja y olvidada, tirada en aquel rincón, Tonelete, perdona que me tiemble la voz. Pasaron años y años, décadas enteras, sin visitas. Y, un día, pasó lo que tenía que pasar: por tan descuidado que había quedado aquel trastero, se vino abajo el techo con la viga y todos sus travesaños y, con ellos, parte de los adobes superiores de las paredes ¡Qué susto, por Astarté! Creí que ese era mi final pero, al estar en una esquina, quedé protegida. Los escombros apenas me rozaron. Y así me quedé, Tonelete, cubierta de polvo décadas enteras, bajo la lluvia, el sol, el frío y el calor de las estaciones. Imagínate... ¡Yo! ¡Producto de los dioses! Ya perdí la cuenta de los años que llevaba en tal estado, cuando un buen día apareció el bueno de Iturkón con su borrico, rebuscando entre aquellas ruinas. Me vio, me quitó el barro que tenía encima y, cuando comprobó que estaba entera, me llevó con él hasta aquí, Tonelete. Ya ves, de eso hace ya por lo menos veinte años. Veinte años hace que me pregunto para qué me querría Iturkón. Al principio, un par de veces, me llenó de agua, pero luego llegaste tú, y desde entonces aquí me tiene, otra vez aburrida y olvidada. A mí, que fui querida por los dioses.

Para saber más. Bibliografía y recursos web

… sobre la **navegación**: González Wagner, C.; Mederos Martín, A. y Peña, V. (eds.), 2004: *La navegación fenicia: tecnología naval y derroteros*. CEFYP, Madrid.

… sobre el **vino**: *El vi a l'Antiguitat: economia, producció i comerç al Mediterrani occidental* (I-II). Museu de Badalona, Badalona.

Mata Parreño, C.; Pérez Jordá, G. y Vives-Ferrándiz Sánchez, J. (eds.), 2010: *De la cuina a la taula*. Saguntum extra-9, Valencia.

… sobre **ánforas fenicias**: Ramón Torres, J., 1995: *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*. Universitat de Barcelona, Barcelona.

… sobre **cerámica ibérica**: Bernal Cassasola, D. y Ribera i Lacomba, A. (eds.), 2008: *Cerámicas hispanorromanas: un estado de la cuestión*. Universidad de Cádiz, Cádiz.

http://www.phoenician.org/
http://www.cefyp.es/
http://www.youtube.com/watch?v=5ApNjgwSbIA&feature=related
http://www.youtube.com/watch?v=-xujsLZHnsY
http://www.youtube.com/watch?v=tCRTRGHU2YY





La cultura de la guerra en la antigüedad. Investigar la memoria destruida: la batalla de Baecula

Juan Pedro Bellón Ruiz

Centro Andaluz de Arqueología Ibérica
Universidad de Jaén

¿Qué nos queda de la guerra? Vencedores y vencidos, toda una narrativa de héroes protagonistas, hazañas colectivas y sufrimiento anónimo y, poco a poco, el tiempo tiende a borrar las huellas de éstos últimos para sustentar y legitimar como referentes actuales a los primeros. La guerra se ha convertido en parte del discurso histórico esencialista y nos llama la atención su actualidad, no sólo como hecho contemporáneo sino como recurso cultural presente en el cine, la literatura, la recreación histórica, la recuperación de la memoria,... la guerra es –por desgracia– parte de nuestra cultura. También la guerra ha sido desmitificada, retratada en su cruenta realidad, sobre todo desde finales del s. XIX.

Hace poco se publicaba en varios diarios nacionales la aparición de una obra de G. Iglesias sobre la tragedia de la Guerra Civil española y, en concreto, el libro recoge testimonios sobrecogedores sobre varios episodios violentos acaecidos en Asturias, entre ellos el de una familia que fue quemada viva en su casa como represalia por haber ayudado a un grupo de guerrilleros antifranquistas. Aquí es la memoria de sus descendientes la que ha actuado como catalizadora y conservadora del trauma de tres personajes, hasta entonces anónimos para nosotros. La realidad de la violencia intrínseca a la guerra queda así identificada y nos llama la atención sobre la violencia sufrida a lo largo de milenios por millares de personas y nos plantea una cuestión cruda y tajante: la guerra es, además de violencia, olvido. Y uno de los objetivos de la historia como disciplina (y de la arqueología como ciencia histórica) es erradicar el olvido y difundir el conocimiento.

Pero ¿cómo se ha ocupado la investigación arqueológica de la guerra en la antigüedad? Salvando las distancias, la investigación de la guerra en la antigüedad se ha servido de la filología y de la crítica de las fuentes escritas como base empírica sobre la que sustentar sus análisis. Hay ríos, mares enteros llenos de héroes, gestas, estrategias y esencias patrias... pero planteándonos la cuestión de otro modo, también existen océanos enteros de silencios, como el de la investigación sobre la guerra como acto explícitamente violento; un silencio historiográfico similar al de otras ausencias en la historia, como las mujeres, los niños, los marginados, las minorías étnicas o las clases sociales más desfavorecidas, los presos, los esclavos,... en suma, todo aquello que es (o ha sido) 'olvidable', que no era digno de protagonizar discursos nacionalistas, páginas





en los libros de enseñanza o proyectos de investigación histórica. Y a veces el olvido no es fruto de un proceso largo (no inocente) de pérdida de memoria sino que también es fruto de una decisión política, de una exigencia social, de una pragmática de los vencedores sobre los vencidos.

La antropología cultural se ha ocupado durante décadas del fenómeno y particularmente en la dialéctica establecida entre una 'agresividad' innata en el ser humano, es decir, un factor biológico y, por otra parte, su consideración como un fenómeno cultural, es decir, una construcción ideológica fruto de determinados procesos históricos. Para nosotros no cabe duda de que este proceso nace desde la narrativa del mundo clásico greco-romano, desde donde se ha construido toda la estructura ética, ontológica y metafísica de la guerra, tal y como podemos reconocerla en nuestro 'mundo occidental'. Aquí nacieron 'culturalmente' los valores estéticos de la misma, no sólo a nivel individual (recordemos la trascendencia de la figura del héroe en todo el Mediterráneo) sino también a nivel colectivo, a través del proceso de formación de la polis (la ciudad-estado griega) y de los posteriores conflictos territoriales internos y externos (Guerras Médicas) en toda la Hélade.

La guerra en la antigüedad ha sido un instrumento, un filón historiográfico sobre el que políticos, historiadores y literatos han sustentado diversos modelos de conducta, de comportamiento, de héroes estereotipados, de códigos morales colectivos, legitimaciones de exterminio, conquista y dominación. Sólo podemos recordar desde aquí la relativa modernidad de los movimientos pacifistas organizados que han sido capaces de cuestionar la cultura estética de la guerra a lo largo del s. xx.

Se ha sostenido que la guerra es una actitud intrínseca a la especie humana y que refleja, entre otros aspectos, su marcado caracter territorial, es decir, que somos una especie que se desenvuelve en un ámbito espacial determinado que concibe como propio y como el ámbito del cual obtener sus recursos de supervivencia. Pero si esa especie –la humana– cuenta además con un marcado caracter social, es decir, que normalmente se desenvuelve entre una colectividad más o menos extensa y estructurada, sumamos dos elementos que acaban conformando los nexos de identidad del grupo con el territorio en el que subsiste ¿Qué sucede cuándo otros grupos externos a ese territorio pretenden apropiárselo? ¿Qué ocurre cuando los recursos son limitados o insuficientes para ese grupo y necesita de otros localizados en territorios ajenos al suyo propio? La respuesta no conduce necesariamente a un conflicto armado, a un duelo fruto de una única vía de escape para los grupos enfrentados. La humanidad ha sabido crear y adoptar medidas estratégicas, también culturales, destinadas a evitar los conflictos.

Pero la complejidad del concepto de 'guerra' es tan amplia y tan profunda que nos proponemos aquí marcar sólo algunos aspectos determinados y concretos. La guerra es un hecho cultural dinámico, cambiante, propio y específico del contexto político, social y cultural en el que se desarrolla. Es fruto de procesos complejos que determinan su propia evolución. Nos parece acertado ejemplificar esa complejidad y esa heterogeneidad en varios ejemplos próximos y cercanos a nuestro propio pasado colectivo, aproximándonos a los matices y contextos en los que nos centraremos, como el caso de la conquista romana de la Península Ibérica en el marco de la Segunda Guerra Púnica. Pero antes nos detendremos en ofrecer una pequeña perspectiva de los dos modelos tradicionales previos (siempre centrados en el ámbito Mediterráneo clásico greco-romano).





Troya, la lucha entre héroes

La conocida como 'Guerra de Troya' puede servirnos como el primer modelo para comprender la concepción de la función guerrera del mundo antiguo. En 'La Ilíada' y en 'La Odisea', poemas épicos escritos por Homero en torno a los siglos VIII-VII a.n.e., quedan recogidos un conjunto de rasgos de comportamiento de los protagonistas del conflicto que nos sirven como referencia para explicar la concepción individualista y agónica de la guerra entre héroes de aquel mítico episodio narrado y evocado desde hace más de 2500 años, recogido y reactualizado recientemente por superproducciones cinematográficas que cuidan –en ocasiones– con cierto respeto la ambientación histórica de la narración.

La guerra de Troya fue una guerra entre héroes, entre aristócratas, es un perfecto retrato de la moral de conducta arcaica griega. No se luchaba por un territorio sino por una ofensa (el rapto de la bella Helena por parte del príncipe troyano Paris) o un hecho puntual y concreto; sus protagonistas (Agamenón, Menelao, Príamo, Ajax, Héctor, Aquiles, Patroclo, Ulises, Paris,…) no representan a un pueblo (al *demos* griego), ni a una ciudad y no defiendían sus intereses sino que eran el fruto de la suma de un pacto colectivo entre aristócratas que aportaban sus ejércitos para contrarrestar la ofensa sufrida por uno de los suyos, el rey Menelao, esposo de Helena y hermano de Agamenón.

De hecho, si identificamos a los dos indivíduos míticos protagonistas del gran duelo, Héctor (príncipe de Troya) y Aquiles, el príncipe heleno de Ftia (Tesalia), no podríamos encontrar un juicio plano y directo de vencedor y vencido, porque ambos representan la sublimación del comportamiento del guerrero aristocrático. Es cierto que Aquiles se aproxima al modelo heróico por excelencia, puesto que en su nacimiento intervienen los propios dioses del Olimpo, otorgándole la inmunidad a la vez que la debilidad concreta (el 'talón de Aquiles', única parte de su cuerpo que su madre, la diosa Tetis, no sumergió en la Laguna Estigia para hacerlo inmortal), en esa dicotomía tan profunda del pensamiento griego antiguo. Sus dotes excepcionales para la lucha subrayan su carácter como individuo dentro de una colectividad de iguales, de guerreros aristocráticos.

No existe en el 'mundo homérico' una concepción colectiva del ejército sino la circunstancia de la cita en la batalla, no existen normas en la panoplia, en el uniforme, y, aún más importante, la muerte en la batalla es sentida como un anhelo, una especie de mantra de perfección. El ideal homérico es el joven muerto en combate, cuya memoria queda fijada en ese momento de esplendor y vitalidad del cuerpo. Llegar a la ancianidad, la progresiva pérdida de juventud y facultades para el combate entre iguales es un trauma que pone además en peligro la trascendencia del héroe sobre el hombre. En la propia biografía de Aquiles podemos recoger cómo el profeta Calcante le vaticinó que en algún momento de su vida debería de escoger entre ambos modelos vitales (la fama eterna, muriendo como un héroe en su juventud o morir como uno más, con una vida larga y anónima). El otro protagonista, Odiseo (Ulises), aspira al retorno a su hogar, a Ítaca, y para conseguirlo superará, como Hércules, distintos episodios de prueba y, una vez superados, logra el retorno a casa con su esposa (Penélope) y su anciano padre (Laertes). La inmortalidad conseguida por Odiseo es fruto de las dificultades del viaje, de la lucha con seres fantásticos y míticos, un proceso de heroización que le permitirá, a la vez, envejecer en su patria.



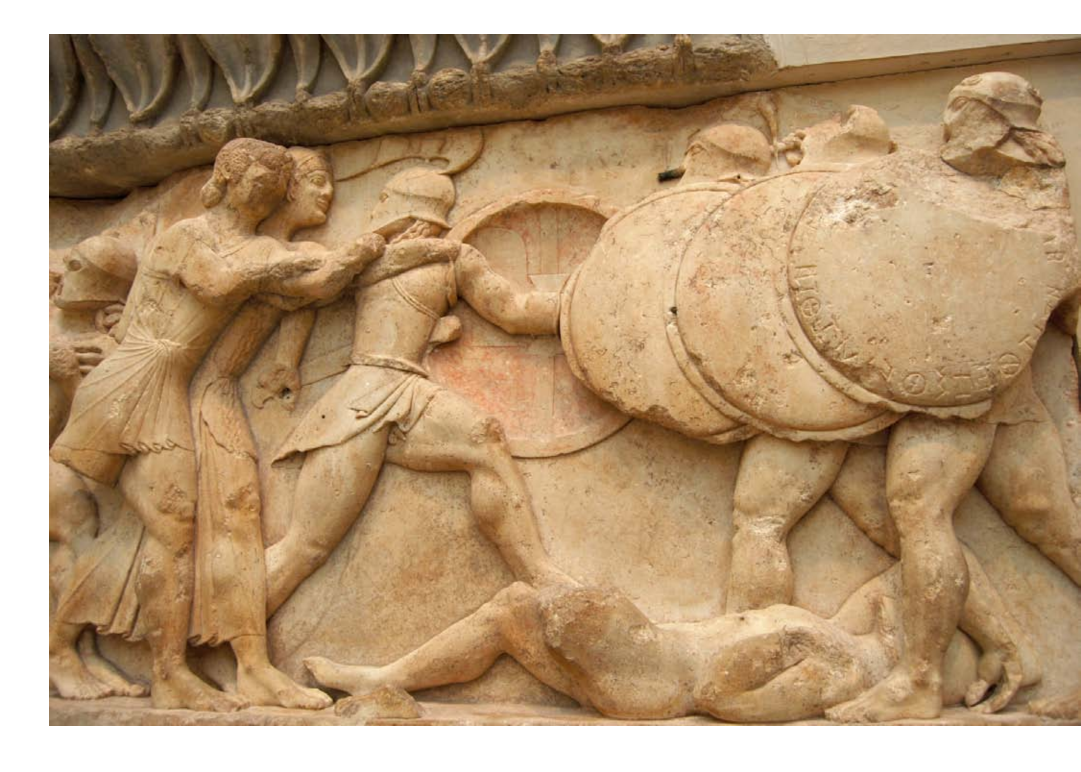


La batalla de Maratón, la guerra de los ciudadanos

Es a partir del s. VII a.n.e. cuando se introduce un sistema de combate totalmente distinto, hecho que subraya los profundos cambios internos sufridos en todo el ámbito helénico. Es el modelo hoplítico, denominado de este modo por el característico escudo redondo que se instaura como emblema propio del combatiente, mientras que en la etapa anterior no poseía este protagonismo, el escudo era un elemento prescindible en el combate cuerpo a cuerpo.

La diferencia crucial es la forma de concebir el enfrentamiento: desde el individualismo del guerrero homérico a la acción colectiva de los hoplitas (figura 1). El ejército hoplítico combatía en formación (falange) y el principal rasgo del mismo es su concepción unitaria y colectiva; unitaria porque no existen diferencias de rango en el interior y colectiva porque la acción del individuo era interdependiente, es decir, su escudo servía para protegerse asimismo y al compañero, ya que la defensa de la posición del individuo en el combate no lo implicaba a él solo sino a todo el sistema, considerando además que el guerrero estaba rodeado frecuentemente de sus familiares más próximos o aquéllos con los que mantenía una relación de amistad o afecto más marcada.

El combate –que rara vez se prolongaba más allá de un par de horas– consistía en el choque o enfrentamiento de dos bloques. Los escudos actuaban como sistema defensivo y las largas lanzas eran las encargadas –junto al empuje de las filas– de desestabilizar a la formación enemiga. Aparece con claridad la 'disciplina', entendida como función básica en el interior de un sistema colectivo. Mantener la posición dentro del sistema, defenderla a cualquier precio y moverse solidariamente con la formación son los principales rasgos de este procedimiento de combate.



Algunos investigadores han señalado el marcado carácter 'campesino' de este tipo de concepción de la guerra, de la lucha y el enfrentamiento. Es cierto que la mayoría de las disputas se producían por terrenos limítrofes y en litigio por las ciudades (las *polis*) enfrentadas y que la victoria llevaba implícita una solución circunstancial del problema. Como ha señalado algún autor (Davis Hanson) se trataba de campesinos que luchaban contra otros campesinos por tierras cultivables sobre campos de cultivo, puesto que

1. Friso de un templo de Delfos con hoplitas en combate.





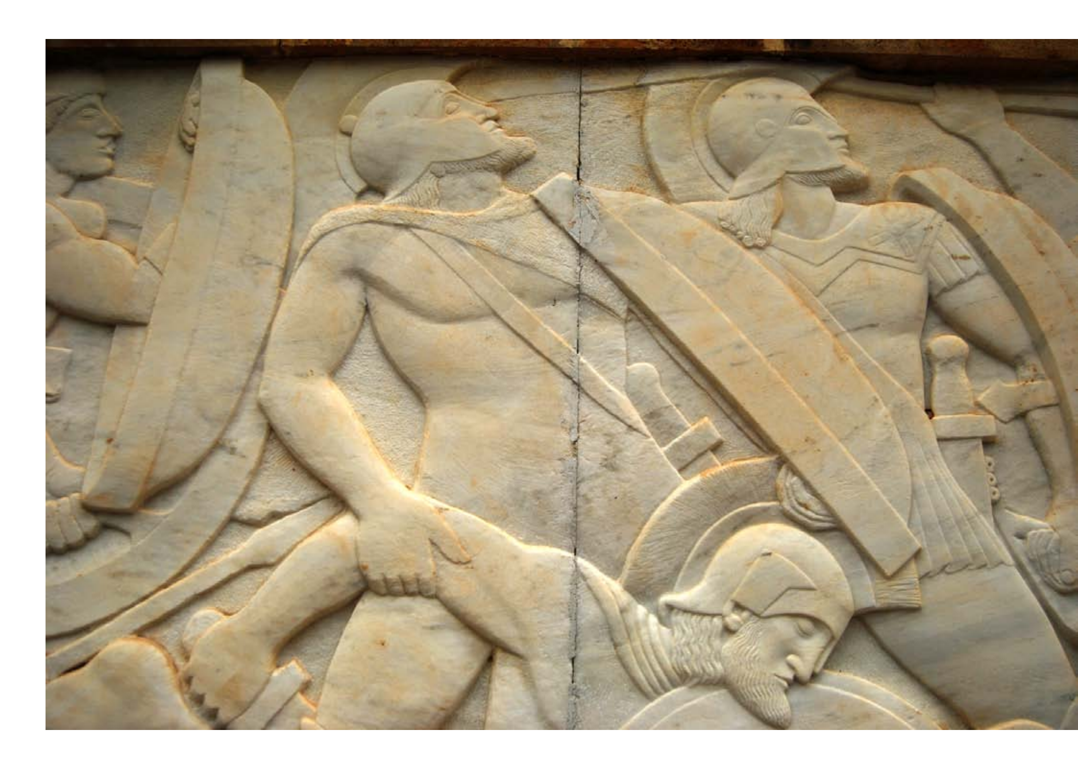
el escenario de la batalla era previamente escogido y convenido entre los contendientes. Este aspecto es bien recogido por Jenofonte (hacia el s. IV a.n.e.) quien señalaba que "el cultivo de la tierra enseña a ayudar a los demás. Así, al luchar contra los enemigos es necesario, lo mismo que al trabajar la tierra, contar con la ayuda de otras personas".

Existían códigos de conducta. Por ejemplo, no se producían masacres ni aniquilaciones cuando una de las formaciones cedía a la presión de la contraria, no se perseguía a los enemigos con la idea de devastarlos o extinguirlos. Tampoco estaban bien vistas las acciones individuales, es decir, abandonar las filas de la formación para enfrentarse en solitario al enemigo. Herodoto nos cuenta como Aristodemo se lanzó como un loco contra el enemigo en la batalla de Platea y cómo sus compatriotas de Lacedemonia preferían el valor de Posidonio, quien se mantenía en la formación, disciplinadamente, preocupado más por su puesto, por sus compañeros, que por su gloria personal.

La guerra hoplítica era sostenible porque no implicaba la devastación y el saqueo, no suponía una pesada inversión de medios humanos y materiales que pudiese poner el peligro el sistema económico sobre el que se sustentaba y, por último, como también señalaba un autor antiguo, Tucídides (s. V a.n.e.), los griegos no emprendían expediciones a tierra extraña, lejos del territorio propio, para la conquista de otras ciudades, sino que se trataba de luchas aisladas entre vecinos.

Pero este modelo sufrió profundas transformaciones hacia el s. V a.n.e. motivadas, fundamentalmente, por las conocidas como Guerras Médicas. Los enfrentamientos entre territorios vecinos, entre ciudades, y con un comportamiento bastante restrictivo, se vieron obligados a reformularse ante la presencia de un potente invasor externo que no comprendía sus códigos de conducta y que sí pretendía apropiarse de sus territorios: el ejército persa de Darío y de Jerjes (figura 2).

Si Jenofonte describía la segunda batalla de Coronea de una forma bastante mecánica: *Chocaron, empujaron, pelearon, mataron y murieron*, el desarrollo posterior de las Guerras Médicas supuso la introducción de una mayor flexibilidad en el comportamiento de la falange, la organización de escaramuzas, el control



2. Detalle del basamento del monumento conmemorativo de la Batalla de las Termópilas y del general espartano Leónidas. El monumento fue construído en la segunda mitad del siglo XX.



3. *El túmulo de los atenienses. Enterramiento colectivo en el que fueron sepultados los atenienses caídos en la Batalla de Maratón.*

del territorio protegiendo los pasos, la realización de asedios, la introducción de modificaciones en las estructuras de las fortificaciones de las ciudades, así como un desarrollo importante de las estrategias y medios navales.

Y los griegos practicaron la monumentalización, los memoriales de los grandes traumas históricos. Tras la destrucción de Atenas en el 479 a.n.e. (hecho también comprobado arqueológicamente) por parte de Jerjes I, los griegos juraron en Platea ese mismo año, no reconstruir los templos destruídos por los persas para que quedasen como testimonio del horror de la invasión, como memoria de la herida sufrida por una colectividad que se encontró frente a un 'enemigo común'. En la actualidad aún puede observarse en el campo de batalla de Maratón el túmulo y el trofeo erigidos por los atenienses tras su victoria en la misma, túmulo y trofeo que son hitos que simbolizaban la victoria de la colectividad y el sacrificio ligado a la misma (figura 3).

Las legiones de Roma, la expansión de un imperio

El proceso de conquista romana de la Península Ibérica responde precisamente a eso, a un dilatado marco temporal del cual las fechas se convierten en meros indicadores circunstanciales de todo un complejo sistema dialéctico entre el conquistador y el conquistado. Las culturas no se destruyen ni se eliminan en una batalla, en una jornada, no desaparecen cuando muere un gobernante (que las representa o controla), al contrario. El conquistado muestra multitud de estrategias destinadas a su adaptación al nuevo marco social y político derivado de su conquista y las relaciones sociales determinan esos nuevos marcos de interacción. El conquistador que, como en este caso, no posee una fuerza o capacidad humana efectiva de control de un territorio tan amplio, cede parte de su gestión y jurisdicción a aquellas capas sociales (aristocráticas) dispuestas a aceptar la nueva situación y transformarse para sostener así su control coercitivo a través de guarniciones del ejército distribuidas estratégicamente por el mismo.





El proceso de expansión de Roma tiene sus inicios en el siglo IV a.n.e. y en el mismo tienen mucho que ver las transformaciones de los ejércitos arcaicos en ejércitos formados y constituídos por legionarios, es decir, por ciudadanos-campesinos, pequeños propietarios, que en una primera fase prestaban sus servicios y que, finalmente acabarían por profesionalizarse a base de contingentes humanos procedentes de todo el Mediterráneo. Roma heredó el sistema de la falange etrusca, cuyo modelo también era el griego descrito anteriormente.

Una de las características más importantes de la legión romana era su versatilidad, su heterogeneidad y fluidez, es decir, su capacidad de adaptación y respuesta ante circunstancias bien distintas, dependiendo de los escenarios en los que se encontrasen. El propio historiador Polibio describía certeramente estos extremos cuando decía que "el legionario romano se adapta a cualquier lugar en todo momento y con cualquier finalidad". Precisamente esta capacidad de respuesta ante situaciones y enemigos diferentes puede explicarse mediante el propio proceso de expansión de Roma por toda la península itálica desde el s. IV a.n.e. donde se enfrentó a ejércitos cuya configuración variaba regionalmente.

El proceso de transformación de la falange romana consistió en una paulatina división en unidades menores y en la adopción de armamento y tácticas especializadas. Es sintomático el abandono del escudo redondo y la lanza o pica por el escudo ovalado (más manejable) y la espada. Las primeras segmentaciones de la falange determinaron su división en *manípulos*, es decir, unidades tácticas menores sobre las que poder realizar maniobras en el campo de batalla. Una legión 'manipular' estaría integrada por unos 4200 soldados de infantería y unos 300 de caballería, divididos en tres líneas sucesivas integradas cada una por 10 manípulos separados entre sí. La unidad organizativa mínima interna de infantería era la centuria, integrada por unos 60/70 campesinos y dirigida por un soldado cualificado (centurión). Cada manípulo estaría integrado por dos centurias.

Este tipo de legión se caracterizaba por su formación en tres grandes líneas (cada una con 10 manípulos como hemos dicho), las cuales estaban integradas por una serie de soldados especializados. Los primeros en atacar al enemigo –fuera de la formación de la legión– con el objetivo de desestabilizarlo, eran las tropas ligeras de infantería ligera y caballería (los *velites*). La primera línea de ataque de la legión estaba integrada por los denominados *hastati* (portadores de *hastas* = lanzas) cuya misión era la de arrojar sus jabalinas sobre la primera línea enemiga para luego atacar con la espada (*gladius*) en una batalla cuerpo a cuerpo. La segunda línea estaba integrada por soldados más experimentados y fuertes, los *príncipes*, que aguardaban el avance del ataque de la primera línea para decidir el desarrollo de la batalla empujando a los *hastati* o cubriendo sus flancos más débiles. Y, finalmente, como una especie de cuerpo de reserva y retaguardia, bien armado y experimentado, los conocidos como *triarii* (en alusión a esa tercera línea de formación) cuya misión era la de proteger a los *hastati* y *príncipes* en el caso de que lo necesitasen, por ejemplo, en el marco de una derrota o huída más o menos organizada pero que en caso de éxito podrían participar del ataque cubriendo determinados flancos o liquidando al enemigo en la huída. Además de estos cuerpos de infantería la legión estaba cubierta en sus flancos por unidades de caballería y grupos de aliados.

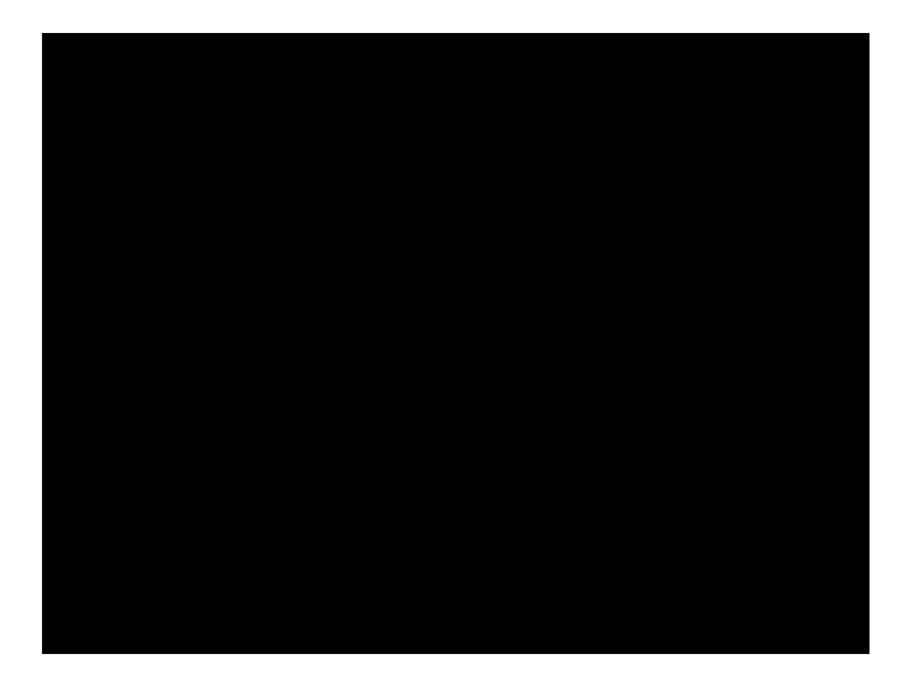
Este tipo de legión fue la protagonista de la Segunda Guerra Púnica. No es extraño observar en las fuentes escritas romanas la presencia de auxiliares o aliados procedentes de numerosas regiones del Mediterráneo y del centro de Europa a lo largo de toda la contienda, incluso los propios iberos tuvieron un papel protagonista, principalmente como aliados y auxiliares de las tropas de Aníbal Barca en su campaña por la península itálica.



Debemos resaltar que tras varios siglos de cambios y reestructuraciones en los ejércitos clásicos greco-romanos, desde la tradicional falange hoplítica hasta la legión manipular romana, pasando por la temible falange macedónica al desarrollo de los denominados como ejércitos helenísticos, toda esta vorágine de luchas y enfrentamientos marcaron el devenir histórico del Mediterráneo antiguo, convirtiéndose, finalmente, en un imperio unificado (expresión que no conlleva el apelativo de estable, ni de ideal político y moral) bajo el dominio romano. En este proceso está constatada, al menos con claridad desde el s. IV a.n.e. la participación de soldados mercenarios iberos en varios conflictos, entre los que cabe destacar las contiendas que se desarrollaron en la isla de Sicilia. La participación y el papel del mercenariado en distintas campañas no lleva implícita únicamente una formación y adquisición de experiencias en el campo militar sino que también sirve como vehículo de propagación de ideas y es productora de cambios sociales internos.

En lo que respecta a la península ibérica, es importante señalar que se convirtió en uno de los principales escenarios de lucha desde mediados del s. III a.n.e., con la propia conquista cartaginesa, el desarrollo de las Guerras Púnicas y, más tarde, entre los ss. II y I a.n.e., con los distintos episodios de conflicto derivados de la invasión romana (las Guerras Cántabras, por ejemplo) o las propias luchas políticas internas dentro del propio sistema romano (Guerras Civiles), entre otros. En consecuencia, podríamos pensar en un largo periodo de más de dos siglos de inestabilidad y crisis demográfica, de cambios y adaptaciones entre distintos sistemas culturales porque el proceso de romanización no fue ni instantáneo ni homogéneo en todo el territorio peninsular.

Finalmente, es interesante analizar cómo ha sido interpretada, recodificada, con posterioridad, la conquista romana. Por ejemplo, los asedios de Numancia o Sagunto se convirtieron en marcos trascendentales del historicismo en la pintura del s. XIX española, es decir, fueron elegidos y construidos como símbolos de resistencia al invasor desde el discurso nacionalista español a lo largo del s.XIX. Allí aparecen monumentalizados en la memoria valores como el sacrificio o la resistencia de los indígenas a sus invasores y aquella moral trascendería, genéticamente, a nuestro comportamiento. Por otra parte, la romanización fue interpretada como base de nuestro actual sistema legislativo, de nuestro idioma, de nuestra inclusión como parte integrante del Imperio Romano, o como base unificadora de la religión cristiana. Además, el origen hispano de ciertos emperadores romanos sirvió como base de legitimación de una relación basada en la aportación más que en la dependencia.



La batalla de Baecula.
Pinche sobre la imagen para acceder al vídeo.







4. Cerro de las Albahacas, lugar de la Batalla de Baecula (208 a.n.e.), vista desde el río Guadalquivir.

Baecula (208 a.n.e.)

Descendemos ahora a un escenario más concreto y más local, aunque no por ello menos trascendente. Y lo hacemos para ejemplificar un análisis arqueológico de una batalla en el contexto de la Segunda Guerra Púnica: la Batalla de Baecula (208 a.n.e.)

Hablamos –ahora sí– de una 'fotografía', de un acontecimiento histórico. Tratamos aquí de una experiencia arqueológica extraña, puesto que no observamos o analizamos un desarrollo temporal largo, de siglos o varias decenas de años –que es lo usual– sino de cómo enfrentarnos al estudio de los restos materiales de unos pocos días de una batalla que se desarrolló hace más de 2200 años. Hemos logrado rescatar esa instantánea y en ella podemos observar elementos fijos del escenario, como los campamentos, pero también indicadores de cómo se desarrolló la batalla, los frentes, los distintos desplazamientos dentro de la zona de combate, las zonas de huída…

Dos autores romanos, Polibio y Tito Livio, entre otros, nos cuentan el enfrentamiento y nos aportan una serie de datos históricos y también topográficos que nos hicieron plantear una estrategia metodológica, basada en la prospección arqueológica, destinada a intentar localizar el campo de batalla. En España no se había realizado ninguna experiencia de este tipo para este periodo histórico y aún sigue constituyendo un ejemplo único, puesto que no disponemos de otros casos.

Esta batalla había sido localizada tradicionalmente en la localidad de Bailén (Jaén) debido al parecido entre el nombre actual de la ciudad con el de Baecula (Baecula = Bailén). No se habían realizado estudios arqueológicos ni existen piezas o inscripciones antiguas que nos permitan hacer dicha asociación. Sin embargo, recientes investigaciones (esta vez arqueológicas y con evidencias materiales) sitúan dicha batalla en las proximidades de la localidad de Santo Tomé (Jaén) y vamos a intentar describir aquí el proceso metodológico que nos condujo a plantear esta nueva hipótesis (figura 4).





Polibio y Tito Livio nos describen el escenario de la batalla, nos cuentan que Asdrúbal Barca se encontraba acampado cerca de la ciudad de Baecula, y que cuando llegaron las primeras avanzadillas romanas, cambió de lugar su campamento a una posición estratégica, un cerro en el que protegerse del ataque enemigo, esperando además que otros dos generales cartagineses llegasen a tiempo como refuerzos para combatir contra Escipión, el Africano, el general romano que ya había tomado Cartago Nova un año antes, en el 209 a.n.e., la ciudad fundada por los cartagineses como su principal puerto estratégico en la Península Ibérica, junto al de Cádiz.

Este traslado de campamento se produjo, según los autores romanos, en poco tiempo por lo que consideramos que entre el primer campamento, cerca de la ciudad de Baecula, y el segundo, no debía existir una distancia superior a los 5 kilómetros. Este dato nos servía como marco de referencia para centrar nuestras zonas de prospección, nuestro entorno de búsqueda de los restos de la batalla.

Además, conocemos los nombres antiguos de algunos asentamientos ibéricos del entorno (Cástulo, Iliturgi, Isturgi, Tugia,...) por lo que no era necesaria la búsqueda en su territorio. De este modo, nos centramos en la investigación de aquellos *oppida* (= ciudades fortificadas) ibéricos existentes en el Alto Guadalquivir y en el entorno de Cástulo. Entre ellos realizamos prospecciones (en lugares topográficamente similares a los descritos por las fuentes romanas) en los sitios de Úbeda la Vieja, Loma del Perro, Cerro del Gato, Baeza, Bailén, Giribaile, Gil de Olid, El Molar, Castellones de Mogón, Bujalamé... finalmente, localizamos el campo de batalla, gracias a la aparición de materiales que se relacionaban con los tipos de tropas presentes en la Batalla de Baecula, y comenzamos un análisis más exhaustivo del mismo.

Desde el año 2006 hasta el año 2010 hemos realizado distintas campañas de muestreo arqueológico en el Cerro de las Albahacas (lugar donde se localiza el campo de batalla), y en el mismo no sólo hemos hallado restos de armas (jabalinas, restos de lanzas, balas de honda de plomo, dardos, puntas de flecha, lanzas romanas –*pilum*–), restos de la *impedimenta* de los soldados (restos de remaches de corazas, engarces, fíbulas o broches, anillos, amuletos,...) o monedas, sino también restos de los distintos campamentos que se realizaron en el contexto de la propia batalla; en una zona hemos podido documentar los restos de la empalizada del campamento cartaginés (figuras 5 y 6).

La distribución espacial de todos estos elementos nos permite reconstruir el desarrollo de la batalla a un nivel microespacial, contando además con un tipo de materiales que nos ha ayudado mucho en





EL ESCENARIO DE LA BATALLA

EL NÚCLEO DE LA BATALLA



Zona de influencia de lanzas, jabalinas y regatones (en naranja). La concentración de "armas pesadas" en esta zona del Cerro de las Albahacas define el núcleo de la batalla. En este momento el ejército de Escipión había llegado al corazón del ejército cartaginés, al que acaba derrotando.

El hallazgo de este tipo de armas nos habla de la presencia de tropas de infantería de ambos ejércitos.

Por otra parte, el hallazgo de elementos como esta espuela confirma la presencia de la caballería.





Tipos de tropas detectadas a partir de estas armas:

- **Puntas de jabalina** → Jinetes númidas
- **Puntas de lanzas regatones** → Infantería cartaginesa, Infantería ibérica, Infantería romana
- **Puntas de *pilum*** → Infantería romana



5. El escenario de la Batalla de Baecula. El núcleo de la batalla.
6. El escenario de la Batalla de Baecula. Los soldados.





esta reconstrucción: los restos de las tachuelas (tacos o remaches de hierro) de las sandalias (*caligae*) romanas (figura 7). Estos se desprendían al caminar, y más aún en una marcha de combate. Su dispersión en el núcleo del campo de batalla y fuera del mismo nos ha permitido reconstruir los movimientos de las tropas romanas, y su traslado desde el campamento de Escipión, el Africano, hasta el campamento de Asdrúbal Barca, es decir, todo el itinerario del ataque, fosilizado en el paisaje.

Por otra parte, la distribución de determinados tipos de armas, como las balas de honda (glandes) de plomo, nos permite localizar determinados cuerpos especializados del ejército, en este caso, los famosos honderos baleáricos, o, en otros, las jabalinas de las tropas númidas que luchaban como aliadas de los cartagineses (figura 8). En suma, nos encontramos ante un caso único en todo el ámbito de la Segunda Guerra Púnica, puesto que hasta ahora no se ha analizado arqueológicamente ningún campo de batalla de esta fase. Esta experiencia nos permite disponer de un modelo de referencia para intentar localizar otros campos de batalla similares, y no sólo eso, sino que conocemos, por primera vez, la escala de una batalla de este tipo en la antigüedad.

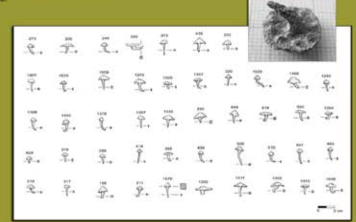
Como describíamos anteriormente, una legión romana estaría integrada por unos 4200 soldados de infantería, apoyados por unos 300 de caballería, a lo que habría que añadir el resto de tropas auxiliares y mercenarios. En la Batalla de *Baecula* participaron, al menos, dos legiones, lo que nos induce a pensar en una cifra aproximada de 10000 unidades. La elección estratégica del general cartaginés delata, al menos, una desventaja numérica, por lo que puede que sus efectivos no superasen a los romanos, en suma, un

TRAS LOS PASOS DE
ESCIPIÓN



La imagen de la derecha muestra las parcelas muestreadas. Las marcadas en rojo contienen tachuelas y marcan las zonas por donde pasó el ejército romano. La imagen de la izquierda muestra la dispersión de tachuelass en la zona superior. Los puntos más grandes indican mayor densidad.

Las tachuelas son la huella más clara de los movimientos del ejército. Estas se caían en el avance de las tropas y han quedado como un documento escrito en la tierra.



Se han hallado centenares de estos pequeños objetos en la zona de estudio, con una distribución que marca de forma clara el itinerario seguido por las tropas de Escipión, desde la parte baja del Cerro de las Albahacas, al sur, ascendiendo hacia la zona superior, área principal del enfrentamiento.



Caliga: sandalia romana
Las tachuelas sujetaban la suela

7. Tras los pasos de Escipión.





EL ESCENARIO DE LA BATALLA

EL PRIMER ATAQUE



Zona de influencia de glandes de plomo (en amarillo). Asdrúbal ante el inminente ataque del ejército de Escipión posiciona a los jinetes númidas, honderos baleáricos y a los africanos a una planicie inferior. Los puntos amarillos describen el movimiento de los honderos hasta la primera línea de ataque del ejército cartaginés (líneas blancas).

El análisis arqueológico del campo de batalla de Baecula ha permitido localizar cuerpos especializados de los ejércitos cartaginés y romano, como los glandes de plomo que lanzaban los honderos de las Baleares, puntas de flecha lanzadas por arqueros iberos, halladas cerca de la empalizada del campamento, así como otros elementos, como dardos o puntas de flecha de otras procedencias.





enfrentamiento de escalas numéricas no tan desproporcionadas como las cifras aportadas por las fuentes (Tito Livio) que nos hablan de más de 10000 prisioneros en la batalla, sin contar las bajas propias y del enemigo.

Además de los datos que nos aporta su análisis, como el tipo de armas utilizadas, la estrategia seguida, la indumentaria de ambos ejércitos,... el estudio de un campo de batalla implica mucho más. A nivel histórico nos encontramos ante un caso de referencia sobre la interrelación de este acontecimiento con la comunidad local indígena (ibérica) que habitaba en el *oppidum* de Baecula. ¿De qué modo afectó este enfrentamiento a esta ciudad? ¿Supuso la inmediata dominación romana y el cambio en sus estructuras sociales y culturales? ¿Qué impacto tuvo la batalla sobre la población? Nos encontramos, por consiguiente ante un laboratorio histórico-arqueológico de primer orden, puesto que, como decíamos anteriormente no sólo podemos analizar el acontecimiento, la batalla y su trascendencia puntual sino que también el inicio del citado proceso de 'romanización' en torno a un *oppidum* ibérico del Alto Guadalquivir. De hecho, nuestras investigaciones ya nos indican que no sería hasta bien entrado el siglo I a.n.e., cuando las formas de apropiación del territorio, el paisaje, entendido como un sistema complejo, construido e idealizado, muestra ya con nitidez los elementos característicos de la presencia romana (epigrafía, sistemas de enterramiento, sistemas de asentamiento, distribución de los mismos en el territorio,…)

8. El primer ataque. Los honderos baleáricos y las tropas númidas del norte de África.







9. Monumento (reconstruído) de la Batalla de Leuctra (371 a.n.e.).
10. Fosa de la Guerra Civil Española (Publicada en la Revista Utopía (http://revista-utopia.blogspot.com/)

Otra mirada a la guerra. La arqueología

Hemos querido presentar, muy esquemáticamente, distintos modelos de cultura de la guerra y hemos pretendido subrayar el contexto socio-político en el que los mismos se desenvolvieron y en los que tienen una lógica propia. No cabe duda del importante papel que la guerra ha desempeñado a lo largo de la historia y de que su investigación científica es más que necesaria, si consideramos además una sentencia realizada por el senador de los Estados Unidos, Hiram Johnson, quien dijo que la primera víctima de la guerra era la verdad, porque insistimos en la estrecha relación que existe y se genera a partir de un conflicto armado entre el vencedor, el vencido y la posterior construcción de la memoria de los eventos acaecidos (figuras 9 y 10).





Bibliografía

BISHOP, M.C. & COULSTON, J.C.N., 2006: *Roman military equipment. From the Punic Wars to the fall of Rome*. Ed. Oxbow Books. Oxford.

DAVIS HANSON, V., 2009: *L'Arte occidentale della guerra*. Ed. Elefanti Storia. Milán.

GRACIA ALONSO, F., 2006: *Roma, Cartago, íberos y celtíberos: las grandes guerras de la Península Ibérica*. Editorial Ariel. Barcelona.

LE BOHEC, Y., 2004: *El ejército romano*. Editorial Ariel. Barcelona.

MORILLO, A. (ed.), 2007: *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*. Universidad de León.

PARKER, G. (ed.), 2010: *Historia de la guerra*. Editorial Akal. Madrid.

QUESADA SANZ, F., 2008: *Armas de Grecia y Roma. Forjaron la historia de la Antigüedad Clásica*. Ed. La Esfera de los Libros. Madrid.

QUESADA SANZ, F., 2010: *Armas de la antigua Iberia: de Tartesos a Numancia*. Ed. La Esfera de los Libros. Madrid.

RUIZ, A.; BELLÓN, J.P.; MOLINOS, M. y GÓMEZ, F., 2011: "La sombra de los hombres: la Batalla de Baecula (208 a.n.e.)". C. Masseria y D. Loscalzo (eds.): *Miti di guerra, riti di pace. La guerra e la pace: un confronto interdisciplinare*. Ed. Edipuglia. Santo Spirito (Bari, Italia).





Iberos en la web 2.0.
Desafíos y oportunidades para una comunicación dialogada de la ciencia

Susana González Reyero

Centro de Ciencias Humanas y Sociales
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Los autores de divulgación científica, como decía Javier Sampedro, no quieren transmitir datos, sino un claro mensaje: que la ciencia es comprensible, que su finalidad es precisamente comprender el mundo y que una ciencia que no se hace entender está coja, inacabada, o aún peor: acabada. Deprimida y mecánica.

La comunicación de la ciencia está inmersa en una transformación profunda desde la llegada de la cultura digital y, más concretamente, tras la generalización de las herramientas asociadas a la web 2.0. Internet ha puesto sobre la mesa nuevas posibilidades de comunicación y plantea alternativas, vías nuevas o poco exploradas.

La recepción del paradigma digital oscila, como han señalado Manuel Gil y Joaquín Rodríguez, entre el apasionamiento vehemente, el escepticismo e incluso el desprecio más ramplón. Pero está claro que hoy debemos hablar de una consolidación de la red, donde la información está interconectada en redes complejas y textos enriquecidos, y de una evolución hacia lugares insospechados. Estamos asistiendo a un cambio de paradigma, del analógico al digital, de la memoria vegetal a la memoria de silicio.

Esta transformación en que estamos inmersos altera radicalmente las formas en que se han realizado hasta ahora la difusión y la divulgación científica. La comunicación de la ciencia en el nuevo ecosistema digital ha cambiado. No se trata de algo meramente formal, sino que supone una convulsión de los modelos de transferencia establecidos hasta ahora. En las páginas siguientes trataremos de esbozar brevemente algunos de los panoramas que se abren para el patrimonio arqueológico, los puntos de inflexión y las vías a explorar.

En arqueología, la difusión y transferencia se caracteriza por una gran diversidad, tanto de contenidos como de soportes y formatos. Es la forma en que la arqueología se hace presente en medios como la televisión o la prensa. Permite también dotar de sentido a lugares patrimoniales como museos, sitios arqueológicos o centros de interpretación. Así se construye una imagen de la arqueología, de los iberos en nuestro caso, que es la que se traslada a la sociedad.

La irrupción de las herramientas web ha provocado una creciente transformación de este panorama. Estos cambios irrumpen con fuerza en dos ámbitos que han sido protagonistas, hasta ahora, de las formas de difusión:

1- La comunicación centrada en un lugar, es decir, geográficamente localizada, ya sea en museos, exposiciones, centros de interpretación o yacimientos.

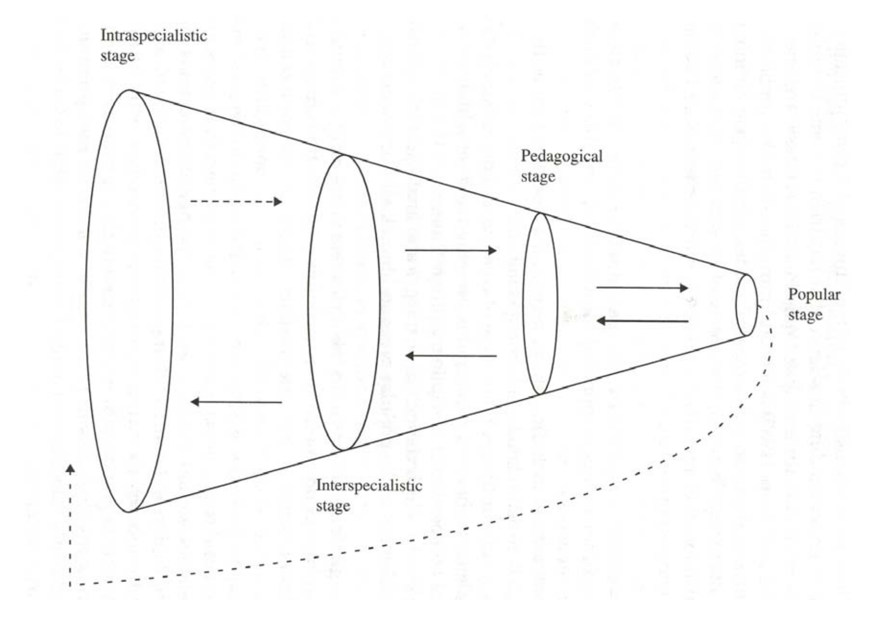
2- Los mensajes sobre algún tipo de soporte, como el texto impreso.

En estos dos ámbitos es fundamental considerar varios sectores sociales, puesto que su acuerdo o consenso es lo que construye una determinada imagen de los iberos, de qué fueron y qué son para la sociedad actual, fundamentando así el discurso histórico que podrá después comunicarse en los diferentes ámbitos. Esto es central: es la relación dialéctica entre estos agentes, su difícil y frágil consenso, lo que construye y ayuda a definir qué significan los iberos en cada momento de la historia de España.

Por una parte hay tres grandes protagonistas de las actuaciones sobre el patrimonio arqueológico. Son, por una parte, la denominada academia: universidades, museos, fundaciones e instituciones u organismos públicos de investigación, especialmente el CSIC. En segundo lugar, la administración pública (local, autonómica, nacional y europea) donde destacamos los servicios de arqueología y los arqueólogos territoriales de las comunidades autónomas. El tercer sector lo forman las empresas de arqueología que, tras el castigo experimentado desde la crisis iniciada en 2008, se plantean su reorientación y menor dependencia respecto al sector de la construcción, al tiempo que se dedican crecientemente a la actuación preventiva y a la amplia gama de productos relacionados con el turismo cultural.

Pero en la construcción de qué entendemos por iberos a cada momento es preciso incluir la acción de un cuarto grupo: el resto de la sociedad, tradicionalmente denominado público. Es sin duda el sector más amplio y, con su visita a museos, exposiciones y centros de interpretación se hace diferentes ideas de cómo vivieron los iberos.

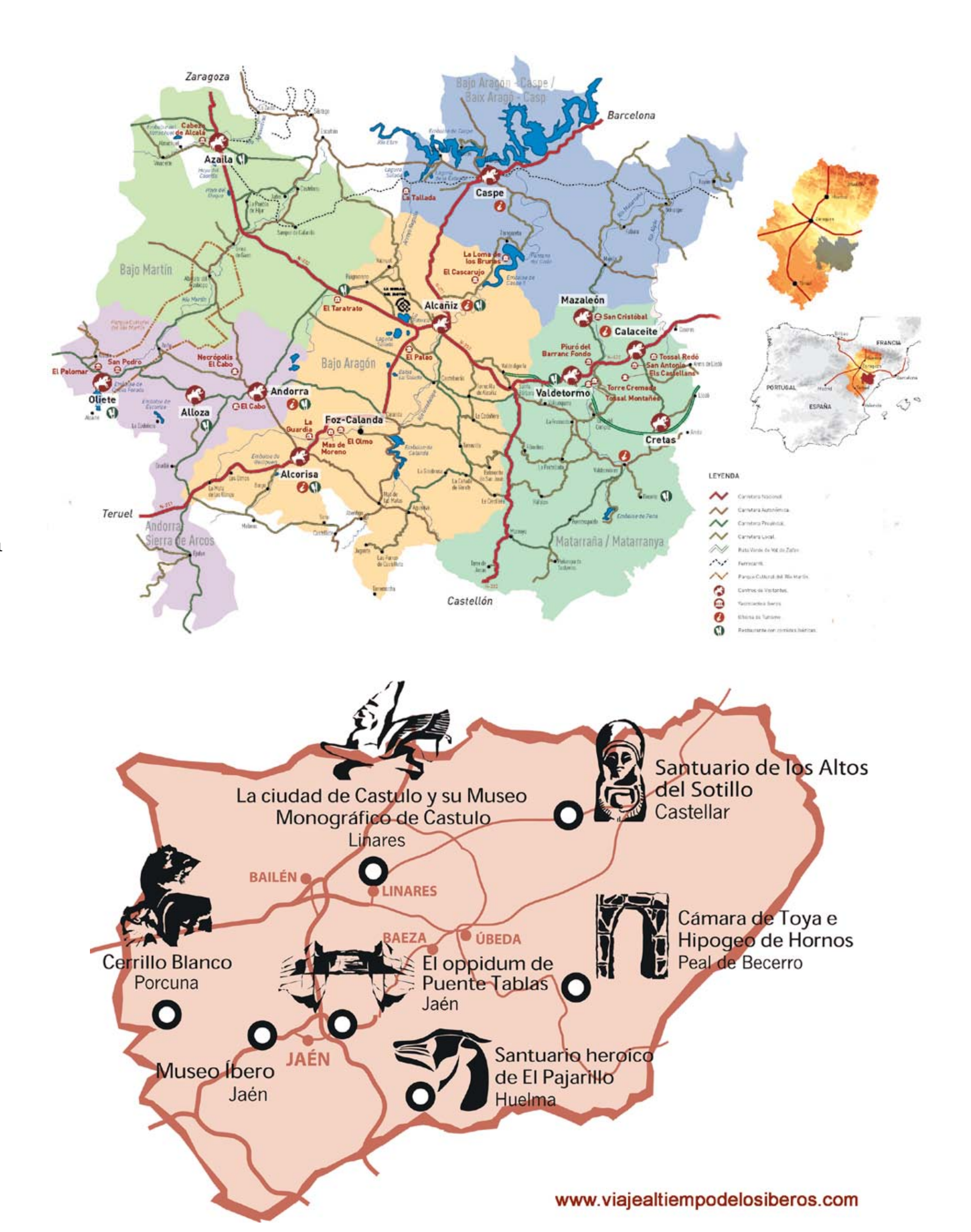
De los sectores mencionados, academia, administración y empresas son quienes producen y gestionan la difusión y comunicación de la arqueología en España. Pero, como han señalado varios autores, sus actuaciones no discurren frecuentemente por la misma vía. Parecen seguir canales que no se cruzan. Faltan todavía las necesarias pasarelas, prácticas conjuntas que integren por una parte conocimientos y, por otra, experiencia de gestión. Y ello a pesar de que existen, crecientemente, necesidades que obligan a soluciones conjuntas, integrales. Crecen, por ejemplo, los investigadores interesados en la comunicación o los estudiantes que buscan salidas en la difusión del patrimonio. Es preciso tender puentes entre los sectores tradicionales, eliminar las barreras aún presentes entre ellos.



1. La comunicación de la ciencia como un diálogo continuo.

En las últimas décadas se ha consolidado un tipo de difusión basada en parques arqueológicos, centros de interpretación *in situ* y rutas y recorridos de alcance autonómico. No es nuestro objetivo aquí atender a cuáles han sido las causas de su éxito, pero sí debemos recordar que este modelo no es ajeno sino convergente con los intereses de la política autonómica. Permite, además, crear un recurso de turismo patrimonial y cultural que puede ser económicamente significativo para ciertos territorios, especialmente los rurales.

Esta fórmula ha significado la puesta en valor de conjuntos arqueológicos de gran importancia, de una forma integral y posibilitando el desarrollo de diversas formas de difusión y transferencia que han incidido positivamente en la población y política local. Estos centros de interpretación han permitido acercar un discurso, en nuestro caso sobre los iberos, a las poblaciones locales y al visitante, permitiendo difundir cuál es el estado del conocimiento actual sobre distintos aspectos de los modos de vida de estas sociedades. Debemos citar aquí cómo las rutas de los iberos puestas en valor en varias Comunidades Autónomas permiten acercar el patrimonio al visitante. Destacan en este sentido la ruta de los iberos en Aragón, el viaje al tiempo de los iberos, en Andalucía, la ruta ibérica valenciana, la ruta de los iberos en Cataluña, en Castilla- La Mancha o en Murcia, etc.



2. Itinerario de la ruta de los iberos en Aragón.
3. Recorrido del viaje al tiempo de los iberos en Jaén.

El centro de interpretación permite transmitir ciertas ideas sobre la propia arqueología, sobre cómo ésta se constituye hoy como una interacción de métodos y perspectivas multidisciplinares muy diversas, cuyo objetivo y ambición es emprender una bioarqueología de los seres vivos. La arqueología pone en común los estudios sobre las sociedades humanas junto a los de flora, fauna y medio ambiente para llevar a cabo la necesaria reconstrucción de los modos de vida protagonizados por las sociedades antiguas. Se intenta recomponer la vida en un pasado concreto y por ello la orientación hacia lo cotidiano debe integrarse, y puede de hecho ser mucho más productiva incluso, que la exclusiva orientación hacia lo excepcional.

Internet transforma la forma en que se generan y difunden los discursos. A los soportes habituales han venido a sumarse una amplia gama de nuevas posibilidades que cambian las formas de interactuar entre quien emite la información y quien la recibe. Este cambio afecta tanto a la visita del parque arqueológico y, por tanto, a la experiencia del lugar antiguo como a la difusión de un discurso, en nuestro caso, sobre los iberos.

En la visita del lugar antiguo, las nuevas tecnologías han cambiado las formas en que los contenidos patrimoniales pueden hacerse presentes. Más allá de la transformación en los modos de disponer la información –textos, mapas o vídeos descargables en télefonos, ordenadores o tabletas–, lo interesante es que las nuevas tecnologías permiten crear nuevos modelos de visita al lugar.

Ya no tendrá que bastar, ni siquiera será imprescindible la información de un panel, sino que el público podrá acceder a una gama más amplia de recursos disponibles que colmen su curiosidad. Esto se adecúa mejor a la heterogeneidad del público, que descargará contenidos en función de sus necesidades, curiosidad o formación. Estos contenidos disponibles pueden reorientar así las visitas guiadas tradicionales, subsanar contenidos anticuados o la mala conservación de paneles, por ejemplo. También permite atender diferenciadamente los grupos de intereses y usuarios, cada vez más fragmentados y heterogéneos.



4. Pinche sobre la imagen para acceder al vídeo de La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia).

A su vez, el empleo de dispositivos móviles permite la entrega de recursos de información fuera de los espacios tradicionales, como los museos y centros de interpretación. Ayudan a que los discursos patrimoniales puedan llegar a lugares aislados. Por ejemplo, los proyectos llevados a cabo por la Royal Commission on Ancient and Historical Monuments de Gales (Gran Bretaña) han desarrollado nuevas e innovadoras formas de hacer llegar los

discursos patrimoniales a un público más amplio o a lugares fuera de las rutas puestas en valor.



Este nuevo panorama obliga a una redefinición de los lugares tradicionalmente alojadores de saber, como las bibliotecas y museos. Por ejemplo, ¿qué lugar deben ocupar los museos? Considerándolos, de acuerdo con James Clifford, como zonas de contacto, espacios de encuentro donde interactúan investigadores, profesionales y público, la Unión Europea considera que ocupan una posición única en la confluencia entre lo "local", lo "nacional" y lo "global". Actualmente es objeto de debate su posible recondicionamiento o reubicación, es decir, qué lugar y funciones ocuparán en el nuevo ecosistema digital. Proliferan las jornadas de debate dedicadas a las nuevas estrategias en Internet para museos y bibliotecas. Una reciente celebrada en el Museo de Valencia evaluaba cómo el creciente intercambio de información y opinión en Internet abre la posibilidad de ofrecer nuevos servicios en los museos y bibliotecas, nuevas vías de comunicación y difusión del patrimonio. Entre ellos se impone crecientemente la convicción de un acceso libre al patrimonio, que es coherente con los nuevos modelos teóricos de museo. Así, más allá de la posibilidad de simples visitas virtuales, se tiende a la oferta de auténticas bases de datos con información sobre miles de obras. Se incrementan las iniciativas destinadas a poner a disposición del público determinados contenidos patrimoniales y culturales. Entre ellas, y en nuestro país, destaca CER.ES *(Colecciones en Red)*, un catálogo colectivo en línea emprendido por el Ministerio de Cultura que reúne información e imágenes de una importante selección de bienes culturales provenientes de los museos integrantes de la *Red Digital de Colecciones de Museos de España*.

Los proyectos destinados a proporcionar contenidos arqueológicos en open access tienen como objetivo desarrollar y ofrecer en abierto bases de datos al tiempo que estandarizar la información como forma de lograr su conservación y preservación a largo plazo. Entre ellos podemos destacar, la European digital library (Europeana), una plataforma para compartir información útil para la arqueología debido a su naturaleza interdisciplinar y a que alberga información en una multiplicidad de soportes: Imagen, vídeo, texto, sonido. También destacamos otras iniciativas en abierto, sin duda la pionera del Massachusetts Intitute of Technology o la de la Open University de Gran Bretaña, con una amplia trayectoria en cursos en abierto.

5. El público y el museo en Caravaca de la Cruz (Murcia).

Estas últimas iniciativas nos anuncian ya que la era digital en que vivimos, habitada por la omnipresente tecnología multimedia, ha llegado a la enseñanza. Dentro de la amplia categoría del elearning encontramos cualquier tipo de entorno de aprendizaje que utiliza medios informáticos para mejorarse y cuenta con el apoyo de tecnologías multimedia.



El aprendizaje electrónico –mediante el uso de las nuevas TICs (video conferencia, Internet, etc.)– puede ser un complemento, o una alternativa, a los procesos tradicionales de enseñanza. No se trata sólo de acudir formalmente a las nuevas tecnologías, sino que asistimos a un nuevo paradigma educativo que se basa en un cambio de perfil del profesor y del alumnado.

La educación a distancia aparece como prometedora en entornos en los que existe un sostenido incremento de la demanda educativa, ya que se convierte en una oportunidad para continuar con la formación para aquellos que están fuera de los sistemas presenciales. Así, puede ser una alternativa o posibilidad para lugares alejados de los centros docentes, ya que rompe con la necesidad de un tiempo y ubicación específica. Es una faceta más del cambio general hacia un "aprendizaje flexible", que elimina barreras espacio-temporales. Aunque sus aplicaciones a la arqueología han sido escasas, ocupa ya un lugar indiscutible y va disminuyendo la idea de que pueda ser una formación de segunda.

¿Qué ventajas presenta el elearning? En primer lugar, su carácter de formación permanente e instantánea. Supone una multiplicación de la oferta: everytime, everywhere. La flexibilidad es, sin duda, uno de sus elementos más atractivos. Es aprendizaje formal, informal y no formal a la vez, puede ser un aprendizaje en comunidad. Sus contenidos poseen varias características fundamentales: 1-. Multimedialidad; 2-. Interactividad; 3-. Sociabilidad (de lo mío o tuyo a lo nuestro); 4-. Adaptabilidad (¿en tu ipad o en mi tablet?) y 5-. Estandarización (lo cojo, lo cambio, lo reutilizo, lo encuentro). Permite, además, una multiplicidad de herramientas tecnológicas y de riqueza en el despliegue de contenidos. Es una enseñanza versátil y rentable, en la medida en que permite entrenar a un número elevado de alumnos al mismo tiempo y a pesar de que su coste de producción es elevado.

Especialmente interesante para la arqueología es su flexibilidad y cómo puede alcanzar a alumnos o público dispersado geográficamente. Puede, entre otros, proporcionar una formación continúa a los sectores implicados en la difusión del patrimonio, por ejemplo a los guías de centros de interpretación o rutas patrimoniales. De esta forma, la difusión puede ayudar a la creación o mantenimiento de los recursos patrimoniales como soluciones eficaces y duraderas para los territorios.

6. La alfabetización digital en profesores y alumnos.

Los riesgos del elearning radican en reducirlo a mera tecnología y que el contenido se convierta en una "ensalada" de métodos, teorías y modelos. Por sí sola, sabemos que la fascinación tecnológica es una peligrosa compañera de viaje. Existen también riesgos en la flexibilidad y en el aprendizaje solitario y sin guía. Al mismo tiempo, la apuesta que se hace desde las instituciones carece en ocasiones de estrategia. Es decir, hay que tener elearning aunque no se sepa para qué.

Así, parece que el futuro del elearning no dependerá de las nuevas herramientas informáticas, sino de la capacidad que desarrollemos para aprovechar sus potencialidades. En este sentido, el tutor online es una pieza clave para garantizar el éxito de la formación de calidad. En cualquier caso, no parece que el elearning sea un sustituto de otras formas de educación. Es un complemento, que en ocasiones puede llegar a ser el más efectivo. Sí es claro que nos pone frente a nuevos retos, por lo que es necesario recibir e incorporar las respuestas del público.



7. Pinche sobre la imagen para acceder al vídeo sobre la construcción de una casa ibérica en La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia).

Como hemos señalado, el elearning es un campo relativamente nuevo en arqueología. Se entiende de manera muy amplia y es difícil estimar cuál de sus aplicaciones y diversas facetas se desarrollarán en el futuro. Cursos como "Patrimonio arqueológico en la Europa contemporánea" que ha sido objeto del proyecto europeo Leonardo da Vinci *Elearning as a tool of knowledge transfer in the field of protection and Management of Archaeological Heritage* (2007-2009), así como diversos experimentos y estudios pilotos en elearning arqueológico nos indican que es un recurso relativamente inexplorado aún para la enseñanza de la arqueología. Como casos prácticos de elearning mencionaremos los cursos de la universidad de Liverpool, que ha utilizado los podcast por el gran potencial que tiene el mlearning o aprendizaje electrónico móvil para la arqueología de campo, o los llevados a cabo desde la Open University de Gran Bretaña o desde la sociedad Aranzadi con su programa Arkeonet.

Debemos subrayar que las soluciones del elearning pueden ser un activo importante en la difusión de contenidos arqueológicos entre los profesionales y el público. El elearning es un ejemplo de las posibilidades abiertas respecto a la docencia de la arqueología, donde destaca la interacción como clave en las nuevas formas de diálogo y aprendizaje. Este panorama respecto a la comunicación de la ciencia nos sitúa frente a varios retos que es necesario afrontar. A ellos nos referiremos brevemente.

En toda esta transformación digital, aparece un primer factor central: internet tiene una diferencia fundamental respecto al panorama precedente y es que permite el diálogo, contrastación e interactividad con el público. La web posibilita un global sharing de formas que nunca antes fueron posibles. El centro de interpretación, museo o biblioteca, tal y como están concebidos hoy, no lo permiten. Por eso la web se ha constituido en pocos años como un importante espacio alternativo y ha transformado las formas de transmitir y colaborar. No sólo supone

el cambio, por ejemplo, del libro impreso al ereader digital, sino que fundamentalmente supone cambios en las formas de leer y en las formas de aprendizaje, de intercambio, de coautoría.





8. La visita al asentamiento ibérico: Peñarrubia (Albacete).
9. La modelización 3D del asentamiento antiguo: El Macalón (Albacete).

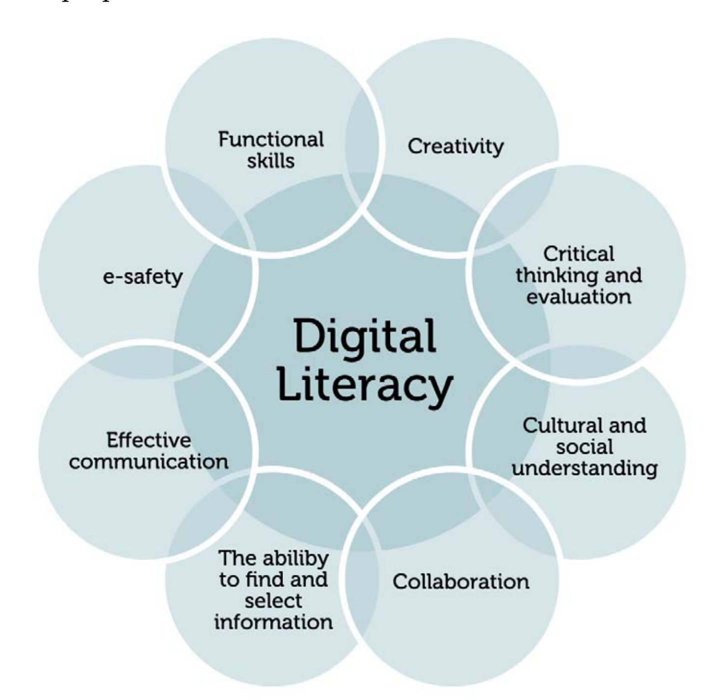
Como han señalado Manuel Gil y Joaquín Rodríguez, ni los modos ni las maneras de enseñar pueden ser ya los mismos: si el tipo de docencia practicada habitualmente en las aulas consistía en la emisión de un discurso unidireccional y sin contestación entre aquel que (supuestamente) sabía y quienes necesitaban aprender, las nuevas herramientas nos permiten multiplicar los discursos, oponerlos, refinarlos y extraer las conclusiones que corresponda. A la univocidad tradicional le sustituye, en gran medida, la pluralidad contemporánea. Asistimos al paso de las pedagogías de la retención a las pedagogías de la participación.

Esta construcción de nuevas formas de comunicar puede llevar a iniciativas socialmente relevantes en el campo del patrimonio cultural. Pero plantea también situaciones ante las que es preciso actuar. Por ejemplo, la creciente modelización de los lugares antiguos, mediante herramientas como las de la realidad virtual, puede llegar a eclipsar la propia visita al lugar. Esto plantearía un reto a la arqueología en cuanto a cómo reintroducir la experiencia del lugar antiguo, ya que la visita a los yacimientos tiene un papel fundamental en los modelos actuales de difusión y turismo cultural. Otro ejemplo nos lleva a los podcast, que pueden ser simples complementos enriquecedores de un discurso central expuesto en paneles, pero también pueden reconfigurar las ideas y materiales expuestos al público. En este caso, la adopción de las innovaciones técnicas obliga a que las instituciones se replanteen su posicionamiento respecto a la comunicación, ya que lo que en realidad se promueve es una transformación de los modelos de transferencia y comunicación.

Un primer reto en que nos detendremos está relacionado con la mayor visibilidad que propicia la red. Buen exponente de ello son, sin duda, las políticas open access. Pero, ante la creciente disponibilidad de contenidos en internet, es precisa una educación diferente respecto a la crítica y selección necesarias con que enfrentarnos a la creciente disponibilidad on line de todo tipo de información. La tendencia es pro-

porcionar todo en abierto, pero es indispensable dotar a los agentes sociales educadores o formativos de las herramientas necesarias para poder enseñar a elegir críticamente entre las amplias posibilidades del consumo web.

El reto es cómo efectuar el paso de la educación recibida a la nueva y necesaria digital literacy (usualmente traducida como alfabetización digital). Es decir, la cada vez mayor disponibilidad de contenidos digitales plantea una sobreabundancia de datos que puede desinformar a la sociedad de la información. De hecho, el acceso a la información no nos hace automáticamente sabios, más bien plantea nuevos retos. No está informado quien vaga sin rumbo en la red y toma como información todo lo que oye o lee, sino quien ha aprendido a filtrar de esa marea de datos lo relevante para sus propias necesidades.



Creemos que las bases de datos en abierto, frecuentes en las políticas de open access de museos e instituciones, no son una solución sino que han pasado a ser un nuevo problema. A pesar de tener cada vez una mayor información disponible, el acceso al saber almacenado es un difícil acto de selección. La abundancia de información enmascara y dificulta la identificación de lo fundamental. La sobreinformación puede desanimar o ralentizar la toma de decisiones. No sólo hay que poner a disposición los datos, hay que educar para que se sepa convertir las informaciones en saber.

El problema básico al que nos enfrentamos es cómo dotar al público de herramientas para llevar a cabo una discriminación inteligente de toda la información disponible. Esta mayor selección es indispensable para navegar por la cada vez mayor oferta de contenidos sobre arqueología. Las informaciones deben ser filtradas, configuradas, estructuradas.

Quizás nos enfrentamos a la necesidad de redimensionar el papel y la organización de los agentes implicados en el patrimonio de formas no necesariamente institucionales, de forma que podamos intervenir en la extensión de la alfabetización digital. La creciente disponibilidad de contenidos sobre arqueología en abierto plantea un desafío para todos los agentes o grupos implicados en la producción de conocimiento y comunicación. Por ejemplo, si la oferta patrimonial de los profesionales no es satisfactoria, el público puede descargar –vía smartphone, tablet, etc.- parte de los contenidos en red. Sin embargo, éstos pueden estar superados. Puede tratarse de contenidos antiguos que han sido digitalizados. Sin embargo, y ante una deficiente oferta, éstos pueden ser los que lleguen al público, empeorando la difusión y transferencia de la ciencia global.

10. Implicaciones de la alfabetización digital.

Un segundo reto está relacionado con la nueva organización en comunidades de intereses que ha surgido con la web 2.0. Su aplicación a áreas como el patrimonio posibilita actuaciones muy prometedoras. Hay una creciente tendencia hacia la organización en red, que supera el marco de las instituciones y se guía por intereses comunes. De hecho, las nuevas herramientas difícilmente pueden ser abordadas desde una perspectiva que no se separe del marco que dibujan las estructuras institucionales existentes.

La red está, en este sentido, por encima de las instituciones. Fomenta, de hecho, un mayor intercambio entre instituciones y empresas. De hecho, en países como Francia o Bélgica se ha constatado que la organización en red ocupa cada vez un papel mayor entre los actores que protagonizan la difusión en arqueología, algo que testimonia el éxito de ArchéoPass en Bélgica. Estas redes de cooperación pueden ser «horizontales», emanadas de una cooperación entre los miembros, o «verticales», instauradas a partir de una tutela institucional. Es preciso interrogarse sobre qué formas de cooperación se abren y sobre cómo esta acción en red reconfigura forzosamente la tradicional forma de difudir y comunicar la arqueología.

Intervenir en estas nuevas formas de organización necesita una distinta implicación del científico o experto y esto suele requerir que su dedicación a la comunicación de la ciencia obtenga un reconocimiento adecuado en su ámbito profesional. Es preciso plantearse: ¿podemos permitir, o permitirnos, una separación tajante entre la academia o profesionales y los entornos surgidos de internet? En países como Gran Bretaña ya se ha planteado la necesidad de reconciliar la tradicional prioridad de las universidades por la educación superior con las exigencias del s. XXI, en cuanto a la necesidad curricular del aprendizaje permanente y las nuevas prácticas de comunicación generalizadas. Se ha planteado que las agencias nacionales de educación superior de Reino Unido deben trabajar para reconfigurar el papel de la universidad en la economía global del conocimiento. Deben constituirse en primer lugar como quienes gestionan y desarrollan los intereses de los alumnos/clientes, en lugar de facilitar meramente su acceso independiente a los sistemas de conocimiento. Estos discursos pueden ser incómodos para la forma tradicional en que las universidades y centros de investigación se han visto a sí mismos, como centros de un conocimiento disciplinario y experto y también en cómo han concebido consecuentemente al alumnado. En el nuevo espacio digital ya no podemos hablar de una cadena de comunicación de la ciencia unidireccional, de experto a público, sino que nos hallamos en escenarios más bien reticulares o espirales, donde el discurso se produce a partir de una interconexión.

Se impone, por tanto, una reubicación de todos los actores que mencionábamos al principio, el profesional, la academia, la administración y el público. Los tres primeros deben implicarse decididamente y coordinadamente para tener un papel en esas plataformas de comunidades de intereses, nuevos actores que entran a formar parte de cómo se consensúa el patrimonio arqueológico. Es preciso promover una mayor organización y colaboración entre todos los grupos responsables o implicados en la protección y gestión del patrimonio, donde se medien y controlen contenidos y propuestas.

Sector profesional, administración y público deben unirse en la construcción de nuevas plataformas que permitan un acceso distinto a la ciencia y una construcción co-participativa de ella. En esta dirección parece apuntar la estrategia de la Comisión Europea “Europe 2020. A strategy for smart, sustainable and inclusive growth”. Entre los siete buques insignias de esta estrategia des-

taca la iniciativa de "A digital agenda for Europe", que supone el decidido apoyo a la digitalización del rico patrimonio cultural europeo y a la alfabetización digital. Ésta debe proporcionar competencias en cuanto a las habilidades comunicativas, el sentido crítico, la mayor participación, la capacidad de análisis de la información, etc. En definitiva, la estrategia europea quiere impulsar que seamos capaces de interpretar la información digital, valorarla y crear a partir de ella mensajes propios. Para ello, es necesario formar y proporcionar herramientas para decidir ante las alternativas que las nuevas posibilidades tecnológicas plantean.

Autores como Russell han insistido en que los cambios en la comunicación científica, al menos por ahora, serán probablemente más evolucionarios que revolucionarios. Los nuevos sistemas de comunicación coexistirán, de momento, con los más tradicionales. Señala, sin embargo, dos tendencias claras. En primer lugar, el hecho de que nos encontramos en un período crítico de transición para la comunicación académica, en el que se están sentando las bases para el futuro, aunque sea difícil predecir exactamente qué nos depara ese futuro. Y, en segundo lugar, que la comunicación académica está vinculada a las tecnologías de la información, y esto puede crear sin duda un menor acceso a aquellos países o territorios con menores posibilidades tecnológicas. Pueden perpetuarse, por tanto, condiciones de desigualdad entre poblaciones en función de su ubicación y acceso a las tecnologías, pero también pueden aparecer nuevas condiciones de desigualdad.

Estas comunidades de intereses sobre el patrimonio arqueológico, que integren nuevas formas de diálogo entre experto-público, son la nueva estructura que puede permitir una reflexión sobre cómo se ha pensado y actuado sobre el pasado desde el presente. Una nueva oportunidad para formar una ciudadanía más crítica con las formas en que se acude al pasado como argumento para las acciones en el presente. La búsqueda de legitimidad puede apropiarse del pasado, manipularlo, hacer lecturas exclusivas y separarlo de la amplia mayoría social a quien pertenece. Una de las tareas prioritarias de la divulgación científica debe ser dotar de herramientas y fomentar el juicio crítico de amplios sectores de la ciudadanía respecto a esta tendencia, recurrente, de ver en el pasado una fuente para construir las identidades del presente.

Es cierto, como sostiene D. Innerarity, que la democratización del conocimiento es el reto del s. XXI. Es necesario proporcionar herramientas que permitan al público, a amplios grupos sociales, analizar críticamente las supuestas construcciones que se le brindan sobre su pasado. Quizás sólo la creación de comunidades de intereses, algo para lo que la web 2.0 constituye un espacio idóneo, puede llevarnos a proporcionar este tipo de recursos y al necesario mayor diálogo entre el profesional y el público. Una oportunidad insoslayable para que la ciencia no sólo incida en las políticas del presente, sino para que se convierta al fin en parte importante de ese bagaje que nos ayuda a tomar nuestras decisiones como ciudadanos.

Bibliogragía

Gil Espín, M. y Rodríguez López, J., 2011: *El paradigma digital y sostenible del libro*, Trama editorial.

Innerarity, D., 2011: *La democracia del conocimiento. Por una sociedad inteligente*, Paidós, Madrid.

Russell, J. M., 2001: *La comunicación científica a comienzos del siglo xxi*, Revista Internacional de Ciencias Sociales, Vol. 168 (2001) Key: citeulike:2818126. http://www.oei.es/salactsi/rusell.pdf

Politis, D. (ed.), 2008: *E-learning methodologies and Computer Applications in Archaeology*.

Marciniak, A.; Van Londen, H.; Kok, M., 2010: *E-Learning Archaeology: Theory and Practice*, Amsterdams Archeologisch Centrum.

Martínez Navarrete, M.I., 2001: "Archaeological thought and practice in Spain (1939-2000)", Biehl, P. F.; Gramsch, A.; Marciniak, A., (eds.): *Archäologien Europas/ Archeologies of Europe*. Geschichte, Methoden und Theorien/History, Methods and Theories, 361-401.

Sampedro, J., 2006: "En la red científica", El País, 27 de mayo de 2006.

VV.AA., 2010: *Debat, Hacia una carrera investigadora en arqueología, Revista d'arqueologia de Ponent*, nº 20.

Europe 2020. a strategy for smart, sustainable and inclusive growth. http://ec.europa.eu/europe2020/index_en.htm

Okell, E., 2008: *E-learning and evaluating Multiple Interpretations (emi).* The Background to the GLO Tool and Interface: a practitioner-developer´s perspective. Paper presented at the Humanities Meeting, University of Leeds.

Using Images in Teaching History, Classics and Archaeology, 2009.

Créditos de la parte gráfica

Álvarez, R.: Fig. 9.29, 9.32.

Archivo Au (Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC): Fig. 6.3, 6.4, 6.7.

Angermeier, Markus: Fig. 1.5.

Banco de datos Hesperia: Fig. 10.2.

Beltrán Lloris, Francisco: Fig. 10.1, 10.5.

Bell, Frances: Fig. 14.6.

Bellón Ruiz, Juan Pedro: Fig. 13.1, 13.2, 13.3, 13.5, 13.10.

Blánquez Pérez, Juan- Universidad Autónoma de Madrid: Fig. 3.9.

Centro Andaluz de Arqueología Ibérica, Universidad de Jaén: Fig. 3.1, 3.2, 3.3, 3.4, 3.5, 3.6, 3.7, 3.11, 3.12, 3.14, 3.15, 3.17, 7.15, 13.4, 13.6, 13.7, 13.8, 13.9, 14.3. Proyecto Baecula: © Video p. 204. Diseño: Musaraña, Gestión Integral de Museos, S.L: Fig. 13.5, 13.6, 13.7, 13.8.

Comte, Florent: © Video p. 132.

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CCHS, Léxico de Iconografía Ibérica: Fig. 4.8, 4.11, 4.13, 4.22, 4.34, 5.14.b, 5.18, 7.4, 7.7, 7.8, 7.11.b., 7.12, 7.13, 7.14, 7.16, 7.17, 7.18.a, 7.20, 7.22, 7.23, 7.24, 7.25, 8.11, 9.2, 9.3, 9.4, 9.5, 9.6, 9.12, 9.13. Dibujos Victorino Mayoral: Fig. 1.1, 1.2, 3.10, 4.1, 4.4, 4.14, 4.17, 4.30.derecha, 4.31, 4.35, 4.36.

Currás Refojos, Brais: Fig. 14.9.

Chapa Brunet, Teresa: Fig. 5.1, 5.2, 5.3, 5.4, 5.5, 5.6, 5.7, 5.8, 5.10, 5.12, 5.13, 5.14.a, 5.15, 5.16, 5.19, 5.20, 5.21, 5.22, 5.23.

Chiner, F.: Fig. 5.17. Chiner, F. y Díez Cusí, E.: Fig. 4.12.

Del Pino, Rafael: Fig. 8.13.

Favier, Marie-Noëlle. Copyright: © Institut de Recherche pour le Développement (IRD), Marsella: Fig. 8.1.

Fernández del Castillo, Carlos: Fig. 5.14.c.

Ferrer, J.: Fig. 10.4.

Geer, Ruth: Fig. 14.10.

González Posada, Carlos Benito: Fig. 10.6.

González Reyero, Susana: Fig. 3.8, 7.2, 7.5, 7.6.a, 7.9, 7.20, 7.21, 13.8, 13.9.

Gorgues, Alexis: Fig. 8.9.1, 8.9.2, 8.10.1, 8.10.2.

Grau Mira, Ignasi: Fig. 2.3, 2.5.

Instituto Gómez-Moreno, Fundación Rodríguez-Acosta, Granada: Foto Carmen Rueda Galán: Fig. 11.3, 11.7.

Instituto Conde Valencia de Don Juan: Foto Margarita Moreno Conde: Fig. 11.2.

Izquierdo Peraile, Isabel: Fig. 5.17, 7.19.

Jordán, C.: Fig. 10.3.

López, Daniel: Fig. 9.7, 9.8, 9.9, 9.19, 9.20, 9.25, 9.26. © Video p. 154.

Mahieu, P.: Fig. 8.4.

Mayoral Herrera, Victorino: Fig. 4.7, 4.9, 4.21, 4.23, 4.24, 4.25, 4.27, 4.29.

Monrós Gonzàlez, Meritxell: Fig. 9.7, 9.8, 9.9, 9.19, 9.20, 9.25. © Video p. 154.

Museu d´Arqueologia de Catalunya, Dibujo F. Riart: Fig. 8.8, 9.1, 9.18, 9.34.

Museu d´Arqueologia de Catalunya-Empúries, nº inv. 2616: Fig. 8.7.1.

Museo de Sigean (Aude): Fig. 8.7.1.

Museo Arqueológico de Albacete, Foto S. González Reyero: Fig. 7.3.

Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo d´Alcoi. Ilustración R. Botella: Fig. 2.1

Museo Comarcal del Urgell (Tàrrega, Lérida): Fig. 9.10, 9.11, 9.22, 9.23, 9.24, 9.28, 9.33.

Museo de Iniesta: Foto S. González Reyero: Fig. 7.10.

Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo (Murcia). Foto S. González Reyero: Fig. 7.11.a

Museu Torre Balldovina (Santa Coloma de Gramanet, Barcelona). Fotografía de Albert L. Rovira: Fig. 9.27.

Museu de Prehistòria de Valencia: © Video p. 215.

National Gallery of Art, Washington: Fig. 8.2.

Olmos, Sara: Fig. 2.2, 2.4, 6.1, 6.2, 6.5, 7.1, 7.4.

Pomey, P.: Fig. 8.5.

Quesada Sanz, Fernando: Fig. 5.14.c

Revista Utopía (http://revista-utopia.blogspot.com/): Fig. 13.11.

Ruta de los iberos en Aragón (Consorcio Patrimonio Ibérico de Aragón, Gobierno de Aragón, http://www.iberosenaragon.net/): Fig. 14.2.

Rovira, P.: Fig. 4.10, 9.16.

Rueda Galán, Carmen: Fig. 11.1, 11.4, 11.5, 11.6, 11.7, 11.8, 11.9.

Sánchez Molina, Angel, http://vimeo.com/8277864: Fig. 14.7, © Video p. 218.

Simón, I.: Fig. 10.7, 10.8, 10.9, 10.10.

Uroz, Héctor: Fig. 8.12.

Vallejo, L.E.: Fig. 5.11.

Velasco, Carlos. 2007: Fig. 9.7, 9.8, 9.9, 9.19, 9.20, 9.25, 9.26. © Video p. 154.

Viaje al tiempo de los iberos, Diputación Provincial de Jaén (www.viajealtiempodelosiberos.com/): Fig. 3.16, 11.10.

Vivó, D.: Fig. 9.17

Bibliografía de la parte gráfica

Adam, J.P., 1989: *La construction romaine - Matériaux et techniques*, J. Picard, París, fig. 139: Fig. 4.27.

Bonet, H.; Díes, E. y Rubio, F., 2001: "La reconstrucción de una casa ibérica en la Bastida de les Alcusses", *I Reunió Internacional d´Arqueologia de Calafell*, Barcelona, 75-93, p. 79, fig.3: Fig. 4.3.

Bonet, H., 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Llíria: la antigua Edeta y su territorio*. Diputación de Valencia. Valencia, p. 365, fig. 198: Fig. 4.12.

Bonet, H. y Mata, C., 2002: *El Puntal dels Llops. Un fortín edetano,* Trabajos Varios del S.I.P. 99, Diputación de Valencia, fig 168: Fig. 4.16. izq.

Bucchi., M., 1998: *Science and the Media: Alternative Routes in Scientific Communication*, Routledge, Londres, p. 10: Fig. 14.1.

Camp, J.M., *The Athenian Agora, Excavations in the Heart of Classical Athens*, Thames and Hudson, Londres, 1992: Fig. 8.3.1, 8.3.2, 8.3.3.

Carriazo, J. de M., 1973: *Tartesos y el Carambolo*. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, fig. 88: Fig. 5.2.

Fernández Benítez, V.; Fernández García, J. A.; Fernández García, X.; García Martínez, A.; López Álvarez, J.; Martínez Lorenzo, L.; Muñoz, J. A.; Prieto, M. A.; Rodríguez Rodríguez, R.; Suárez, J.; Suárez, M. y Villa, J. (2002): *Trabajar para comer. Producción y alimentación en la Asturies tradicional*. Gijón, p. 53: Fig. 4.2.

García Cano, J.M., 1994: *Las necrópolis ibéricas en Murcia: (un ejemplo paradigmático, Coimbra del Barranco Ancho: estudio analítico*, Universidad de Murcia, fig. 3: Fig. 7.6.b.

González Villaescusa, R., 2002: *Las formas de los paisajes agrarios*, Universidad de Jaén, Jaén, 196, fig. 33: Fig. 4.18.

Grau, I.; Olmos, R. y Perea, A., 2008: "La habitación sagrada de la ciudad ibérica de La Serreta", *Archivo Español de Arqueología* 81: 5-29, figs. 1,3,6,9 y 10: Fig. 7.18.

Grau Mira, I.; López Seguí, E.; Torregrosa Giménez, P. y Espí Pérez, Israel, 2009: "La aldea ibérica de L'Alt del Punxó: producción agrícola y asentamiento campesino en el área central de la Contestania", *Lucentum*, XXVIII, 23-49, p. 31, fig 7: Fig. 4.19.

Iborra, M.P.; Mata, C.; Moreno, A.; Pérez, G.; Quixal, D. y Vives-Ferrándiz, J., 2010: "Prácticas culinarias y alimentación en asentamientos ibéricos valencianos", en C. Mata, G. Pérez, J. Vives-Ferrándiz (eds.), *De la cuina a la Taula. IV Reunió d'economia en el primer mil.lenni aC*, Saguntum-Extra 9, Valencia, 2010, 99-114. p. 104, fig. 6: Fig. 10.14.

Chapa, T.; Pereira, J.; Madrigal, A. *Estudio de la cerámica ática de la necrópolis de los Castellones de Céal (Jaén).* 1998. p. 192: Fig. 4.16. derecha.

Gracia, F., 2000: "Importaciones de cerámicas áticas en el poblado ibérico de la Moleta del Remei (Tarragona): problemática cronológica", en *La céramique attique du IVe siècle en Méditerranée occidentale*, Nápoles, 243-252: Fig. 4.30.izquierda, Fig. 4.37.

Gracia, F.; Munilla, G.; Garcia i Rubert, D. (2000): "Moleta del Remei (Alcanar, Montsià, Tarragona). Balance de la investigación 1985-1997", *XXII Colloque pour l'étude de l'Age du fer*, Girona, 1998. Sèrie Monogràfica 19, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Girona, pp. 59-71: Fig. 4.32.

Johnson, M. (2000), *Teoría Arqueológica*, Ediciones Ariel, Barcelona, p. 31, fig.2.1: Fig. 1.3.

Mingote Calderón, J.L., 1990: *Catálogo de aperos agrícolas del Museo del Pueblo Español.* Madrid, 70: Fig. 4.20.b. superior.

Pérez Jordá, G., 2000: "La conservación y la transformación de los productos agrícolas en el Mundo Ibérico", *Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, Nº Extra 3, 2000, pp. 47-68: Fig. 4.33.

Pla Ballester, E., 1968: *Instrumentos de trabajo ibéricos en la región valenciana, Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, [143-190, fig. 2]: Fig. 4.20.a. inferior; [fig.13]: Fig. 4.28.b.e.

Pons, E., 2002: *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà): un complex arqueològic d'època ibèrica (excavacions 1990-1998)*, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Girona. [p.292, fig 10.49]: Fig. 4.10; [p.354, fig. 11.22]: Fig. 4.20.b.inferior; [p.359, fig. 11.27]: Fig. 4.28.a.

Pons, E.; Garcia, L. (eds.), 2008: *Prácticas alimentarias en el mundo ibérico. El ejemplo de la fosa FS362 de Mas Castellar de Pontós (Empordà-España)*, BAR, Oxford, 2008. [p. 140, fig. 141]: Fig. 10.15; [p. 139, fig. 140]: Fig. 10.16; [p. 174, fig. 177]: Fig. 10.17; [p. 197, fig. 200b]: Fig. 10.29; [fig. 200]: Fig. 10.30; 10.31; 10.32.

Quesada Sanz, F., 2010: *Armas de la antigua Iberia. De Tartessos a Numancia*, La Esfera de los Libros, Madrid. p. 153: Fig. 5.16.

Quintero Atauri, P., 1915: *Necrópolis ante-romana de Cádiz*, Madrid. Fototipia Hauser y Menet: Fig. 6.6.

Rodríguez-Ariza, O.; Gómez, F.; Montes, E., 2008: "El Túmulo 20 de la Necrópolis ibérica de Tútugi (Galera, Granada)", *Trabajos de Prehistoria* 65, (1): 65-78, fig. 2: Fig. 7.20.

Ruiz, A.; Rísquez, C. y Hornos, F., 1992: "Las Necrópolis Ibéricas en la Alta Andalucía", en J. Blánquez Pérez, V. Antona del Val (eds.), *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis*, 397–430, Serie Varia 1, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: Fig. 3.13.

Ruiz, A.; Molinos, M., 1993: *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Editorial Crítica, Barcelona, 153: Fig. 4.5.

Vilanova, B.; Cerdá, M. y Martorell, A. 2001: *Vida i costums a la possessió mallorquina.* El Gall Editor, Pollença, p. 87: Fig. 4.26.b.


IBE-
ROS
Sociedades y territorios
del occidente mediterráneo


creative
commons
LICENCIA CREATIVE COMMONS


GOBIERNO
DE ESPAÑA
MINISTERIO
DE ECONOMÍA
Y COMPETITIVIDAD


CSIC
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS


FECYT
FUNDACIÓN ESPAÑOLA PARA LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA